



Hilary

Mantel **La jaula de cristal**



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Nota

Primera parte

Memorándum confidencial

Septiembre de 1984. Durante el vuelo

¿Le apetece una copa de champán?...

Muharram

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Safar

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Rabi al-awal

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Rabi al-thani

Diario de Frances Shore...

Segunda parte

Jamadi al-awal

¿Alguien quiere probar la ginebra de Yeda?...

Jamadi al-thani

Diario de Frances Shore...

Rajab

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Shaban

La casa nueva es cuadrada y blanca...

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Una mujer británica de mediana edad acompaña a su esposo ingeniero en una estancia laboral en Jeddah, Arabia Saudí. Desde su llegada, la total privación de derechos de las mujeres afectará su intimidad y su relación con los demás expatriados. Además, un misterio que tendrá lugar en un piso vecino presuntamente vacío así como la muerte por un oscuro accidente y un intento de asesinato nos mantendrán en vilo hasta que la protagonista y su marido abandonen el país.

Publicada originalmente en 1988, es un thriller sorprendentemente actual basado en los meses que la autora vivió en Arabia Saudí, estamos ante una novela de suspense que narra la lucha de una mujer occidental por adaptarse a la opresiva sociedad saudí y que pone sobre la mesa temas como la corrupción política, el machismo en las sociedades islámicas, el fanatismo religioso y la lucha de culturas entre Oriente y Occidente

La jaula de cristal

Hilary

Mantel

Traducción de

Albert Vitó i Godina

Ediciones Destino

Colección Áncora y Delfín

Volumen 1444

Para Vic y Jeanie Camp

Nota

Arabia Saudí se rige por el calendario musulmán, que empieza en el año 622 d. C., cuando Mahoma huyó de La Meca en dirección a Medina. Es un calendario lunar, y el año de la hégira tiene once días menos que el gregoriano. Los meses (con muchas variaciones de transliteración) son los siguientes: muharram, safar, rabi al-awal, rabi al-thani, jamadi al-awal, jamadi al-thani, rajab, shaban, ramadán, shawwal, du al-qa'da y du al-hijja. Un decreto real estipuló que el año fiscal sería de 365 días, y el 22 de diciembre de 1986 pasó a ser el primer día de capricornio. La revisión de los cálculos implicó retrasar el año fiscal unos cuarenta años por detrás del año musulmán. Así pues, un hecho sorprendente de la vida en el Reino es que el tiempo, en lugar de avanzar, parecía que retrocediera.

Primera
parte

MEMORÁNDUM CONFIDENCIAL

DE: Director, Turadup, William y Schaper, Reino de Arabia Saudí

PARA: Todo el personal expatriado

FECHA: 15 de shawwal / 3 de julio de 1985

No es necesario recordar el trágico incidente en el que se vieron implicados varios empleados de Turadup. Para salvaguardar la posición de la empresa en estos tiempos tan difíciles, me veo obligado a solicitar, tanto a los miembros del personal que están a punto de partir de vacaciones como a sus familias, que ajusten su comportamiento a las indicaciones siguientes:

A. Eviten hablar con la prensa, sea cual sea el destino que hayan elegido para pasar las vacaciones.

B. Eviten especular en público acerca de los fallecimientos recientes: recuerden que la investigación del caso todavía está en manos de la policía de Arabia Saudí y de los representantes de su majestad.

C. Actúen con la máxima prudencia desde este mismo instante y hasta el momento de su partida. Desháganse (con discreción) de todos los objetos o sustancias que puedan despertar el interés de la policía, y no salgan de su complejo de viviendas sin la documentación.

Estoy seguro de que si se toman a estas precauciones podremos mantener la buena relación que hemos tenido hasta el momento con las autoridades saudíes, así como una transición fluida hasta el siguiente plan quinquenal.

Aprovecho la ocasión para desearles, junto a mi esposa, unas agradables vacaciones y un buen viaje de regreso al Reino una vez transcurrido el Hajj.

Atentamente,

ERIC PARSONS

Septiembre
de 1984

Durante
el vuelo

—¿Le apetece una copa de champán?

Ahí empezó todo, más o menos una hora después de salir de Heathrow.

Tenía la sensación de que había pasado más tiempo; los relojes siguieron avanzando, un día de vida condensado y revuelto en un mostrador de facturación, en la caminata hasta la puerta de embarque; un día acortado y eclipsado que se abalanzaba hacia el anochecer. Y en ese momento el auxiliar de vuelo se había inclinado sobre ella para hacerle esa pregunta.

—Creo que no. —La tripulación ya había comido; supuso que había sido la cena. Se consume tanto salmón ahumado en los aviones que es un milagro que todavía queden existencias a ras del suelo, y era evidente que el auxiliar de vuelo acababa de levantar la nariz del plato—. Preferiría un poco de brandy.

—Ya puestos, ¿qué le parece uno doble?

La mano del auxiliar sobrevoló el carrito. Parecía complacido con la elección, como si no atendiera tanto a una celebración como a la necesidad de prepararse para lo que le venía encima.

—Y uno de esos fantásticos vasos de plástico —dijo Frances Shore—, por favor.

Al otro lado del pasillo, un grupo de hombres maduros se emborrachaba con Cointreau. Uno de ellos levantó una ceja en dirección al auxiliar y éste se acercó para atenderlos, con el rostro lánguido y sórdido como consecuencia de la iluminación nocturna y de la extraña combinación de paciencia y repugnancia que sentía por aquellos tipos. Las bebidas eran gratis, por supuesto, pero esa estratagema estándar de línea aérea adquiriría un estatus de obra benéfica cuando el destino era Arabia Saudí. Mientras abría aquellas botellas diminutas, sus dedos parecían tan limpios y minuciosos como los de

un obispo. Los hombres de negocios ya habían terminado de hablar e intercambiar gráficos de ventas.

—Me pregunto cómo le deben de ir las cosas a Fairfax en Kowloon —dijo uno de ellos.

Su compañero hundió el tenedor de plástico en un *millefeuille* sin molestarse en responder.

—¿Cuánto falta? —preguntó al cabo de un momento.

—Tres horas.

—Sigamos bebiendo, pues.

—Pásenlo bien, caballeros —dijo el auxiliar. Al ver que la mujer levantaba la taza de café, el auxiliar le acercó la jarra—. ¿Leche, señora? Bueno, en realidad es sucedáneo de leche.

—Siempre me pregunto de qué están hechas estas cosas —indicó ella, aceptando el sobrecito de papel de aluminio—. Las conocemos por lo que sustituyen, y no por lo que son.

—Así es la vida —afirmó el auxiliar, antes de alejarse de nuevo.

El tintineo sordo de los cubitos de hielo contra el plástico, las endebles almohadas, aplanadas bajo la cabeza y la espalda. Seguimos adelante. El hombre del *millefeuille* seco consulta su reloj de pulsera, como si con ello pudiera acelerar el tiempo. O frenarlo.

Sola de nuevo, cerró los ojos. Era aprensiva, sí. Siguió dando vueltas al comentario del auxiliar de vuelo; no solía dejar pasar los comentarios soltados a la ligera, creía que valía la pena analizarlos. Siempre pensaba que cuando la gente intentaba hablar en serio usaba palabras que normalmente tenían poco contenido. El futuro, por tanto, sólo podía describirse por eliminación, contando lo que no ocurrirá. Describiendo lo que no serás: patinadora sobre hielo, astronauta, madre de doce hijos. Menos sencillo, mucho menos, es acertar una sola predicción en positivo, aunque sea para la semana que viene. Menos sencillo, mucho menos, es pronosticar en qué te habrás convertido dentro de un mes.

Las cartas de Andrew habían sido breves, de carácter práctico. Le había aconsejado que se llevara sandalias planas, sellos de correos británicos, un frasco de Bovril. Por teléfono, la voz de su marido le había parecido

titubeante. De vez en cuando se había producido algún silencio incómodo: cuando ella le pedía que le describiera Yeda, por ejemplo, y él terminaba diciendo que ya lo vería con sus propios ojos.

Levantó la taza de café a medias: lo tomaba solo y ya casi se había enfriado. Al mover las piernas, oyó cómo se arrugaba el papel de periódico, y un libro de bolsillo le cayó del regazo al asiento. Se sentía entumecida, incómoda. Empezó a pensar en exponerse a las miradas adormiladas para ir al baño dando los tumbos correspondientes.

—No veo a muchas mujeres en este vuelo —le dijo al auxiliar, al verlo pasar de nuevo.

—Estamos fuera de temporada. Es en Navidades y en Pascua cuando las esposas salen de viaje.

—¿Y por qué no se quedan?

—Bueno, porque no aguantan. ¿Más café? —Ella negó con la cabeza—. Es la primera vez, ¿verdad? ¿Tiene a su marido allí?

Ella asintió.

—El visado y el resto de los papeles, ¿todo en regla?

—Eso espero. Pero no sé leer árabe.

—Él la estará esperando, supongo.

Una vez más:

—Eso espero.

—¿Lleva mucho tiempo allí?

—Seis semanas.

—Debió de darse prisa —dijo el auxiliar— para conseguir traerla tan pronto.

—Es la empresa quien se ha encargado de organizarlo. Según él, no es nada fácil, pero me ha dicho que la compañía ya lleva mucho tiempo en Arabia Saudí y ya sabe cómo funcionan esas cosas.

—Todos sabemos cómo funcionan esas cosas —dijo el asistente, frotando el dedo índice contra el pulgar como si estuviera manejando un manojito de billetes—. ¿A qué se dedica su marido?

—Es ingeniero de caminos. Están construyendo un edificio enorme para uno de los ministerios.

—¿Todo bien por allí?

—Pues la verdad es que no lo sé.

Durante las conversaciones que habían mantenido por teléfono (línea directa, sonido claro) nunca se lo había preguntado, Andrew, ¿todo bien por allí? La pregunta habría dado pie a otro silencio carísimo, porque no se la habría esperado. Le habría extrañado a cinco pasos, no digamos ya a cinco mil kilómetros de distancia. Se planteó si el auxiliar debía de estar en lo cierto. ¿Realmente habían tenido que sobornar a alguien por ella? Le parecía un motivo insignificante, el hecho de obtener un visado para que una humilde esposa pudiera reunirse con su humilde marido. Sin embargo, un tipo que conocía bien el tema, Jeff Pollard, le había asegurado que cuando la corrupción arraigaba en un país se extendía en un abrir y cerrar de ojos, desde el monarca hasta el chico de los recados, desde los ministros hasta los archivistas. Ella se lo había creído, pero no por eso se había sentido mejor persona. Había vivido cinco años en el sur de África; en regiones donde, por lo general, no habían tenido que explorar a fondo las posibilidades que permitía la corrupción. Una vez, Andrew había tenido la sensación de que habían intentado sobornarlo, pero entre su ingenuidad, su falta de pericia y el mal inglés de la otra parte, la ocasión había pasado sin más.

Y esta vez también pasará, pensó ella. Como este vuelo, que tarde o temprano habrá pasado.

—¿Más brandy? —preguntó el auxiliar.

—No, gracias.

—¿Ya ha vivido en el extranjero?

—Sí. —Trabajar de asistente debe de ser aburrido, pensó ella. Tanto como para sentirte con derecho a interesarte por las vidas ajenas—. En Zambia, durante una buena temporada. Y luego en Botsuana.

—Vaya por Dios —dijo el asistente, más animado, aunque tampoco pareció impresionado—. Yo estuve en Botsuana, en el Holiday Inn de Gaborone. Menuda cloaca, Botsuana. Entré en la cafetería, pedí un bocadillo de queso y ¿sabe lo que me dijeron?

—¿Que no hay queso?

—Exacto. Ya veo que a usted también le ha pasado.

—Por supuesto que me ha pasado.

—Vamos, hombre. ¿Que no había queso? ¿En ninguna parte? Digo yo que podrían haber mandado a alguien a comprar un poco.

—Mire —dijo Frances—, en Botsuana hay dos clases de queso: cheddar y queso fresco. Lo importan de Sudáfrica, donde se elaboran todas las variedades posibles, aunque Botsuana sólo importa esas dos. Saben que la gente quiere queso, pero tener demasiado sería como consentir el *apartheid*. ¿Me explico?

—La verdad es que no.

—Da igual. ¿Y al final de qué se comió el bocadillo?

—De jamón.

—Qué suerte la suya.

—¿De dónde debía de ser ese jamón?

—De Zimbabue —dijo ella—. ¿Se llamaba así cuando estuvo allí?

—Creo que todavía era Rodesia. Durante los boicots.

—Y, aun así, exportaban jamón.

—Si usted lo dice, supongo que será cierto. En cualquier caso, Gaborone sigue siendo una cloaca. Las calles están llenas de furcias sentadas en el suelo, vendiendo gorros de lana. Aparte de la piscina y las tragaperras, no hay nada más que valga un carajo. —Hizo una pausa que sirvió para que su urbanidad mitigara la retahíla de exabruptos—. ¿Es allí donde vivió usted?

—Bueno, en realidad no. Vivíamos en una aldea mucho más pequeña. Solíamos ir a Gaborone cuando nos apetecía disfrutar de un ambiente más animado.

—Pobre, no me habría gustado estar en su pellejo. ¿También ha estado en Zambia? Yo he estado unas cuantas veces en Lusaka, siempre de paso. Está lleno de ladrones. Aprovechan el más mínimo despiste para robarte las ruedas del coche. Un amigo mío entró en una farmacia para comprar penicilina: ya sabe, tenía previsto portarse mal esa noche y se le ocurrió tomar una dosis preventiva. Pues, al salir, ya le habían levantado las cuatro ruedas.

Ella sonrió.

—Pues a mi amigo no le hizo tanta gracia —dijo el asistente.

—No, claro. Era un problema gordo, que te robaran las ruedas, y sucedía

con frecuencia. Nunca podías planear llegar a los sitios a una hora concreta.

—Y nunca había azúcar, yo tomo el café con azúcar.

—Cierto, había muchas carencias.

—Hace tiempo que no voy por allí. Me han dicho que ahora está peor todavía.

—Ah, África siempre está peor.

—¿Siempre es así de cínica?

—No, en realidad no —dijo ella—. Creo que simplemente pasé demasiado tiempo viviendo allí porque en cierto modo me gustó. Al menos me alegro de haber vivido esa experiencia. No me arrepiento en absoluto.

—Creo que le sorprenderá lo distinto que es el estilo de vida saudí.

—Sí, yo también lo creo.

El auxiliar titubeó un poco. No sabía si valía la pena contar unas cuantas anécdotas terroríficas. Oriente Próximo era una fuente inagotable de historias, y ese tal Jeff Pollard debía de haberle contado alguna, a menos que estuviera demasiado ansioso por reclutar a su marido para el proyecto de construcción. Sin embargo, le pareció que el tono de la señora había cerrado la conversación.

—¿Seguro que no quiere más brandy? —preguntó el auxiliar antes de proseguir con la ronda. De haberla visto receptiva, habría añadido «¿Recuerda el caso de Helen Smith?».

Un montón de personas le habían sacado ese tema durante los dos meses que ella había pasado en Inglaterra. Era curioso cómo había calado entre el público, teniendo en cuenta lo poco que suele recordar la gente lo que lee en los periódicos: una chica de campo, del norte, enfermera; encontraron su cadáver tras una noche de fiesta, y su padre, un policía retirado de lo más tenaz, se decidió a descubrir la verdad a cualquier precio. Luego vinieron las investigaciones, los informes del forense y las pistas que apuntaban a una cortina de humo diplomática, a una conspiración de alto nivel; los placeres de la censura moral y los escalofríos que provoca una muerte violenta en un lugar remoto. Los comunicados de prensa habían inculcado una imagen de vidas ociosas, transitorias y ostentosas, de licores de alta graduación y dinero fácil, de personas amorales, amilanadas y amargadas. Tanto es así que, cada vez que

alguien se enteraba de que partía hacia Yeda, las advertencias («Intenta no caerte de ningún balcón») resultaban incluso monótonas. Aquellas charlas habían forjado en su mente una imagen que, pese a no gustarle en absoluto, se veía incapaz de erradicar: la imagen de un cuerpo fracturado, guardado todavía en un cajón del depósito de cadáveres.

En esos momentos, a una parte de su ser le parecía siniestra la persistencia de esa imagen, mientras que a otra le recordaba que ese tipo de cosas pasaban en todas partes, y, al final, se consolaba pensando: es lo que hay. El viaje termina y empieza la rutina, las viejas costumbres que creías haber abandonado en un país vuelven a aparecer en el siguiente, y los problemas de siempre afloran de nuevo, aunque con un poco de suerte tu equipaje incluirá los recursos que te permitirán resolver esos problemas y amoldarte a esas costumbres, de manera que llegas con una mentalidad abierta, con discreción y sentido común; si llegas con todo eso, puedes arreglártelas en cualquier lugar. Me exijo mucho a mí misma, pensó. Levantó la persiana de la ventanilla y miró hacia fuera, donde la oscuridad era uniforme. No tenía la más mínima sensación de estar moviéndose, nada parecía indicar que estuvieran volando. Cerró los ojos. Duérmete ya, se dijo, intentando inducirse al sueño. Mañana tendré que conocer a mucha gente y hacer un montón de cosas. Y me encantará que así sea, me encantará, por fin, haber llegado.

Había sido precisamente en el Holiday Inn de Gaborone (aunque en el bar, no en la cafetería) donde Andrew había conocido a Jeff Pollard. Ya habían coincidido con él en una ocasión, en Lusaka, y no les había caído demasiado bien. Sin embargo, la segunda vez Pollard le ofreció a Andrew justo lo que necesitaba: trabajo. Faltaba un mes para que se le terminara el contrato de Botsuana y ya estaban preparando las maletas y vendiendo lo que no se podrían llevar. El negocio inmobiliario británico había caído en lo que parecía ser una recesión crónica y no sabían qué hacer a continuación. No querían quedarse en Botsuana aunque hubieran tenido elección. Desde que la carretera asfaltada había llegado hasta la frontera con Sudáfrica, su vida había empeorado: se había terminado el sobrio aislamiento del que habían gozado hasta entonces en un pueblo cuya única calle se llenó de caras nuevas de la noche a la mañana. Ciertamente es que por fin podías llegar a Johannesburgo sin

necesidad de embarcarte en una ardua ruta de caminos de tierra y que eso era una ventaja. Sin embargo, a la hora de la verdad resultó que la mejora ponía las cosas demasiado fáciles. Era una conexión directa con el gran número de aldeas que había al otro lado del Transvaal y más allá de la frontera; no tardarían en convertirse en simples barrios periféricos de la capital.

Fue durante esa época cuando de buena mañana, mientras desayunaban, Andrew le había hecho la pregunta.

—¿Qué te parecería Oriente Próximo?

—Oh, no —había exclamado ella—. Tendría que cubrirme siempre la cabeza con un pañuelo. No lo aguantaría.

—Fran —dijo él—, de algún modo tenemos que ganar dinero, aquí no hemos conseguido nada. Creía que nos irían bien las cosas, pero me equivoqué. Tenemos que tomar una decisión.

—Sí. Supongo que sí.

Se había dado cuenta de que iba en serio porque su marido se había dirigido a ella por su nombre. No le había pasado por alto que las mujeres suelen llamar a los hombres por su nombre de pila, mientras que ellos sólo recurren al nombre cuando hay algo en juego, ya sea un reproche o una súplica. El hecho de que Andrew nunca hubiera sido muy comunicativo la había obligado a fijarse en esa clase de detalles. Era un hombre callado que nunca pedía, planeaba ni sugería nada; en lugar de eso, prefería esperar a que sus deseos acabaran llegando, y demostraba una paciencia poderosa y activa que lo envolvía como una especie de aura: un aura de contención, de autocontrol. Su paciencia no era como la del resto de la gente, esa virtud más bien débil que, por su propia naturaleza, tenía que ser una recompensa en sí misma. En cuanto que virtud, su paciencia actuaba como un imán enorme, capaz de atraer las soluciones a sus problemas. Y en ese momento atrajo a Jeff Pollard.

Jeff Pollard trabajaba ocasionalmente para Turadup, William & Schaper, una empresa dedicada a las obras públicas. Desde que el Fondo Europeo de Desarrollo había decidido financiar la construcción de aquella carretera asfaltada hasta Johannesburgo, Jeff viajaba a menudo por el sur de África, ponderando oportunidades e invitando a copas. No estaba casado, tenía treinta

y cinco años, una presencia informal y descuidada, y una mirada titubeante. De piel blanca y grisácea, resultaba todo un misterio que acabara siempre con el codo tostado por el sol. Conocía un sinfín de anécdotas y tenía una risa desagradable y forzada, pasaporte británico y un ligero acento australiano. Llevaba la camisa abierta y, colgado alrededor del cuello, un pequeño bloque de oro con las palabras CREDIT SUISSE grabadas. Cuando los Shore se preparaban para abandonar África, eran muchos los que, igual que Jeff, intentaban reclutar a futuros empleados por los bares de los clubes de golf. Eran mercenarios, cazatalentos, emprendedores sin domicilio fiscal fijo.

Turadup había puesto los pies en Zambia antes de que el precio del cobre se desplomara, y había alojado a sus expatriados en Kabwe, la población anteriormente conocida como Broken Hill. Más adelante, cuando Zambia se fue definitivamente al garete, los desplazaron un poco más hacia el sur y perdieron la licitación para el nuevo aeropuerto internacional de Gaborone, aunque la empresa aceptó encargos menores en la zona, como la canalización de agua y la construcción de una clínica en una ciudad de chabolas que se había consolidado a falta de algo mejor. Actuaron también al otro lado de la frontera con Sudáfrica, erigiendo un casino más que necesario en una reserva tribal. Sin embargo, desde principios de los setenta, Oriente Próximo se fue convirtiendo en lo que ellos denominaron «su campo de operaciones principal». Resultó que cuando Andrew Shore se disponía a marcharse, el director de la filial de Turadup en Arabia Saudí, un hombre llamado Eric Parsons, estaba buscando personal con experiencia. Y ese día, al que Andrew siempre se refería como «el día que me topé con Pollard», le pasaron el número de teléfono que puso en marcha el futuro de Andrew y Frances.

—Llama a Eric —dijo Jeff—. No pierdes nada por intentarlo.

Lo primero que hizo Andrew fue servirse un brandy, y luego se sentó un buen rato a contemplar el teléfono del bungalow. Como si estuviera en trance. O rezando. A continuación descolgó el auricular y resultó que ese día las líneas funcionaban de forma correcta, por lo que en menos de diez minutos ya lo atendía una operadora de Gaborone. Le contó lo que quería: Johannesburgo. De fondo parecía que estuvieran celebrando una fiesta: se oían mujeres riendo y un estrépito de platos rotos. La operadora reapareció dos o tres veces para

berrearle al oído, pero sin llegar a olvidarse de él del todo; al cabo de un rato, llegó a la que tal vez sería su mejor oferta: una conexión con Mafeking. La aceptó. Una voz gutural lo saludó en afrikáans y pocos segundos después consiguió hablar con Eric Parsons. Lo primero que le dijo fue que estaba en su hotel, el Carlton; en Turadup no se andaban con chiquitas.

Lejos de sugerir una reunión en Johannesburgo, esperó a que fuera Parsons quien se ofreciera.

—Entonces iré a verlo, si no le importa.

Andrew sabía en qué ocuparía el tiempo que tardaría en llegar a Gaborone para conocer a Parsons. Se imaginó tras el volante de la camioneta: la carretera vacía, las colinas bajas de color marrón, y sus experimentados ojos manteniendo parte de la atención por si se topaba con reses o niños, mientras por dentro se concentraba en conseguir que Parsons le ofreciera más dinero del que había soñado ganar en la vida. Y a su debido tiempo, así sucedió.

Concretaron los detalles en el President Hotel (teniendo en cuenta que estaban en Gaborone, no había mucho más para elegir), frente a un bistec duro y un vaso de cerveza Lion. Andrew Shore estrechó la mano de Eric Parsons, el hombre en Arabia Saudí; Jeff Pollard, charlando, se lo llevó de la terraza a la calle. En la acera de enfrente, el único cine del país ofrecía una sesión doble: una película de kung-fu y *Mary Poppins*. Andrew se quedó en aquella calle polvorienta, conocida como «el Bulevar», contemplando el escaparate de la tienda de regalos del President Hotel: bolsos de cocodrilo, alfombras de pieles y conjuntos completos de aborígen, incluidas las flechas y los abalorios fabricados con cáscara de huevo de avestruz; todo recién salido de la pequeña fábrica de Palapye que se encargaba de elaborarlo desde hacía poco tiempo.

—Me cuesta creer que esté a punto de marcharme de África —dijo.

Cuando llegó a casa por la tarde, encontró a Frances envolviendo un juego de té con páginas del *Mafeking Mail*.

—Bueno, ¿lo has conseguido? —preguntó ella, enderezando la espalda para besar la mejilla de su marido.

—Sí, ya está todo arreglado. Pero no podremos ir juntos. Me quieren allí pronto y no tendremos tiempo de que te concedan el visado. Cuando termine con esto, volaré a Nairobi, recogeré un permiso de entrada para hombres de

negocios y, una vez dentro, los de Turadup harán las gestiones necesarias para que pueda quedarme. Tienen prisa.

—¿Por qué? ¿Alguien ha dimitido sin avisar?

—No lo he preguntado.

—Pues yo lo habría preguntado.

—No se me ha ocurrido.

—O sea, ¿que ni siquiera pasarás primero por Inglaterra?

—¿Para qué? ¿Para quedarnos en casa de tu madre?

—Por lo que parece, yo sí tendré que quedarme allí una temporada.

—Mira, Fran, no pasaremos mucho tiempo separados. Y cuando por fin puedas venir a Yeda, ya habré encontrado casa y lo tendré todo listo para tu llegada.

—Preferiría ir contigo, pero supongo que tienen sus propias normas. Ay, mira. ¿Esto lo envuelvo? —preguntó, sosteniendo un candelabro de cerámica rústica, pesado y sin esmaltar, del que tenían dos piezas.

—Claro —dijo él—. Como recuerdo. Y también esa especie de cestos, los que se vuelcan siempre.

—¿Estás seguro de haber tomado la decisión correcta? —preguntó ella mientras envolvía los candelabros—. ¿Es eso lo que quieres?

—Me doblarán el sueldo —respondió él sin inmutarse.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Frances se dio la vuelta y volvió a ocuparse del juego de té, rendida a la punzada de la avaricia como un melocotón ante la hoja de un cuchillo de plata.

—Serían unos tres años —dijo él—. Pagan en riyales, libres de impuestos. De ahí tendremos que sacar para nuestros gastos, mientras que el resto nos lo ingresarán donde queramos y en la divisa que elijamos. Turadup se encarga del alojamiento, del coche de alquiler, de los servicios, de un billete de avión anual y de la escolarización de los hijos. Claro que...

—Sería de lo más codicioso —dijo ella— tener hijos sólo para aprovechar que nos paguen la escuela.

—Pollard me ha dicho... —Andrew la miró con cierta inquietud—. Me ha dicho que su única reserva es si te sentirás cómoda allí. Al ser una mujer

trabajadora.

—¿No podré trabajar?

—Creo que no, por lo que me ha dicho.

—Bueno, si vas a ganar tanto dinero, estoy segura de que encontraré algún modo de mantenerme ocupada. Al fin y al cabo tampoco es para siempre, ¿no?

—No, no es para siempre. Deberíamos tomárnoslo como una oportunidad para acumular unos buenos ahorros...

—¿Me pasas esos cuencos para ensalada?

Andrew se quedó callado. Le tendió los cuencos, uno a uno. En realidad, ¿por qué tendría que ver ella el futuro del mismo modo que él? Lo había acompañado a África por decisión propia, la decisión de una mujer soltera, una de las pocas de su especialidad que habían sido contratadas. Y había vivido sola antes de que se conocieran. Durante tres noches seguidas, él se había sentado solo, aparentemente desconsolado, en un rincón del bar de un club de expatriados; sin mirarla siquiera, aunque se había concentrado mucho. Hasta que ella le pidió que la acompañara a casa. Primero le puso la comida al perro, luego cocinó unos huevos y mientras se los comían ella le preguntó qué esperaba de la vida. Más adelante, en la cama doble abombada con la que el gobierno había amueblado el bungalow, ella se quedó dormida y él se mantuvo despierto, deseando con fervor que ella lo comprendiera y pasara a la acción. Aunque el momento tardó en llegar, al cabo de unas semanas Frances se volvió hacia él y le dijo:

—Podríamos casarnos, si es lo que quieres.

Así pues, tal vez debería haber deseado también que fuera ella quien sugiriera ir a Arabia Saudí; de ese modo habría sentido como propia la decisión. Sin embargo, por lo que había oído, era una parte del mundo en la que las decisiones de las mujeres no contaban para nada. Hizo un acto de fe: todo irá bien. Seguro que sí.

—Frances —le dijo—, no iremos a menos que tú lo quieras.

Ella metió en la caja una taza de té envuelta con papel de periódico.

—Sí, quiero ir.

Ese día había llovido, y en el aire había quedado impregnado el olor penetrante a tierra empapada y flores aplastadas. Elisabeth, la asistente,

limpiaba vasos en la cocina; en vano, puesto que pronto acabarían dentro de cajas; hasta ellos llegaba el tintineo del brindis que tenía lugar cada vez que dejaba uno sobre el escurridor. Los perros y los gatos entraron en la casa y deambularon hasta la puerta trasera con la esperanza de que les dieran algo de comer, como si fueran indigentes victorianos.

—Realmente creo que deberíamos ir —dijo Andrew.

—A decir verdad, no creo que tengamos alternativa.

Cogió un rotulador de punta gruesa y escribió su apellido en el lateral de la caja que contenía el juego de té: SHORE, FRÁGIL. GABORONE – LONDRES.

—No —dijo Andrew—. Me parece que no.

Frances tachó la palabra *Londres* y encima escribió *Yeda*. Sintió otra punzada, tan intensa como la primera. Ya se imaginaba en Arabia Saudí, reducida al papel de esposa discreta y abstemia, echando de menos ese lugar en el que no se sentía en casa desde otro lugar en el que tampoco se sentiría en casa. Entretanto, casi había anochecido; el aire era más fresco y el sol caía tras las colinas.

—¿Cómo te explicas que Jeff Pollard te haya contratado? Creí que intentaba convencer a todo el mundo de lo bien que vivían los asesores por cuenta propia.

—Bueno, pues no deben de vivir tan bien, porque él también se ha incorporado a Turadup. Dirigirá los negocios en Yeda. Ya tiene experiencia en la zona, por supuesto.

—¿Quieres decir que trabajarás con él, pues?

—Hay ese pequeño inconveniente, sí.

—Espero que no acabemos viviendo cerca de él, también.

—El alojamiento va a cargo de la empresa, de manera que es posible que tengamos que aceptar lo que nos ofrezcan.

—No pasa nada —dijo ella—, pero intenta asegurarte de que lo que nos ofrecen no incluya vivir cerca de Pollard. ¿Crees que todos serán como él?

—Es una manera de ser. En todas partes te encuentras a gente como él. Pero Parsons es distinto.

—Supongo que tiene otra manera de ser.

—Sí, y se le nota enseguida. Es un tipo chabacano, de los que van en traje

de safari para sentirse más africanos. Tiene dos hijos que estudian Medicina, me ha enseñado las fotos. Su esposa se llama Daphne.

—¿Y de ella no te ha mostrado ninguna foto?

—Pues ahora que lo dices, no.

—Seguramente para evitar que te emocionaras demasiado.

—Para preguntarte qué quieres tomar, dice: «¿Con qué te envenenas?».

—Ya veo. ¿De dónde es? ¿Weybridge?

—Melbourne, creo. Aunque tiene una propiedad en Cotswolds. Lleva veinte años trabajando para Turadup. De hecho, es accionista, Pollard dice que es millonario. En cualquier caso, parece entusiasmado con el proyecto, y con las perspectivas que ofrece Yeda. Dice que es un lugar muy estimulante para los que nos dedicamos a la construcción. —Hizo una pausa—. A ver si sé reproducir sus palabras textuales.

—Adelante.

Andrew se mordió el labio.

—Dijo: «He presenciado la operación de transporte de hormigón más colosal de la historia de la humanidad».

—Pues a mí me gustaría presenciar un brindis con ginebra. Vamos a celebrarlo.

—Vamos con retraso —dijo el tipo que estaba al otro lado del pasillo. Frances se sacudió la modorra de encima; al principio, ni se había dado cuenta de que se lo decía a ella.

—¿De verdad? —preguntó, consultando su reloj.

—Siempre con retraso —aseguró algo irritado el tipo—. Y si vuelas con Saudia pasa lo mismo, claro. También van siempre con retraso.

—¿Viaja a menudo a Yeda?

—Demasiado. Se supone que el vuelo de Saudia despegue a las doce y media, pero nunca son puntuales. Ésa es mi experiencia, al menos. Supongo que la tripulación debe de parar para rezar. Arrodillados hacia La Meca, y todo eso.

—¿Cuánto duran las oraciones?

—Lo que haga falta con tal de causarnos las máximas molestias posibles, sin duda —respondió el tipo—. Ya veo que es la primera vez que viaja al

Reino. El mediodía no es una hora fija, ¿sabe? Pueden ser las doce y media sin problemas. Nada es como dicen que es.

Vaya por Dios, pensó ella, un filósofo. Se planteó la posibilidad de ponerse los auriculares. Se inclinó hacia delante para pescar su bolso del hueco que había bajo el asiento que tenía delante y, mientras rebuscaba en su interior, notó los ojos del tipo clavados en su nuca.

—¿Es usted enfermera?

—No —contestó ella.

—¿Para qué viaja a Yeda, entonces?

—Para reunirme con mi marido.

Repitió los detalles de la situación una vez más, consciente de que se mostraba más cordial en el aire que en tierra firme: los seis años en África, y ahora Turadup, para la construcción del nuevo edificio ministerial. También se dio cuenta de que en el preciso instante en que pronunció la palabra *marido* el ligero interés que el tipo había mostrado se esfumó por completo.

—Qué lástima —dijo él—. Nosotros —añadió, señalando a sus compañeros— nos alojaremos en el Marriott. Si hubiera sido enfermera, podríamos haber cenado juntos. Aunque, claro, tampoco estoy seguro de que las dejen salir hoy en día. Creo que tienen prohibido salir de su habitación después de las nueve de la noche. Por lo de Helen Smith.

—Ah, sí.

—Fue un incidente de lo más extraño, en mi opinión. Ese tal doctor Arnott, el tipo que vivía en el piso desde el que cayó al vacío... Y luego su esposa, Penny creo que se llamaba... ¿Y la embajada británica? Vamos, no me negará que es una cortina de humo.

—No lo intentaré, eso seguro.

—Huele a chamusquina.

—Estoy segura de que tiene usted razón.

—Encuentras el cadáver de una joven junto a un rascacielos justo después de una fiesta desenfrenada y es inevitable preguntarse si se cayó o la tiraron. Créame, Yeda es un lugar extraño. Nadie sabe ni la mitad sobre lo que ocurre ahí. ¿Trabaja usted?

—Sí —dijo ella—. Soy cartógrafa.

—Vaya, entonces no tiene nada que hacer. No tienen mapas.

—Seguro que sí.

—Los mapas no encajan con su secretismo. Además, las calles no permanecen en el mismo sitio muchas semanas seguidas.

—¿Mueven las calles?

—Sin duda alguna. No paran de construir, ¿sabe? El dinero no es un problema, pero no tienen ni la más mínima previsión de futuro. Construyen un hospital y luego deciden que una calle tiene que pasar justo por allí. ¿Que les apetece un palacio nuevo? Pues sacan la excavadora. Los mapas quedarían obsoletos nada más salir de la imprenta.

—Pero en cierto modo debe de ser bastante... estimulante, ¿no?

Él la fulminó con la mirada.

—Si le gustan ese tipo de cosas, quizá —replicó, y se volvió hacia su compañero—. ¿Tienes aquellos pronósticos para fin de año? —le preguntó—. Realmente me pregunto cómo le irán las cosas a Fairfax en Kowloon. Creo que no deberían haberlo mandado a él. El problema de Fairfax es que no tiene credibilidad y lo acaban tratando como si fuera un crío.

Frances cerró los ojos de nuevo y se quedó adormilada, pescando fragmentos de la conversación que mantenían los dos tipos, llena de jerga y latiguillos. En casa, en la casa que su madre, ya viuda, tenía en York, había estado leyendo libros sobre lo que encontraría cuando llegara a su destino. A pesar del escepticismo y de la sensatez, en su mente perduraban varias imágenes artificiosas: entoldados negros frente al crepúsculo, la llamada del almuédano transportada por el aire diáfano del desierto, el aroma intenso del cardamomo, el lustre de las cafeteras de pico afilado y la arena candente.

—Estamos construyendo infraestructuras —dijo el tipo que había despreciado a Fairfax.

Infraestructuras era una palabra que había oído a menudo en boca de Andrew, como si le hubiera cogido cariño. Al parecer, cuando se descubrió que había petróleo en la provincia Oriental, Arabia Saudí no tenía infraestructuras, pero desde entonces las habían construido: carreteras, escuelas, hospitales, fábricas, minas, huertos y granjas de pollos, aeropuertos y pistas de squash, teléfonos y gasolineras, supermercados de ultracongelados

y comisaría de policía, puestos de comida para llevar y la bolera del Albilad Hotel. Lo sabía por todo lo que había leído, y es que después de los relatos de trotamundos románticos siguió con *Yeda: Guía para hombres de negocios*. Los tradicionales entoldados negros de los beduinos han quedado sustituidos por casetas de aluminio, hay aire acondicionado en todas partes y las gacelas se cazan desde camionetas con la parte trasera descubierta.

Tiene que gustarme, pensó. Intentaré que me guste. Cuando todo el mundo se muestra tan negativo acerca de un lugar, empiezas a sospechar que alguna virtud debe de tener, al fin y al cabo. «¡No hay alcohol!», dice la gente, como si fuera algo vital para la supervivencia. «¿Que no se permite conducir a las mujeres? Eso es terrible.» Hay un montón de cosas mucho más terribles que eso, pensó Frances, y algunas incluso las he visto con mis propios ojos. Por fin, se quedó dormida.

Se despertó al notar que le tocaban un brazo. Era el auxiliar de vuelo.

—Iniciaremos el descenso dentro de media hora. Estoy sirviendo la última ronda. ¿Le apetece otro brandy?

—Es mejor que la señora llegue sobria —advirtió el hombre de negocios—. Tendrá que pasar por la aduana y es la primera vez. Se lo registrarán todo —le dijo—. Espero que no lleve nada inadecuado en la maleta.

—Ni botellas de whisky ni paletillas de cerdo. ¿Qué más podrían buscar?

—¿Dónde compra la ropa interior?

—¿Cómo dice?

—Consideran que Marks & Spencer son sionistas, ¿sabe? Haría bien en quitar todas las etiquetas de la ropa interior. ¿No se lo ha explicado nadie? Y también se fijarán en los libros que lleve. A un amigo, la última vez que viajó al Reino le confiscaron un libro humorístico. Por la ilustración de la cubierta, una mujer y eso, ya sabe —explicó mientras gesticulaba, describiendo medios círculos—. Desnuda, aunque sólo era un dibujo, unos trazos. El tipo alegó que no se había dado cuenta.

—Me parece increíble —dijo ella. Y, por dentro, añadió: un amigo, claro.

—Todo parece increíble. Por muchos años que lleves yendo y viniendo, nunca sabes lo que buscan cuando te registran. Nuestro representante en Riad vive allí, él debería saberlo. Sin embargo, el año pasado, cuando volvía de las

vacaciones de verano, le quitaron los vídeos de críquet con las mejores jugadas que había grabado. Ah, y le dijeron que los podría recuperar en cuanto los empleados de aduanas los hubieran revisado con detenimiento. Ni siquiera lo intentó, claro; no valía la pena el engorro que habría supuesto.

—Pobre.

—No lleva ningún libro de arte, ¿verdad? Nada de Rubens y cosas por el estilo. Pueden llegar a ser muy raros con eso del arte.

—Contraviene los preceptos del islam —dijo Frances— adorar formas humanas. Se considera idolatría.

El tipo se la quedó mirando.

—Entonces ¿no le apetece nada? —preguntó el auxiliar, con la mirada clavada en la cubitera vacía—. Caballeros, no se dejen ninguna botellita en los bolsillos de los asientos, por favor. No queremos exponer al personal de tierra a los azotes. —Bajó la mirada de nuevo hacia Frances—. El año que viene dejaremos de ofrecer esta ruta —explicó—. La cederemos a British Caledonian, y la verdad es que me alegro. Así pues, ¿no quiere tomar nada más? —dijo, y acto seguido se preparó para seguir su ruta por el pasillo.

Los ejecutivos que dormían ya estaban algo inquietos, babeando un poco sobre las mantas de la aerolínea. Se oía alguna risa contenida y el sonido de maletas tomando posiciones en el pasillo. El auxiliar no pudo reprimirse más y se inclinó sobre el asiento de Frances.

—Oiga, si algo va mal, si hay algún contratiempo y no se encuentra con su media naranja, no se quede por allí, no hable con nadie. Suba directamente al autobús de la aerolínea y venga con nosotros al centro, nos alojamos en el Hyatt Regency. Pregunte por mí en recepción y yo mismo me encargaré de todo. Su marido podrá pasar a recogerla por la mañana.

—Ah, estoy segura de que me estará esperando —dijo ella. O él o alguien. Jeff Pollard. Al menos sería una cara conocida—. Tengo números de teléfono a los que llamar en caso de que algo vaya mal. Y también podría tomar un taxi.

—No, no puede tomar un taxi. No querrán llevarla.

Frances pensó en ese queso que, según dicen, los taxistas franceses no permiten que entre en sus vehículos.

—¿Cómo dice? ¿En serio?

—Para un hombre, que una desconocida suba en su coche puede ser muy problemático. Puede acabar entre rejas.

—Pero un taxista —alegó ella— se dedica precisamente a eso, a recoger a personas a las que no conoce.

—Pero usted es una mujer —dijo el asistente—. Es una mujer, ¿sí o no? Pues ya está, ya no se la considera una persona. —Con insistencia, con cortesía, como si nunca hubieran mantenido aquella conversación, el auxiliar cogió una copa del carrito—. ¿Le apetece una copa de champán?

Poco después se oyó el crujido del sistema de megafonía:

—«Señoras y señores, iniciamos el descenso hacia el aeropuerto internacional Rey Abdulaziz. Los que estén sentados en el lado izquierdo del avión podrán ver que sobrevolamos las luces de Yeda. Tengan la amabilidad de abrocharse... Tengan la amabilidad de apagar...».

A mano derecha sólo se veía la oscuridad más absoluta. Luego se inclinaron y apareció un fulgor rojizo, aquel fuego lento que parecía envolver las ciudades por la noche.

—«Esperamos que hayan disfrutado, esperamos tener el placer de... Esperamos... Esperamos... Y, por favor, permanezcan en sus asientos hasta que el avión se haya detenido por completo...»

Media hora más tarde ya se encuentra en el edificio de la terminal. La temperatura nocturna es de treinta y un grados, y la fecha, según el calendario musulmán, es el 2 de muharram de 1405.

Muharram

1

La calle de Gaza está situada al este de la calle de Medina, tras el Nuevo Palacio Real, y en el distrito de Al Aziziyya. Es una calle menor que recibió su nombre hace poco, cuando se puso de moda bautizar las calles. Era una vía estrecha que todavía se reducía más por culpa de los coches americanos, muchos de ellos hechos polvo, que los vecinos dejaban aparcados frente a los bloques de apartamentos. A un lado hay un descampado lleno de baches. Cuando la lluvia se digna a visitar la ciudad, unas tres o cuatro veces al año, el agua se estanca en los socavones y proliferan los mosquitos. Los vecinos se quejan, pero ninguno de ellos recuerda si alguna vez hubo algún edificio en ese solar, porque nadie ha vivido más de un par de años en la zona. Muchos de los propietarios de fincas de la calle de Gaza siguen guardando parte de lo que poseen en cajas de cartón o en contenedores de transporte, con los nombres de las empresas de mudanzas del subcontinente y de Oriente Próximo. Son pakistaníes o egipcios que trabajaban como comerciales o administrativos en un negocio tan misterioso como el de la importación y exportación de productos; o tal vez son palestinos, o retoman las riendas de un pequeño negocio familiar que las bombas hicieron volar por los aires en Beirut.

El distrito no es opulento, pero tampoco resulta sórdido. Los bloques de apartamentos son pequeños, de dos o tres plantas, y están cercados con un muro que impide ver a sus residentes desde la calle o incluso saber si se encuentran en casa. Las mujeres y los bebés pasan de la casa al coche sin apenas tocar la acera. Sólo muy de vez en cuando, al anochecer, puede verse subir a algún colegial cargado de libros, con una expresión sombría instalada en el rostro. Nadie se para a charlar en la calle de Gaza. Los vecinos se

reconocen porque se han visto por los balcones o azoteas, y las mujeres hablan por teléfono. Hay unas cuantas oficinas: una de ellas, una sucursal olvidada del Ministerio de Peregrinaje, y otra que pertenece a una empresa que importa y distribuye agua mineral escandinava. A la vuelta de la esquina, en la calle de Al Suror, hay una mezquita cuya cúpula se ilumina al anochecer con una luz de neón de color verde. Al otro extremo de la calle, en dirección al palacio del príncipe Abdullah bin Abdulaziz, hay una tienda de ordenadores y componentes informáticos.

En estos momentos, la calle de Gaza queda más o menos a dos kilómetros y medio del mar Rojo, pero en estas latitudes la tierra firme y el mar mantienen una relación variable, de negociación continua. Se ha recuperado tanto terreno que las villas construidas hace años con vistas al mar actualmente están rodeadas de un paisaje urbano corriente, de fachadas blancas, tráfico y obras. En todos los solares vacíos acaba apareciendo ese batiburrillo de ladrillos pardos, las espinas metálicas de los andamios y las lunas de cristal laminado y, al final de todo, el mármol, el material de acabado más popular, pegado a los muros con algún tipo de adhesivo. Desde cierta distancia, confiere un cierto aire antiguo a la escena. Cuando Yeda sufra los efectos de un terremoto, y los sufrirá, el omnisciente Alá se dará cuenta de que los edificios están pegados con cola y se dedicará a pelar la ciudad como si fuera una cebolla.

El mar mismo, unas veces cobalto y otras turquesa, tiene un aspecto dócil, doméstico, previsible. Las olas suaves llegan mansas hasta el recinto de la planta de desalinización, y coronadas de color blanco, como un grupo de vicarios visitando una fábrica. Las luces del yate real parpadean en la noche polvorienta. Las mujeres cubiertas con velos chapotean en la playa cuando el calor aprieta. El gobierno municipal ha instalado bancos de cara al mar. Rodeando la bahía, transcurre una autopista ambiciosa que recibió el nombre de La Cornisa, aunque ahora la llaman Al Kournaich, o Camino de Cornish. Hay un montón de monumentos públicos a lo largo del paseo marítimo y coronando las intersecciones de las autopistas públicas (interminables, rectas y de ocho carriles). Son formas extravagantes, fabricadas con aleaciones perversas, cuyas superficies brillan en el aire impregnado de sal y de la

neblina de contaminación.

Los viernes, días destinados al reposo y la oración, las familias van de pícnic cerca de estos monumentos, figuras oscuras en una tundra de mármol donde abundan los gatos callejeros. El sol se refleja en sus formas metálicas: jarras, caballitos de mar, flores de acero y una mano humana, apuntando hacia el cielo. Los vendedores ambulantes se instalan en camionetas aparcadas para ofrecer camellos hinchables de color púrpura, naranja y rojo cereza.

Paseando por La Cornisa se puede oír el viento marino, aullando y suspirando por las alcantarillas que transcurren bajo la acera. Es un lamento incesante, modulado como la voz humana, pero atrapado y remoto como los alaridos angustiados de los condenados. «En el infierno, la gente sigue viviendo —afirma un comentarista musulmán—. Piensan, recuerdan y discuten; la piel no se les quema, sino que se les asa y, cada vez que se abrasa del todo, queda sustituida por otra para que retomen el sufrimiento desde el principio.» Y si te abres camino, susurrando disculpas, entre las familias acomodadas en el suelo, sobre las alfombras que han descargado de los coches, te darás cuenta de que las mujeres y los hombres se sientan por separado: un grupo se viste con ropa negra y el otro de color blanco, mientras los hijos juegan bajo la supervisión de una sirvienta. Toda la familia se sienta cara al mar, aunque los adultos quedan cautivados, embelesados por completo, por los dibujos animados norteamericanos que emite el televisor portátil que han llevado consigo. Un submarinista, un europeo con piel de gamba, se adentra en el agua desde una zona poco frecuentada de la costa, hacia el arrecife de coral.

De nuevo en la calle, hijos adolescentes de familias árabes patrullan las calles alardeando y destrozando Ferraris en aceleraciones bruscas. Carreras callejeras, según los periódicos; se castigan con azotes. Una única ave marina sobrevuela el cielo, su blancura queda claramente recortada contra el azul, y un yemení solitario con cara de chivo y los faldones de tartán recogidos pasea en escúter en dirección a la ensenada de Obhur. El horizonte es una línea plateada, y más allá encontraríamos las costas de Sudán. Y, entre todo esto, el hedor de las aguas residuales de la ciudad; más indescifrable, más complejo de lo que podría parecer. Durante el fin de semana, a los niños los obsequian

con globos, en forma de corazón e hinchados con helio, que cabecean por encima de los escombros y las rocas. Sobre las piedras del pavimento que pisas hay dibujos de genitales femeninos garabateados con yeso. Tierra adentro, coches desvencijados forman colas en las carreteras del desierto, como esqueletos huyendo de una mortificación pública y ejemplar.

Da igual la hora a la que aterrices en Yeda, la impresión que te llevarás será siempre intempestiva; tanto es así que el derroche de mármol pálido del vestíbulo de llegadas y los tipos rudos y circunspectos que te revuelven el equipaje en la aduana parece que formen parte de una especie de sueño; tanto es así que los espacios que se extienden a ambos lados de la carretera del aeropuerto son oscuros y silenciosos antes de acceder a la ciudad, a esa retahíla de farolas que te deslumbran y a las formas blancas de los edificios altos que te acorralan. Te dejan en una villa o en un bloque de apartamentos, llegas a tuestas hasta el baño y luego hasta la cama, y cuando te despiertas, cuando la llamada a la oración de la madrugada te arranca de un sueño amodorrado, la ciudad ya ha tomado forma a tu alrededor: con sus autopistas, mezquitas, palacios y zocos; con el rostro ceniciento y pasos titubeantes, examinas las habitaciones que habitarás muy pronto; corres las cortinas o abres las persianas y, con un leve olor a insecticida instalado en las fosas nasales, te enfrentas al muro, a la calle, al árbol enraizado en el hormigón y con seis meses de polvo parduzco acumulados en las hojas. Despierta. Vamos, despierta, que ya has llegado. Ya ha pasado la primera noche, la separación se ha consumado; el viaje es un espectro, el mundo real se desvanece.

Andrew le llevó café. Para su sorpresa, Frances tenía frío. A él siempre le molestaba el calor, de manera que se había acostumbrado a dormir con el aire acondicionado encendido, zumbando y traqueteando durante toda la noche. No le extrañó haber dormido mal, después de soñar que se encontraba en una vía muerta, en una desviación interminable en la que las ruedas metálicas chirriaban de fondo sin cesar.

Andrew ya se había vestido, terminó de abotonarse la camisa blanca y pescó una corbata del guardarropa. Debía de tener el mono manchado de lodo y el casco de seguridad en otro lugar, supuso Frances, aunque en las cartas le había contado que pasaba más tiempo revisando papeleo que a pie de obra.

—Es una lástima que no llegaras en fin de semana —le dijo él—. Me sabe mal tener que marcharme y dejarte aquí sola.

—¿Qué hora es? —preguntó ella temblando.

—Las seis y media. Volveré a las tres. A veces hago una siesta y vuelvo al despacho hasta casi el anochecer, pero hoy no. Podemos ir a hacer la compra si te apetece. Así te muestro la ciudad. ¿Tienes hambre?

—No. Bueno, sí. Un poco.

—Hay cosas en el frigorífico, ya lo verás. Y tenemos bistec para cenar.

O sea, que lo había preparado todo, tal como había prometido. Mientras revisaba las habitaciones, una hora antes, había visto espacios amplios y pálidos, una clara predominancia del color beige y una moqueta recién aspirada. Los muebles, nuevos y con olor a plástico, estaban agrupados aquí y allá; una docena de butacas, una extensión reluciente como tablero de mesa y un cuarto de baño blanco, antiséptico. Todo muy distinto de su vida anterior, en la que habían tenido un calentador de agua rústico en el patio de atrás, un tejado de zinc y sofás y camas heredados de los que habían vivido allí antes que ellos.

—Puede que lo haya soñado —dijo Andrew—, pero ¿has estado dando vueltas por el piso antes del amanecer?

—Siento haberte despertado.

—La llamada a la oración me despierta de todos modos. ¿Qué te parece el piso? Había una casa, formaba parte de un recinto en el que vivían varias personas del Ministerio del Petróleo, pero es donde vive Jeff y me dijiste que no querías tenerlo como vecino. De todos modos, ya la han ocupado. No es que haya mucho para elegir. Turadup tiene que alquilar lo que le ofrecen. Para las familias saudíes, ofrecer sus casas a los expatriados supone una fuente de ingresos importante.

—¿De quién son los pisos?

—Creo que del tío del secretario de Estado.

—¿Y quién ha pagado todo esto? Los muebles nuevos, quiero decir.

—La empresa. Y también se han encargado de la decoración.

—Veo que nos cuidan bien. Esto no es como en África.

—Bueno, en África a nadie le importaba si llegabas o te marchabas.

Cuando algo se volvía demasiado duro, bastaba con echar una cabezadita.

—¿Y en cambio aquí sí les importa?

—Quieren que nos sintamos cómodos. Y el caso es que no se trata de un lugar demasiado agradable. Aun así —dijo Andrew, como si se lo recordara a sí mismo—, lo que cuenta es el dinero.

Frances apartó las sábanas y sacó las piernas de la cama.

—Hay algo que me parece bastante extraño. Anoche, cuando llegamos y vi esas enormes puertas en la entrada principal, creí que habría un vestíbulo compartido, pero me hiciste entrar por una puerta lateral que comunicaba directamente con la cocina. He encontrado la puerta secundaria, pero ¿dónde está la puerta principal? ¿Cómo lo hago para salir al vestíbulo?

—No salgas, de momento. La puerta principal está tapiada. Según me ha contado Pollard, aquí vivía una pareja árabe bastante adinerada; la mujer era pariente del ministro y estuvieron viviendo aquí mientras les construían la villa que ocupan en la actualidad. Acababan de casarse, ¿sabes? El marido era muy estricto con las cuestiones religiosas y mandó tapiar la entrada.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que la emparedó aquí dentro?

—No, mujer. No seas cafre.

—Creí que te referías a lo que hacían con las monjas durante el Oscurantismo. Para que se pasaran el día rezando.

—No se pasan el día rezando —dijo Andrew—. Sólo rezan las cinco veces de rigor. Al alba, a mediodía, a media tarde, al atardecer y por la noche.

—Tenía mucha información y estaba del todo despierto. No podía decirse lo mismo de ella—. Es increíble, ¿sabes? De repente, lo paran todo. Las tiendas cierran, la gente deja de trabajar. No se puede hacer nada.

—La puerta, Andrew...

—Sí, eso. La mandó tapiar para que no pudiera salir al vestíbulo y coincidir con algún vecino. Algún hombre, ¿sabes? O por si llamaba algún vendedor. La mujer podía salir por la puerta secundaria. Con el velo, por supuesto, y podía dar la vuelta al edificio pegada al muro, hasta que el chófer entraba en el callejón y entonces ella podía cruzar la verja y meterse en el coche. Y los coches llevan esas cortinas en las ventanillas posteriores, ¿te fijaste anoche?

—Anoche no me fijé en nada. Oye, ¿no me estarás tomando el pelo?

—No, de verdad. Llevan cortinas, para poder quitarse el velo cuando están dentro del coche.

—Me parece sumamente considerado.

Frances bajó la mirada hacia sus rodillas desnudas, blancas, hacia sus pies descalzos sobre la moqueta nueva de color beige. Andrew le había hecho el amor la noche anterior, pero ella no recordaba nada en absoluto.

—Debe de hacer calor debajo de tanto velo —dijo Andrew, dejando la taza de café vacía sobre el tocador—. Ah, y tenemos yogur —dijo—, por si te apetece para desayunar. Y cereales, también. Tengo que marcharme o llegaré tarde.

—¿Me llamarás?

—No tenemos teléfono. La semana que viene, *insha Allah* —dijo, y se detuvo frente al portal—. Odio oírme decir eso, pero se me ha pegado porque lo dice todo el mundo. Si Dios quiere, esto; si Dios quiere, lo otro. Suena muy derrotista. Te quiero, Fran.

—Sí —dijo ella, levantando la mirada, buscando los ojos de su marido. ¿Qué tiene que ver Dios con la compañía telefónica?, se preguntó. Andrew se había marchado. Oyó el portazo y la llave echando el cerrojo. Por un instante, se quedó petrificada por la sorpresa. La había encerrado ahí dentro.

Debe de ser sólo la costumbre, se dijo a sí misma. Había estado viviendo solo en ese piso. En algún lugar debía de haber un manojito de llaves para ella, aunque tampoco tenía intención de salir esa misma mañana. No parecía que hubiera mucho por hacer en el piso, pero aún tenía que deshacer el equipaje. La primera mañana en la primera casa de Zambia, a pesar del calor sofocante, se la había pasado fregando el suelo. A las once, los vecinos llamaron a su puerta, le preguntaron si había hecho una lista de la compra y se ofrecieron a acompañarla para buscar todo lo que le hiciera falta; recibió varias invitaciones para cenar y le preguntaron si quería un gato para mantener las serpientes a raya dentro de la casa. Más tarde, por el sendero de entrada acabaron pasando un montón de jóvenes buscando trabajo.

Frances se tomó el café a sorbitos, escuchando el rugido distante del tráfico rodado. Cuando hubo terminado, se quedó sentada un buen rato,

mirando el fondo de la taza. Al final, con un leve suspiro, la dejó sobre la mesita de noche de teca laminada. Luego sacó un pañuelo de papel de la caja que guardaba junto a la cama y limpió la marca que había dejado la taza sobre la madera. Se quedó allí sentada todavía un poco más, con el pañuelo arrugado en la mano. Más adelante, recordaría con bastante claridad esos primeros minutos que había pasado a solas en la calle de Gaza, esos movimientos cansados, casi automáticos; recordaría que su primera respuesta ante Yeda había sido el aburrimiento, la inercia, la poca disposición a apartarse de la cama o a mirar por la ventana para ver lo que ocurría en el exterior. A toro pasado pensaría: de haber sabido entonces lo que sé ahora, me habría movido, habría mirado, me habría fijado en todo y lo habría dejado escrito. Aunque no habría respondido con aburrimiento, sino con miedo.

2

Cuando Andrew Shore se marchó a Yeda tenía treinta y tres años y era un joven serio y prudente que lucía barba, el bronceado habitual de los profesionales expatriados y la ropa desaliñada y repleta de bolsillos visibles. Su imagen se ajustaba más bien a la que solemos tener de un fotógrafo de guerra. Tenía la mirada ávida, azul, un ademán escéptico y la capacidad de mantenerse al margen de cualquier situación. Este último atributo ya había demostrado ser especialmente útil en su carrera profesional. En África siempre resultaba contraproducente perder los nervios: los lugareños reaccionaban con burlas y sólo conseguías que te subiera la presión arterial. Si de verdad querías que hicieran algo, lo mejor era fingir que no te interesaba lo más mínimo, que en realidad preferirías pasar el día sentado bajo un árbol y tomarte una lata de cerveza. Si presionabas a la gente, se rendían enseguida. Luego actuaban como si les estuvieras pidiendo algo imposible, argumentaban que de todos modos no tenían gasolina y que los jornaleros se habían lesionado la espalda o habían recibido el aviso urgente de que su abuela había muerto en otra ciudad. Era mejor lanzar indirectas, adoptar una informalidad estudiada y, de esta manera, a veces incluso conseguías que hicieran algo. A veces.

Nada más llegar a Yeda, Eric Parsons le dijo:

—Tendremos que presentarte al secretario de Estado. No es más que una formalidad.

Cuando llegaron al despacho del secretario de Estado, Andrew miró a su alrededor y se preguntó para qué necesitaba el ministerio un edificio nuevo, aunque no dijo nada. Al fin y al cabo, ese edificio nuevo era lo que le

permitiría ganarse la vida. Los hicieron pasar y les sirvieron té de menta, muy dulce, en unos vasos diminutos. El secretario de Estado les señaló dónde podían sentarse sin dignarse a levantar la mirada siquiera, y luego continuó ignorándolos, centrando toda su atención en los papeles que tenía sobre la mesa y en la conversación que mantenía por su teléfono especial, de oro y ónix. Luego se puso a charlar en árabe con dos hombres que entraron en el despacho y volvieron a salir.

—Le presento al señor Shore —dijo Parsons, cuando ya llevaban un rato siendo ignorados—. Le he hablado de él, ¿se acuerda? Se encargará del edificio nuevo. Está ansioso por fijar los objetivos que tendrá que cumplir y ajustarlos al calendario.

El secretario de Estado no respondió, pero cogió su bolígrafo Cartier y firmó unos cuantos papeles con seriedad y cierta indiferencia. Un chico yemení entró con una bandeja y sirvió café de cardamomo. Pasaron diez minutos, y durante ese tiempo el chico del café no se apartó del secretario de Estado. Le rellenó la taza en tres o cuatro ocasiones, hasta que el secretario la agitó levemente para indicarle que no quería más. El chico del café recogió la bandeja y salió de la sala. El secretario de Estado descolgó el teléfono otra vez, soltó un gruñido, lo colgó de nuevo y miró por la ventana. Una de sus manos acariciaba el bloc de papel secante, encuadernado en piel verde y repujado con las cimitarras cruzadas y la palmera que formaban el emblema de la casa de Saud.

Y luego, poco a poco, sus ojos oscuros y grandes como ciruelas, aunque ictéricos, por lo que parecían más bien ciruelas amarillas, recorrieron la sala y se detuvieron durante un instante brevísimo sobre los dos hombres. Y luego asintió, de un modo casi imperceptible. Al parecer, Parsons vio en ese gesto una especie de señal, porque se levantó como si ya hubieran terminado y durante apenas un segundo agarró a Andrew Shore por un brazo. La sonrisa afable que dedicó al secretario de Estado no encajó en absoluto con la presión casi dolorosa que aplicó entre índice y pulgar. Cuando llegaron a la puerta del despacho, el secretario volvía a estar colgado del teléfono.

—¿Ya está? —preguntó Andrew, en el pasillo.

Parsons no respondió, aunque insistió en sonreír de un modo

pseudomisterioso, lo que irritó a Andrew. Formaba parte de la empresa, conocía el sistema y lo aplicaba a rajatabla. Nada de murmullos entre dientes o de señales de victoria tras las puertas cerradas del despacho. Volvieron a la planta baja y salieron para reencontrarse con el sol.

Ya en el aparcamiento, se dieron cuenta de que el secretario de Estado se les había adelantado, probablemente con la ayuda de un ascensor privado. Mientras caminaba con pasos amplios hasta su Daimler, con el zaub blanco ondeando a la altura de las rodillas y el ghutrah del mismo color flameando en su cabeza, una docena de personas aparecieron de la nada y se agruparon a su alrededor. Todos iban vestidos igual, con la única excepción de los turbantes: algunos los lucían de color blanco y otros, de cuadros rojos y blancos como los trapos de cocina. Desde el mar llegó una brisa vigorosa que les hinchó los zaubes. Entre el movimiento de los brazos y el embrollo de cuerpos, enseguida resultó imposible distinguir al secretario de Estado de los hombres que formaban el séquito, de manera que el conjunto no parecía más que una cesta para la colada animada por un fenómeno paranormal.

Andrew se detuvo para mirarlos.

—¿Qué ocurre?

—Sólo se están saludando —dijo Parsons—. Al fin y al cabo, no se deja ver mucho por el ministerio, está demasiado ocupado.

—¿Ocupado con qué?

—Con sus negocios.

—Entonces ¿no es ministro a tiempo completo?

—Dios mío, no. A fin de cuentas, no es miembro de la familia real, ¿sabes? ¿Por qué tendría que descuidar sus negocios para ocuparse de los de la casa real?

—¿Me estás diciendo que el Reino es un negocio familiar?

—Si lo prefieres —dijo Parsons—, puedes llamarlo así.

El secretario de Estado ya casi había llegado hasta su coche, pero se entretuvo un poco más mientras los hombres que formaban la comparsa le besaban las mejillas.

—Supongo que son proveedores del ministerio —añadió.

—Parecen demasiado afectuosos para ser proveedores, ¿no?

—La mayoría de ellos casi con seguridad también son parientes. Esa accesibilidad es una especie de tradición para ellos. Tampoco es cuestión de aislarlos sólo porque sean funcionarios, ¿no?

Andrew miró de reojo a Parsons con una expresión de incredulidad. Parsons sacó una pipa del bolsillo superior de su camisa de explorador y se la puso en la boca. Parecía haber elegido un momento extraño para ello; a menos que se tratara de un tic, de una forma de expresar lo que sentía en realidad. Como había hecho con el pellizco en el brazo.

—Debo confesar —dijo Andrew— que no me ha parecido un hombre especialmente accesible.

—Tienen reglas distintas para tratar con nosotros —replicó Parsons, sin apenas apartarse la pipa de los labios—. No olvides, Andrew, que como individuos somos insignificantes para la mentalidad saudí. Si estamos aquí es porque nos lo permiten, y sin duda es a regañadientes. Necesitan expertos occidentales. Pero son gente rica y orgullosa, y, por supuesto, va contra su naturaleza admitir que necesitan a alguien —dijo, y pareció como si tuviera que repetir esas palabras a menudo.

—¿Crees que son ricos y tienen orgullo —preguntó Andrew—, o que sólo tienen orgullo porque son ricos?

Parsons no respondió, y Andrew quedó sorprendido consigo mismo. Esa pregunta era más propia de su esposa. El secretario de Estado ya se había metido en su Daimler y había bajado la ventanilla eléctrica para seguir charlando con su comitiva de parásitos. Andrew tenía el estómago revuelto por culpa de las tazas de café de cardamomo que no había sabido rechazar. Le sacaba de quicio comprobar que era incapaz de arrancarle a Parsons una respuesta humanamente aceptable, algo que no fuera una réplica aprendida y apaciguadora.

—¿Turadup también les parece insignificante? —preguntó.

Parsons se quitó la pipa de la boca otra vez y torció los labios formando la mueca que algunos ingleses utilizan para evitar encogerse de hombros.

—Tenemos el contrato para el edificio ministerial —dijo— y para los silos de la base de misiles, además de obras por valor de varios miles de millones de riyales en Riad. Por supuesto, es posible que a pesar de todo se

harten de nosotros, que nos echen y asignen las obras a otra compañía. Quiero decir que no tienen ningún compromiso, como sucede en otras partes del mundo, ¿sabes? Sin embargo, también hay que tener en cuenta que la empresa tiene un patrocinador saudí, que como patrocinador le corresponde un porcentaje y que, además, tiene un rango superior al del tipo que hemos visto hoy. Y piensa en los beneficios secundarios que aportamos, los alquileres y todo eso. Supongo que, como empresa, no podemos considerarnos absolutamente insignificantes. Sin embargo, como individuos tampoco esperan que nadie marque la diferencia. Lo mejor que podemos hacer, como individuos, es mantenernos al margen de los problemas.

Entretanto, el secretario de Estado ya había subido la ventanilla y se había marchado. Casi en el mismo momento en que el Daimler salía de las puertas del aparcamiento, unos cuantos empleados saudíes que habían quedado rezagados salieron por la puerta principal y se dirigieron a sus coches. Ya era la una y media, y el horario de los ministerios del gobierno terminaba a las dos y media.

—Ah, de vuelta a casa —dijo Parsons complacido—. Eso es lo que deberíamos hacer nosotros, volver. Aunque sea a nuestra vieja caseta prefabricada, ¿no? Te daré un consejo, Andrew: lo mejor que puedes hacer es sumergirte en tu humilde rutina. Las cosas no son sencillas, pero con los años me he dado cuenta de la satisfacción que encierra el hecho de ir superando dificultades. Estoy seguro de que oirás a tipos como Pollard despotricar de los saudíes, y tienen todo el derecho a quejarse, pero ¿de qué les sirve? Creo que vale más que te acostumbres a tomártelo con filosofía.

Anduvieron juntos hasta el coche de Eric Parsons, y éste bajó la ventanilla un rato, para dejar salir el aire caliente y húmedo que había quedado atrapado dentro. A continuación, encendió el aire acondicionado y subió la ventanilla de nuevo.

—Te has comprado un cochecito japonés, ¿no? —preguntó Parsons—. ¿Qué tal va?

—Bien —respondió Andrew con aire ausente—. Bien.

Todavía estaba mareado. He perdido veinte minutos dentro del despacho de ese tío, pensó, y ni siquiera me ha dirigido la palabra.

—Pareces un tío formal, Andrew —dijo Parsons—. Ya verás como no te sientes tan raro cuando llegue tu esposa. No hay nada como la vida familiar para resistir en este lugar. Baja la cabeza y todo irá bien.

Más tarde, esa misma noche, intentó escribir a Frances, pero le costaba mucho encontrar las palabras. Se la imaginó. Con el camisón rojo, tal vez, recogiendo el correo por la mañana, en el recibidor de la casa de su madre. Tenía la sensación de no haber conseguido describir lo que le había ocurrido en el ministerio, de que tal como se lo había contado, su esposa no le vería ningún sentido. ¿Le estaba mandando la información adecuada? Era casi como si tuviera que contarle algo crucial y no acertara a determinar de qué se trataba.

Desde que se habían separado en el aeropuerto Jan Smuts, llevaba encima una pequeña fotografía de su esposa. Le habían pedido un montón de fotografías de tamaño carnet para cumplir con el sinfín de protocolos necesarios para otorgarle la residencia en el Reino, y se había quedado una para llevarla en la cartera. La sacó y la contempló. Frances tenía treinta años, aunque en aquella fotografía quizá parecía un poco más joven: un metro cincuenta y dos, delgada y bonita. Así es como la describiría, pensó, y supongo que así es como se la describió a Daphne Parsons.

—¿Y cómo es su mujercita? —le había preguntado la señora Parsons con aire condescendiente.

Aunque había optado por no ofrecer tantos detalles a Daphne, pensó en la piel de su esposa, llena de pecas, y en su pelo castaño claro, que formaba una especie de halo ensortijado alrededor de su cabeza tras una permanente poco afortunada. Tenía la boca pequeña y unos ojos claros y curiosos que no eran de ningún color concreto. Avellana, tal vez.

—Frances llegará dentro de poco. Pronto la conocerá —le había respondido a la señora Parsons. ¿«Mujercita»? ¿Qué le había hecho pensar que su esposa era menuda?

Frances llegará dentro de poco, con sus preguntas incisivas y sus costumbres meticulosas. Es de esa clase de personas que marcan las fechas en los calendarios y no se fían de la memoria. De las que, cuando rellenan un cheque, restan la cifra del total y anotan el resultado en el talonario. Sabe dónde está todo cuanto poseen, tanto lo que es de ella como lo que es de él. Se

acuerda de los cumpleaños de la gente, y memoriza enseguida los números de teléfono. Le gusta dar sentido al mundo elaborando listas y anotándolo todo. Quizá, pensó Andrew, escribirá un diario. Cogió la pluma y añadió otra frase a la carta con esmero: «Te echo mucho de menos, Fran». Se sintió débil por echarla de menos y, avergonzado por esa debilidad, le dio la vuelta a la fotografía para que quedara boca abajo sobre la mesa.

DIARIO DE FRANCES SHORE

4 de muharram

Lo primero que hice fue recorrer todo el piso y abrir todas las cortinas. No me parece una manera especialmente buena de empezar un diario, pero creo que es necesario dejar constancia escrita de todo lo que hice durante la primera mañana. Así, cuando lo recuerde, podré confirmar que no di un palo al agua. Y, aun así, el tiempo fue pasando y superé el trago. Me recordó a un día, en África, en el que me quedé sola en casa porque estaba enferma y tenía que guardar cama. Me había subido la fiebre por culpa de las picaduras de pulga y ya me había curado, pero todavía estaba débil, me dolía todo y no tenía energía para hacer nada. La casa permanecía en silencio porque la asistenta estaba de vacaciones y los perros estaban durmiendo. Afuera llovía con insistencia, esa cortina de lluvia gris que en ocasiones se prolongaba durante varios días. Recuerdo que pasé la mañana compadeciéndome de mí misma y consultando el reloj cada dos por tres, incapaz de concebir que el tiempo pudiera pasar tan despacio. Llevábamos unos días con el dormitorio a media luz, para mitigar el dolor de cabeza que tanto me había torturado, y, aunque la migraña había desaparecido, no tenía la fuerza o la iniciativa necesarias para levantarme de la cama y dejar entrar la poca luz que había en el exterior. Ese día me sentí del todo irreal, del todo sola, como si flotara a la deriva en una especie de mar gris e inmóvil.

Cuando me di cuenta de cómo me sentía la primera mañana en Yeda, lo achiqué a la fatiga, al malestar del vuelo y, una vez más, a la autocompasión, y es que no estaba muy segura de querer estar allí. Pero por mucha energía que pueda mermarte viajar en avión, la fiebre que provocan las picaduras de pulga es mucho peor. Además, de eso han pasado ya unos años y he aprendido a conocerme mejor. Por eso en esta ocasión decidí levantarme y correr las cortinas para dejar entrar la luz del sol.

Eran de esas cortinas que parecen hechas de avena tejida. La moqueta es de color beige, igual que el papel pintado de las paredes y que la mayoría de los muebles.

Cuando aparté las cortinas me di cuenta de que no se veía el exterior. Hay persianas exteriores de madera y, oculto tras las cortinas, un mecanismo que sirve para levantarlas. En el salón, las persianas no estaban bajadas, y al correr las cortinas descubrí lo que había estado buscando antes del amanecer. Era un muro.

Me di cuenta de que empezaba a frustrarme: primero persianas, y luego un muro. Recorrí todo el piso mirando por todas y cada una de las ventanas: en el primer dormitorio, un muro; en el segundo dormitorio, un muro; en el tercer dormitorio, un muro. Y luego entré en la cocina, pero la cocina no tiene ventana, sino la puerta trasera,

con una hoja de vidrio glaseado. Sin embargo, la puerta estaba cerrada con llave y todavía no había conseguido encontrar un juego para mí en toda la casa. Entré en el baño, donde hay una pequeña ventana corredera de vidrio glaseado. La abrí, pero también encontré un muro.

Supongo que la noche anterior no me había dado cuenta de que el muro rodeaba por completo el bloque de apartamentos. Supongo que tampoco esperaba encontrar un jardín. Un árbol sí, lo había visto al alba. De tronco marrón y hojas marrones.

Anoto las cosas en este diario para poder escribir cartas a casa. La gente espera que cuentes cosas emocionantes, aunque lo cierto es que cuando llevas varias semanas en un mismo lugar la emoción se pierde y, en caso de no perderse, no será tan emocionante como sin duda esperarán que sea los que recibirán la carta. Se sienten obligados a bajarte los humos, como si por el hecho de haberte marchado a un lugar remoto estuvieras en cierto modo criticando cómo viven ellos.

Durante el lapso de tiempo que pasé en Inglaterra esperando el visado, fui a Scarborough para hacerle una visita a mi prima Clare. Solíamos llevarnos bastante bien antes de que me marchara al extranjero. Me llevé unas cuantas fotografías de la casa y el jardín que habíamos tenido en Botsuana, lo que seguramente fue un error, algo demasiado aburrido, pero considero que tampoco merecía el desprecio y la hostilidad con los que me trató Clare. Me dijo que no entendía qué era lo que me inducía a vivir en lugares como ése, que ella no lo haría jamás. Y luego me preguntó por qué Andrew no buscaba trabajo en el Reino Unido. Yo le respondí que no era posible encontrar un empleo con el sueldo que le pagaban en el extranjero. En cuanto le dije cuánto ganaba, no volvió a abrir la boca.

Aun así, no importa lo poco que pueda llegar a interesarle a la gente lo que puedas contarles. Hay que escribir cartas de todos modos, por mucho que tenga la sensación de que aquí sucederá más bien poco. Un ejemplo: no pude escribir gran cosa sobre las vistas de la ventana del salón. Según Andrew, la primera impresión que te llevas del Reino es la de un lugar estable y organizado, donde los teléfonos funcionan bien (cuando has conseguido que te lo instalen) y pasan a recoger la basura cada mañana, puerta a puerta. Sé que a Clare eso no le interesará en absoluto, por eso se me ocurrió que si escribía mi diario de vez en cuando, consciente de que no lo haré cada día, tal vez registre cosas que pueda aprovechar para las cartas que redacte.

Esto es nuevo para mí. En África no era necesario convencerse de que la vida era interesante, porque siempre estaban sucediendo cosas. El jardinero se infectaba de sífilis, por ejemplo. Tal vez sea un alivio no tener servicio doméstico.

Esa primera mañana la pasé recorriendo el piso con un pensamiento desesperado en la cabeza: deseaba que se ensuciara para poder limpiarlo. Y yo no suelo desear esa clase de cosas.

Entré en la cocina y cambié de lugar la comida que había en el frigorífico. Eché un vistazo al interior de los armarios para ver si podía hacer una lista con las cosas que necesitábamos, pero no me pareció que faltara nada. Entré en un dormitorio vacío y dejé dentro una de las maletas para que de ese modo no se viera tan vacío. Sin embargo, en ningún momento tuve la sensación de estar adueñándome del territorio.

A continuación me dediqué a deshacer las maletas. Los tipos de la aduana lo habían revuelto todo y lo habían reducido a un único embrollo, y fue entonces cuando me di cuenta de que me faltaba un zapato: sólo había uno y era nuevo, todavía estaba por estrenar. Aun siendo consciente de lo desproporcionada que era mi reacción, lo cierto es que ese despilfarro me superó y pensé: mierda, vaya mierda de agentes de aduana, ¿quiénes se han creído que son? Y lo repetí en voz alta: mierda, mierda, mierda. Luego metí la mayor parte de la ropa en la lavadora y me puse a planchar el resto. Cuando terminé de colgar las prendas en el guardarropa todavía eran las once y media.

Estuve dando vueltas por el piso sin apartarme de los pensamientos funestos, «aquí estoy y aquí me quedo», y cosas por el estilo. Entré en el baño y, en el lavamanos, encontré la cucaracha más grande que he visto en mi vida. La estuve observando durante un buen rato con repugnancia, pero también con fascinación. Luego caí en la cuenta de que había más gente en el edificio, otras vidas a mi alrededor. Oí el timbre lejano de un teléfono y pasos en el piso de arriba. Fue como despertarse de un sueño. No puedo seguir así, vagando sin rumbo por el piso.

Entré en el salón. No encontré los doce sillones que me había parecido ver antes, sino ocho, aunque muy repartidos, y también dos sofás muy largos y mullidos de color avena. Cuando hay tantos lugares para sentarse, cuesta encontrar motivos para elegir uno frente a los demás. Tal vez por eso me quedé allí plantada un buen rato, intentando decidirme. Al final elegí la butaca que quedaba más cerca de la ventana y me senté con la espalda erguida, como si me estuvieran observando, leyendo el libro de bolsillo que había empezado durante el vuelo. Tal vez por eso tenía la sensación de no haber llegado todavía, de estar aún en camino, con el pasaporte en el bolso, esperando a que empezara todo.

Al cabo de unos minutos me levanté y encendí la luz del techo. Me di cuenta de que siempre tendría que estar encendida y me pareció deprimente, porque odio tener que encender las luces durante el día. Reinó el silencio hasta que oí la llamada a la oración de mediodía. Me pareció extraño pasar la mañana entera sin hablar con nadie, más todavía sabiendo que había gente en el piso de al lado y en el de arriba. Y que detrás del muro había una calle y todo un país que todavía no había podido ver.

Más o menos a las dos, la cucaracha entró en el salón. Se paseó por la enorme extensión de moqueta y empezó a trepar por una de las cortinas. En cierto modo, incluso me alegré de verla.

Ese primer día, Andrew llegó a casa a las tres y media. Frances lo siguió por todo el piso.

—¿Será siempre así? —preguntó ella.

Andrew dejó el maletín encima de la mesa. Parecía preocupado.

—Siento haberte dejado encerrada.

—Y cuando salga, ¿cómo lo hago para ir de un lado a otro?

—Tendré que hablar con Jeff Pollard para ver si la empresa puede

mandarte un chófer para ir de compras de vez en cuando.

—Ya sabes que ir de compras no es que me vuelva loca, precisamente — dijo ella en un tono afable.

Andrew abrió el maletín y sacó un fajo de papeles que procedió a hojear, como si buscara algo.

—Bueno, pues no sé si podrás hacer gran cosa más, aparte de ir de compras.

—¿Cómo lo hace la gente para ver a sus amigos?

—Supongo que deben de arreglárselas de algún modo. Hay mujeres que contratan a un chófer privado, pero no creo que nosotros nos lo podamos permitir.

—¿Hay autobuses? Podría ir en autobús, ¿no?

—Sí que hay autobuses. —Por fin había encontrado la hoja de papel que le interesaba y la estaba leyendo—. Pero no creo que sea recomendable que vayas en autobús.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó ella—. ¿Qué te ocurre?

—Ah, nada. Sólo he tenido un mal día.

—¿Y no me cuentas por qué?

—No, es que no sabría ni por dónde empezar a explicártelo.

Dicho esto, volvió a guardar los papeles dentro del maletín y lo cerró de nuevo. ¿Es necesario que sonemos tanto como una pareja casada?, se preguntó Frances. Nunca habíamos tenido una conversación de este tipo. Parece como si la hubiera escrito un equipo de guionistas.

Andrew cruzó el salón y se dejó caer en una butaca. Ella lo siguió y, de nuevo, el gran dilema: ninguna de las demás butacas estaba colocada de manera que dos personas pudieran charlar con normalidad. Le pareció poco considerado empezar a mover muebles en ese momento, aunque lo cierto era que él ya llevaba diez minutos en casa y todavía no la había mirado ni una sola vez, lo que también se podía valorar como una falta de consideración. Al final se decidió por una silla que quedaba en diagonal respecto a él y se reclinó en un intento consciente de relajarse. O al menos de aparentarlo.

—He estado ordenando cosas —dijo ella—, archivando papeles y eso. No he encontrado tu pasaporte.

—Lo tengo en la caja fuerte del despacho. Me lo guarda Turadup. Tengo un documento de identidad, lo llaman «*iqama*». —Se lo sacó del bolsillo y lo lanzó hacia ella con cierta indolencia—. Y también tengo que llevar siempre encima el carnet de conducir. Si te para la policía y no llevas la documentación, te mete entre rejas hasta que se han asegurado de que todo está en regla. Se esmeran mucho en saber quién es quién, ¿sabes?, por la inmigración ilegal. Hay gente que entra en el país a finales del verano para el peregrinaje a La Meca y luego intenta conseguir un empleo. Creo que hay una especie de mercado negro para el servicio doméstico. Tratan de ganar algo de dinero y regresar a Kerala, o al lugar del que procedan, antes de que la policía los detenga.

—No me imagino a la policía confundíendote con el criado ilegal de nadie.

—Entonces ¿qué me estás diciendo? ¿Que deberían parar sólo a la gente que tenga un determinado color de piel?

—Ésa sería la recomendación práctica.

—Bueno, es que no hay prejuicios respecto al color de la piel en Arabia Saudí. Al menos, en teoría. Me han dicho que la piel de la chica es una de las cosas que se tienen más en cuenta a la hora de acordar un matrimonio. Si él no la ha visto jamás sin velo, supongo que tendrá que valorarlo a partir de la pigmentación de los hermanos y confiar en que será la misma... ¿De qué estábamos hablando?

—De tu pasaporte. ¿No puedes traerlo a casa? Nunca se sabe... ¿Y si hay algún problema y tenemos que marcharnos precipitadamente?

—El pasaporte no me serviría para nada. No puedes salir del país cuando te dé la gana. Hay que solicitar un visado de salida, y eso requiere varias firmas y un sello oficial. —Andrew volvió a guardarse el *iqama* en el bolsillo, no fuera a dejárselo por alguna parte—. Si quieres marcharte, necesitas el permiso de quien te auspicia. En mi caso, se trata de su alteza real el ministro; en el tuyo, tu responsable soy yo. Incluso para ir a otra ciudad, necesitas mi autorización por escrito.

—¿De verdad? ¿Y sucedería lo mismo aunque fuera saudí?

—Pues sí. No puedes cambiar de residencia cuando te dé la gana.

—Eso me recuerda a algo —dijo ella—. A la ley de pases de Sudáfrica.

—No, no es tan grave. Muchos países tienen reglas de ese tipo. Lo que ocurre es que nosotros nos hemos pasado la vida en marcos mentales distintos. Esta sociedad no es libre. No están acostumbrados a la libertad, les falta práctica.

—La libertad no es algo que requiera práctica —dijo ella—. Si la tienes, sabes cómo utilizarla.

—No lo sé. Tal vez. —Parecía muy cansado—. No nos estamos peleando, ¿verdad? No puedo hacer nada para cambiar el sistema. Lo que tenemos que hacer es sacar tanto provecho como podamos a esta oportunidad. Como en la mayoría de los casos, no tiene por qué afectarnos esta situación, no será un problema para nosotros. —Se quedaron un momento sin decir nada—. Lo primero que tenemos que descubrir —dijo, al fin— es cómo podemos hacer que el día a día resulte más soportable. Iré a ver a Pollard, insistiré para que presione a la compañía telefónica. Y haremos demoler la tapia de la puerta principal, para que puedas hablar con las vecinas.

—¿Tenemos que mantener las persianas cerradas?

—Por la noche, sí. Son una medida de seguridad contra los robos.

—Creía que no habría ladrones porque les cortan las manos.

—Y lo hacen. Eso dicen los periódicos cada vez que atrapan a alguno.

—¿Y eso no basta para disuadirlos?

—Parece imposible, ¿verdad? Me he dado cuenta de que en los periódicos no se habla de los delitos, sino que se limitan a informar de cómo los castigan. Pero si hay castigos, tiene que haber delitos también.

Frances se dio cuenta de que su marido había sufrido algún disgusto durante el día; que se había enfadado por algo o se había llevado una sorpresa desagradable.

—¿Quieres que prepare un té? —dijo ella.

Y es que lo único que puedo hacer es ser práctica, comportarme como una buena ama de casa, muy práctica, y ofrecer todo lo que se espera que ofrezca una buena ama de casa. El caso es que decidió venir aquí, consciente de que no sería fácil, porque me lo dijo, y ahora cree que los problemas iban con el contrato, que se los merece y que no debería estar sorprendido, ni confundido

ni enfadado.

—Lo cierto es que no es posible saber si hay ladrones o no —dijo Andrew—. A menos que lo oigas por ahí, porque circulan rumores, eso sí. —Levantó la mirada antes de proseguir—. Todo son rumores. Nunca sabes con seguridad lo que sucede en esta mierda de país. Nunca.

Ella se levantó y fue hasta la cocina, seguida por su marido.

—Frances, tienes que darle una oportunidad. Podrás recibir visitas, harás amistades..., amigas. Si quieres ir a algún sitio, sólo tienes que decírmelo y yo siempre estaré dispuesto a llevarte.

Ella sacó la leche del frigorífico. Y esperó.

—Hay un tipo en la oficina —dijo—, una especie de recepcionista, se llama Hasan. Creí que sobre todo se dedicaba a preparar té y llevar en coche a Daphne, pero resulta que su especialidad son los sobornos. No me extraña que no lo encuentre nunca cuando necesito que ponga agua a hervir, debe de estar pasando propinas al factótum de algún príncipe. Aunque sólo se dedica a sobornar a funcionarios de bajo rango, no a los cargos superiores.

—¿Y quién se encarga de sobornar a los cargos superiores?

—Todavía no lo sé. ¿Eric, quizá? Pagaron para obtener tu visado, y también para conseguir mi carnet de conducir. Hay que pagar por todo, tienes que sobornar a los recepcionistas para que descuelguen el teléfono y respondan cuando los llamas. Y lo curioso es que oficialmente no hay sobornos en el Reino de Arabia Saudí. Y lo que todavía es más extraño: el soborno en Arabia Saudí constituye un delito muy grave, hasta se castiga con la cárcel y la deportación. Aunque, por supuesto, eso no llega a ocurrir jamás, porque en Arabia Saudí no hay sobornos.

Ella sacó dos tazas del armario de la cocina. Empezaba a ubicarlo todo, al fin y al cabo tenía que ser su casa.

—Bueno, ¿qué esperabas?

—No sabía que sería así. No sabía que este tipo de situaciones tendrían tantas capas. —Hizo una pausa—. ¿Crees que soy demasiado ingenuo?

—Sí, un poco, ya que me lo preguntas. Pero supongo que te acostumbrarás.

—Creía que los problemas serían más abstractos —dijo Andrew—, cuestiones de consciencia. Pero luego resulta que al menos una vez al día veo

lo que ocurre en una situación concreta y me doy cuenta de dónde me he metido... —Se puso una mano en las costillas—. Es como si me estuvieran pateando.

Turadup, William and Schaper llegó a Arabia Saudí a finales de 1974, unos meses antes de que el rey Faisal muriera tiroteado por su sobrino cuando los ingresos por el petróleo estaban en lo más alto, las propiedades en Riad duplicaron su precio en tan sólo un mes y la necesidad de construir pasó a ser tan urgente que el cielo de Yeda quedó ennegrecido por la cantidad de helicópteros que se dedicaban a transportar los sacos de cemento desde los barcos que abarrotaban el puerto. Desde entonces, la empresa se había expandido hacia Kuwait y los Emiratos Árabes, había sido expulsada de Irán coincidiendo con la caída del sah y se había adaptado a la legislación laboral de Arabia Saudí y al auge de la arquitectura islámica. Tenía un contrato para un centro comercial en Riad, varias escuelas en la provincia Oriental, un hospital militar y almacenes en Yanbu. Había también un proyecto militar sobre el que no se hablaba mucho, y el cuartel general ministerial, revestido de arriba abajo con mármol y chapa dorada. Turadup y William murieron y han quedado olvidados, pero el hijo de Schaper sigue vivo, y buena parte del éxito reciente de la empresa debe atribuirse a su voluntad y capacidad de adaptación a las prácticas comerciales de Oriente Próximo: a los retrasos, al lenguaje ambiguo y a los trapicheos.

A lo largo de la década de los setenta, Schaper hizo múltiples viajes a Arabia cargado de fajos de billetes usados. Su maletín adquirió una dimensión legendaria por lo que llegaba a salir de él. Consciente de cuál era su papel, se aficionó a los puros habanos y a los sombreros excéntricos, al más puro estilo texano, y le gustaba definirse como un «aventurero». Turadup mandó equipos de obreros de la construcción desde el Reino Unido, y los alojó temporalmente en campamentos que se erigían fuera de las ciudades. Los obsequió con un supermercado improvisado en el que se vendían refrescos, con un comedor en el que se servían hamburguesas norteamericanas congeladas y con consejos para evitar las insolaciones, una vacuna contra el tétanos, una diana para dardos y tres billetes de avión anuales para volver a ver a las familias que habían dejado en su país. El estrés físico que sufrían era

demoledor; los horarios, terribles, y las remuneraciones, espectaculares. Pasaban las horas libres tendidos en la cama, contemplando los mosquitos que revoloteaban por los cubículos. Poco acostumbrados a escribir cartas, se convirtieron en prisioneros de larga condena, expuestos a la paranoia y al temor, más fundado que paranoico, de que sus esposas los abandonaran por otros hombres. Las cartas llegaban repletas de noticias sobre reventones de tuberías, accidentes de tráfico sin mayores consecuencias y actos de vandalismo en las fincas donde habían vivido. Sin embargo, parece ser que aquellas palabras escritas con bolígrafo azul sobre papel de carta ocultaban más de lo que revelaban entre líneas.

Los obreros empezaron a destilar sus propios licores. Se desplazaron hacia el desierto para gozar de más privacidad y, a raíz de eso, se crearon equipos de registro. A pesar de todas las precauciones, el sol les dejaba la piel llena de ampollas de color escarlata. Sufrían sarpullidos extraños y dolores en el pecho. Cuando pudieron marcharse a casa de nuevo, se sentaron en la parte de atrás de un avión y una hora después de despegar ya estaban borrachos por completo. Se rociaron mutuamente con Nina Ricci del *duty free*, se propasaron con las azafatas, tiraron la cena que les sirvieron y, camino del baño, vomitaron sobre los saris de unas respetables damas indias. En Heathrow se esfumaron, como si se los hubiera tragado la lluvia, y a buena parte de ellos no se los volvió a ver jamás. Aquello entraba en los cálculos de la empresa: fueron carne de cañón. Contratarlos había sido fácil y rápido, y sustituirlos saldría barato. Barato para lo que estaban acostumbrados en Turadup por aquel entonces, al menos. Y barato comparado con lo que habrían exigido cobrar trabajadores especializados de otras nacionalidades.

El caso es que muchos acabaron deportados por mala conducta, por contravenir los preceptos del islam. A algunos los azotaron antes de expulsarlos del país, y a otros la policía religiosa les propinó palizas en plena calle por encender cigarrillos durante el período de abstinencia del ramadán. Todos habían recibido la información de los riesgos nada más llegar, y Turadup no aceptó ninguna responsabilidad en esos casos; al fin y al cabo, eran adultos y conocían las normas. Llegó un punto en el que esos hombres supusieron un problema más que una ayuda, de manera que en la actualidad

sólo había unos cuantos británicos en los puestos de capataz y de jefe de obras, mientras que la mano de obra era coreana: hombres de piel amarilla y carácter dócil vagando por un paisaje desértico, jornaleros sin remuneración ni expectativas.

Por otro lado, Turadup siempre se había enorgullecido de cómo trataba a sus profesionales en plantilla. Los alojaban en lujosas villas prefabricadas con moqueta, un aire acondicionado glacial y jardines instantáneos con arbustos plantados en macetas. Les pagaban las tasas escolares de los hijos mayores que se quedaban en el país de origen, y contrataban a chóferes yemeníes para que sus esposas pudieran moverse con cierta libertad. Además, se aseguraban de que hubiera una piscina en cada complejo (minuciosamente cercada, para apartarla de las miradas ajenas) e incluso alguna pista de squash. También organizaban la proyección de una película semanal, puesto que la televisión en el Reino todavía era incipiente y se limitaba sobre todo a los dibujos animados de Tom y Jerry, las llamadas a la oración desde La Meca y exposiciones del Santo Corán. Y, sin duda alguna, el mobiliario de las casas era elegido con esmero, hasta la última lámpara con pantalla de flecos; Daphne Parsons se encargaba de ello en persona. Turadup corría con los gastos médicos y ofrecía a sus profesionales y a sus familias una bonificación anual espléndida, además de diez semanas de vacaciones cada verano, para que dijeran: «Sólo tenemos que aguantar hasta el ramadán, y no volveremos hasta después de la época de peregrinaje a La Meca».

Era importante que la vida fuera lo más plácida posible para los trabajadores, que no sufrieran el desgaste de las privaciones y las mentiras propias de la vida en el Reino. Tenían que compensarlos y mimarlos, porque los profesionales de Turadup eran hombres responsables y discretos, capaces de negociar con los saudíes. Y los hombres que cumplían esos requisitos no es que abundaran, precisamente.

No obstante, cuando los Shore llegaron a Yeda, la época dorada de Turadup ya había quedado atrás. Habían vendido su gran complejo residencial y habían dejado escapar a algunos de sus empleados. El precio del petróleo se estaba desplomando y el auge de la construcción había llegado a su fin. Ciertamente era que seguían erigiéndose edificios por toda la ciudad, pero todas las fases

de un proyecto requerían una inyección de un dinero que a menudo tardaba en llegar, si es que acababa llegando. Eric Parsons se acostumbró a esperar al ministro de Economía. Pasaba mucho tiempo en despachos ajenos, tomando café de cardamomo y esperando a que pudieran atenderlo. En ocasiones tenía la sensación de que las cosas se le iban de las manos. De que sus mejores años estaban pasando demasiado deprisa.

Si alguien se lo preguntara, Daphne Parsons respondería que la vida social en Yeda ya no era lo que había sido. Los saudíes, por supuesto, nunca se habían mezclado con los expatriados, y estaba bien que así fuera, porque de ese modo se evitaban situaciones incómodas por ambas partes, sobre todo por la cuestión espinosa del alcohol ilícito. Siempre había algún lameculos que invitaba a cenar a un saudí, ya fuera colega o jefe. Sin embargo, el tipo en cuestión se presentaba dos horas tarde, sin su esposa (algo previsible) y exigiendo que le retiraran los cubiertos, de manera que un hombre considerado como un saudí moderno y liberal se limitaba a sentarse y a fulminar con la mirada al resto de los comensales, como si esperara algo.

¿Qué esperaba? ¿Una copa? Por lo general se servía vino casero, pero una noche como ésa se habrían abstenido por deferencia al islam. Y por el riesgo de que, más adelante, ese amigo saudí decidiera volverse contra ti. Tal vez insinuaría que le apetecía algo: se lo servías, pero no por ello desaparecía el temor. Aunque también existía la posibilidad de que no soltara ni la más mínima insinuación para hacerte sufrir, que se limitara a beber agua Perrier, a cortar el hilo de la conversación con silencios incómodos y a consultar furtivamente el reloj de pulsera. Lo malo es que si sufres todo eso, no sabrás el motivo. No sabrás si es porque es muy religioso, o porque está igual de asustado que tú. O si tan sólo está pensando en las botellas de Glenfiddich que guarda en casa.

Para hablar de los expatriados blancos, los saudíes utilizan la palabra *jauayí*: el que tiene el pelo claro. Y el caso es que la gente de pelo claro ya no se queda tanto tiempo como antes. La estancia media es de dieciocho meses. La señora Parsons cree que algunos de los que están en Yeda en la actualidad ni siquiera conocieron a los Arnott, ni estaban allí cuando murió Helen Smith. La gente no se queda el tiempo suficiente para formar un círculo de amistades

estable, para unirse a la Sociedad Coral de Hejaz o para organizar excursiones de mujeres. El bazar solidario anual que el Grupo de Esposas Británicas organiza en la embajada apenas tiene visitantes, y la Biblioteca de la Comunidad Británica sobrevive a duras penas por la falta de voluntarias para las noches del fin de semana. Hoy en día, casi nadie recuerda cómo eran las cosas antes de que se erigieran los gigantescos centros comerciales, cuando la gente tenía que comprar la comida en el zoco. Y la señora Parsons no conoce a nadie que estuviera en aquella mítica fiesta de 1951, en la que el joven príncipe Mishari, el decimoctavo hijo vivo del gran rey Abdulaziz, se presentó borracho, furioso y armado para abrir fuego contra los asistentes y asesinar al cónsul británico.

Qué tiempos aquéllos.

Esa noche, Andrew la acompañó en coche hasta el centro. La sensación de irrealidad de Frances quedó intensificada por la lentitud del tráfico congestionado, las bocinas atronadoras en la penumbra y la llamada a la oración, retransmitida con la ayuda de megáfonos en una atmósfera tórrida en la que no soplaba ni la más mínima brisa. Los rótulos de neón daban vueltas y relucían ante el crepúsculo. En la calle de Medina, los rascacielos reflejaban luces de colores que temblaban esperando el inminente anochecer.

Dieron un giro de ciento ochenta grados en medio del atasco, avanzaron centímetro a centímetro a través del tráfico y viraron en dirección a una gran extensión de edificios de color blanco. Disputándose una plaza de aparcamiento, Andrew hundió el puño en el claxon, aunque no sentía ira, sino más bien una determinación violenta.

Los Cadillacs vomitaban hombres ataviados con zaubes, ghutrahs y sandalias hechas a mano en Italia. Las mujeres iban tapadas de pies a cabeza con velos de color negro y se movían apresuradamente entre los coches.

Andrew le cogió la mano un instante y le dio un apretón afectuoso, acercándose mucho a ella, como si intentara protegerla de las miradas ajenas con su robusto cuerpo.

—No puedo cogerte de la mano —le dijo—. No podemos tocarnos en público. Se considera un delito.

Dicho esto, se soltaron las manos y se fundieron con la multitud.

Dentro del supermercado, en la pared en la que estaban aparcados los carritos de alambre, había un rótulo que rezaba:

ESTA TIENDA CIERRA DURANTE LAS ORACIONES. POR ORDEN DEL COMITÉ PARA LA PROMULGACIÓN DE LA VIRTUD Y LA ERRADICACIÓN DEL VICIO.

—La policía religiosa —dijo Andrew—. Son vigilantes, los identificarás enseguida. Van armados con palos.

—¿Y qué llevan los policías seculares?

—Pistolas.

Frances cogió un carrito y lo maniobró en dirección a un expositor refrigerado colosal. Frente a ella, quince metros lineales repletos de ternera francesa de aspecto pálido y filetes norteamericanos más bien negruzcos.

—¿Necesitamos algo de esto?

—En realidad, no. Te he traído para que veas que hay de todo. Espera a ver la frutería.

Había cosas que ella no había visto hasta entonces, variedades cultivadas para que sirvieran de adorno, aunque no fueran comestibles, seleccionadas por sus colores, que eran más propios de piedras preciosas.

—Aquí no hay estaciones —explicó Andrew—. Todo esto lo traen en avión cada mañana.

Al final, Frances compró mangos. Los metió en una bolsa de plástico y se los tendió a un filipino que esperaba tras una balanza. Los pesó, cerró la bolsa con un nudo y se la devolvió, todo ello sin mirarla a la cara en ningún momento.

Andrew le quitó el carrito.

—Los precios, ni mirarlos —le recomendó—. De lo contrario, no comerías jamás.

En Botsuana, en la última ciudad en la que habían vivido, el camión de las hortalizas acudía dos veces por semana. Las zanahorias eran una rareza y los champiñones se consideraban un alimento exótico. En el jardín, los babuinos saqueaban las higueras; las naranjas caían rodando sobre la hierba, y el jardinero llenaba cestos con las que llegaba a recoger; había unos melocotones diminutos, duros como la madera, y la fragancia empalagosa de las guayabas era especialmente intensa a primera hora de la mañana. A su alrededor, las

mujeres recolectaban latas de los estantes. Eran mujeres envueltas en ropa fúnebre, capas y capas de tela negra para ocultar al máximo sus rostros. Lo único que dejaban a la vista eran las manos, que solían ser amarillentas y recargadas con oro.

Siguió a Andrew hasta que quedó a su lado de nuevo y apoyó la mano en el asa del carrito, con cuidado de no llegar a tocarle la mano.

—Déjame, ya lo llevo yo —dijo él.

—No sabía que los velos eran así —susurró ella—. Creí que se les verían los ojos. ¿Cómo lo hacen para respirar? ¿No se sofocan? ¿Pueden ver adónde van?

—Pues éstas son las más liberadas —le explicó Andrew—. Incluso van de compras.

Cuando hubieron terminado, llevaron la compra hasta el coche.

—Comeremos enseguida —dijo Andrew, y se internaron entre la multitud.

Los escaparates deslumbrantes congregaban admiradores en edificios que parecían nuevos; algunos no debían de tener más de un mes, tal vez una semana. Quién sabe si acababan de emerger del desierto esa misma mañana con aquel aspecto reluciente, inmaculado, y un genio como los de antes, casi redundante hoy en día; había cámaras, televisores, relojes suizos y toda clase de artículos de lujo del mundo occidental que los llenaban a rebosar, hasta el punto de que parecía que en cualquier momento fueran a verter alfombras antiguas de seda, hornos microondas y guitarras eléctricas sobre la acera. Había un peletero: zorro, visón salvaje, marta cibelina. Frances se secó el sudor de la frente. El olor a pollo frito se mezclaba con las fragancias de Chanel y Armani. Entre los Porsches había una fuente con la pileta de mármol. Se detuvo frente a una zapatería con el escaparate lleno de diminutas sandalias de tacón alto, verdes, lila, rojas y doradas.

—¿Y esto? —preguntó ella—. En Occidente los zapatos son más sobrios.

—Supongo que el hecho de que las obliguen a envolverse con ropajes negros de la cabeza a los tobillos alimenta el deseo de expresarse de algún modo.

—¿No pueden comprar pieles cuando viajan al extranjero? —preguntó ella, siguiéndolo—. ¿Quién las necesita con este clima?

—De algún modo tienen que gastar el dinero que ganan.

Compraron cintas de casete: copias baratas, pirateadas en Asia e importadas al por mayor. En los estantes había las últimas novedades. Música rock y los grandes éxitos de Vivaldi. Frances no compró el de Vivaldi. Tenía previsto llenar el piso con ruido. Tengo treinta años, pensó, y todavía me compro música actual, música ruidosa. Salieron de la tienda de cintas a la hora de la plegaria nocturna, mientras los hombres extendían las alfombras de oración en el suelo.

—No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta —murmuró Andrew.

Las persianas de reja cubrieron los escaparates y las puertas quedaron cerradas con llave. En un espacio junto a la fuente (que inexplicablemente había dejado de manar), los fieles formaron una fila por detrás del imán y, todos a la vez, se arrodillaron y tocaron el suelo con la frente elevando el trasero, justo como había visto hacer en las películas. Siempre se sorprendía si coincidían con la realidad.

A pesar del calor, se quedaron ahí plantados, mirándolos. Parecía como si a Andrew le apeteciera hablar, pero ¿y si no tenía derecho a opinar? Ella lo miró de reojo.

—Vamos —murmuró Frances—. Suéltalo de una vez. Sé lo mucho que odias las religiones.

—Ah, que hagan lo que les dé la gana —replicó Andrew—. No es asunto mío. Lo que me molesta son las abluciones. Tienen que lavarse antes de orar, todas las partes del cuerpo que consideran indecorosas. Luego entras en los baños del ministerio y te lo encuentras todo inundado, gente con un pie en el suelo y el otro en el lavamanos, y claro, no puedes, pero por dentro te partes de risa. —Se sacó el pañuelo del bolsillo de los vaqueros y se lo pasó por la frente—. Hemos elegido un mal momento. Pero es que siempre te sorprende una oración u otra. Sólo hay unas cuantas horas entre la del atardecer y la de la noche.

Y luego, pensó ella, ocho horas hasta la del amanecer. Le dolían los pies, quizá todavía los tenía hinchados por culpa del vuelo. Cuando terminó la oración, entraron en un sitio de comida rápida. Coreanos de baja estatura, uniformados con camisas de cuadros y sombreros vaqueros, asaban

hamburguesas tras el mostrador, apilaban bandejas y se apresuraban a limpiar las mesas. En un rincón, un grupo de jóvenes filipinos, todos varones, celebraban una fiesta. Los jóvenes saudíes ocupaban los bancos de plástico, nutriendo sus barrigas de niño que convivían con un vello facial incipiente.

Un rótulo rezaba SALÓN FAMILIAR, y una flecha señalaba hacia un rincón de la cafetería que quedaba separado del resto por una mampara de listones de madera entramada. Andrew la hizo pasar tras el biombo, donde había tres mesas, todas vacías. Tomaron pizza y batidos. Al cabo de poco tiempo se quedaron sin conversación, pero por un momento, con el consuelo de la comida basura, ella volvió a sentirse real, sin maquinar nada, y se sintió completa y un poco niña. Pero ésta no soy yo en realidad, pensó mientras empujaba una aceituna por el plato. No es más que una imagen que me han vendido en alguna película. Una hija de América sorprendida, una ingenua en el extranjero.

La sensación no duró mucho. Tras la oración nocturna, regresaron en coche a la parte alta por carreteras peligrosas y atestadas de coches.

—A estas horas —dijo Andrew— es cuando los hombres saudíes salen para encontrarse con sus amigos.

—Conducen como locos —dijo ella.

—Imagínate si encima bebieran alcohol —dijo él con el rostro sombrío y lleno de decisión.

A esas alturas, casi se había acostumbrado a evitar los accidentes en el último momento, tal vez porque lo hacía unas seis veces al día. Todas las autopistas eran rectas, con los mismos rótulos de neón entre farola y farola, Nissan, Sanyo, Mitsubishi. En la mediana central, árboles jóvenes languidecían entre la humareda procedente de los tubos de escape.

—No sé dónde estamos —dijo ella.

—Es difícil orientarse aquí. Tardas unas cuantas semanas en acostumbrarte.

Tomaron un desvío y poco después ya conducían entre bloques de apartamentos, cerca de casa. Había luces tenues encendidas detrás de cortinas corridas. En la ventana de un primer piso, en la esquina con la calle de Ahmed Lari, las cortinas estaban recogidas y el balcón quedaba espléndidamente

iluminado gracias a la luz procedente de la habitación, donde un tipo menudo que iba en camiseta estaba encorvado sobre una tabla de planchar. Andrew aminoró la marcha en la intersección y Frances miró hacia arriba. El tipo retiró una prenda de la tabla de planchar y la sostuvo en el aire. Era un zaub estrecho, parecido a una camisa, de un blanco resplandeciente que contrastaba con las paredes y con el cielo nocturno. Imaginó el rostro de ese lavandero, arrugado por el cansancio tras haber pasado demasiado tiempo de pie. Cuando doblaron la esquina, el tipo extendió la prenda de nuevo sobre la tabla y se dedicó a planchar las mangas.

De vuelta en la calle de Gaza, Frances salió del coche. La imagen del lavandero le pareció clara, nítida e insignificante, como una silueta en un sueño; entonces se dio cuenta de que no lo olvidaría jamás. Cuando la verja metálica se cerró tras ellos y Andrew hubo pasado el cerrojo, el sueño empezó a asfixiarla. Rodearon el edificio pegados a la pared y, por la puerta que daba a la cocina, accedieron al silencio frío y oscuro del apartamento.

3

DIARIO DE FRANCES SHORE

14 de muharram

Por fin han desbloqueado la puerta principal y tengo la impresión de que podré terminar con este aislamiento tan peculiar en el que he estado viviendo. Cuando empecé este diario, describí la primera mañana que pasé en el piso como algo excepcional. Cuando Andrew me encerró con llave pensé que no tenía importancia, que de todos modos tampoco tenía previsto ir a ninguna parte. Como si no salir fuera algo excepcional. Lo que no sabía era que ese primer día marcaría un patrón, una rutina que consistiría en vagar por el apartamento sola, quizá leyendo un poco, haciendo esto y lo otro, soñando despierta. Ahora me doy cuenta de que tendré que esforzarme mucho para no dejar que mi vida entera caiga en este patrón.

Andrew cree que tal vez deberíamos haber ido a vivir a un complejo, donde dice que hay bullicio y vida social, porque las esposas se pasan el día visitando a otras mujeres como ellas. Yo no estoy segura de que me gustara algo así. Todavía me considero una mujer trabajadora, no estoy acostumbrada a eso de quedar con amigas para tomar el café a media mañana. Me imagino en mi despacho de la administración territorial. Hasta el cuello de trabajo, o al menos así es como me gusta imaginarme. La vida aquí es una especie de convalecencia. O como un alojamiento protegido. Crees que tras una dosis de verano inglés, después de las complicaciones para llegar hasta aquí, necesitarás un período de recuperación, que necesitarás paz y tranquilidad. Luego, de repente, dejas de necesitar tanta calma. Ah, pero la obtienes igualmente. Es como permanecer bajo arresto domiciliario. Como vivir proscrita.

Después de que Andrew hubiera hablado con Turadup y éstos con el casero, por fin llegaron unos hombres para desbloquear la entrada. Andrew tuvo que quedarse en casa mientras trabajaban. Al parecer, a los obreros no les gustaba la idea de entrar en una casa en la que había una mujer sola. En teoría era una medida de protección para mí, pero en realidad lo hizo para protegerlos a ellos de cualquier acusación que yo pudiera sacarme de la manga. Por lo que he visto hasta el momento, me parece que en este país los sexos viven inmersos en todo momento en un estado profundo de desconfianza mutua.

No me importa que los obreros me dejen el piso hecho unos zorros, porque al menos ahora podré conocer a mis vecinos. En la planta baja hay una pareja pakistaní. Andrew tuvo la oportunidad de saludarlos y dice que son muy agradables. Tienen un hijo

pequeño, pero no ha sabido decirme de qué edad, ni si era niño o niña. El marido se llama Ashref Aziz Al Rahman, aunque todo el mundo lo llama Raji. Trabaja gestionando algún asunto personal del ministro. Andrew, que en poco tiempo se ha convertido en todo un cínico, dice que eso significa que se encarga de importar cajas de whisky escocés para el consumo personal del ministro.

Luego hay dos apartamentos más en la planta superior: el que queda encima del nuestro está vacío, mientras que en el otro hay una joven pareja saudí, también con un bebé, creo. El marido se llama Abdul Nasr, y Andrew dice que cobra del ministerio, aunque no se le ve mucho el pelo por allí y nadie sabe muy bien qué hace, si es que realmente hace algo. También asegura que este tipo de cosas es bastante habitual. Me doy cuenta de la cantidad de veces que escribo «Andrew dice» en este diario, pero es que de momento sigue siendo mi única fuente de información. Cada día llega a casa con algo para contarme, por lo general algo divertido. Los expatriados tienen esa costumbre, suelen reírse de todo. Supongo que es la forma más segura de expresar disidencia. En ocasiones pienso que deberíamos tener una mentalidad más abierta en lugar de pensar que somos nosotros los que tenemos razón, que deberíamos intentar ser más solícitos con las culturas de los demás. Pero, al fin y al cabo, como dice Andrew, esto no es un voluntariado en el extranjero. Hemos recibido advertencias de la empresa respecto a nuestros vecinos árabes. Nos avisan de que son muy religiosos y reservados, por lo que no deberíamos intentar relacionarnos con ellos. Nos piden que nos limitemos a ser buenos vecinos, a actuar con cordialidad y, si nos los encontramos por el vestíbulo (algo que sin duda acabará sucediendo, ahora que podemos utilizar la puerta principal), no deberíamos entablar conversación, sino esperar a que sean ellos los que nos dirijan la palabra y, mientras tanto, limitarnos a asentir y a sonreír. A menos que me encuentre yo sola con el marido; en ese caso, lo recomendable sería que no sonriera demasiado. Eric Parsons vino a verme a casa una mañana sólo para explicarme todo esto. Le dije que sabía cómo proceder, que en África había conocido a la reina. Y es cierto, pero por algún motivo me parece que no encajó muy bien el comentario.

Jeff Pollard también ha venido, para enseñarme cómo se elabora el vino. Por lo visto, cuando empecemos a tener vida social y organicemos cenas y barbacoas, tendremos que ser capaces de ofrecer bebidas a nuestros invitados. Destilar licor es ilegal, pero parece ser que hay cosas que se consideran más ilegales que otras. Aunque a nadie se le ocurriría intentar importar productos de calidad, se permite la fabricación casera para consumo propio con la seguridad de que a la policía saudí no se le ocurrirá irrumpir en una residencia privada. Sólo vendrían a buscarte si llamaras la atención, con un incidente que implicara una muerte violenta, por poner un ejemplo. Pero si consigues evitar ese tipo de cosas, no hay nada que temer.

De todos modos, ya se sabe que la gente lo hace. En las tiendas venden mosto al por mayor, tanto blanco como tinto. Compras también azúcar, levadura y garrafas de plástico y ya está, sólo faltará que algún amigo te enseñe lo que hay que hacer para macerar tu propio vino en el baño, por ejemplo, o donde tengas espacio; durante uno o dos días hay que asegurarse de que la levadura siga viva, y cuatro o cinco semanas más tarde puedes probar si el resultado es apto para el consumo. Hay gente que se lo toma muy en serio,

por supuesto, y se molesta en colar y clarificar el producto resultante, en clasificar las cosechas y competir con otros en concursos encubiertos. Sin embargo, a la mayoría de la gente le basta con obtener algo limpio y bebible que no tenga tropezones excesivamente grandes.

También se puede macerar cerveza, a partir de las latas de bebidas de malta sin alcohol que se encuentran en los supermercados. Hace unos años estuvieron prohibidas durante un tiempo, porque las autoridades religiosas temían que su olor y sabor pudieran hacer creer a los fieles que se trataba del producto original, lo que supondría un pecado. También hay un licor llamado *siddiqui* que puede obtenerse a un alto precio en el mercado negro. No es más que la destilación de azúcar y agua, pero cuando alguien intenta fabricarlo en casa suele acabar destruyendo el apartamento. Y si te apetece, si sabes a quién encargarlo y estás dispuesto a pagar diez veces el precio que tiene en el Reino Unido, incluso puedes conseguir whisky o ginebra.

Me alegro de haber aprendido todo esto. Estoy segura de que a mi prima Clare le fascinará leerlo, y así tendrá algo para contar a esos vecinos patéticos y provincianos con los que cada año celebra las fiestas del Beaujolais Nouveau.

Como dice Pollard, algo tenemos que beber, ¿no? Aquí te encuentras rodeada de gente con la que quizá no tienes nada en común más allá de la forma de vestir, y pasas por las vidas de los demás en un tránsito continuo, intentando sacar el máximo partido de esas amistades superficiales, de manera que por mucho que te aburras no acabes sola. Pero es difícil entablar conversaciones, y que resulten entretenidas para unos y otros. El riesgo al que te expones parece extraordinario: cárcel, azotes, deportación (y quién sabe si la policía se comporta como debería), pero en realidad necesitaba un trago para aguantar a Jeff, sus estúpidas bufonadas y ese odio que siente por los saudíes sólo porque tienen mucho dinero y él, en comparación, menos. Andrew se enfadó bastante después de la visita de Jeff, dijo que no entendía de qué se quejaba tanto, que al fin y al cabo sacaba tajada, que se aprovechaba precisamente de eso. Que de qué se lamentaba, si luego llevaba el agua a su molino. Luego, Andrew lo pensó con más detenimiento y dijo que era probable que se odiara a sí mismo por ello, por el hecho de ver en qué se había convertido. Y a continuación guardamos silencio, pensando si a nosotros nos acabaría sucediendo lo mismo.

Nos sentíamos bastante miserables, sentados en aquel salón imposible con tantos asientos vacíos, por lo que nos bebimos la botella de vino casero que Jeff nos había dejado en casa y, a la mañana siguiente, me levanté con náuseas.

Habían soltado a la prisionera: Frances podía andar por la calle, pero ¿para qué? Tampoco podía ir a ninguna parte. Sólo podía recorrer los áridos kilómetros que llevaban a la calle de Medina, donde el tráfico era ensordecedor, en las afueras de la ciudad, donde estaban las circunvalaciones y autopistas, para seguir hasta la ciudad santa. Caminar no tiene ningún sentido, pero al menos puede salir al vestíbulo, donde el polvo arenoso entra continuamente por debajo de la puerta principal y dibuja formas sobre el suelo

de mármol moteado. Puede subir a la azotea con la cesta de la colada y tenderla para volver a recogerla al cabo de una o dos horas: seca, tiesa, caliente, con olor a quemado y cubierta de polvo, si el viento ha virado entretanto. Hay tendederos para cada piso, pero nunca ha visto que los vecinos los usen. Es probable que tengan más sentido común que ella. O secadora.

A Frances le gusta subir a la azotea y contemplar la calle, los grandes balcones solitarios de los pisos superiores, las ramas del árbol pardo de hojas pardas. Es una panorámica secreta, una perspectiva privada, y se ve como una mujer solitaria, como su propia madre, quizá, espiando lo que hacen los vecinos a través de una cortina de encaje. No es que se haya enterado de gran cosa. La mujer saudí no sale para tomar el sol y el aire; las puertas de su balcón (sólido, como una habitación extra) siempre están cerradas a cal y canto.

Y el cuarto apartamento está vacío. Es curioso, porque la primera mañana que había pasado allí precisamente había oído pasos procedentes del piso de arriba. Lo recuerda (recuerda todos los detalles de ese primer día) como el incidente que la arrancó de ese estado sensiblero y le hizo saber que había gente a su alrededor, que tenía una nueva vida por descubrir. Pero Andrew dice que debió de confundirse.

Desde la azotea del bloque de apartamentos hay una buena vista sobre la calle polvorienta; sobre los grandes cubos de basura de color turquesa que hay en cada esquina, propiedad de las Empresas de Limpieza Árabes; sobre las hileras de coches aparcados. Los gatos feroces bufan, maúllan y cojean por las inmediaciones del edificio, con el pelaje acribillado por los arañazos o deslucido por alguna enfermedad cutánea. A medida que transcurre la primera semana de libertad comparativa, la vista se vuelve cada vez menos estimulante y los motivos para subir, más escasos. Empieza a molestarle encontrar dos puertas cerradas por el camino, antes de dar el último giro entre la escalera y el rellano que conduce a la azotea: la puerta de Abdul Nasr y la del cuarto apartamento. Y empieza a odiar incluso la escalera, porque está hecha con esas losas de mármol de color rufo, salpicado de negro y de crema de leche, tan asquerosamente comestible como una especie de salchicha polaca. La evita. Llama por teléfono a Eric Parsons y le cuenta que no está satisfecha, que

quiere una secadora. Al día siguiente, llega una camioneta. Ese tipo de cosas no suponen ningún problema para Turadup.

Así que ahora se queda en el apartamento. Desde el salón, una puerta corredera permite salir a la acera agrietada que queda amparada por la sombra del muro y, al otro lado, entre los coches aparcados, los chicos juegan al fútbol en la calle. A Andrew no le hace ninguna gracia esa puerta corredera. Ya no sigue creyendo que la tasa de delitos sea baja, porque ha oído historias terribles. Alguien que trabaja con él le ha advertido que debería impedir el paso colocando una tabla de madera en el interior, para que no se pueda abrir la puerta desde fuera aunque fueren la cerradura. Ya la tenemos.

Si Frances quiere quitar esa tabla de madera (una tarea nada sencilla, porque la hizo cortar para que encajara del todo en el hueco), puede retirar la puerta y, cuidando de cerrarla tras ella para evitar que entren insectos y que escape el aire frío, puede refugiarse entre aquel árbol decrepito y el muro, apenas treinta centímetros más alto que ella, y desde allí puede oír los coches acelerando, los gritos de los niños y, de vez en cuando, el choque blando del balón contra los ladrillos. Cuando entra y cierra la puerta, sigue oyendo todos esos sonidos, aunque mitigados, muy débiles, como si hubieran sucedido el año anterior.

Ya han salido a cenar en dos ocasiones, han asistido a una fiesta y han conocido a un montón de gente. Se están familiarizando con la cocina local, y con el sabor extraño pero adictivo del *siddiqui* con tónica. Les han instalado un teléfono, y Frances continúa escribiendo su diario, aunque con menos empeño, porque su oído interno se ha ido acostumbrando a la gente y al mundo exterior. Sin embargo, las dos primeras semanas la han cambiado, se ha habituado a la introspección. Antes estaba segura de cosas que ahora le despiertan dudas, y cuando se desvanezca ese ensimismamiento y su estado de ánimo vuelva a ser primero ansioso y luego temeroso, habrá aprendido a desconfiar de sí misma, a cuestionar lo que percibe, a dudar, como ya duda de lo que oyen sus oídos y de lo que ven sus ojos.

Uno o dos días después de haber desbloqueado la entrada, Yasmin la siguió hasta la puerta gesticulando con elegancia. Vivo en el apartamento número dos, ¿por qué no viene a tomar una taza de té conmigo? Frances cruzó el

vestíbulo para seguir a su vecina a pesar de que se sentía algo alicaída e iba mal vestida, con una mustia falda de algodón. Yasmin, en cambio, lucía el pelo lustroso y largo hasta la cintura, un velo de gasa flotando alrededor de sus hombros y un brazo esbelto enfundado en brazaletes dorados desde la muñeca hasta el codo.

Cerró la puerta del piso número dos, se despojó del velo y se lo entregó a la criada, que la esperaba en el recibidor.

—Pon agua a hervir —le ordenó a la sirvienta, una mujer de baja estatura, piel oscura y aspecto vulgar, con un cierto aire pugilístico—. Es de Sri Lanka —le explicó a Frances—. No es que sea muy eficiente, pero tengo suerte de tenerla. Raji invita a tanta gente a cenar cada noche que apenas tengo tiempo para estar con el bebé.

—Me ha parecido que no hay mucha gente con servicio doméstico en este país, y eso me sorprende.

—En las casas más ricas sí, por supuesto. Pero últimamente los saudíes intentan disuadir a la población para evitar que entren influencias extranjeras no deseadas. Y lo cierto es que las chicas que llegan al Reino para trabajar como criadas domésticas suelen ser una fuente de problemas.

—¿Ah, sí? —Frances ocupó el asiento que le había ofrecido su anfitriona—. ¿Qué tipo de problemas?

—Bueno, entristecen —dijo Yasmin—. Porque suelen dejar atrás a sus hijos y, ya sabe, los hombres saudíes también creen que estas muchachas tienden a la indecencia. —La criada entró, dejó la bandeja con el té y Yasmin sacudió la cabeza para indicarle que se retirara—. Y, entonces, las pobres chicas intentan suicidarse. ¿Le apetece una galleta Crawford?

—Gracias —dijo Frances, y cogió una.

Yasmin le dedicó otra sonrisa plácida y procedió a llenar las tazas.

—¿Cómo? —preguntó Frances—. ¿Cómo se suicidan?

—Se tiran por el balcón las muy tontas. Pero ésta llegó con referencias. Creo que es buena chica.

—¿Cómo se llama?

—Shams.

Frances intentó pronunciar el nombre en voz alta, titubeando.

—No acabo de pillarlo —dijo.

—Shams —dijo Yasmin—. Como *Champs Élysées*.

—Ah, ya veo.

—Significa «soleado» —explicó riendo—, aunque todavía tiene que llegar el día en que me ilumine la casa con su luz. Tuvimos que esperar seis meses desde que Raji solicitó el permiso de trabajo hasta que se lo concedieron, no le gusta pedir favores al ministro. ¿Usted está acostumbrada a tener servicio, Frances?

—Estoy acostumbrada a tener un poco de ayuda, sí, pero la verdad es que tampoco es algo que me importe demasiado.

—Es un problema —comentó Yasmin con un suspiro.

El apartamento de Yasmin tenía las paredes forradas con papel pintado floreado; las alfombras no eran lisas, las mesas estaban llenas de molduras doradas y rematadas con un cristal, y había un gran aparador coronado con fotografías de la familia. Yasmin con su recién nacido; Yasmin unos años antes, tras un velo nupcial de encaje dorado, con los labios pintados de un rojo enfático y una delicada mano posada sobre el brazo de su rollizo marido, enfundado en un traje oscuro. Él parece varios años mayor que ella, pero es un hombre atractivo, con la cara redonda y expresiva y unos ojos de apariencia líquida. La edad de Yasmin es indeterminada. Se sienta balanceando un pie, tiene la nariz grande y una constitución larguirucha, con la piel de color ébano, inmaculada, una manera de hablar precipitada y unos ojos grandes, lustrosos e intratables, como los de un caballo rebelde.

—O sea, ¿que su marido sigue adelante con la construcción del edificio? —preguntó.

—Todavía no he podido ir a verlo.

—Su marido es más bien tímido, ¿no? Siempre huye.

—¿De verdad?

Yasmin sonrió.

—A Samira le gustaría conocerla.

—¿Es la que vive en la planta de arriba?

—Le sorprenderá. Habla muy bien el inglés.

—Me gustaría conocer a mujeres saudíes.

—Es muy joven, tiene diecinueve años. ¿Le apetece más té?

—Gracias.

—Ahora verá a Selim, mi hijo, se levantará enseguida. ¿Está pensando en formar su propia familia próximamente?

La pregunta de siempre. Cielo santo.

—Estoy acostumbrada a trabajar —dijo Frances.

—Yeda es un buen lugar para formar una familia.

—¿De verdad?

—Todavía no lleva aquí el tiempo suficiente para darse cuenta de las ventajas. Supongo que aún echa de menos Inglaterra. Y a sus padres. —El tono de voz de Yasmin intentaba animarla. Recurrió a las galletas de nuevo—. Tome otra, Frances. Está muy delgada. ¿Ha visto esa película? ¿*La muerte de una princesa*?

Atacaba los temas de frente, pensó Frances. Tanto si se trata de criadas suicidas como de ejecuciones sumarísimas. Dejó la galleta que acababa de coger en su plato.

—He oído hablar de ella, pero no la he visto. No estaba en Inglaterra en esa época.

El rostro de Yasmin reflejó un claro alivio. ¿Se dedica a custodiar la cultura saudí o qué?

—Me consta que provocó un gran revuelo —dijo Frances—. ¿Verdad que la princesa se llamaba Misha? Se acostó con otro hombre estando casada, la sorprendieron y la ejecutaron.

—Esa película ha provocado muchos problemas entre Arabia Saudí y el Reino Unido —dijo Yasmin—. Aquí no se comprende que la proyecten en los cines.

—Ah —exclamó Frances—, es que nos interesamos por el resto del mundo, por las costumbres extranjeras.

—En cualquier caso, lo que se cuenta en ella es falso —sentenció Yasmin con firmeza tras un cruce de miradas.

—¿Falso?

—Por supuesto. Ese tipo de cosas no ocurren en realidad. La princesa Misha, esa chica, estaba en extremo mimada. Siempre quería hacer las cosas a

su manera.

—O sea, ¿que en su opinión merecía el castigo?

—Hay que intentar comprender un poco el punto de vista saudí del asunto.

Al parecer ella no lo compartía del todo, quedó implícito en sus palabras. Y, sin embargo, al mismo tiempo parecía tensa. Debe de ser por la posición de su marido, pensó Frances.

—Intentó escapar del país disfrazada de hombre.

—¿De verdad?

—La atraparon en el aeropuerto.

—Resulta evidente que ustedes ven las cosas de otro modo.

—Yo no soy saudí, por supuesto. Sólo le doy... el punto de vista de Oriente.

—A mí me parece increíble matar a una mujer por algo semejante.

—Es que no la mataron, Frances. No está muerta. Su familia la tiene reclusa en una de sus casas.

Menuda estupidez, pensó Frances.

—La ejecutaron, Yasmin. Se informó de la muerte.

Yasmin sonrió como si tomara a Frances por boba.

—Disculpe —dijo—, pero eso no tiene ningún sentido. Lo de la ejecución se lo inventaron los que hicieron la película.

Frances se quedó callada un momento.

—¿Por qué tendrían que habérselo inventado? —preguntó al cabo de un rato.

—Porque ésa es su mentalidad —dijo Yasmin—. La mentalidad de Occidente consiste en desacreditar a los pueblos de Oriente.

Fue entonces cuando Shams entró en la sala con el bebé en brazos: un niño menudo como un muñeco, medio dormido, con la cabeza apoyada en el hombro de la sirvienta y las pestañas cerradas sobre las mejillas. Frances se levantó y notó que estaba sonrojada, acalorada. ¿He sido demasiado descarada? ¡Es que menuda conversación! ¿Por qué teníamos que entrar en temas espinosos de esa manera?

Agradecida, desvió la atención hacia el bebé para olvidar lo aturullada que estaba.

—Es precioso, Yasmin. —La criada de cejas espesas le puso el bebé en los brazos—. ¿Cuánto tiempo tiene?

—¿Verdad que es guapo? —preguntó Yasmin, con inquietud, incapaz de ocultar su anhelo.

El bebé acarició el hombro de Frances con la cabeza. Le preocupa, pensó Frances, que me lleve una mala impresión. Sabe que tenemos prejuicios. Quiere que oiga su versión de los hechos, eso es todo.

—Apenas empieza a andar —dijo Yasmin—. ¡Es muy activo! ¿No le parece avisado?

—Muy avisado.

—Ay, pues formáis una estampa muy bella —exclamó Yasmin en un tono cariñoso. Hablaba como si conociera a su vecina desde hacía media vida—. No, Selim, no seas malo. —Desenredó los dedos del bebé del pelo de Frances—. Está fascinado con su pelo. Al ser tan claro, quiere tocarlo.

La escena adquirió un aire de despedida. Yasmin le tocó un codo a Frances, con timidez.

—¿Vendrá a verme otro día? Cuando quiera, por la mañana.

—Sí, claro. O también puede venir usted a mi casa.

—Si necesita algo... Tal vez Raji pueda ayudarles. Conoce muy bien la ciudad.

Yasmin la acompañó hasta la puerta. Antes de abrirla, pescó un velo del mueble del recibidor y se cubrió la cabeza.

—La vigilaré mientras cruza el vestíbulo —dijo.

Frances levantó la mirada hacia el hueco de la escalera, hacia las dos puertas cerradas de la planta superior. Se sacó la llave del bolsillo de la falda bajo la atenta mirada de Yasmin, que esperó hasta que la puerta del primer apartamento se hubo cerrado tras ella para retirarse y cerrar también la suya.

—Sin preámbulos —dijo Frances—: cuándo formará su propia familia y luego, ¡bang!, *La muerte de una princesa*. Occidente se equivoca con nosotros y todo eso. Creo que no he conseguido mantener la diplomacia en todo momento.

—No —dijo Andrew—, ya me imagino que no.

—¿Has traído el *Saudi Gazette*?

—Sí, aquí lo tienes.

Había tenido que quedarse hasta tarde en la obra y Frances había pasado la tarde sola en casa. Lo siguió hasta el dormitorio con el periódico en la mano. Él se quitó la camisa y la dejó en el suelo. Frances vio los contracturados que tenía los músculos de los hombros después de sobrevivir al tráfico nocturno.

—Están locos —decía siempre mientras conducía—. Como cabras.

Sin embargo, tenía la sensación de que pronto sería capaz de mantener una conversación normal mientras lidiaba con el tráfico. Los conductores aprovechan los semáforos para leer revistas, con los puños preparados sobre el claxon. En cuanto se enciende la luz verde, aporrean el volante para hacer retumbar las bocinas y ante el más mínimo indicio de retraso en las reacciones se forma un carril improvisado por el que los coches pasan zumbando, cortándose el paso los unos a los otros. En cada cruce encuentras restos de un accidente reciente.

—Necesito una ducha —dijo Andrew.

—Espero no haberla ofendido. A Yasmin, digo.

—Yo no me preocuparía tanto.

—Es que la he visto muy a la defensiva. Como si diera por supuesto que me llevaría una mala impresión.

—Y así ha sido, ¿no? No has visto precisamente la cara más amable del país.

—No, pero ¿qué se supone que tengo que hacer al respecto?

—¡Deja de seguirme a todas partes, ¿quieres?! —se quejó, volviéndose de repente hacia ella, desnudo—. Ya te lo he dicho, necesito una ducha.

Ella volvió al dormitorio y se echó en la cama. El resentimiento le ardía en la garganta. Háblame, por favor. Cuando llegues a casa, háblame. No puedo vivir así, esto no es normal. Oyó el sonido del agua en el cuarto de baño contiguo y desvió los ojos hacia la camisa que Andrew había tirado al suelo.

Suspiró y rodó sobre sí misma, abrió el periódico y lo apoyó en las almohadas. Las cartas de los lectores era su sección preferida. La buscó y dobló el periódico para poder leerla con más comodidad. Una carta de un tal Abdul Karim, de Riad: «La herencia social y cultural del Reino no permite

que las mujeres se mezclen con los hombres ni en las actividades diarias ni en el trabajo. Lo que tiene que hacer la mujer es cuidar de su marido y de sus hijos, preparar la comida y encargarse de las tareas domésticas». Sin embargo, según Karim, en el Reino cada vez había más extranjeros, y se dedicaban a extender la idea de que hay muchas maneras más de vivir. «Cuando vas a trabajar a un país extranjero, deberías estudiar sus tradiciones y características antes de llegar.»

Cerró el periódico, se volvió de espaldas y dejó que Abdul Karim cayera al suelo. Yo sabía cómo es el país, pensó, pero no podía prever hasta qué punto me impactaría todo esto. Sabía que encontraría restricciones, pero no sabía qué se siente cuando te someten a ellas. Y luego está Yasmin: una mujer inteligente que me cuenta que aquí las cosas funcionan de otro modo y que más vale que me calle si algo no me parece bien.

Andrew regresó al dormitorio y se sentó a los pies de la cama con una toalla de baño en las manos.

—Lo siento —se disculpó—. No debería haberte gritado de ese modo. He tenido otro día de mierda. Los empleados de Turadup que trabajan en la base de misiles no me dirigen la palabra. Disfrutan haciéndome el vacío. Les haces una pregunta absolutamente honesta sobre la mejor manera de realizar algo y empiezan a darse toquecitos en la nariz, ¿sabes a qué me refiero? La base la dirigen los norteamericanos, incluso llevan uniforme; no es ningún secreto, pero, al mismo tiempo, es como si lo fuera. Se supone que los misiles son para la defensa local, pero la gente dice otra cosa, que es una base de misiles intercontinentales. Y, aun así, los saudíes recelan de los norteamericanos por el apoyo de éstos al sionismo. Han prohibido los coches Ford y la Coca-Cola. Con comprarles armamento ya tienen suficiente, gracias.

—Y hamburguesas. Y Cadillacs —dijo ella recogiendo el periódico—. ¿Has visto la viñeta? —El presidente de Estados Unidos aparecía representado como una figura marchita con un chaleco de barras y estrellas, y mantenía el equilibrio sobre la punta de una nariz aguileña de la que no se veía el cuerpo—. Se supone que es una nariz judía, y no árabe. Dan por supuesto que lo entenderás. Y en la columna de cartas de los lectores dicen que deberíamos estudiar las costumbres locales antes de viajar a un país, aunque

yo creo que no hay nada como estudiarlas cuando estás en él. Es mucho más revelador.

—Tal vez no deberíamos haber venido si nos van a molestar tantas cosas.

—Es difícil sentirse agraviado con un sueldo como el tuyo.

—Supongo que lo superaremos —dijo Andrew—. Tendremos vacaciones en verano, podríamos empezar ya a hacer planes —propuso. Sin embargo, cambió de tema de repente—. Vaya, mira esa cucaracha. Había cinco en la ducha cuando me he levantado por la mañana. Y ahora había tres. ¿De dónde demonios salen tantas cucarachas? ¿Dónde tenemos el insecticida?

Fue a buscarlo descalzo, murmurando tacos para sí mismo.

Frances se levantó de la cama, se frotó los ojos y alisó el cubrecama.

Miró la camisa que Andrew había tirado al suelo, la recogió y la echó en el cesto de la colada.

Las diez en punto. Como quien comprueba la temperatura del agua, Frances tanteó el terreno antes de salir por la puerta corredera y plantarse sobre los adoquines que quedaban a la sombra del muro. Acabará trastocada en este país, pensó. Levantó la cara y notó el calor del sol en la piel hasta que quedó satisfecha. Luego dio media vuelta, entró de nuevo y cerró la puerta tras ella.

Cinco minutos más tarde, salía por la puerta del apartamento con el blusón más amplio que tenía y unas sandalias planas. Bajo la luz del vestíbulo, examinó el manojito de llaves que tenía en la mano. Primero, la puerta del apartamento; luego, la puerta del edificio y, finalmente, la verja de hierro. Quién sabe si volveré a entrar, pensó.

Una vez en la calle, se dio cuenta de que estaba sola. Los gatos callejeros huyeron corriendo, y un chico de tez oscura tocó el claxon desde su coche. Sin parar de conducir, avanzando muy despacio, bajó la ventanilla.

—Señora, la amo —gritó—. Quiero follarla.

Frances continuó andando hasta la esquina del bloque. De vez en cuando tenía que bajar del bordillo, de unos veinticinco centímetros de altura, y seguir por la canaleta. El consistorio había plantado árboles jóvenes, lánguidos y enfermizos, en macetas rectangulares de hormigón y, al parecer, a nadie se le había ocurrido que los árboles impedirían transitar por la acera y que las aceras sirven para caminar. Queda claro que aquí no se contempla esa función,

pensó. Los hombres van en coche y las mujeres se quedan en casa. Las aceras son una zona intermedia que sólo sirve para evitar que los coches choquen contra los edificios.

Cuando llegó a la esquina, se dio cuenta de que el calor era mucho más intenso de lo que había previsto. El aire era húmedo, cargado del olor pegajoso del mar. Las gotas de sudor se deslizaban entre sus escápulas y descendían por la parte posterior de las piernas. A su derecha había una sucesión de comercios inacabados, llenos de cables que sobresalían de las paredes de ladrillos. Andando pegada al muro, llegó hasta la calle principal. En la mediana había arbustos de follaje oscuro. Pasó con mucha parsimonia una camioneta de perritos calientes. Un contenedor lleno de escombros de la construcción la obligó a bajar de nuevo a la calzada. Con la deslumbrante luz del sol a sus espaldas, dos personas, peatones como ella, se le acercaron poco a poco: eran dos mujeres vestidas con batas y velos africanos, todo con estampados en zigzag y rayas de colores chillones. Después de distinguir su piel negra y azulada, les vio los pies, recubiertos de un polvo pálido y grisáceo, pisando descalzos el hormigón caliente. Por sus sonrisas deslumbrantes, cualquiera habría dicho que no se habían percatado de su presencia de no haber sido porque se separaron para dejarla pasar entre ellas. Yasmin le había hablado de los peregrinos del África Occidental que acudían a La Meca, que dejaban la ropa en la playa de guijarros de La Cornisa y echaban a correr desnudos hacia las olas. Esas mujeres debían de haber prolongado su estancia para visitar la ciudad. Al pasar, en el aire quedó flotando el aroma que llevaban impregnado en la piel y en el pelo, a cebolla y pimientos picantes.

Frances volvió a las calles secundarias, entre los bloques de apartamentos, para atajar camino. A su derecha, las grúas seccionaban el azul del cielo; a su izquierda, un muro recién construido no encerraba nada de nada. Una puerta daba acceso a una simple extensión de terreno lodoso y revuelto en el que había unos cuantos charcos. Se detuvo un momento, dudando sobre su posición, a pesar de que el sentido de la orientación no solía fallarle. Apoyó una mano en un muro ardiendo. Vio su bloque al frente, no muy lejos, titilando ligeramente por el efecto del calor. En los dos apartamentos de la primera

planta, las persianas de madera estaban cerradas a cal y canto por encima de las ventanas del balcón, y el edificio tenía en su conjunto un aire desolado, como si estuviera deshabitado.

Un tipo que conducía una camioneta Mercedes aminoró la marcha y siguió avanzando despacio junto a Frances.

—¿Quiere yo la lleve, señora?

Ella lo ignoró y aceleró el paso.

—Dígame adónde quiere ir, señora. Suba, yo llevo —insistió él, inclinado sobre el asiento para abrirle la puerta.

Frances se volvió hacia el tipo y lo miró a los ojos desde su rostro huesudo, blanco, bañado por una indignación de corte europeo. El tipo se rio, hizo un gesto despectivo con la mano, como si espantara a una mosca, y se alejó de nuevo.

Dentro del vestíbulo, se encontró a Yasmin frente a la puerta de su apartamento. Parecía preocupada.

—¡Frances! Shams estaba mirando por la ventana y la ha visto andando por la calle. ¿Adónde ha ido?

—He salido a dar un paseo.

—Entre, de prisa —dijo Yasmin, aleteando con el brazo hacia el interior de su piso, haciendo tintinear los brazaletes—. Siéntese, por favor, siéntese. Le traeré algo frío para beber.

Frances se sentó en el borde de un sillón de brocados abigarrados. Se sentía sucia, por lo que cogió un pañuelo de papel de una caja y se limpió las manos. Yasmin regresó apresuradamente con una bandejita plateada, un vaso de Pepsi-Cola, un cuenco con hielo y un platillo con rodajas de lima. Acercó una mesita auxiliar y le dejó la bandeja a un lado. Revoloteó alrededor de Frances, y sus preguntas, más que curiosidad, transmitieron un enojo posesivo.

—¿Qué la ha llevado a hacer eso?

—Sólo quería conocer un poco los alrededores.

—Pero hace mucho calor, Frances. Y los hombres le gritarán cosas desde los coches.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Debería habérselo advertido, le habría ahorrado todas estas molestias.

Frances, ¿la empresa de su marido no podría conseguirle un chófer?

—Creo que la señora Parsons, la esposa del jefe, los acapara todos.

—Yo puedo conseguirle un chófer. La oficina de Raji me manda uno si lo llamo, aunque no le gusta que se lo pida muy a menudo. —Juntó las manos antes de proseguir—. Sólo tiene que decirme adónde le apetece ir, yo me encargaré de todo. Pero no vuelva a andar por la calle.

—Sólo he dado la vuelta a la manzana —murmuró Frances.

—Podemos ir a Al Mokhtar si quiere comprar artículos de costura. O podemos ir al Happy Family Bakery, o dar un paseo nocturno por el zoco. A Raji le encantaría. Sólo tiene que decirme adónde quiere ir.

—El problema es que no sé adónde quiero ir. ¿Dónde puedo descubrir la ciudad? ¿Cómo puedo conocer gente? ¿Puedo aprender árabe?

—Yo puedo enseñarle unas cuantas frases. Con eso bastará.

—¿Y si me apetece estudiar el idioma?

—Puede contratar a una profesora. Yo tengo una profesora privada, pero me enseña árabe clásico, no creo que le interese. O tal vez sí, no lo sé, quizá imparten clases en algún sitio. Pero no piense en eso ahora mismo, Frances, tiene que preparar la casa. Pronto recibirá la visita de los colegas de trabajo de su marido y supongo que tendrá que preparar un montón de cosas para demostrar su hospitalidad.

Yasmin se inclinó hacia delante y le rozó el dorso de la mano con una uña larga y opalescente.

—Mire, Frances, todavía recuerdo mis primeros días en Yeda. Yo venía de Karachi, ¿sabe? Allí vivía rodeada de toda mi familia. También he vivido en el Reino Unido, pasé quince meses en Saint John's Wood, cuando Raji estuvo trabajando por esa zona. Soy una mujer moderna, Frances. Tengo pasaporte británico, no he vivido siempre tras el velo. Es duro, ya lo sé. —Hizo una pausa para que Frances notara su compasión, y le cogió la mano—. Pronto conocerá a las esposas de los colegas de su marido —dijo con un tono persuasivo—. Ellas podrán mandarles sus chóferes y podrán tomar el café juntas cada mañana. Quién sabe, quizá incluso pueda tener un bebé muy pronto. El hospital Bakhsh es famoso por el buen servicio de su maternidad.

—Sí, quién sabe —respondió Frances. Se puso de pie y Yasmin le dedicó

una sonrisa maliciosa.

—No volverá a vagar por las calles, ¿verdad? ¿Me lo promete?

Cuando Frances metió la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento, Yasmin seguía en la puerta, vigilándola desde el otro lado del vestíbulo como ya había hecho la otra vez. Todavía notaba el sabor dulzón del refresco en la boca. No tenía la más mínima sensación de haber conquistado la calle. Y tampoco tenía la sensación de que la calle la hubiera conquistado a ella.

Más tarde, ese mismo día, le preguntó a Andrew:

—¿Me consideras una persona tímida?

—Más bien todo lo contrario.

—Bueno —dijo ella.

No le había contado la pequeña excursión que había emprendido por el barrio, aunque tampoco sabía con certeza por qué había optado por no decírselo. No había hecho nada malo, ¿qué motivo tenía para ocultárselo? Llevaban casados casi cinco años y durante todo ese tiempo no había habido secretos entre ellos.

Al día siguiente, al atardecer, Raji llamó al timbre de la puerta.

—Voy hacia el centro —dijo—. ¿Desea algo?

Raji: sienes plateadas y sonrisa amplia y juvenil, blanquísima; traje occidental, caro y oscuro; anillos de oro; saludablemente rollizo y con un aire algo burlón.

—¿Y bien, señora Frances? ¿Qué le apetece ahora mismo? ¿Una caja de dátiles de Medina? ¿Baklava? ¿Un gin-tonic doble?

—Ya hemos hecho una buena incursión en el supermercado esta tarde —dijo Frances—. Hemos ido al Safeway Superstore para comprar verduras.

—Ah, en el Safeway Superstore no venden precisamente lechugas iceberg, según me han dicho.

—Hacer la compra es algo muy importante.

—Tenemos que tener contentas a nuestras mujeres. —Raji desvió su atención hacia Andrew, que apareció tras ella—. Hola, amigo —dijo en un tono mucho más serio.

—¿Qué hay de nuevo, Raji?

Raji negó con la cabeza, sonriendo, y describió una línea descendente con una mano.

—El petróleo va hacia abajo —dijo—. O sea, que nuestro ministro no está de muy buen humor. Nos recortarán el presupuesto del departamento a este paso. Los del Ministerio de Economía son muy estrictos. Están celebrando una gran reunión real en Riad, esta noche, para que los príncipes puedan debatir el tema. Por eso tengo un poco de tiempo libre. —Se volvió hacia Frances una vez más—. ¿Ha conocido ya a Samira, la vecina de arriba?

—Todavía no. Yasmin me prometió que...

—Yo tampoco. La he visto pasar, nada más. Yasmin charla con ella cada día, pero nunca le he visto la cara y me parece algo raro, si quiere saber mi opinión. Ese viejo diablo de Abdul Nasr la tiene encerrada en casa.

—Tampoco es que sea algo singular, ¿no?

—No, pero es que es muy religioso —dijo Raji, juntando las manos de golpe con una palmada—. ¿No necesitan nada, pues, amigos? —preguntó mientras sacaba las llaves del coche—. Le diré a Yasmin que la llame para cenar un día de éstos —dijo por encima del hombro mientras se dirigía a la puerta del edificio.

Abdul Nasr resultó ser un joven diablo, en realidad. Al cabo de unos días, Frances se lo encontró en más de una ocasión bajando la escalera por la mañana, más o menos a las diez, a la hora a la que ella salía a tirar la basura. Era un joven delgado, con la piel delicadamente bronceada y un mostacho negro. La saludaba con un movimiento de cabeza, aunque sin mirarla a la cara.

—Tiene los ojos negros como el carbón —le dijo más tarde a Andrew—. Porque los he visto, de lo contrario pensaría que no eran de verdad.

DIARIO DE FRANCES SHORE

28 de muharram

Hoy he escrito unas cuantas cartas: para Clare, para mi madre y para la familia de Andrew. Él nunca les escribe. Si dependiera de él, ni siquiera sabrían si sigue vivo. Resulta extraño pensar que según el calendario de verdad ya casi ha llegado noviembre, que en Inglaterra la gente ya está pagando un dineral en calefacción y se ha instalado en la austeridad invernal. Aquí no parece que haya refrescado como debería. Cuando mencionas el calor, los que llevan tiempo viviendo aquí dicen que «lo peor aún está por llegar». Les encanta decir esa frase.

Cuando reviso las entradas anteriores de este diario, tengo la impresión de que no

hago más que hablar del dinero, aunque sea entre líneas. Algunos articulistas escriben en los periódicos que Arabia Saudí ha perdido mucho por culpa de su prosperidad, que la edad dorada fue anterior al petróleo, cuando todo el mundo vivía en entoldados de nómada, cuando la población era sencilla y religiosa y trataba bien a sus ancianos. A mí todo eso me parece extraño, pero ¿qué duda cabe de que la avaricia no es buena para nadie? Estoy pendiente de comprobar cómo me afectará la prosperidad cuando nos alcance también a nosotros, no querría que el carácter se me fuera agriando un poco con cada cheque que recibamos. Andrew tiene razón cuando dice que tenemos que resistir, que debemos quedarnos aquí y aprovechar para ganar tanto dinero como podamos. Nos hemos pasado la vida gastando lo que ganábamos trabajando, pero ha llegado el momento de intentar ahorrar. Y de crecer, de ver las cosas con más perspectiva en lugar de pasar el tiempo quejándonos por los ideales que tal vez tuvimos en otros tiempos. Dicho de otro modo, debemos intentar preocuparnos por las mismas cosas que el resto de la gente.

Safar

1

Aquel tipo del avión, el colega de Fairfax, se había equivocado por completo. Había un mapa de Yeda. Andrew lo consiguió para Frances.

—Ahora podré empezar a hacerme una idea de cómo es la ciudad —dijo ella.

Extendió el mapa sobre la mesa del comedor. Cinco minutos más tarde, levantó la mirada, con una decepción evidente.

—No sirve para nada. Es demasiado anticuado. La línea de la costa ya ha cambiado de forma. Esa carretera parece que termine en el mar, y mira dónde han situado la zona comercial de Yeda, cinco manzanas más allá de donde está realmente —dijo, pasando el dedo por la calle de Medina—. ¿Cuántos años dirías que tienen estos pisos?

—Cinco.

—Pues según este mapa, estamos en un solar vacío.

—Lo siento —dijo Andrew—. Sólo intentaba ayudar. Creí que tener un mal mapa sería mejor que no tener ninguno.

—No es eso —respondió ella. Cogió el bolígrafo y escribió en el mapa. CARTOGRAFÍA A CARGO DE KAFKA—. Es que no existimos.

Pollard la llamó al teléfono que les acababan de instalar.

—Daphne Parsons irá a buscarte con un chófer el martes por la mañana —dijo— y te llevará al zoco.

—Oh, ¿de verdad?

—A las diez en punto.

—Vaya..., gracias por pensar en mí.

Aunque ni siquiera me ha preguntado, pensó Frances, si estaba ocupada o

tenía algo que hacer a esa hora. Todos saben cómo es mi vida. Estoy siempre disponible.

—De nada —dijo Pollard—, es un placer. ¿La secadora funciona bien?

—Sí.

—¿Satisfecha?

—Sí.

Hubo una pausa.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó él.

—Sí, déjame pensar un momento... ¿Sería posible un papel aterciopelado para las paredes del baño? ¿Y una cama con dosel?

—Es broma, ¿no? —dijo Pollard.

Frances se las arregló para librarse de él. Más tarde, y con una especie de repulsión embarazosa y del todo injustificada, se dio cuenta de que el último ofrecimiento de Pollard podía interpretarse como una proposición sexual.

Le relató la conversación a Andrew. No para buscar problemas, sino para saber qué opinión le merecía.

—Me ha preguntado si podía hacer algo más por mí.

—Seguramente se refería a si necesitabas una tabla de planchar nueva —respondió Andrew.

—¿Tú crees?

—Si con algo eres exigente es con las tablas de planchar, ¿no?

Frances rastreó su memoria en busca de ocasiones en las que se había quejado. Quizá había expresado alguna opinión puntual al respecto, durante las últimas semanas. Conversaciones de ama de casa. Tenía la sensación de estar cambiando, en cierto modo. Andrew, no obstante, ya daba por supuesto ese cambio.

—Yasmin me ha dicho que me enseñará a preparar algunos platos típicos de su país —dijo Frances.

—¡Genial, ya sabes lo mucho que me gusta el curry!

Cada mañana, a partir de las once, los apartamentos pasaron a llenarse con el aroma de los platos de Yasmin. Siempre se quejaba de que Shams era una inútil en la cocina, eso a pesar de que la mayoría de las noches tenían invitados a cenar, y de que pronto llegaría la madre de Raji desde Islamabad

para quedarse unas semanas con ellos y querría invitar a todos los amigos que tenían en Yeda. Yasmin se movía descalza por la cocina, troceando y friendo, friendo y troceando, picando y removiendo, con la cara brillante, con la ropa impregnada del olor a mantequilla india y a especias, catando, rectificando, murmurando, lamiéndose los labios y frunciendo el ceño frente a los fogones. Frances se quedaba en el umbral, con Selim sentado a horcajadas en su cadera. El aire de formalidad entre las dos mujeres se había relajado: ya no era necesario mimar a la invitada. Una mañana ajetreada en la que Yasmin esperaba a veinte personas para cenar, Frances le limpió la mejor vajilla que tenía, una de porcelana blanca, con un brillo de nácar y un impecable ribete dorado, y luego siguió con la cristalería de cristal tallado que Shams tenía prohibido tocar. Incluso se encargó de colocar las copas sobre la mesa, listas para contener el agua mineral y el zumo de naranja que se servirían esa noche.

—Yo no tengo nada igual —dijo Frances.

—Seguro que en Inglaterra guardas un juego de porcelana exquisito. Sin duda debes de tener cosas preciosas.

—No, lo decía de verdad. No tengo nada.

Yasmin levantó la mirada unos instantes, apartándola de la sartén en la que estaba removiendo algo de un rojo intenso y pernicioso que producía un ligero borboteo.

—¿No os hicieron regalos de boda, a ti y a Andrew?

—No, ni mucho menos. Nuestra boda fue algo distinta a la que seguramente te imaginas. Nos limitamos a acudir al juzgado acompañados por los testigos y luego fuimos a tomar una copa para celebrarlo. Teníamos prisa por casarnos.

La cuchara de madera de Yasmin siguió dando vueltas, aunque durante unos instantes se limitó a remover el aire.

—Ya veo. Bueno, no lo sabía, Frances, no me lo habías contado —dijo, evaluándola con la mirada—. No hay de qué preocuparse. Creo que los abortos espontáneos son más frecuentes de lo que parece.

—Ah, no... No me refería a ese tipo de prisas.

—Vaya, perdona, pues. Me ha parecido que querías decir... —Yasmin se quedó callada y suspiró—. Verás, es que al haber vivido en Inglaterra, sé lo

que hacen algunas chicas. Pero tú no, estoy segura de que tú no fuiste así.

—Vivía en África cuando me casé. Sólo quería decir que fue una boda informal.

—No sabes cuánto lo siento. Es un gran día para la vida de cualquier joven.

—Supongo que sí. Pero yo tampoco es que fuera una señorita inocente.

—¿Me estás diciendo que tuviste... amigos antes de casarte?

—Alguno, sí.

Yasmin quiso saber más. Cogió un pepino y un cuchillo afilado y empezó a cortarlo en dados minúsculos sobre una tabla de madera.

—Cuando estuve en Saint John's Wood... —dijo Yasmin.

—¿Sí?

—Estaban a punto de aprobar una ley para prohibir que las jóvenes de Inglaterra salieran por la noche a menos que sus prometidos las acompañaran.

—Oh, pero Yasmin, eso es imposible. Jamás habríamos tolerado una ley semejante. —Frances se colocó a Selim en la otra cadera—. Pareces acalorada —dijo algo disgustada—. ¿Quieres que te sirva algo del frigorífico?

—Una Fanta, por favor —dijo Yasmin—. Sí, porque, verás, la mayoría de las chicas del Reino Unido ya han perdido la virginidad a los doce años.

—Menuda tontería. ¿De dónde has sacado una idea tan ridícula?

—Sólo hay que leer los periódicos. Como es normal, ese tema es una preocupación prioritaria en el Parlamento.

—Debiste de entenderlo mal, nosotros no tenemos leyes de esa clase. No tenemos leyes que inculquen una moral determinada en la gente. No creemos que las leyes sirvan para eso.

—Pues deberíais intentar que la gente tenga unos valores morales más elevados —replicó Yasmin. Se apartó un largo mechón de pelo de la cara y se inclinó sobre las cazuelas una vez más—. En Occidente reina la decadencia, y a la larga esa clase de comportamientos crean infelicidad en la gente. Te lo aseguro.

—Inglaterra no es así. Créeme.

—Pero si yo misma lo he visto.

—Entonces, Saint John's Wood debe de ser un lugar de lo más extraño, no

se me ocurre ninguna otra explicación.

Yasmin nunca levantaba la voz, nunca insistía; en lugar de eso, se limitaba a fruncir el ceño. Casi cada día le desvelaba un punto de vista nuevo y sorprendente. Shams estaba arrodillada en el vestíbulo con un cepillo y una palangana, limpiando las alfombras y los felpudos rojos tejidos a mano, cuyos motivos geométricos evocaban la naturaleza insondable, omnipresente y omnisciente del mismísimo Alá. La cocina estaba llena de vapor.

De vuelta en su apartamento, Frances demostró ser incapaz de seguir las recetas de Yasmin.

—Bueno, y ahora añade un puñado de esto —le decía Yasmin—, y un poco de aquello...

—Ya, pero ¿cuánto?

—Bueno, la cantidad que a ti te parezca necesaria...

Y cuando Frances se quejaba de la imprecisión de sus indicaciones, Yasmin replicaba:

—Lo aprenderás con la práctica. Los ingleses estáis acostumbrados a hervirlo todo. Por eso os salen tan sosos los platos.

Luego daba unos golpecitos con la cuchara de madera contra el lateral de la cazuela, suspiraba con una fatiga melodramática y extendía las manos para que Frances pudiera pasarle un trapo para limpiárselas. La parte artística estaba resuelta; de limpiarlo todo ya se ocuparía Shams.

—Te daré un poco de esto más tarde —le decía—. Mandaré a Shams para que te lleve un plato a casa.

Frances consiguió que Andrew la acompañara a la Biblioteca de la Comunidad Británica.

—Quiero llevarme unos cuantos libros de cocina y aprendérmelos de memoria, de cabo a rabo. Oye, Andrew, ¿por qué Yasmin no distingue...? ¿Cómo es posible que no entienda la diferencia entre moral privada y orden público?

—Porque en el islam no existe esa distinción —dijo él, con voz monótona y manteniendo la concentración en el tráfico—. Este país está gobernado por la ley islámica, la Sharia, que recoge las enseñanzas de Alá tal como se las reveló al profeta Mahoma. En el islam no hay ningún vicio que se considere

privado.

—O sea, que ¿no hay ninguna diferencia entre un pecado y un delito?

—Que yo sepa, no.

—De manera que si alguien comete un delito...

—Puede que tenga que declarar ante un tribunal religioso. Esto es una teocracia. Aquí manda Dios, ¿vale? Y ahora cállate, Frances. Estoy conduciendo.

NO PIERDA DE VISTA LA CARRETERA Y EVITE LAS DISTRACCIONES, advertía un rótulo. Atravesaron la ciudad entera: restaurante Shesh Mahal, lavandería eléctrica, equilibrado de neumáticos; una escultura de casi ocho metros de altura, construida con tubos metálicos de color azul parecidos a los de los órganos. Los coches circulaban a toda velocidad; si en ellos viajaban niños pequeños, estaban sueltos, trepando por los asientos y pegando tirones al ghutra del conductor mientras las mujeres que se encargaban de ellos permanecían sentadas como columnas negras, con las manos sobre el regazo. En un año cualquiera, ¿cuántos de esos renacuajos quedaban aplastados contra el parabrisas y perdían la vida o quedaban mutilados?

—¿No han oído hablar de los cinturones de seguridad? —preguntó Frances.

—Es un concepto peliagudo —dijo Andrew—. Alá tiene previsto el tiempo que durará cada vida.

—¿Dónde aprendes ese tipo de cosas?

—Ah, me lo cuentan en el trabajo.

Se estaba poniendo el sol y un sinfín de colores almibarados se mezclaban en el cielo. Un avión sobrevolaba la calle del Príncipe Abdullah a baja altura, aparentemente inmóvil, silenciado por el fragor habitual de la ciudad. A su izquierda había una villa privada, construida a imagen y semejanza de un *château* como los que se encuentran en la parte baja del Loira. A su derecha, un complejo residencial enorme para expatriados, donde los apartamentos parecían cajones de madera, apilados uno encima del otro. SU COCHE ES RÁPIDO —rezaba un rótulo—, PERO EL PELIGRO LO ES TODAVÍA MÁS. Otra escultura: un puño humano.

En la Biblioteca de la Comunidad Británica había varios libros de cocina

excelentes. Se inscribieron y les entregaron unas tarjetas. Todo parecía de lo más normal. Había una voluntaria tras el mostrador, vestida con una bonita blusa blanca con el cuello anudado, que se comportaba como si estuviera en Tunbridge Wells. A su lado, un tablón en el que se anunciaban los próximos conciertos y se ofrecían coches y equipos de alta fidelidad de segunda mano.

—Mucha gente está volviendo a casa —dijo aquella agradable señora—, han llegado ustedes cuando ya casi han terminado todos los actos. Llevamos siete años, aunque diría que empezamos ayer. Bueno, sí, podría decirse que le hemos sacado mucho partido, en realidad, no me parece justo quejarse todo el tiempo. Incluso hemos aprendido a bucear. Es muy divertido y hay varios clubes de submarinismo, si les interesa. —Y más tarde—: Pobre, encerrada en un bloque de apartamentos sin vecinos europeos. No, realmente no la envidio en absoluto.

Por culpa del tráfico, tardaron casi una hora en regresar a casa.

—¿Tenemos que comprar algo? —preguntó Andrew—. Las tiendas están abiertas hasta las diez de la noche.

—No. Ya estoy harta de hacer la compra. Yasmin nos traerá algo de comida esta noche. ¿A ti te gustaría pasar siete años aquí?

—No. Pero piensa en la cantidad de dinero que deben de haber acumulado.

—¿Crees que habrán sufrido para conseguirlo?

—No creo. Es que depende de lo que esperes de la vida. No se me ocurre ningún sitio mejor que éste... para practicar el submarinismo, claro.

Detuvieron el coche frente a los pisos.

—Bueno, hemos llegado —dijo Andrew—. «Hastaquí».

—Sí, es un buen nombre para este lugar. Quizá deberíamos encargar una placa grabada para colgarla junto a la puerta.

—Tengo trabajo pendiente —dijo Andrew nada más entrar en casa.

Frances se quedó sola ante el escritorio del salón, que era donde escribía su diario. Leyó la hoja que le había dado la bibliotecaria, con información sobre la normativa y los horarios de apertura. Sólo había un punto que daba indicios acerca de los inconvenientes de la vida en Arabia Saudí.

«Por favor —suplicaba el folleto—, intente por todos los medios devolver

los libros si surge la necesidad de abandonar el Reino precipitadamente.»

Sonó el timbre de la puerta. Era Shams, con el espectro de una sonrisa forzada en la cara y una bandeja oval de acero inoxidable en las manos. Varios muslos y alitas de pollo sobresalían de un lecho de arroz enorme.

—Gracias, Shams.

La criada retrocedió un paso y, con un gesto más propio de un prestidigitador que de una criada, se sacó de la manga un amplio pañuelo de color negro.

—De parte de mi señora —dijo—. Para el zoco. Mañana.

Sosteniendo el plato sobre un brazo, Frances extendió el otro hacia la tela, titubeando.

—¿Un velo? ¿Me está diciendo que necesito un velo?

—Sólo para la cabeza —dijo Shams, con un murmullo sombrío—. Puede ir con la cara descubierta.

—Pues qué bien —replicó Frances con tono airado. Hizo ademán de devolverle el pañuelo a Shams, pero ésta retrocedió un paso más con las manos tras la espalda. El espectro de la sonrisa se esfumó del todo y bajó la mirada hacia el suelo polvoriento del vestíbulo. Tal vez incluso pensó que pronto le tocaría limpiarlo.

Frances le cerró la puerta en las narices y dejó el plato en la cocina. A continuación fue al baño, arrastrando el pañuelo. Uno de los extremos se había manchado con aquella salsa ígnea que recubría el pollo. Encendió la luz del baño y, en el suelo, encontró un desfile de hormigas que transportaban una cucaracha muerta y vuelta boca arriba. Aquella afluencia de cucarachas no era temporal. Ya le habían contado que formaba parte de la vida en Yeda, como si se tratara de un sórdido correctivo ante el exceso de lujo imperante. Pasó por encima de la comitiva fúnebre que se dirigía hacia la parte posterior del bidet. Se miró en el espejo, levantó la tela y se envolvió la cabeza con ella.

Rodeado de negro, su rostro parecía más pálido y cansado. Bajó los pliegues para cubrirse la cara, y al olor a desinfectante de pino tuvo que sumar el de la naftalina; a su vez, los contornos de los muebles del baño se volvieron borrosos de repente. Las frías baldosas que le quedaban debajo de las manos eran lo único que le revelaba que el mundo era sólido y definido.

Salió por la puerta y recorrió el pasillo a trompicones.

—Hola, Andrew. Soy un monstruo sin cabeza.

Su marido había extendido varios planos sobre el escritorio y sobre la mesa grande, pero levantó la cabeza para mirarla.

—¿De dónde has sacado eso?

—Yasmin me lo ha hecho traer junto con el curry. Deja que sea Shams quien se encargue del trabajo sucio. Cree que lo necesitaré para ir al zoco. Me está adoctrinando, intenta convertirme en una buena esposa oriental.

—Quítatelo. No me gusta.

Frances siguió hablando a través de la ropa.

—Esta mañana me ha contado que a los saudíes no les importa ver las piernas de las mujeres; que son los brazos lo que les molesta. Me ha dicho que al ser musulmana pero no ser saudí no siente la necesidad de cubrirse el rostro, sino sólo la cabeza, los brazos y las piernas. Yo no entiendo nada. ¿Tú sí?

—Por favor, quítatelo. Es muy siniestro.

Ella se desembarazó del velo y le dedicó una sonrisa.

—Tienes algo en la frente —dijo él—, algo rojo. ¿Qué es?

El piso estaba muy silencioso, sólo se oía el zumbido y el traqueteo de los aparatos de aire acondicionado. Regresó al baño para limpiarse la mancha de salsa roja de la frente. Quizá la vida en Yeda me está perturbando un poco, pensó. Le parecía extraño que el hueco central del edificio recogiera todos los sonidos y los hiciera reverberar por las cañerías y los sanitarios de Hastaquí. Podía oír con bastante claridad los sollozos de una mujer, procedentes de la planta superior.

Martes. El chófer de la señora Parsons aparcó en la calle de Gaza e hizo sonar el claxon para que Frances bajara. Cogió el bolso que tenía en una silla del recibidor y las llaves de casa. Andrew había vuelto a cerrar por fuera. Siempre estás dormida cuando salgo de casa, le decía, o amodorrada. ¿Qué quieres que haga? Hizo girar la llave en la cerradura (se atascaba un poco, los resortes no iban del todo finos) para salir del apartamento, pero se equivocó de sentido y cuando se dio cuenta ya había cerrado con dos vueltas. Forcejeó con la cerradura, notó que se sonrojaba y se le cayeron las llaves al suelo.

Cada vez me vuelvo más inútil, pensó; incluso en las cosas más cotidianas.

Encontró la llave de la puerta de nuevo y, una vez más, la metió en la cerradura. Sintió el impulso irracional de golpear la puerta, de gritar a quien pudiera oírlo ahí afuera que la rescataran, que alguien la sacara de allí. Hasta que la puerta se abrió. Salió al vestíbulo, dio un portazo y cerró con llave; dos vueltas, como había hecho poco antes sin querer, cuando intentaba abrirla. Un largo toque de claxon llegó hasta sus oídos procedente de la calle: Daphne y su chófer, que se preguntaban dónde se había metido.

Frances miró por encima del hombro hacia el hueco de la escalera. Todavía no había llegado a ver siquiera a Samira, aunque tal vez la había oído la noche anterior. Echó un vistazo a la puerta cerrada del segundo apartamento y se preguntó si Yasmin estaría tras la puerta, con un ojo brillante y afilado por el maquillaje pegado a la mirilla. Te compraré una, le había dicho Andrew. No soy una niña pequeña, le había espetado ella. Si alguien llama a la puerta, lo atenderé. Ni que estuviéramos en Manhattan...

Sus sandalias repiquetearon por el suelo de mármol. Dio un fuerte tirón para abrir la pesada puerta principal del bloque hacia dentro, el robusto muelle quedó tensado; Frances cruzó el umbral y la misma puerta la expulsó con contundencia. Luego, los adoquines, dos pasos, el aire fétido y la verja en el muro; retiró el pestillo metálico, la abrió, salió, la volvió a cerrar y se puso a buscar la llave. No es ésta. Y esta otra tampoco. Notaba los ojos del chófer clavados en la nuca, y el rubor que le nacía en la garganta y se extendía hacia arriba. ¿Cuándo aprendería cuál era cada llave? Encerró a Yasmin, a Samira y a sus hijos y criadas siguiendo las indicaciones de Parsons. Le había advertido que sus vecinas se enojarían si se olvidaba. Al final, se guardó el manojito de llaves en el bolso y vio que la señora Parsons la esperaba en el asiento trasero del coche, sonriéndole a la vez que se inclinaba sobre el asiento para accionar desde dentro el tirador de la puerta, invitando a Frances a sentarse a su lado.

—Siempre en la parte de atrás cuando te lleve un chófer —le dijo—. Y cierra con fuerza, mejor si das un buen portazo, cielo. Estaba a punto de ir a buscarte dentro. ¿Todavía no estabas lista?

—Sí —respondió Frances—. Estaba lista desde hace una hora. Pero hay que abrir y cerrar con llave un montón de puertas.

—Es un edificio viejo y algo extraño —dijo la señora Parsons—. Muy saudí. —Se inclinó hacia delante para dirigirse al chófer, con voz muy clara —: Hasan, llévanos al Queen's Building. ¿Me has entendido? Al Queen's Building.

—Sí, señora —dijo Hasan.

—Porque no queremos ir a ningún otro zoco —dijo la señora Parsons—. Queremos ir al zoco principal. —Sus ojos pálidos buscaron los de Frances—. ¿Qué le ha parecido todo esto hasta ahora? —le preguntó.

Frances titubeó un poco. Ya se sentía incómoda, el vestido se le pegaba a la piel bajo los brazos. A ver si refrescaba un poco por Navidad tal como le habían prometido. Comprobó que las llaves seguían dentro del bolso y no se le habían caído ni en la canaleta ni en el asiento del coche, y pensó la respuesta a la pregunta de la señora Parsons.

—Esto..., atrofiante —dijo al fin.

La señora Parsons no replicó nada, al menos de inmediato. Frances tenía la sensación de haberla conocido ya en algún otro momento: era una mujer flácida, de carnes tiernas, con la piel sonrojada y curtida, y la voz de condesa. Llevaba un caftán holgado, con estampados de batik, y tenía los brazos llenos de pecas y envueltos con pesados brazaletes antiguos de diseños tradicionales. Alrededor del cuello, al extremo de una larga cadena, colgaba otro adorno de plata vieja, aunque con tanta mala fortuna que parecía el silbato de una profesora de gimnasia. Demostraba una cordialidad cargada de veneno.

—Espero que mi ropa sea adecuada —dijo Frances.

—Deberías comprarte caftanes, la verdad. Sobre todo para ir al zoco, ¿sabes? Y para las ocasiones en las que no te acompañe tu marido. En las tiendas no te harán caso si consideran que no te has tapado lo suficiente. —La señora Parsons la examinó de arriba abajo—. Porque no quieres que te molesten, ¿verdad? Tienes el pelo tirando a rubio, y eso siempre les llama mucho la atención.

—Creí que bastaría con cubrirme los brazos.

—Bueno, es evidente que no hay reglas estrictas al respecto. —La señora Parsons se acarició la piel desnuda del antebrazo—. Lo que les molesta no son los brazos, según tengo entendido, sino las piernas. Aunque si lo que quieres

es llevar ropa normal, deberías conseguir un abaya, ya sabes, esa especie de mantones negros que llevan las mujeres saudíes. Así podrás ponértela por encima de cualquier otra cosa.

—Ya, pero no tengo ninguna intención de hacerlo —se limitó a decir Frances.

Había visto a mujeres europeas envueltas en aquellos ropajes oscuros para ocultar su cuerpo de las miradas ajenas, había visto cómo los arrastraban y se les escurrían de los hombros, como sucede con las togas de estudiante o de letrado. Frente a la caja del supermercado, las mujeres se ajustaban la ropa con inquietud cada vez que les quedaba una mano libre. Esas mujeres tienen un aspecto absurdo, pensó Frances. Parecía que estuvieran haciendo la compra aprovechando que pasaban por ahí durante el camino de vuelta a casa tras una ceremonia de graduación.

—Es un disfraz —dijo Frances—. Un artificio.

—Bueno —dijo la señora Parsons—, sólo lo hacen para ahorrarse problemas.

—Pero eso supone traicionar nuestros valores.

—Pregúntaselo a tus vecinas, a ver qué opinan. ¿Ya las has conocido?

—Hemos conocido a la pareja pakistani de la planta baja.

—Sí, ya pensé que la esposa de Raji te invitaría a una taza de té —dijo con una risa afectada—. Raji conoce a todos los expatriados, pero no se mezcla con ellos por nada del mundo. Su cargo se lo impide.

—¿Qué cargo tiene, exactamente?

—Está muy próximo al emir, por lo que me ha dicho Eric. El emir es el ministro. Se encarga de mover las cuerdas del mercado de valores. Siempre está volando a Londres o a Tokio en jet privado. Todos éstos tienen sus fortunas fuera del Reino, ¿sabes? —Otra carcajada exenta de humor—. Sabe lo que hace el bueno de Raji. ¿Has conocido a la chica árabe?

—No.

—Yo tampoco la conozco —dijo la señora Parsons, como si aquello zanjara el tema—. No sé nada sobre ella.

Habían dejado atrás las calles estrechas que rodeaban Hastaquí. El chófer pisó el acelerador a fondo y se saltaron un semáforo en rojo.

—Ya llevamos tres esta mañana —murmuró la señora Parsons—. ¿No puedes ir más despacio, Hasan?

Frances miró por la ventanilla. La fachada desnuda de un edificio de veinte plantas, un banco, se alzaba a su derecha. Un miembro de la Guardia Real vestido de camuflaje holgazaneaba cerca de la entrada de un palacio de muros blancos. Iba armado con un rifle, y el viento procedente del desierto hacía revolotear el ghutrah blanco y rojo frente a su rostro.

La señora Parsons se volvió a medias en su asiento.

—¿Esperas conseguir un empleo?

—Creí que no se podía.

—Bueno, hay maneras de evitar la prohibición. A veces hay trabajos de oficina. Como secretaria, por ejemplo.

—Yo no soy secretaria.

—No, bueno, pero pareces una chica lista, seguro que aprenderías enseguida. Podrías encargarte de atender llamadas telefónicas, ¿no?

El coche frenó de repente con un sonoro chirrido. Hasan había clavado el pie en el pedal y las dos mujeres salieron propulsadas hacia delante y chocaron contra los asientos delanteros. Los brazaletes de la señora Parsons tintinearón escandalosamente.

—Maldita sea, esas mujeres... —dijo la señora Parsons.

Frente a ellas, un grupo de bultos cubiertos con velos negros había ocupado la calzada. Merodearon durante unos momentos por el centro de la calzada, apuntaron sus rostros ciegos y atenuados hacia el interior del coche y luego, poco a poco, empezaron a avanzar hasta la acera de enfrente.

—Ya lo ves —dijo la señora Parsons con acritud mientras se recomponía y se ajustaba de nuevo la ropa y las joyas—. Ésa es una de las pocas ventajas que tiene ser mujer en esta parte del mundo. Saben que los conductores les darán plena preferencia.

—¿Adónde van? ¿De dónde han salido?

La señora Parsons hizo un gesto para señalar a su alrededor.

—Hay pequeñas comunidades pobres a lo largo de toda esta carretera. Me sorprende que la gente pueda vivir en un lugar semejante, en medio de tanto bullicio. Deben de ser yemeníes, o algo así. Igual que Hasan.

Entre los palacios comerciales, brotaban diminutas tiendecitas, chabolas de metal, una especie de latas de conserva en las que se vendía ropa barata y pan de pita. Incluso bajo las cuestas hostiles que conducían al Hyatt Regency Hotel, los hombres ganduleaban frente a los mugrientos portales de cafeterías ordinarias, siguiendo el tráfico con la mirada. Frances notó una punzada de frustración. Por un instante, posó una mano sobre el cristal de la ventanilla. La señora Parsons contemplaba cómo Yeda pasaba ante sus ojos.

—Lo llaman «la novia del mar Rojo» —dijo—. Ya verás por qué.

Pasaron frente a una carnicería de aspecto sospechoso, con intestinos grises colgados a modo de cortinas en el escaparate. Un fabricante de zaubes exhibía un sinfín de fardos de tela blanca, todos idénticos. Más adelante, una franquicia de una marca de colchones, el videoclub Mar Rojo y la cafetería Perla de Oriente.

—¿Los conductores también frenarían para dejarme pasar a mí? —preguntó Frances.

—No lo sé. Dependería de la ropa que llevaras puesta.

Eso sí que vale la pena saberlo, pensó Frances: los códigos de vestimenta y la tasa de accidentes.

—Por supuesto, no viven muy pendientes de la seguridad —dijo la señora Parsons—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que cuando ocurre un accidente, nadie quiere implicarse por miedo a la policía y a que los obliguen a pagar una indemnización. Si te paras, te conviertes en un testigo y pueden llegar a retenerte en el cuartelillo. Y si prestas los primeros auxilios a alguien, pueden acusarte de haber empeorado las heridas. Supongamos que mueves a alguien y se muere, ¿de acuerdo? Pues te arriesgas a que te obliguen a pagar la indemnización.

—Pero eso es ridículo.

—Por eso los heridos siempre se quedan tirados por cualquier parte. Si viene otro vehículo y choca contra ellos... Ay, querida, no tienes por qué alarmarte. Todo el mundo sufre algún que otro accidente en Yeda, pero suelen ser encontronazos menores o arañazos en la chapa al cambiar de carril, en el caso de los expatriados. Son los saudíes los que provocan el caos, esos chavales de doce años que llevan coches deportivos. Y los coreanos y los

filipinos, que no conducen más que cafeteras viejas.

—Me pregunto qué probabilidad hay de salir de aquí indemne.

—Ah, bastante alta, en realidad. Es en las autopistas donde hay que ir con cuidado. El peligro no está en las calles de la ciudad, sino en las carreteras y autopistas que hay fuera de ella.

No me gusta el tono de esta conversación, pensó Frances; no me gusta el tono, pero debería prestar atención a lo que me cuenta, porque seguramente es cierto. La primera vez que había viajado a África, le había tirado en cara a una mujer que llevaba tiempo viviendo allí que no tenía en buenas condiciones el lugar donde obligaba a su servicio a alojarse.

—Espere a ver cómo viven en los pueblos —le había respondido la señora.

Su tono de voz había insinuado con toda claridad que no aspiraban a conseguir nada mejor. A Frances no le había gustado nada ese tono, pero lo cierto era que la mujer acabó demostrando que tenía toda la razón. Su sirviente se había considerado todo un privilegiado por el hecho de disponer de una ducha con suelo de hormigón y una habitación con las paredes desnudas. Luego la decoró con fotos, instaló cortinas e invitó a sus amigos para que vieran lo bien que vivía. Aquello había supuesto un alivio para Frances, algo aligerada del peso de una culpabilidad que a partir de entonces se había ido aligerando cada vez más.

—Sobre eso del empleo —dijo Frances—, creía que las mujeres no podían trabajar en nada que implique estar en contacto con hombres.

—Desde un punto de vista estrictamente legal, no —respondió Daphne—. Cada vez es más difícil, pero hasta hace poco había un montón de británicas y norteamericanas trabajando en oficinas. La policía hacía redadas de vez en cuando.

—¿Cómo? ¿Redadas para detener a mecanógrafas? ¿Como si fueran narcotraficantes?

—Entonces la empresa metía un coche frente a la puerta de atrás, se llevaba a las mujeres y las mantenía alejadas durante unas cuantas semanas. Pero, bueno, ya te digo que ahora no es tan sencillo. Varias empresas recibieron multas muy severas, y en la actualidad nadie tiene la sensación de

tener el puesto asegurado en el Reino.

—¿Y ahora quién se encarga de las tareas de mecanografía?

—Ah, contratan a pakistaníes. —Por la manera como lo dijo, parecía que hablara de robots o de simios adiestrados—. Seguro que podría tantear el terreno, si te interesa. Eric conoce a mucha gente.

Frances desvió la mirada y levantó un poco la barbilla. Una larga sucesión de comercios pasó ante sus ojos: Prestige Cars, Modern Fashion, Elegant Man. Dos ancianos ataviados con turbantes estaban sentados en la acera, enfrascados en una conversación amparada por la escasa sombra de un árbol joven, con las chancletas a pocos centímetros de la calzada por la que circulaban los coches.

—El trabajo de oficina no tiene ningún secreto —dijo la señora Parsons—. ¿Ya has trabajado antes?

—Soy cartógrafa.

—Vaya, eso no es nada habitual. —La señora Parsons se detuvo a pensar en ello unos momentos—. Siempre hay demanda de maestras de preescolar —dijo—. Podrías haber abierto una guardería. Qué lástima que no seas maestra de preescolar.

—Seguro que me habría inclinado por ahí, de haber pensado en las ventajas —replicó Frances.

Alrededor del área del zoco, la velocidad del tráfico se volvió tan lenta que prácticamente ni se movían. El chófer las dejó en una acera que quedaba frente a un hotel. La señora Parsons se inclinó sobre la ventanilla para darle unas instrucciones en árabe al conductor.

—Una hora será suficiente —le dijo a Frances, por encima del hombro—. Hace demasiado calor para quedarse más tiempo. —Volvió la cabeza hacia Hasan de nuevo, como si dudara de si sabría expresarse en árabe, y escupió las palabras—. Una hora. Una —repitió, blandiendo el índice bajo la nariz del chófer, como hacen los árbitros de fútbol para advertir a los jugadores.

Hasan se marchó con el coche. Frances miró a su alrededor.

—La calle de Gabel —dijo la señora Parsons. Acto seguido, hizo una seña con la cabeza para indicarle a Frances que tenían que adentrarse en el tráfico y colarse por un callejón que empezaba en la acera de enfrente.

Agarró a Frances por un brazo y ésta, con la mano libre, se apartó el pelo de su pegajosa y húmeda frente.

—¿Cómo llevas el calor? —quiso saber Daphne, por encima del estruendo del tráfico.

—En realidad, me molesta más la humedad. El aire era muy distinto donde vivíamos antes de venir aquí.

—Nosotros pasamos unos cuantos años en Zambia. Aunque, claro, no me parece un país representativo de lo que es África.

—¿Ah, no? —dijo Frances, titubeando sobre el bordillo de la mediana.

—Ahora —ordenó Daphne, y empezaron a sortear los coches del atasco—. Justo después de casarme —prosiguió—, vivíamos en Nigeria. —Frances subió a una isleta y miró a la señora Parsons, que ya tenía la cara moteada y enrojecida por el calor—. Las cosas nos iban muy bien, vivíamos en una casa encantadora. ¡Teníamos cuatro jardineros!

—¿De verdad?

Otra incursión entre el tráfico.

—Luego estuvimos viviendo en Malasia.

Un Pontiac negro enorme frenó para dejarlas pasar. Frances asintió con la cabeza para agradecerlo, pero el sol se reflejaba en el parabrisas del coche y le impidió ver el rostro del conductor.

Por fin llegaron al otro lado.

—Y en Malasia, ¿cuántos jardineros tenían? —preguntó Frances.

En esa ocasión, quien se molestó por el tono de voz fue la señora Parsons. Sin embargo, estaba concentrada en su objetivo: llegar hasta los orfebres. Frances comprobó que el zoco era moderno. Incluso estaba pavimentado y tenía alumbrado público, aunque había las mismas tiendas de latas de conservas que ya había visto en las afueras. No obstante, por encima del zoco y más allá se divisaban las casas de la parte antigua de Yeda, de paredes inclinadas y colores pastel macilentos, con verjas destartadas, la madera desvaída por el sol y abandonada a un color vagamente ceniciento.

—¿Qué hay ahí arriba? —dijo Frances animada de repente. En todo momento había sospechado que tenía que haber algo más aparte de lo que ya había visto—. ¿Podemos subir hasta allí para echar un vistazo?

—Creo que a Eric no le gustaría que fuéramos —dijo la señora Parsons con dignidad, justo antes de adentrarse por la calle de Gabel.

2

DIARIO DE FRANCES SHORE

7 de safar

Si lo contemplaras de noche lo verías en todo su esplendor, dijo la señora Parsons. Parece ser que eso es lo que hace la gente: organizan fiestas para ir al zoco. En cualquier caso, lo cierto es que a las once de la mañana me decepcionó bastante. No hay más que hileras interminables de tenderetes metálicos en los que se venden cosas de lo más normales, como juegos de té, amortiguadores y telas estridentes tejidas con hilos dorados y plateados. Me quedé un juego de sartenes antiadherentes de color naranja que me parecieron muy baratas. No sabía si regatear y Daphne me dijo que no, que pagara lo que me pedían y punto. La verdad es que fue un alivio.

Los orfebres son bastante espectaculares. Comparadas con las joyerías modernas de la parte alta, las tiendas parecen tan pobres y sombrías que cuesta asimilar el valor (miles de riyales, millones de riyales) de los artículos que exhiben en los escaparates. Se vende a peso aquí. No se tiene en cuenta la calidad del trabajo, y mucho menos si la pieza demuestra buen gusto o no. La señora Parsons entró en una de esas casuchas para echar un vistazo, aunque nadie le hizo mucho caso. Ya me había advertido de que los vendedores saben que los europeos no suelen comprar nada; como mucho, alguna baratija. En cambio, si te envolvías la cabeza con un velo, se ponían en guardia enseguida. La señora Parsons le preguntó al dependiente a cuánto iba el oro ese día, como si estuviera comprando tomates para la ensalada. De algún pliegue de su amplio vestido sacó una calculadora de bolsillo, convirtió los gramos en onzas y le indicó unos cuantos brazaletes para que los metiera en la balanza. Después de realizar unas cuantas sumas más, le dio las gracias, *sucran*, y volvió a salir. Luego entramos en varias tiendas de ropa india; ella revolvió un poco el género y sentenció que era de mala calidad. Nadie intentó vendernos nada en concreto, excepto un tendero que sacó una caja de cartón de un mostrador, en la que guardaba los vestidos sobrantes de los saldos de los mercadillos. Sostuvo en alto una o dos piezas y nos dijo que eran de viscosa, muy elegante, ciento por ciento poliéster, señoras; les encantará. Es evidente que no nos convenció, aunque tampoco puso mucho empeño en conseguirlo. La señora Parsons me advirtió que no sonriera demasiado, que podía transmitir una idea equivocada. El zoco huele bastante mal, aunque parece más bien una ambientación artificiosa. Hay cloacas y barrenderos, ¿por qué tendría que oler mal?

Después de vagar sin rumbo durante media hora, vi unas cuantas mesas y sillas frente a un portal y me di cuenta de que en el interior había un anciano muy decrepito frente a una de esas máquinas giratorias de plástico para elaborar zumo de naranja, como las que tienen las cafeterías de los grandes almacenes British Home Store. Pregunté si podíamos tomar algo o si sólo era para hombres, y Daphne me respondió que no se fiaba del sitio, que había tomado algo allí en una o dos ocasiones y que, en cualquier caso, dependía de si la policía religiosa había estado por el lugar últimamente. ¿Me está diciendo que no podemos sentarnos a tomar algo por el simple hecho de ser mujeres?, le pregunté. La señora Parsons miró a su alrededor y dijo que era mejor no arriesgarse.

Yo estaba furiosa, porque me moría de calor y las sartenes antiadherentes pesaban lo suyo. Estaba cansada de cargar con ellas. Quizá no debería haberlas comprado, pero toda mujer tiene que poder permitirse una compra impulsiva de vez en cuando, ¿no? ¡Dios mío!, exclamé, pasa exactamente lo mismo que en Sudáfrica. La señora Parsons sonrió, aparentemente complacida. Sí, ¿verdad?, me dijo.

Durante el trayecto de vuelta, la señora Parsons estuvo hablando sobre algo que ella llamaba «visitas». Por lo que entendí, se supone que tengo que celebrar cenas en casa e invitar a gente. No estoy muy segura de cómo hacerlo. En África, la gente venía a verte y les ofrecías lo que tenías, que solía coincidir con lo que ellos guardaban en el frigorífico. No había margen para posiciones de superioridad, y los espaguetis a la boloñesa se consideraban algo bastante exótico. Pero sospecho que aquí no bastará con servir un plato de espaguetis a la boloñesa.

La señora Parsons participa en los desayunos que celebra el Grupo de Esposas Británicas en la embajada el primer lunes de cada mes. El grupo organiza sesiones de labores manuales, obras de caridad y conferencias con diapositivas sobre lo maravilloso que es el arrecife de coral. Estuvo hablando acerca de esas reuniones y sobre su Magimix; según me dijo, es el Rolls-Royce de los procesadores de alimentos.

Nada más llegar a casa, dejé la caja en la cocina, la abrí y examiné las sartenes. Cuando leí las etiquetas del fondo, me di cuenta de que, en realidad, ni eran una ganga, ni tampoco lo que yo esperaba: el revestimiento antiadherente estaba fabricado con un material llamado *saudiflon*. Eran una porquería. Me tendí en la cama durante media hora e intenté construir unas cuantas frases sobre el zoco para poder utilizarlas en las cartas que mandaré a casa. La gente habla tan bien sobre los zocos que tuve la sensación de haberme perdido algo. Quizá soy demasiado estrecha de miras. Sí, sin duda, tiene que ser eso.

El arquitecto que había diseñado el nuevo edificio del ministerio había recibido una comisión con la condición de que su obra destacara sobre el resto de los edificios extraños y maravillosos de la Yeda moderna. Tanto en escala como en ingenio, el inmueble competía contra el gigantesco edificio verde de Petroline y contra la fantasía plateada y cromada del Ministerio de Trabajo de la calle de Al Hamra. Tenía que ser más raro y más rotundamente contrario a la fuerza de la gravedad que los tejados en forma de carpas de la

terminal del aeropuerto del Hajj. Tenía que despertar asombro, entusiasmo, una admiración incluso mayor que la que provocaba el blanco puro del triángulo tridimensional del National Commercial Bank que flota sobre la laguna de Bagdadía.

El cuartel general del ministerio tenía que sugerir al observador una composición milagrosa de todos los elementos: tierra, aire, agua y fuego, para transmitir el esplendor misterioso de las actividades del ministerio, la calidad trascendente del papeleo que se manejaría ahí dentro. Tenía que ser mejor que cualquier creación occidental pero, al mismo tiempo, tenía que ser claramente islámico. Glorificar a Dios era una de las premisas del encargo.

En la imaginación del arquitecto, el nuevo edificio del ministerio parecía más ligero que el aire que tendría a su alrededor. Era un iceberg reluciente que se elevaría por encima del calor acumulado en las aceras, por encima de la jungla de vegetación que lo arraigaría al suelo. A la hora de la oración de la Magrib, cuando el sol se hundía en el océano como una gran bola de fuego gaseoso, las paredes de cristal del edificio se fundirían para volverse líquidas. Resplandecería entre un paisaje urbano a oscuras. Sería un terror y un portento, una columna coránica de fuego.

Cuando llegó el momento de plasmarlo sobre el papel, de reducir la impresión de un artista a colores y líneas, sin duda fue necesario incorporar una calidad más prosaica: aun así, los dibujos que Andrew guardaba en su portafolios eran impresionantes. Figuras diminutas, dibujadas con zaubes y ghutrah, subían y bajaban por la escalera que envolvía los muros de cristal. Grandes flores de color escarlata florecían en el primer plano, una fuente de cristal desafiaba el aire de verano y, por encima del conjunto, una nube esponjosa surcaba el firmamento azul cerúleo.

Cuando Frances acudió a ver el edificio, el día era húmedo, gris y nublado. El aire estaba cargado de polvo. Era viernes, y la obra estaba desierta. El proyecto había llegado a esa etapa en la vida de todo edificio en la que presenta un aspecto más cercano a la destrucción que a la construcción. La primera impresión que se llevó fue la de estar contemplando los restos de un bombardeo: ladrillos a la vista, cables asomando sin sentido por orificios abiertos en las paredes. Había partes que parecían casi terminadas, pero otras

no pasaban de los cimientos.

—Tienes que imaginártelo con el revestimiento de mármol —dijo Andrew—. Se supone que será blanco, translúcido, como un viso. Ésa es la idea, que parezca menos sólido de lo que es en realidad. Sin embargo, todavía no he visto el mármol. Espero que no nos lo traigan de esos que parecen pintura deslucida y agrietada. Ya sabes, como el que utilizaron para el hospital de Bugshan.

—Sí, ya sé —dijo Frances, enlazando los dedos en la reja de la cerca de seguridad—. Puede que me equivoque, pero ¿no hay muchos más muros que en el dibujo? Allí parecía construido por entero de cristal.

—Mmm.. —Andrew frunció el ceño—. Mantener el diseño original era imposible, por varios motivos —dijo con aire de derrota—. La mezquita estará allí —añadió más animado.

—¿Tendrá mezquita propia?

—Sí, sí. Como todos los edificios públicos. Y también tendrá un helipuerto en la azotea. En el centro habrá un claustro con una fuente, y la base tendrá forma de quemador de incienso. Hay sesenta y cuatro fuentes en Yeda, y ésta será la mayor de todas. Si te acercas y lo miras desde aquí... —Frances arrastró las sandalias sucias de polvo por encima de aquel suelo arañado y se acercó a su marido. Él la orientó con un toquecito en el hombro—. Fíjate, ésa será la entrada privada del ministro.

—¿No puede entrar por la misma puerta que el resto de la gente?

—No. Al parecer, no.

—¿Y los árboles? ¿Habrá árboles?

—Hemos encargado diez mil arbustos en flor. Los plantarán frente a la fachada que da a la calle, más o menos donde estamos ahora. No sabes lo mucho que me sorprende trabajar al margen de la tacañería que suele regir los proyectos en todas partes. El arquitecto es egipcio. Al principio creía que se había pasado de rosca, pero realmente están dispuestos a invertir lo que haga falta. ¿Sabes, Fran? Trabajo con la seguridad de que, una vez terminado, quedará perfecto.

—¿Y esculturas? ¿Habrá esculturas?

—Sí, hay una muy grande, está planificada para el lado sur: una maqueta a

escala del sistema solar.

—Muy bien, ¿no? —dijo ella, dándole un apretón afectuoso en el brazo.

—Quedará genial, ya lo verás. Los arquitectos de El Cairo han encargado una maqueta a escala, más o menos del tamaño de una mesa. La están elaborando en Los Ángeles. Me muero de ganas de verla. Tendría que haber llegado antes que yo. Ya lo verás, con la maqueta sí que podré transmitir a la gente el aspecto final del edificio.

—Ojalá pueda verla cuando llegue. Aunque no se me permite entrar en tu oficina, ¿verdad?

—Intentaré colarte algún fin de semana. Los viernes durante las plegarias es el mejor momento, porque todos están en la mezquita.

Ese edificio significaba mucho para Andrew. Frances levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Estoy segura de que quedará espléndido.

—Sí, y no obstante..., bueno, a pesar de todo, me gustaría haber venido hace unos años, durante la época de máxima prosperidad. Hoy en día ya no se construye tanto, y lo que se construye no tiene esa imagen propia de la era espacial, tan innovadora. Todo se limita a lo que ellos llaman «arquitectura islámica». No supone ningún reto, cualquiera puede construir unas arcadas triviales alrededor de un patio. Sin embargo, ese egipcio tiene lo que hay que tener: todos los guiños necesarios al elemento religioso, pero sin olvidar cierto sentido del riesgo.

—Andrew —dijo ella, mirando de reojo por encima del hombro con inquietud—. Hay un policía al otro lado de la calle, y se ha fijado en nosotros.

—Sí, supongo que será mejor que nos marchemos. —Andrew parecía incapaz de apartar la mirada de las tuberías apiladas y los montones de escombros—. ¿Sabes, Fran? Éste será el último entre los mejores edificios construidos aquí. El precio del petróleo está bajando en picado y no volverán a encargarse obras de esta envergadura. Ojalá hubiera venido hace unos años.

Lo dijo con aire melancólico, como si la edad dorada hubiera pasado ya. Para él, las obras eran como el jardín de los placeres. Mientras ella se abría paso entre las roderas y los sumideros, él extendió una mano para ayudarla, a pesar de la presencia vigilante del policía. Había una zanja muy ancha entre la

obra y la calle. Frances la sorteó con la ayuda de un tablón dispuesto a modo de puente, y luego pasó Andrew.

DIARIO DE FRANCES SHORE

15 de safar

Hoy ha llegado un último envío con cosas que ni siquiera recordaba haber facturado. Los cestos de rafia que habíamos comprado a los niños que los vendían por la calle y los candelabros de alfarería de Thamaga. Y la esteatita con forma de tortuga que tanto he echado de menos. Se la compré a un joven que las ofrecía en el andén de la estación de Francistown, cuando íbamos a las cataratas Victoria. Por aquel entonces, la guerra todavía no había terminado. Los hoteles eran baratos. Los cruceros fluviales al atardecer terminaban abruptamente con disparos.

Mientras desembalaba nuestras cosas, he tenido una sensación muy extraña. He recordado cuando lo había empaquetado, pensando en ese futuro tan emocionante que ahora se ha convertido en un presente de lo más aburrido. He buscado un sitio para cada cosa con la esperanza de que el piso, de ese modo, resultaría más acogedor. Sin embargo, no acababan de encajar, era como si hubieran llegado procedentes de otra vida.

He conocido a una mujer llamada Marion que vive en el complejo residencial de Jeff Pollard. Es la esposa de un tipo de Recursos Minerales, y tienen dos hijas pequeñas. Antes vivían en Zambia, por lo que tenemos muchos temas en común, y he descubierto que puedo ir andando hasta su complejo residencial sin arriesgarme a quedar consumida por el calor o a que los conductores babosos me acosen más de tres o cuatro veces. En su complejo hay doce viviendas, y nosotros también viviríamos allí si las cosas hubieran ido de otro modo. Me pregunto cómo habría sido tener a Marion por vecina. Sin embargo, la suerte ha querido que nuestras vidas transcurrieran de una forma distinta.

Todas las casas son prefabricadas y bastante grandes, aunque están algo desvencijadas. Las construyeron con la previsión de que duraran unos cinco años y ya van por el noveno. Estoy segura de que en el Reino Unido creen que vivimos rodeados de glamour, que nos pasamos el día tomando el sol en piscinas flanqueadas por palmeras y bebiendo sorbitos de algún «licor clandestino», aunque sólo sea porque suena más emocionante que el licor normal. En casa de Marion no hay tantas cucarachas, pero como contrapartida tienen los baños sujetos a las paredes con cinta adhesiva, y siempre hay ratas correteando por los tejados.

Marion se queja mucho del complejo: que se cae a trozos, que no hay mantenimiento y otras cosas por el estilo, además de los problemas recurrentes que tienen con los desagües, aunque en general parece bastante feliz viviendo allí. Lleva dos años en Yeda. Pasado ese período de tiempo, tal vez yo también me habré acostumbrado y veré las cosas igual que ella. Al fin y al cabo, me dijo ayer, en las tiendas puedes comprar cualquier cosa, mientras que en Zambia no había jabón, nos pasábamos meses sin probar el azúcar, los huevos siempre estaban pasados, la única carne que había era la de unos pollos fibrosos, y algunas semanas lo único que se podía comer eran espaguetis. O sea, que si alguien te encerrara en un supermercado Sainsbury's, le pregunté, ¿estarías contenta? Se quedó con la mirada fija en mí. Es una mujer amable, demasiado tranquila

para llegar a ofenderse. Yo se lo dije en broma, pero creo que últimamente le ocurre algo a mi sentido del humor.

Trabajando aquí, los británicos ganan mucho más que en cualquier otra parte del mundo. Charlan sobre la evolución de sus acciones y sobre las próximas vacaciones, que suelen consistir en una vuelta al mundo en avión, disfrutando de lugares como Miami y Hong Kong, donde pueden pasarse el día de centro comercial en centro comercial, por si echan de menos lo que hacen durante el resto del año en Yeda. No obstante, también hay los que se pasan de frugales. Ahorran tanto como pueden y se enfrentan al calendario como quien cumple condena o trabaja como temporero en el campo. Su objetivo es quedarse hasta que en su cuenta bancaria se haya acumulado una determinada cifra de dinero, pero cada vez que se aproximan a la cifra planteada deciden que no es suficiente, que necesitan más de lo que se habían propuesto. Aspiran a comprarse una casa, pero los precios suben muy rápido. Metieron a sus hijos en internados para poder venir aquí, pero ahora los niños están tan acostumbrados que les parece injusto sacarlos de allí, por lo que tienen que quedarse en el extranjero para poder pagar las cuotas. Ingresaron a sus madres en residencias geriátricas porque no podían atenderlas, y se les han convertido en ancianas con demasiados achaques y aires de grandeza. Suelen decir que aguantarán sólo un año más. A esto se le llama «llevar grilletes de oro».

Por mucho que se quejen de cómo es la vida aquí, no quieren ni oír hablar de la posibilidad de largarse. Su inseguridad es increíble cuando se miran a los ojos, como si temieran que sus vidas fueran a desmoronarse al recibir el visado de salida, como si después de recoger el equipaje en Heathrow tuvieran que acudir directamente a los servicios sociales. Tan sólo están envejeciendo demasiado para marcharse. Tienen que quedarse en la medida de lo posible: da igual si estalla una guerra o una revolución, tienen que quedarse de todos modos, pase lo que pase, porque no saben cómo comportarse en cualquier otra parte.

Los norteamericanos son distintos, no suelen quedarse mucho tiempo. Pero es que los norteamericanos no saben cómo comportarse en ninguna parte.

Marion se pasa el día hablando sobre su marido. Russel no quiere acompañarla a hacer la compra al supermercado, considera que a los hombres no les corresponde ocuparse de esa clase de cosas. Su empresa le cede un chófer durante unas horas una vez por semana, pero tiene que justificar todos los gastos y a él no acaba de gustarle la idea de que haga la compra sola. Teme que Marion se deje llevar y acabe comprando gambas y cosas por el estilo. Russel preferiría acompañarla e ir a hacer la compra una sola vez al mes. Tenemos un congelador, le dice, aprovéchalo. Pero, al mismo tiempo, espera que su esposa tenga de todo, por si en algún momento se le antoja comer algo en especial. No haces nada más en todo el día, le dice, ¿cómo es posible que no consigas organizar las tareas domésticas? El otro día le preguntó si tenían remolacha, y cómo era posible que no tuvieran remolacha.

Además, se le ha estropeado el Magimix.

Cuando refresque un poco, me dice, nos podremos sentar fuera a tomar el café.

Los hombres no salen muy bien parados en este diario. Por otro lado, las mujeres tampoco. Ya escribí que aquí los sexos viven en un estado de profunda desconfianza

mutua, pero ahora empiezo a pensar que más que desconfianza es verdadero terror. Antes de venir, no estaba segura de si realmente ejecutaban a los adúlteros. Sin embargo, desde que llegué al Reino, la *Saudi Gazette* ha informado ya de la ejecución de dos o tres parejas. Si alguna se te pasa por alto, te acabas enterando de igual forma, porque alguien la habrá recortado y te dará una fotocopia. Nos fascina el tema, no podemos evitarlo.

Hace poco hubo una ejecución en La Meca. La mujer de la casa mantenía un idilio con su chófer, el marido empezó a sospechar y lo despidió. A la noche siguiente, mientras el marido dormía, la mujer dejó entrar en casa al chófer y éste acabó apuñalando al marido hasta matarlo, metió el cadáver en un saco y lo tiró a un pozo. Luego se marcharon a Taif, fingiendo ser marido y mujer. Cuando los atraparon, lo confesaron todo. Al hombre lo decapitaron en público por adulterio y asesinato, mientras que a la mujer la lapidaron hasta la muerte por adúltera.

Supongo que no es necesario sentir ninguna clase de superioridad cultural. El asesinato, en cualquier caso, equivale a los crímenes que se cometen en Occidente, hasta hace poco castigábamos ese crimen de un modo parecido. Pero lo que me hiela la sangre es la devoción del último párrafo que añade el periódico: «Mientras se leían los detalles del crimen y del castigo, el ministro del Interior dejó claro que el gobierno no dudaría en aplicar las leyes de la Sharia para preservar la seguridad del país y disuadir a los delincuentes... Las ejecuciones se llevaron a cabo tras las oraciones del viernes».

Tengo que hablar con Yasmin como sea. Cuando leo cosas como ésa, no comprendo que personas como Marion puedan decir «Ah, no me importa estar aquí, la verdad», sabiendo que se infligen ese tipo de castigos, más propios de una pesadilla. Probablemente paso demasiado tiempo sola en el piso, leyendo los periódicos y dándoles vueltas a las cosas. Cuando Andrew llegó a casa ayer, me contó algo muy inquietante sobre el piso vacío que queda encima del nuestro. No sé si debería escribirlo. ¿Y si mi diario cae en manos ajenas y lo lee alguien?

3

Lo que Frances recordaba en esos momentos era el sonido de los sollozos que había oído resonando por las cañerías del baño. Ya no sabía de qué apartamento procedían. Lo mejor era suponer que eran de Samira. ¿Se llora mucho en los matrimonios acordados? No se quitaba de la cabeza las quejas de Marion. Al parecer, hay quien llora incluso cuando se ha casado de forma voluntaria.

Quizá Abdul Nasr ejercía el derecho que el Corán le concedía a moler a palos a su esposa. Volvió a verlo en otra ocasión, a media mañana, saliendo del coche. Las sandalias le resbalaban sobre el suelo de mármol, y los extremos del ghutra iban pegando latigazos tras él. Y eso que Andrew le había dicho que los saudíes se lo tomaban todo con calma. Frances apenas tuvo tiempo de verle el ceño fruncido y el resplandor de su reloj de pulsera, y el contraste quedó fijado en su mente: las líneas limpias del Cartier y el hedor empalagoso a carne de cordero que bajaba día tras día del piso superior.

Tenía dolor de cabeza. Pensó que quizá la culpa era del aire acondicionado, que no podía ser sano tenerlo siempre encendido. Aunque tal vez no era más que tensión acumulada en la nuca.

Se lo comentó a Andrew.

—¿Qué motivos tienes para estar tan tensa? —le preguntó él, aunque enseguida cambió de tema—. ¿Sabes?, me han pagado. Tengo que ir a la oficina de cambio. ¿Quieres venir conmigo?

Primero tenía que ir en coche hasta el centro, para ir al banco a cobrar el cheque del ministerio en efectivo. Aquí lo que cuenta son los billetes de riyal; ni los cheques nominativos, ni las tarjetas de crédito sirven para nada. Sacaba

un fajo de billetes y luego volvía a casa, lo dividía en varios fajos menores y procedía a ocultarlos en varios escondites por toda la casa.

Luego tenía que llevarse el efectivo sobrante y cambiarlo por un cheque británico en libras esterlinas. A Frances lo de cambiar el dinero le pareció interesante. Se imaginó que las transacciones se efectuarían en una mesa al aire libre, rodeada de gente en actitud bíblica. No obstante, en realidad resultó ser un despacho cualquiera en una calle cualquiera. Frances se quedó sentada en el coche y mientras esperaba a Andrew se estuvo fijando en la gente que pasaba por la calle. Se dice que Yeda es una ciudad cosmopolita, que se oyen todo tipo de idiomas y que gente de toda clase se reúne en los zocos y las plazas. Lo que no se cuenta es que no se mezclan entre ellos. Se forman guetos, incluso en las aceras. Y da igual la ropa: quien sea considerado extranjero hoy lo seguirá siendo mañana. Cada cual cae en su estereotipo nacional, que se hace patente en la piel rojiza, en el pelo rebelde o en el pliegue del epicanto.

Se puso a jugar con el dial de la radio para ver si encontraba algún boletín informativo del Servicio Mundial de la BBC. Estaban dando las noticias habituales cuando encontró la frecuencia, aunque se oía recortada por un crujido de estática: bombas en Belfast y bombas en Beirut. Al parecer, todo lo que la preocupaba parecía estar sucediendo cerca de Inglaterra. ¿Sabes?, le había dicho a Andrew, yo tenía razón: realmente oí pasos en el piso vacío.

En el coche hacía mucho calor, pero con la ventana abierta entraba el polvo. Varios gatitos anaranjados de una misma camada trepaban como arañas por un cubo de basura. Otros gatos de mayor tamaño, llenos de costras y cicatrices, arrastraban una carcasa de pollo calle abajo. La gente que lleva tiempo viviendo aquí dice que antes los perros asilvestrados eran peligrosos, que merodeaban en manada cerca de los edificios habitados. Al final, el consistorio los hizo desaparecer y terminó con el problema.

Tras las gafas de sol, Frances miraba a los hombres saudíes, recordándose que si le devolvían la mirada encontrarían un rostro inexpresivo que no revelaba más que si hubiera llevado velo. Qué desfavorecidos son los zaubes, pensó. Antes de llegar, se había imaginado llevando vestidos anchos, y no esas camisas blancas y alargadas. La luz del atardecer brillaba a través del tejido y le permitía divisar piernas enjutas y camisetas de malla.

¿Qué necesidad tenían de vestirse como el reparto de un pesebre viviente?

Consultó su reloj. ¿Y si voy a buscarlo? ¿Por qué no? Tienen «bancos para mujeres», pero nunca ha oído hablar de «oficinas de cambio para mujeres». Al parecer, no acaba de quedar claro dónde pueden entrar las mujeres y dónde no. Al menos, los sudafricanos tienen la delicadeza de indicarlo con un rótulo: NIE BLANKES.

Una vez dentro de la oficina de cambio, nadie se fijó en ella lo más mínimo. Estaba atestada de gente, y tuvo que abrirse paso para llegar hasta donde estaba Andrew. Cuando le tocó el brazo, él reaccionó con un sobresalto y luego se la quedó mirando con una expresión perpleja, confusa, como si de buenas a primeras no la hubiera reconocido.

—Has entrado —dijo.

Era un lugar andrajoso, alejado de las cúpulas del placer. Era como si allí se resolvieran los negocios serios del Reino y, por una vez, no importaran ni el lujo ni las comodidades. Las tapicerías de las sillas de vinilo mostraban su relleno en las esquinas descosidas; los clientes arrastraban los pies de una cola a otra, todas caóticas, pasaban los fajos de billetes por una reja y blandían los formularios en la siguiente; recopilaban firmas, acumulaban sellos y seguían con la mirada el reloj de la pared en todo momento, pendientes de que llegara el momento de la oración y se quedaran ahí encerrados, peleándose y gritando durante media hora, sudando, con la ropa pegada a la espalda y el sueldo entre las manos. Al parecer, ni siquiera el aire acondicionado funcionaba como es debido. El suelo era de losetas de moqueta y las colillas superaban con mucho la capacidad de los ceniceros. Las hojas de papel carbón arrancadas quedaban tiradas por el suelo sin que nadie se dignara a recogerlas.

El director y su ayudante estaban sentados tras sus respectivas mesas, a la vista de todo el mundo. La del director era de color negro, pulida como un espejo, y acumulaba una gruesa capa de polvo. La de su ayudante era metálica, menos imponente, dos palmos más corta y con menos cajones, pero la capa de polvo sí era más gruesa. Tanto uno como el otro de vez en cuando extendían una mano displicente y señalaban con cierta guasa la impresionante cola que los aguardaba. Sin embargo, en líneas generales parecía como si aquello no

fuera con ellos, como si no les importara lo más mínimo, como si fueran los propietarios de una mansión y estuvieran contemplando cómo los criados celebraban algo. Sonreían, hablaban por teléfono y se rascaban la barbilla. Un contingente de barrenderos tailandeses, todavía ataviados con los trajes de color escarlata, iban de un mostrador a otro en una especie de minué agotador. Un norteamericano con gorra de béisbol y zapatillas deportivas agitaba sus papeles por encima de la cabeza con los ojos brillantes y el cinturón superado por la barriga. También había tres británicos apoyados en la pared, fuera de combate durante un rato. Mal afeitados y medio calvos, llevaban pantalones baratos y, encima, los llevaban caídos, mientras que sus zapatos hacía demasiado tiempo que no tenían lustre. Transmitían una fragilidad deliberada en esa atmósfera cargada con el hedor de los billetes viejos.

Andrew no podía perder el tiempo hablando. Apartó el brazo para evitar el contacto físico en público con su esposa. Fuera, el tráfico avanzaba en manada y el sol se ponía en el mar. Un pequeño armario de madera derramaba yenes y miles de francos suizos. Debajo de la escalera había dos maletas baratas, como si las tuvieran reservadas para los clientes más ambiciosos, y cuando Andrew, con el rostro brillante por la indignación y el sudor, hizo una seña para indicar que había terminado las gestiones, un árabe rechoncho bajó por la escalera y las recogió para llevárselas. Cuando dobló los brazos, los botones de los puños quedaron tirantes y un Rolex Oyster mostró su fulgor ostentoso. Fuera, al fondo de la escalera, un vendedor había extendido un mantel en el suelo para vender calculadoras de bolsillo. Andrew tomó una bocanada de aire menos tórrido que el que había estado respirando dentro. El calor dentro de la oficina había ido en aumento hasta llegar a un punto asfixiante. Las puertas de cristal habían perdido su transparencia por culpa de las marcas grasientas que habían dejado las palmas desesperadas de los patrones que entraban a toda prisa.

—La libra esterlina ha caído —dijo Andrew mientras entraba de nuevo en el coche—. ¿Te importa si vamos a comprar algo para el dolor de cabeza?

—¿Tú también tienes dolor de cabeza?

Circulaban por el desvío que pasaba bajo el paso elevado próximo a la planta de Pepsi-Cola cuando la llamada del almuédano irrumpió en la autovía.

Los coches no dejaron de acelerar, el Profeta no creía necesario que los viajeros tuvieran que detenerse para orar.

—Mierda —exclamó Andrew al oír la llamada—. Siempre nos hacen perder media hora, caiga donde caiga.

La noche, que en esos momentos se manifestaba en largas franjas púrpura y suaves degradados de color limón y rosa, envolvió el amplio aparcamiento y dio al cielo la apariencia de una tela de seda ondulada; SANYO SANYO, rezaba un rótulo de neón entre parpadeos.

—¿Por qué son tan bonitas las puestas de sol en Yeda?

—Es por culpa del polvo que hay en el aire.

—Hoy no hay viento, no hay polvo procedente del desierto.

—No. El polvo sale del cemento de las obras.

—Andrew, lo que me dijiste sobre el piso vacío...

—No empieces con eso otra vez, Fran —dijo él, removiéndose en el asiento con incomodidad.

—Me preguntaba cada cuánto...

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Se quedaron callados un buen rato. Las plazas de aparcamiento que tenían alrededor se fueron llenando a medida que se acercaba el final de la oración. Los coches empezaron a vomitar siluetas negras. Criadas, y también unas cuantas niñeras rubias que llevaban de la mano a los chiquillos que se encargaban de cuidar; niñas demasiado pequeñas para llevar velo, con ojos como platos y moños adornados con cintas, con vestidos de lentejuelas y faldas abombadas, decoradas con blondas; brazaletes con colgantes que tintineaban en sus delgadas y bronceadas muñecas y, de vez en cuando, a alguna madre se le caía un poco el abaya y revelaba que iba forrada con amplios collares de oro y piedras preciosas de tamaños y colores más propios de caramelos que de joyas.

—La típica ama de casa saudí de clase media que sale a dar una vuelta —dijo Frances—. Parecen... Es que ni siquiera se me ocurre lo que parecen.

—Emperatrices prusianas... en el día de la coronación.

—Las niñas parecen un equipo de baile en formación.

—A las mujeres no se les permite bailar.

—Ya lo sé, me lo dijo Yasmin. Son los hombres los que bailan. En las celebraciones. —Frances apartó la mirada y se vio a sí misma en el retrovisor, con una expresión terca en los labios—. Andrew, sobre lo del piso, el caso es que...

—Lo que nunca he entendido —dijo Andrew enfurecido— es por qué demonios tienes que preocuparte de repente por alguien a quien no conoces de nada.

—¿Qué dices? ¿No crees que más bien me preocupo por la gente en general?

—No lo sé. No sé si te preocupas o no te preocupas por la gente, pero que los desprecias, sí.

—¿Eso hago?

—Siempre tienes tu propia opinión acerca de cómo deberían vivir los demás. Y que Dios se apiade de quien no esté a la altura de tus exigencias.

—Muy bien, de acuerdo. Pues ya no lo haré más —dijo ella algo abatida, y se humedeció los labios, secos por culpa del polvo—. Intentaré aplicar las ideas de los demás, ¿te parecería mejor eso?

—Por una temporada, no estaría nada mal. Y si algo piensan los demás acerca del piso vacío es que no es nada serio. Y que no es asunto tuyo.

—De acuerdo —dijo ella con resignación.

Andrew le agarró una mano y le dio un apretón afectuoso.

—Vamos —dijo él—, ya deben de haber terminado de rezar.

Una vez más, un monótono vestíbulo de mármol. Todos los supermercados están bien abastecidos, pero siempre falta algo y eso alimenta el deseo de visitar otros supermercados. Lo fácil que resulta hacer la compra es la mayor ventaja de la vida saudí. Se puede encontrar cualquier necesidad y cualquier capricho bajo un mismo techo: repostería libanesa, una estilográfica Montblanc, una serpiente de diamantes con ojos de esmeralda, un kilo de pistachos, dos billetes para las islas Bermudas, una alfombra de oración con brújula incorporada; tal vez un helado de tarta de queso con arándanos, y un *fauteuil* Luis XV; un Toyota nuevo y un retrato del rey. Los aparcamientos ocupan varias hectáreas y las fachadas son relucientes como la hoja de un cuchillo. Los ascensores acristalados transportan a los compradores de un

piso a otro; bosquecillos de plantas de un verde intenso presumen de una humedad costosísima y ejércitos de piel morena y movimientos de esclavo pulen el mármol que pisarán tus pies.

Fueron a la farmacia, donde los atendió un joven indio.

—¿Podría ponerme un frasco de paracetamol? —dijo Frances.

El tipo bajó la mirada hacia el cristal del mostrador. Lo había oído. Se quedó quieto, contemplando el leve reflejo de su propio rostro impassible, con su mostacho negro y una mirada melancólica.

—¿O aspirina? Algo para el dolor de cabeza.

De repente notó la presencia de Andrew tras ella. El farmacéutico levantó la mirada y apuntó por encima del hombro izquierdo de Frances.

—Enseguida, señor —dijo—. ¿Prefiere el frasco grande o el pequeño?

Ya fuera de la farmacia, se detuvieron frente al escaparate de un orfebre.

—¿Se me ve? —preguntó ella.

—Quizá incluso demasiado —replicó Andrew—. ¿Qué te parece si compramos una pizza para llevar y te ahorras tener que cocinar?

No obstante, Frances se quedó inmóvil, con el frasco de píldoras azules dentro de una bolsa de plástico azul. De hecho, parecía tercamente decidida a no andar.

—Mira, ahí está Marion —dijo Andrew—. ¿Qué tal, Marion?

Había una fuente pequeña, con el agua verdosa: BANCOS SÓLO PARA FAMILIAS, rezaba un rótulo. Aun así, estaban ocupados por un grupo de jóvenes saudíes, flacos y aquilinos, que siguieron con las miradas vacías el leve jadeo de Marion al andar. Empujaba el carrito de la compra enfundada en un delgado vestido indio, demasiado estrecho a la altura del busto.

—Hola —dijo Frances—. ¿Sabes? El tipo de la farmacia me acaba de ignorar. Me ha dado lo que quería, pero fingiendo que había sido Andrew quien se lo había pedido. Me he sentido como si fuera la muñeca de un ventrílocuo.

—Ah, bueno, sí —dijo Marion arrastrando los pies por el suelo, del que no apartaba la mirada azul claro—. Suelen actuar de ese modo.

—Les da miedo —explicó Andrew en un tono de voz innecesariamente elevado—. Temen mirar a mujeres forasteras. Por si los acusan de algo.

¿Dónde está Russel?

—En su estación de campo. He venido con Jeff, pero ha ido a comprar un periódico. Es muy considerado. —De haber tenido que interpretar esa voz suave y monótona, Frances habría apostado que estaba a la defensiva—. Me lleva de compras. Ya sabes que a Russel no le gusta acompañarme.

Frances también se puso a arrastrar los pies y consultó su reloj con poco disimulo para dar a entender que no iban a esperar a que llegara Jeff.

—¿Qué has comprado? —preguntó Marion.

—Píldoras para el dolor de cabeza.

—Ah. —Marion sonó decepcionada, como si le hubiera gustado comentar en qué se habían gastado el dinero. Señaló hacia la farmacia—. Pero mira, tienen el Chanel n.º 5 de oferta.

Andrew y Frances salieron por el acceso más cercano. El aire acondicionado mantenía los pasillos a una temperatura casi polar, y cuando salieron al exterior por una puerta que un filipino les sostuvo abierta, el aire caliente les cayó sobre la cabeza como una manta gruesa y pesada. En un escaparate, una docena de televisores mostraban la llegada del príncipe Sultán a un aeropuerto. La pantalla parpadeó, cambió de escena y pasó a mostrar al príncipe Abdullah llegando a otro aeropuerto. Entre el estallido de comentarios sonaba el himno nacional, una melodía más dinámica que memorable. Antes de llegar a la *boutique* de Pierre Cardin, en unos estanques de aspecto rústico nadaban un sinfín de tortugas.

—Sabes lo que hacen, ¿verdad? —intervino Andrew.

—¿Qué hacen?

—La policía precinta este lugar de vez en cuando. Esperan a que esté lleno hasta los topes tras la oración nocturna y luego bloquean todas las salidas. Separan a los hombres de las mujeres y todo el mundo tiene que identificarse. Luego hacen coincidir a los hombres con las mujeres, y si la mujer a la que acompañas durante las compras no es tu esposa o un familiar cercano, te has metido en problemas.

Salieron en coche del aparcamiento.

—¿Qué clase de problemas?

—En el caso de los expatriados, la deportación. No tengo ni idea de lo que

hacen con los saudíes. Quién sabe qué clase de problemas se reservan a sí mismos...

A Frances le costó un poco atar cabos, pero al final las piezas encajaron.

—O sea, que Marion y Jeff...

—Se están arriesgando. —Detuvo el coche frente a un semáforo—. Pero bueno, es como el consumo de alcohol. Todo el mundo lo hace. Vivir aquí conlleva esos riesgos.

A menudo tenía la sensación de que últimamente sólo mantenían buenas conversaciones cuando iban en coche. Ella se había acostumbrado al perfil de Andrew y a lo poco que revelaba, a los tacos que soltaba cada vez que le cortaban el paso; a conversaciones que morían de repente, cuando él necesitaba concentrarse mucho en algo, como cuando realizaba un giro de ciento ochenta grados pasando por debajo de uno de esos puentes tan oscuros. Al parecer, incluso una tarea tan simple como la de echar una carta al correo implicaba perder una hora en un atasco; pero ¿qué haría si la dejara sola en casa? Frances había empezado a leer novelas. Historias de detectives, sobre todo. A veces, él llegaba a casa y se la encontraba absorta por completo en las complejidades de la trama, intentando descifrarla con la mirada perdida. Lo que él le contaba (sobre el edificio o cuestiones políticas debatidas en los despachos de Turadup) era como si a ella no le importara lo más mínimo. Habría preferido charlar con Hércules Poirot, o con el comandante Adam Dalgleish.

—¡Mira, Andrew! —exclamó ella, incorporándose en su asiento—. ¿Has visto ese jardín?

Andrew se acababa de desviar de la calle principal para entrar en una más estrecha y más oscura. Había una puerta abierta en la verja de una villa privada, y por un segundo Frances pudo ver la casa, desvencijada y con el tejado de zinc, pero con jardín. Había una bombilla acosada por las polillas colgando de una pared, proyectando una luz temblorosa sobre el césped. Un césped de verdad. Frances estuvo a punto de agarrarle el brazo y tratar de convencerlo para que diera media vuelta, y es que quería ver el jardín de nuevo: una promesa de verdor convertida en un monocromo moteado con la noche que apenas había empezado a caer.

—¿Lo has visto? Debe de ser el único jardín con césped de toda la ciudad.

—No, no he podido verlo. Pero creo que las embajadas tienen jardín. Deberías unirme a esos desayunos que celebran las esposas de los expatriados si lo que quieres es ver jardines.

—Tal vez. Pero te obligan a hacer manualidades. Y tienes que hornear galletas de Navidad y venderlas con fines solidarios.

—También tienes esa zona verde frente al aeropuerto. Ya sabes, la que los saudíes aprovechan para ir de pícnic.

—Sí, ya me acuerdo. Deben de gastar millones de riyales para mantener ese parterre. Transmite una impresión absolutamente errónea del país.

Siguieron conduciendo en silencio. Frances miró a Andrew de reojo y vio que del bolsillo frontal de la camisa le sobresalía una esquina del cheque que le habían dado en la oficina de cambio. No le gusta nada de este país, pensó. No hay nada que merezca su elogio, aunque parece satisfecho con la manera como nos van las cosas. En la esquina con la calle de Ahmed Lari, Frances ejecutó el automatismo de levantar la mirada para ver si el lavadero estaba ocupado esa noche. Sin embargo, la ventana del primer piso tenía las cortinas corridas, y la habitación que quedaba detrás estaba a oscuras.

—En cualquier caso —dijo Andrew después de parar el coche frente a Hastaquí—, ¿por qué no lo intentas? Quizá te animas y descubres que te divierte hornear galletas de Navidad.

—Ya —replicó ella—. Eso es justo lo que me da miedo.

Andrew abrió la puerta de la verja. Era muy hábil con las llaves y las cerraduras, aunque tal vez lo que le ocurría a ella era que no salía lo suficiente para haberle cogido el tranquillo. Algo se escabulló entre las sombras del muro.

—¿Crees que era una rata? —preguntó Andrew—. En la obra hay unas cuantas. Podríamos echar raticida —dijo mientras abría el portal del bloque.

—Se lo zamparían los gatos callejeros.

—Bueno, tampoco sería una gran pérdida, al fin y al cabo.

Encontraron las luces del vestíbulo encendidas. Una figura subía apresurada a la planta superior: una mujer que andaba encorvada y se recogía la falda para trepar por los escalones de dos en dos, aunque parecía tener

dificultades para avanzar. Tras ella, una pantorrilla delgada y amarillenta, y un talón calloso que la sandalia dejaba al descubierto. Andrew se detuvo ante la puerta abierta con un brazo extendido, como si quisiera evitar que entrara la noche. Frances se agachó para pasar por debajo, lo abrazó y posó una mano sobre la caja torácica de su marido. Como si buscara consuelo, apoyó la cabeza en su hombro.

—Es la criada de Abdul —susurró ella—. Entra. Y cierra la puerta.

La mujer se detuvo en seco al oír el sonido metálico de la puerta, como si le hubieran disparado por la espalda. Se dio la vuelta un momento y mostró un rostro ovalado, oscuro y humedecido por las lágrimas, y una boca estirada por una mueca que bien podía ser de pánico o de aflicción. Cuando Andrew la llamó, la mujer se esfumó tras un recodo de la escalera y él reaccionó apretando los labios. Llamarla había sido una reacción natural que ya estaba lamentando.

—No sé cómo se llama —dijo Frances—. Ni siquiera sé de dónde es. Yasmin cree que podría ser indonesia. No habla inglés y sólo conoce unas cuantas palabras en árabe. Por eso no sabemos casi nada de ella.

—¿Y por qué crees que lloraba?

—Ni idea. —Andrew parecía alterado—. Vamos a tomar una copa —dijo entrando en el piso—. El vino ya debería estar listo. Voy a colar un poco para comprobarlo.

Se metió dentro del cuarto de baño secundario, el que utilizaban para macerar vino. Su voz llegaba hasta la cocina con un eco amortiguado.

—Está un poco turbio. Pero no hay duda de que tiene alcohol.

—Calla —dijo ella.

Si el sonido baja desde el piso de arriba a través del baño, también puede subir desde el piso de abajo. Unas semanas antes, un cálido olor a levadura había impregnado el piso entero. Con el ceño fruncido, Yasmin se había preguntado qué sería aquel olor tan extraño.

Andrew encontró a Frances en el pasillo y le mostró una jarra llena hasta el borde con un líquido rojo.

—Trae unas copas —le dijo—. Lo necesito. Ha sido una semana muy dura. ¿Sabes? —añadió, siguiéndola por el pasillo—, los periódicos siempre

denuncian que las criadas extranjeras son una influencia inmoral.

—Bueno, ellos sí son inmorales. Yasmin me ha contado que las mujeres saudíes más cultas empiezan a expresar la voluntad de trabajar, por lo que la campaña del gobierno contra las criadas y niñeras es una manera de cortar el tema de raíz sin dar la cara.

—Pero antes tenían esclavos —dijo Andrew—. No abolieron la esclavitud hasta los años sesenta.

—Sí, pero supongo que por aquel entonces todavía tenían rebaños de camellos y se fabricaban ellos mismos las tiendas de campaña.

—Sí —dijo Andrew—. La época en la que los árabes eran felices y temían a Dios, cuando cualquier día en el desierto era un pequeño paraíso y no se cometían delitos ni se sufrían enfermedades, antes de que llegara el malvado Occidente con sus perforaciones petrolíferas y su maldito dinero.

Entró en la sala de estar y se dejó caer sobre una de las múltiples butacas. La cosecha experimental empezaba a subírsele a la cabeza. Parecía inquieto, alocado.

«Siempre que veo a Andrew —dijo un amigo que tenían en África en una ocasión—, enseguida sé si ha bebido o no. Como dice la expresión, se vuelve como un elefante en una cacharrería.»

Frances le tendió una copa para ella. Después de colarlo, el vino era de un rojo frambuesa suave, con un poso que empezaba a sedimentarse en el fondo de la jarra.

—Estás pálida —dijo Yasmin.

—Ah, siempre. Es que lo soy.

—¿Te acostaste muy tarde?

—Lo cierto es que no. Normalmente nos acostamos a las once. Andrew se levanta a las seis para estar fuera a las seis y media.

—Espero que no os molestaran nuestros invitados. Anoche se marcharon muy tarde —dijo Yasmin, con un suspiro que ya se había convertido en costumbre—. Tú me tomas por una esclava de la cocina, pero ya verás cuando conozcas a la madre de Raji. Vamos, Frances, pasa y siéntate. Te prepararé un té con especias.

Igual que Abdul Nasr, Raji nunca salía a trabajar antes de media mañana,

aunque luego trabajaba hasta el atardecer y por la noche solía tener invitados en casa hasta altas horas de la madrugada. La mayoría de esas reuniones nocturnas respondían a compromisos que debía cumplir. A veces invitaba a personas que podían aumentar sus privilegios, aunque también había noches en las que el invitado era él. En cualquier caso, eran fiestas sólo para hombres.

—Nunca cenamos juntos —se quejó Yasmin—. Te envidio, Frances. Ojalá nuestra vida fuera tan simple como la vuestra.

Frances la siguió hasta la sala de estar y se instaló en un sillón con brocados, consciente de que, en realidad, Yasmin no la envidiaba en absoluto. Todavía se sentía débil y estaba algo mareada; claras secuelas de lo que había bebido la noche anterior. Andrew dijo que quizá tendrían que cambiar la receta. Que quizá conocerían a alguien con un método más depurado que el de Jeff Pollard.

—Yasmin —dijo Frances cuando su vecina volvió a entrar en el salón cargada con una bandeja—, estaba leyendo un artículo del periódico.

—¿Sí? —Yasmin repartió las tazas y los platillos combinando el delicado tintineo de la porcelana con otro más determinado, el de sus pulseras. Frances las contó: ese día llevaba ocho—. Por cierto, Frances, recuérdame que tengo una traducción del Santo Corán para ti. Tal vez esto resolverá algunas de tus dudas. Debes comprender que el lenguaje que se utiliza en el Santo Corán es sagrado, por lo que a esta edición de Penguin le faltarán matices.

—Lo tendré en cuenta.

—Y dime —añadió, tendiéndole una taza—, ¿qué querías preguntarme?

—Bueno, siento sacar este tema, ya sé que es la típica pregunta de occidental ignorante, pero...

—Ah, sí —dijo Yasmin, asintiendo de forma casi brusca—, yo también he leído lo de ese caso. Qué desastre. Y también he pensado que te inquietarías si llegabas a leerlo.

—Veo que eres adivina.

—Nada de eso —replicó Yasmin con una leve sonrisa. Ella también estaba pálida y parecía cansada—. Es sólo que, como bien dices, todos los occidentales queréis saber lo mismo. Recuerdo que ya me lo preguntaban cuando vivía en Saint John's Wood.

—Verás, he intentado no adoptar una actitud de superioridad moral al respecto, porque al fin y al cabo tuvimos la pena capital en Inglaterra hasta hace relativamente poco. —Yasmin asintió y se llevó la taza a los labios—. Pero sólo en el caso de que el delito cometido fuera un asesinato. A la mujer de La Meca no la acusaron de asesinato. Sólo de adulterio.

—No dejes que se te enfríe el té —dijo Yasmin—. Mira, Frances, por mucha lástima que podamos sentir por alguien, no se pueden reducir los castigos que impuso Alá.

—¿Ni siquiera en el caso de que nadie resultara herido y no hubiera violencia de por medio? Yasmin, ¿no crees que estas cosas ocurren? ¿Y que en ocasiones ocurren sin que lleguen a descubrirse?

—Estoy segura de que ocurren, sí. Pero, en el caso de que acaben saliendo a la luz, el castigo tiene que ser siempre el mismo. Sin embargo, es mucho mejor que no surja esa necesidad. Según el profeta, si se comete un error, hay que intentar mantenerlo en secreto, ¿sabes? Para no escandalizar al resto de la gente. Y en lo sucesivo, hay que intentar mejorar la conducta, con la esperanza de acabar recibiendo el perdón de Alá.

—Ya veo. O sea, que lo importante no es lo que haces, sino si te descubren o no.

—Creo que estás manipulando un poco lo que he dicho, Frances.

—En realidad, no se trata de la religión, ¿verdad? Sólo es una manera de mantener el orden. Pero sometiendo a la población a un estado de miedo no conseguirán convertirla en gente buena. Sólo sirve como medida de control.

—Sin duda alguna, basta con controlar lo que hacen —murmuró Yasmin—. ¿Quién puede juzgar lo que hay en el corazón? Tienes que saber una cosa, y es que hay salvaguardias. Tiene que haber cuatro testigos varones del delito...

—¿Hombres?

—El testimonio de una mujer no sirve en casos de adulterio.

—¿Por qué no?

—¡Piensa en lo que se harían las mujeres entre sí! ¡Piensa en lo que podrían llegar a decir! ¡Cuatro testigos, Frances, y tienen que haberlo visto con sus propios ojos!

—Algo así no debe de ocurrir muy a menudo.

—Es precisamente eso lo que te estaba contando.

—¿Y de todos modos se condena a parejas?

—También pueden confesar, por supuesto.

—Ah, claro. Pueden confesar.

—Tiene que ser de forma voluntaria. La persona debe ser consciente de lo que admite. Y cuál es el castigo que recibirá.

—En ese caso, ¿quién querría confesar? A menos que te obliguen, claro está.

—Siempre te pones en la peor de las situaciones, Frances.

—Creo que la pregunta es de lo más lógica.

Yasmin bajó la mirada.

—Por sentimiento de culpa. ¿Sabes lo que es el sentimiento de culpa? Además, si alguien acepta el castigo en esta vida, no seguirá sufriendo en la siguiente.

Frances tomó un sorbo de té. Tenía un sabor amargo que no supo determinar.

—¿Qué es esto?

—Una receta familiar —dijo Yasmin más relajada—. Ojalá estuviera aquí mi madre para preparártelo en persona. Pobre mamá, sólo vino a visitarme en una ocasión y se quedó poco tiempo. Pero es que tiene que ocuparse de su familia, que no es poco. La madre de Raji, en cambio, es viuda. Y Raji ha sido siempre su hijo favorito.

—Tengo la impresión de que no os lleváis muy bien.

—En Pakistán es insólito que una mujer se lleve bien con la madre de su esposo. —Yasmin se tomó un minuto para arreglarse los pliegues de la larga falda que llevaba puesta—. Haga lo que haga, nunca será suficiente. Y eso no es más que el principio. La regla establecida antes de empezar.

—Pues tienes que plantarte.

Yasmin se rio sin ganas.

—No puedo. No es propio de nuestra cultura.

—¿Y por qué permitís que vuestra propia cultura os haga sufrir? ¿No puede hacer nada para evitarlo?

—Aparte de eso, se trata de mí. No sólo es nuestra cultura, sino que

también se trata de mí misma. ¿No lo ves? No me casé hasta los veintinueve, ya era mayor para ser soltera, como bien dices. Ah, y eso que soy de buena familia, no podría ser mejor. Soy de origen persa, Frances, ¿lo sabías? Eso sí: soy alta, tengo la nariz grande y demasiados estudios. Te diré una cosa: conseguir a Raji supuso una batalla muy larga, y me salió cara. Fue sólo porque su prometida murió que... Bueno, ya ves que en realidad me siento afortunada de tener una suegra.

—Creía que en Pakistán se apreciaba mucho la formación.

—Así es, pero estudiar implica ciertas cosas, ya sabes, y si llega a oídos de hombres jóvenes puede tener consecuencias contraproducentes.

—¿Como qué?

—Como hacer demasiadas preguntas —dijo Yasmin—. Discutir. Rezar demasiado.

—¿Rezas demasiado?

Yasmin negó con la cabeza.

—No. Sólo es una perversión del mensaje real del profeta eso de creer que las mujeres tienen un tipo de alma secundario. —Frances dejó la taza en su plato—. ¿Te apetece un poco más? —dijo Yasmin con educación.

—No, gracias.

—Sabe muy mal, pero te sentará bien. Enseguida te encontrarás mejor, ya lo verás —dijo con una sonrisa.

Yasmin la acompañó por el pasillo hasta la puerta y se envolvió la cabeza con su dupatta.

—Mi chófer está a punto de llegar —dijo—. Me han invitado a una gran fiesta esta noche y tengo que ir al banco a recoger las joyas.

—Oh, ¿una fiesta con mujeres?

—Sí. Aunque, por supuesto, nosotras celebraremos una fiesta aparte. En otra sala.

Frances cruzó el vestíbulo enojada consigo misma. Yasmin conseguía que se sintiera torpe, y aun así parecía dispuesta a explicarle cosas. A veces incluso parecía que le pidiera ayuda con subterfugios. Pero ¿qué podía hacer por ella? Es evidente que no puede desligarse de su cultura, pensó Frances; del mismo modo que yo no puedo desligarme de la mía. Para empezar, porque

no quiero. Y a ella le ocurre exactamente lo mismo.

DIARIO DE FRANCES SHORE

24 de safar

De acuerdo, escribiré lo que Andrew me explicó sobre el piso vacío. Supongo que la semana pasada estaba muy tonta y me comporté como una paranoica. ¿A quién diablos podría interesarle mi diario?

Alguien de Turadup le contó a Andrew que el piso está vacío y lo usa el hermano del secretario de Estado. Es un hombre casado y se cita aquí con una mujer casada. Al parecer, hace tiempo que mantienen un idilio.

Incluso Yasmin tuvo que admitir que este tipo de cosas ocurren. La gente no es perfecta ni siquiera en el Reino. Supongo que ésta es la única manera de hacerlo, que no tienen alternativa. Como dijo Andrew, tampoco es que puedan ir a un hotel, ¿no? Supongo que podrían verse fuera del Reino, pero incluso si ella tuviera el permiso del marido para salir al extranjero, las mujeres no viajan si no las acompaña un séquito de parientes. De todos modos, parece demasiado arriesgado.

Me pregunto si Yasmin estará al corriente de la situación. O los vecinos de la planta superior. ¿Es sólo un cotilleo en Turadup (porque la empresa paga el alquiler de todo el edificio) o debe de circular también entre todos los saudíes que trabajan en el ministerio? ¿Es algo tan excepcional que todos están aterrorizados? ¿O es tan corriente que se limitan a levantar las cejas y a sonreír?

¿Y dónde se conocieron? ¿Cómo se conoce una pareja? ¿De dónde surge una relación si la vida social saudí es realmente como la describe todo el mundo? ¿Cómo lo hacen para llegar hasta el punto de mantener un idilio furtivo?

Le hice todas estas preguntas a Andrew, pero me aseguró que no sabía las respuestas. Me dijo que en Turadup nadie comenta el tema. Si te lo cuentan, es sólo para que no metas la pata. Yo le pregunté si era cierto, y él me respondió que sí, que por supuesto, que qué interés podría tener alguien en inventárselo.

Luego me planteé si mis preguntas sonarían ingenuas. Tienes que comprender que hay mucha hipocresía, me dijo Andrew. Que no puedes creerte lo que te cuentan los periódicos.

Cuando Yasmin regresó del banco con las joyas, me llamó por teléfono. Me llama bastante a menudo, le resulta más fácil que vestirse para poder cruzar el vestíbulo. Me dijo que se había olvidado de contarme algo. ¿Qué podía ser? Que en realidad no lapidan a las mujeres hasta la muerte, me dijo. Que ya no. Que se limitan a lanzar unas cuantas piedras, de un modo ritual, y luego alguien la mata de un tiro.

Eso me animó muchísimo. Tuve que morderme la lengua para no decirle «Ah, muy bien, entonces no pasa nada, ¿verdad? Cuánta misericordia». Yasmin seguramente se pregunta por qué me intereso tanto por ese tema. ¿Y si esa pareja se enemista con alguien? Intento imaginar a los cuatro testigos, cuatro hombres intentando mantener el equilibrio sobre cuatro escaleras de mano apoyadas en la fachada de Hastaquí. Sin embargo, las persianas del piso vacío siempre están cerradas. No hay ni un resquicio por el que se pueda ver algo. Sería necesario derribar la puerta. Cuanto más lo piensas, más ridículo se vuelve.

Aunque en más de una ocasión me he preguntado cuándo vienen, si lo hacen de noche o durante el día. Y si deben de estar enamorados. Tal vez algún día llegue a ver un coche cerca de la finca, a la mujer saliendo envuelta con el velo para subir la escalera en silencio. Si la veo, me pegaré al muro como una sirvienta y miraré hacia otro lado. Lo último que le hace falta a esa mujer es tener más preocupaciones.

Rabi al-awal

1

—Espere a que empiece a llover —dijo Samira—. Ya verá cómo se reaviva todo. Incluso ese árbol viejo.

A las once de la mañana, la sala de estar de Samira tenía un aire crepuscular, la atmósfera era pesada, preponderaban los flecos, las cenefas, los alzapaños dorados en cortinas de terciopelo y el papel pintado carmesí con relieves. Olía a naftalina, a especias y a pulimento de limón, aunque también reinaba el tufo persistente de la cebolla. Una lámpara con forma de velero emitía un fulgor pálido desde el aparador. En un extremo había varios sofás agrupados alrededor de una mesita de café de cristal; en el otro, una mesa de comedor que las dimensiones de la sala convertían en insignificante y doce sillas de aquel estilo tan cruelmente denominado Louis Farouk, caracterizado por la profusión de ornamentos y de dorados.

El gran ventanal con balcón daba a la calle, aunque el árbol pardo tapaba las vistas y oscurecía la estancia. Ni a Yasmin ni a Samira les importaba vivir sólo con luz artificial, y a menudo esperaban hasta media mañana para levantar las pesadas persianas de madera. Por si fuera poco, ese día estaba nublado, y aquel cielo plomizo pesaba sobre los edificios a medio terminar de la ciudad. Una ráfaga húmeda y gélida procedente del aire acondicionado agitaba los fragmentos de cristal de la araña de techo de Samira; la había adquirido en Top Furniture, una tienda de la calle de Palestina, y formaba parte de su acuerdo matrimonial.

Frances tuvo un escalofrío.

—Vaya, te estás volviendo como nosotras —dijo Yasmin—. Tienes frío. Samira cruzó la estancia y redujo la potencia del aire acondicionado.

—¿Necesita un chal? —preguntó.

—No, gracias, estoy bien —respondió Frances, asintiendo con cortesía.

—No es ninguna molestia —replicó Samira. Casi parecía una competición para ver quién era más cordial.

—¿Cuándo lloverá? —preguntó Frances—. No ha caído ni una gota desde que llegué.

—Echa de menos el clima de Inglaterra —explicó Yasmin.

Samira parecía inquieta, como si estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa para complacer a su invitada pero se hubiera dado cuenta de que ciertas cosas no dependían de ella.

—Ah, pronto —respondió Samira, y obligada por la sinceridad se apresuró a añadir—: No tenemos una estación fija para la lluvia.

—Pero cuando llueve —intervino Yasmin—, te aseguro que llueve con ganas.

Frances estaba sentada muy al borde de su sillón, con sus estrechos tobillos entrelazados. Tenía constreñida hasta la voz, le parecía imposible relajarse. Y eso que las otras dos mujeres se comportaban con cautela, como si temieran decir algo inadecuado en algún momento. Cuando en realidad, pensó Frances, es mucho más probable que sea yo quien las ofenda. Cada día tenía que refrenarse de decir algo; en cambio, ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de recibir una ofensa. Ese paso todavía lo tenía pendiente.

Samira fue a abrir la puerta y estuvo hablando con alguien. Al cabo de un momento, la criada entró apresuradamente, con el rostro amarillo clavado en el suelo, y le entregó un chal a Frances.

—Tome, estará mucho mejor así —dijo Samira, inclinándose hacia delante para envolverle los hombros a su invitada y darle una palmadita breve y afectuosa.

Su hija, Fátima, jugaba en el suelo con Selim. Era una niña robusta, más alta que Selim pese a que tenía unos cuantos meses menos. Blandía un bolo de plástico que utilizaba a modo de porra, en más de una ocasión contra el cráneo de pelo rizado del hijo de Yasmin. Las protestas y los gritos de dolor de Selim se limitaban a meros gemidos, parecía como si un código de buenos modales reprimiera cualquier reacción escandalosa.

—Tiene que curtirse —dijo Yasmin—. Al fin y al cabo es un chico.

—¿Cómo se llama su criada? —preguntó Frances.

Samira se lo dijo, pero tampoco sirvió de nada. A Frances le sonó a «Zarzaparrilla», pero no era posible que se llamara de ese modo. Como respuesta a su mirada interrogativa, Samira se limitó a encoger los hombros.

—Intenté llamarla por un nombre más simple —dijo—. Pero entonces no me responde.

Zarzaparrilla volvió a entrar, esta vez para servirles café. Samira se levantó, le cogió la bandeja y la dejó en una mesita auxiliar.

Frances trató de establecer contacto visual con la criada, pensando que tal vez con una simple mirada podría expresarle su preocupación. Sin embargo, no lo consiguió. La chica salió de la estancia como si corriera el riesgo de fundirse con las sombras de los pesados muebles y borlas doradas, y desapareció por aquel pasillo que tanto olía a insecticida.

—Nescafé soluble —dijo Samira con cierto orgullo—. No es café árabe. ¿Cómo? ¿Lo toma sin azúcar? —preguntó con una mueca—. Frances, ¿cómo puede tomarlo así? —Se volvió hacia Yasmin y exageró un poco más la mueca.

Samira era una mujer de complexión robusta y tez amarillenta que lucía una verdadera cascada de pelo negro y áspero de carácter animal. Era como si la melena viviera al margen de su propietaria, aunque en un plano inferior. Mientras repartía las tazas, la mata de cabellos oscuros se deslizó sobre su hombro crepitando debido a la estática. Llevaba unos vaqueros ajustados, muy nuevos y rígidos, y un suéter de color escarlata con el monograma de un diseñador en el cuello. En la mano izquierda lucía un único diamante de un solo quilate montado en una sortija sorprendentemente austera; su brillo frío soltaba destellos ante la luz grisácea, como si fuera un ojo.

—Le contaba a Frances —dijo Yasmin— que tu criada se marchó dejando a sus hijos en Indonesia, y que por eso se pasa el día llorando a moco tendido.

—Hace poco que la tiene, ¿verdad? —preguntó Frances.

Samira se encogió de hombros una vez más.

—No crea. Tengo que enseñárselo todo, y no resulta nada fácil, porque no habla idiomas. Yo la agarro por un brazo y le digo: «Oye, tú, haz esto». Y

poco a poco lo va aprendiendo.

—Bueno, algún idioma debe de hablar —señaló Frances.

—En ese caso, todavía tengo que descubrir cuál es.

—¿Es de Bandung?

—No, de una zona rural, no sé dónde.

—Deben de tener su propio dialecto.

—Bueno, no lo sé, supongo que sí —aceptó Samira—. Una amiga mía tiene una criada indonesia y tampoco puede hablar con ella. —Vertió tres cucharadas de azúcar moreno en el café y removi6 a conciencia—. Supongo que se sentirá sola.

—Bueno —dijo Yasmin—, es mejor que no conozca a nadie en la ciudad. Así no atraerá a las bandas de ladrones a la finca.

—¿Hay bandas de ladrones? —preguntó Frances con ingenuidad—. No tenía ni idea, los periódicos no lo mencionan nunca.

Las dos musulmanas se miraron. Es extraño, pensó Frances, que dos personas intercambien una mirada como ésa sin tener en cuenta que una tercera persona también la verá.

—No supone ningún problema —dijo Samira en un tono remilgado que enseguida se volvió más vehemente—. Es sólo en Occidente donde se considera que los árabes somos unos ladrones. Los medios de comunicación occidentales siempre nos tratan como a delincuentes, ignorantes y enfermos.

—Vaya, no quería decir eso —aseguró Frances ligeramente sonrojada—. Además, no es cierto, ¿saben? Hoy en día ya no es así.

—¿Son justos con Oriente? —preguntó Yasmin—. Yo creo que no.

—Pues yo estoy segura de que la mayoría de la gente ya no comparte todos esos prejuicios.

—Lo dice la *Saudi Gazette* —insistió Samira—. Cada día detienen a alguien en Marks & Spencer. Alguien que intenta explicarse diciendo «No, no soy ningún ladrón; pensaba pagarlo, sólo lo llevaba a la caja». —Mientras interpretaba la escena se le suavizaron los rasgos y su taza de café tembló un poco sobre el platillo—. Puede que sea la primera vez que llegan al país, que no hablen bien el inglés. En cualquier caso, nadie atiende a sus súplicas y los acaban metiendo entre rejas. Y luego les reclaman sumas de dinero

astronómicas, superando con mucho el valor del artículo original.

—Eso no puede ser verdad —dijo Frances, intentando conservar un tono distendido—. No pueden arrestarlos, ¿saben? Porque tendrían que estar fuera de la tienda...

Se detuvo de repente al ver que Samira la miraba con los dientes apretados.

—Muchos propietarios de tiendas de Londres —sentenció— son sionistas.

Frances cabeceó levemente, aunque no con la intención de asentir, sino porque recordó lo que le había contado aquel hombre de negocios del avión. «Haría bien en quitar todas las etiquetas de la ropa interior», «los mapas no encajan con su secretismo», «nadie sabe ni la mitad sobre lo que ocurre ahí». En ese momento, el recuerdo le pareció muy lejano a pesar de que no llevaba más de tres meses viviendo en la calle de Gaza. Yasmin y Samira intercambiaron otra mirada, pero con una sonrisa en los labios esa vez.

—Le he contado a Samira tu interés por la ley islámica. Tienes que leer el Santo Corán que te di. Ya lo verás, te parecerá mucho más razonable.

—Ya lo he estado leyendo —dijo Frances.

—Claro, pero la traducción no debe de transmitir la idea en su totalidad.

—No creas, se transmite bien.

—¿Y qué opina? —preguntó Samira con timidez—. ¿Qué le ha parecido?

Parecía que lo hubiera escrito ella personalmente. «Cuidado —se dijo Frances a sí misma—. Mucho cuidado.»

—Me recuerda a la Biblia —indicó Frances.

—Sí, se parecen. —Yasmin se inclinó hacia delante, cogió la cafetera y se rellenó la taza como si estuviera en su propia casa—. También tenemos profetas: Abraham, Moisés; y Adán y Eva. Y Jesús —añadió mientras se servía el azúcar—, también tenemos a Jesús.

—Pero no lo decía tanto por eso —dijo Frances—, como por lo de arrancarle los ojos a la gente, cortar manos y pies alternativamente y cosas por el estilo.

Su voz interior se quejó. Habíamos quedado en que tendrías cuidado.

—Les ponen un... como-se-llame —informó Samira, de improviso.

Levantó la mirada del punto en el que estaba arrodillada sobre la

alfombra, apartando los dedos de su hija del pelo de Selim. Ese chiquillo oscuro y delicado tenía el cuello torcido en un ángulo doloroso, pero no se quejaba, y Yasmin lo estaba contemplando desde su sillón con indolencia cuando intercedió para auxiliar a su amiga:

—Anestesia —aclaró.

—Sí —dijo Samira—, eso es.

—Las amputaciones —explicó Yasmin mirándose las manos, largas y rematadas con esmalte de uñas— se llevan a cabo en presencia de un médico. Para asegurarse de que no haya infecciones o de que no pierdan demasiada sangre. De verdad, Frances, no es como te lo imaginas.

Frances notó una mínima contracción en la garganta, una náusea minúscula, como si algo diminuto se hubiera movido en su interior, en el fondo de su cuerpo. Eran una novedad para ella todas esas minúsculas reacciones entre el cuerpo y el alma: los dolores de cabeza fruto de la tensión, la rigidez en la garganta. Hasta entonces, su cuerpo había actuado como una máquina discreta y eficiente. En alguna ocasión había dicho cosas como «Esto me revuelve el estómago», pero fue mientras vivía en la calle de Gaza cuando la expresión empezó a adquirir un significado literal. Se inclinó hacia delante, tapándose el rostro, y dejó la taza de café sobre la mesita.

—¿Quiere un poco más? —dijo Samira, y luego soltó un único sonido gutural, una especie de grito de guerra con el que consiguió que Zarzaparrilla apareciera por la puerta y se quedara plantada frente al umbral, con los brazos cruzados sobre los huesos del pecho. Frances mantuvo la mirada fija en el suelo. Examinó la alfombra sobre la que jugaban los niños. Era antigua, estaba algo descolorida y predominantemente azulada. Representaba el árbol de la vida cargado de frutas.

—En Norteamérica —dijo Yasmin una vez retirada la bandeja—, los delincuentes recurren al pretexto de la locura con la esperanza de salvarse. Si los sorprenden robando en una tienda, se limitan a decir «¡Ay, es que no sé qué me ha pasado!».

—Y si cometen un asesinato, se limitan a alegar «¡Ay, es que no sé qué me ha pasado!» —intervino Samira. Yasmin asintió—. Dicen: «Lo hice en un momento de enajenación mental, pero ahora ya estoy bien, ya pueden

soltarme».

—¿Y qué dicen si...? —la interrumpió Frances.

—¿Sí? Continúe.

—No, no importa.

—Adelante, de verdad —la animó Yasmin—. No estamos ofendidas ni nada de eso.

—Yo creo que sí.

—Ah, no —respondió Samira—. De verdad que no, Frances. Respondemos encantadas a sus preguntas.

—¿Cómo quieres que te lo expliquemos —dijo Yasmin— si no nos cuentas tus dudas?

—Bueno, sólo me preguntaba qué piensan... Me preguntaba qué creen que dice la gente en América cuando han cometido adulterio.

Yasmin y Samira se miraron y sonrieron.

—No lo sabemos —respondió Samira.

—¿Nos estás tomando el pelo?

—No, no, de verdad.

Zarzaparrilla ya estaba de vuelta con otra bandeja de café. Para dejarla sobre la mesita tuvo que inclinarse por encima de Frances, y estuvo a punto de rozarla. Tenía la piel del codo arrugada y descolorida, parecía la piel de una mujer mucho mayor. Samira se dirigió a ella con una sola palabra. La criada se incorporó y luego esbozó una sonrisa discreta, forzada, como si de repente le hubieran ordenado que cuidara las formas. Frances percibió el olor de su cuerpo: discreto, ácido y extraño.

—He estado leyendo la columna religiosa del periódico —comentó mientras Samira se inclinaba hacia delante para rellenarle la taza—. Todas esas preguntas y respuestas. ¿Es cierto que un hombre puede divorciarse de su esposa simplemente diciendo «Me divorcio de ti» tres veces?

—Ése es un malentendido muy frecuente —aclaró Yasmin con amabilidad.

—Me lo temía, sí.

—En realidad —dijo Samira—, sólo es necesario decirlo una sola vez.

Se produjo una pausa.

—¿Y eso ocurre muy a menudo? —preguntó Frances.

—Uy, sí. Pero, al mismo tiempo, también es cierto que las parejas divorciadas suelen volver a unirse.

—Hay un período de espera —explicó Yasmin—. Seguro que has leído algo al respecto, ¿no? Esperan tres semanas para comprobar si la esposa está embarazada. Si no lo está, el divorcio se considera válido. A menos que decidan volver a casarse, claro. Pueden pasar por esto una, dos y hasta tres veces, pero si un hombre se divorcia tres veces de una mujer, no puede volver a casarse con ella.

—A menos —dijo Samira— que entretanto se haya casado con otra.

—Casado y divorciado, ¿no?

—Sí, claro está. A veces, lo que hacen es acordar que uno de sus amigos se case con ella sólo de palabra, para luego poder recuperar a su esposa.

Frances se recostó en la butaca para digerirlo.

—Veo que reina la... indecisión —indicó—. ¿Y quién se queda con los hijos?

—Ah, el padre —respondió Samira.

—¿Y si él decide no volver a casarse con la madre tras el período de espera?

—Entonces ella debe volver a casa de sus padres.

—¿Y si es ella quien decide divorciarse?

—Bueno, eso también es posible —admitió Samira.

—Aunque —dijo Yasmin, con una pose de dignidad impostada— eso no se hace.

Frances dejó la taza de café sobre la mesilla. Se le ocurren un millón de preguntas, pensó.

—Debería irme —dijo, tras consultar su reloj de pulsera—. Muchísimas gracias, Samira.

—¡Vamos, mujer! ¿Por qué tiene que marcharse ahora?

—Bueno, es que tengo que... escribir una carta.

—Frances escribe un diario —bromeó Yasmin.

—¿Cómo lo sabes?

—Te vi escondiendo algo a toda prisa y pensé que sólo podía ser un diario. A menos que estés escribiendo cartas de amor.

—No, nada de cartas de amor.

—¿Por qué no? Bien podría ser —opinó Yasmin—. Hay muchos solteros en Yeda. Y también muchos ingleses y norteamericanos que viven lejos de casa y de sus esposas.

—Además —añadió Samira—, es usted muy bonita.

—No, de verdad —insistió Frances—. Un diario sí, pero eso es todo.

—Frances está enamorada de su marido —dijo Yasmin, y acto seguido las dos mujeres se echaron a reír.

Samira la acompañó hasta la puerta. Su rostro ya había perdido parte de la tensión que había sentido mientras hablaba con la forastera. Parecía ingenua, muy joven. En cuanto se marchó, Frances supo que sustituirían la formalidad del salón por una estancia más pequeña y con el suelo repleto de cojines, en la que Samira prefería pasar las mañanas. Le habría gustado sentarse allí con ellas, pero era una occidental y su presencia requería que hubiera sillas.

—¿Vendrá a verme a mi piso? —le preguntó Frances.

—Sí, por supuesto.

—El chal...

—No, lléveselo. De verdad, lléveselo. Le queda bien.

—Oh, no puedo aceptarlo, no.

—Se lo regalo —dijo Samira en voz baja. Luego se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla.

Pobre diario. ¡Ojalá pudiera cambiar de escena! Frances se avergüenza de lo que ha escrito en él, tiene la sensación de que se ha vuelto trivial y repetitivo. Transcribirá la conversación que ha mantenido con las dos mujeres sabiendo que en el piso de arriba, tumbadas cómodamente sobre los cojines, estarían hablando de ella.

El primer día que había pasado sola en el piso el tiempo había transcurrido muy despacio, como en un sueño. En esos momentos ya avanzaba a una velocidad normal. Sin embargo, no era capaz de describir a qué lo dedicaba: a leer; a patrullar con el aerosol insecticida, matando cucarachas; a cocinar platos para llenar el congelador. A veces daba un paseo hasta el complejo en el que vivía Marion. Si por la mañana había refrescado un poco, incluso podían sentarse fuera. Marion suele beber Pepsi *light*, y a su vaso

acuden insectos de varios kilómetros a la redonda que lo eligen para ahogarse. A menudo el hedor de los desagües las obliga a entrar. Sea como sea, Frances agradece poder salir de casa. El complejo tiene una pequeña piscina con cantidades exageradas de cloro y unos cuantos árboles raquíuticos. Tal vez, piensa, si algún día quedara alguna vivienda vacante en el complejo... Aunque Marion le ha contado que las familias que lo comparten no paran de pelearse.

Las cartas que escribe a casa ya no parecen comunicados fronterizos. Ahora están llenas de quejas domésticas y de preguntas generales de cortesía: ¿Has visto a tu hermana últimamente? ¿Cómo está el gato? Le cuesta describir cómo viven. Y ya no cuenta nada sobre su entorno, porque apenas es consciente de él. Si no fuera por el piso vacío, quizá Frances incluso habría dejado de hacer preguntas. En el Reino, la curiosidad es un fenómeno transitorio. Y no porque te enteres de todo, sino porque enseguida te enteras de lo que te permiten saber. Esto es una sociedad privada que no revela ni sus debilidades ni su lógica, que responde a las preguntas insistentes con un aluvión de desinformación y luego se retira a su anhelado silencio. Se cierra una puerta y, mientras te esmeras en recoger los tópicos que te acaban de soltar, se cierra otra de un portazo.

2

DIARIO DE FRANCES SHORE

9 rabi al-awal

Hace unos días me encontré a Carla Zussman en el supermercado de Sarawat. La última vez que la vi nos disponíamos a ver una función de *Las brujas de Salem* que una compañía amateur representaba en el Moth Hall de Gaborone. Hola, Frances, me dijo. Yo le pregunté: ¿te sorprende verme aquí? De hecho, no, me respondió. ¿Todavía estás casada?, preguntó. Sí, le dije, y con el mismo hombre. ¿Y tú? Sí, sí, me dijo, he venido con Rickie. De momento nos va bien.

Así que he convencido a Marion para coger un autobús para ir a hacerle una visita a Carla. Los autobuses están segregados, por supuesto: la mayor parte del autobús es para los hombres, pero hay un pequeño compartimento en la parte de atrás para las mujeres. La tarifa estándar es de un riyal, y hay una caja en la que depositarlo. Por eso las mujeres viajan en la parte de atrás, porque se confía en que pagarán, mientras que los hombres no lo harán a menos que el conductor vele por ello. Sólo tuvimos que esperar unos diez minutos, aunque sometidas a un calor abrasador a pesar de que la marquesina segregada de la parada del autobús nos protegía de los rayos del sol. Las marquesinas se consideran un gran adelanto en este país. Las han incorporado hace poco y en los periódicos se habla de ello como si se tratara de una misión lunar, o algo parecido. Aunque íbamos vestidas de un modo muy respetable, la gente se nos quedaba mirando y nos gritaba cosas desde los coches, por lo que nos alegramos cuando por fin llegó el autobús.

Íbamos bastante confiadas, puesto que éramos las únicas mujeres entre los pasajeros. Le dije a Marion que estuviera atenta al complejo de la embajada estadounidense para no pasarnos de parada. En cuanto vimos las barras y estrellas ondeando entre los solares en obras, nos levantamos de un brinco para pulsar el botón del timbre, pero resultó que no funcionaba. El compartimento delantero también iba casi vacío, por lo que golpeé la hoja de cristal para llamar la atención del conductor, y grité «*Hinna! Hinna!*» por miedo a meterme en algo más complicado. Sin embargo, no me oyó. Dos yemeníes que iban en el compartimento delantero se volvieron para mirarnos. Señalé al conductor, pero se limitaron a observarnos. No me habría importado si hubieran sonreído, como tampoco me habría importado si se hubieran reído de nosotras. Al fin y al cabo, todo el mundo se ríe de ellos. Al menos alguien se lo pasará bien en esta excursión, pensé, pero

es que no hicieron más que mirarnos, nada más. Al parecer, no tenían ni la más mínima intención de ayudarnos.

Unos minutos más tarde, pasamos por delante de Top Furniture, la tienda en la que Samira se había comprado la araña de techo, y luego fuimos a parar a la Cornisa. Convencí a Marion para bajar allí, puesto que las dos conocíamos el lugar y, si nos quedábamos más tiempo en el autobús, no sabíamos si esa circunstancia podía cambiar de forma radical. No había casi nadie: estábamos nosotras dos, unas cuantas gaviotas y aquellas formas no humanas, los objetos de metal y piedra en los que el alcalde se había gastado tanto dinero. Al fin y al cabo es su ciudad. Nos sentamos en una de las esculturas de mármol blanco. El mar era de un azul intenso, y se estaba tan bien fuera de casa que me habría quedado allí para siempre. Marion empezó a quejarse por todo y la verdad es que el sol pegaba con fuerza. A mí me habría gustado bajar por aquellas rocas suaves de color marrón hasta las olas. Suerte que no soy de esa clase de personas. Vino otro autobús y nos montamos en él.

Pensamos: Con un poco de suerte, podremos bajar en algún lugar cercano a la embajada. No obstante, ese día no estaba de nuestro lado y el mal humor de Marion iba en aumento. Será mejor que bajemos en la última estación, le dije, y que volvamos a empezar desde el principio. Sin embargo, se había hecho demasiado tarde para ir a casa de Carla y decidimos que lo más sensato sería regresar a casa. Tómalo como una pequeña aventura, le dije a Marion, pero me respondió que Russel no lo vería de ese modo. Pues no se lo digas, comenté sin apenas planteármelo. La mirada que me dedicó acto seguido fue de verdadero terror. Me acuerdo de cuando yo también se lo contaba todo a Andrew. Tampoco es que haya pasado mucho tiempo desde entonces.

El autobús quedó atrapado en un embotellamiento del centro y terminamos en el Queen's Building, cerca del zoco. ¿Vamos a dar una vuelta por allí?, propuse. Al fin y al cabo somos dos, no iremos solas. Marion me contó que en el zoco habían violado a una madre y a su hija. Eso sí: llevaban pantalones cortos, por lo que era como si lo hubieran estado pidiendo a gritos. Eran australianas, añadió, como si el dato marcara alguna diferencia.

Consiguió hacerme perder los nervios y al final le dije: ¿Cómo puedes ir repitiendo esa clase de chismorreos? ¿Quiénes eran esas dos mujeres? ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Quién te lo ha dicho? La vida ya es suficientemente difícil en esta ciudad como para ir creyendo todo lo que cuentan por ahí.

Me imaginé a Carla esperándonos, con café helado y algo para comer, como pan de plátano o galletas de chocolate quizá. Tal vez incluso llamó a Hastaquí para ver qué había ocurrido; estuve a punto de echarme a llorar. Quería demostrarle a Marion que todo iba bien, que podíamos salir solas sin meternos en problemas, pero sólo porque nos saltamos la parada de autobús empezaron a pasarle por la cabeza todas esas fantasías sobre las australianas. Aunque acabé perdiendo los nervios, lo cierto es que me dio pena verla allí, en la calle. Era más de mediodía y sufría de lo lindo, empapada en sudor y con los tobillos visiblemente hinchados. Tengo que mantenerme alejada de mujeres como Marion. Por mucha compañía que me haga, a la larga no me hará ningún bien.

No obstante, al día siguiente, Marion se presentó en Hastaquí.

—Tenía que venir, necesitaba hablar con alguien —me dijo.

Dio varias vueltas por la sala de estar, buscando el lugar idóneo entre el gran número de asientos vacíos con una expresión confundida en el rostro. Eligió una silla y se echó a llorar. Se secaba las lágrimas con pañuelos de papel que iba arrancando con rabia de una caja que tenía sobre la mesita de centro.

—Soy tan infeliz... —me dijo—. Se porta muy mal conmigo, Fran, me trata muy mal. Me dice que nos quedaremos en Yeda hasta que termine el siguiente plan quinquenal, si le dejan. ¡Eso es hasta 1990! ¡Ya tendré cuarenta años! ¿Te imaginas cumplir los cuarenta en un lugar como éste?

Frances ni siquiera podía imaginar lo que debía de ser cumplir cuarenta años, no hablemos ya del lugar, pero se sentó a escucharla de todos modos.

—Creí que te gustaba vivir aquí.

Entonces Marion estalló y dio rienda suelta a un popurrí de quejas sobre el acoso sexual que sufría, desde los que le pellizcaban el trasero en el supermercado hasta los que se metían con ella por la calle por el hecho de ser rubia. Hablaba con los ojos brillantes y llenos de terror. Debió de aprender esa mirada en África, donde los terroristas, la rabia y los asaltos a mano armada son los temas habituales durante los aperitivos.

—Además —prosiguió—, me ha dicho que cuando nos marchemos de aquí no volveremos al Reino Unido. Dice que emigraremos a Australia, que en el Reino Unido ya no hay nada que valga la pena. Yo no lo veo de ese modo, ¿tú sí, Frances?

Cuando Marion terminó de lamentarse ya había pasado media hora. Su voz era la de una víctima, aunque sus dedos, como los de un asesino, no paraban de retorcer, presionar y desgarrar los pañuelos.

—No sé qué haría si no fuera por Jeff —me dijo—. Me ayuda mucho. Acompaña a las niñas al grupo de exploradoras, y la semana pasada vino a casa a desatascar el baño. Ya conoces a Russel, él no haría ninguna de esas cosas.

—Pues yo a quien no soporto es a Jeff —dijo Frances.

—¿De verdad? —exclamó Marion, del todo perpleja—. ¿Cómo es

posible?

—Pues porque es un fascista —replicó Frances—, por eso.

Se avergonzaba de sí misma, pero lo consideró una manera como cualquier otra de cortar en seco aquella conversación.

Marion le daba lástima, con esa piel gruesa y pálida, siempre desvaída, incapaz de tostarse. Entre sus grandes brazos y piernas, casi como un añadido, había un cuerpo infantil y de cintura gruesa. La ropa, aunque fuera holgada, siempre le quedaba ridículamente corta y ajustada. Tenía tendencia a las alergias y los sarpullidos, a que se le hincharan los labios y los párpados, y también a la conjuntivitis. Su marido no era más que un matón, y sus dos hijas, unas creídas petulantes que lo exigían todo y que habían aprendido de su madre la costumbre de resoplar ante cualquier atisbo de frustración. Por mucho que se avergonzara del mero hecho de pensarlo, lo cierto era que Frances se sentía bastante más glamurosa que Marion. Además, era inteligente, y era afortunada, y era sensata. Aunque quizá, se planteó, Marion tiene esa misma sensación respecto a mí.

Una cascada de pañuelos de papel hechos jirones cayó sobre la alfombra cuando Marion se puso de pie. Tenía los ojos enrojecidos y le brillaba la nariz.

—Al menos he podido desembucharlo —dijo.

Salieron juntas por la puerta de la verja y Marion levantó la mirada para contemplar el edificio desde fuera. El apartamento de Samira tenía las persianas bajadas. Por supuesto, el número cuatro también.

—Ya sabes lo que ocurre ahí arriba, ¿no? —preguntó con una sonrisa triste.

—Sí.

—¿Ves mucho a tus vecinas?

—Un poco.

—Esto no se lo cuentes a nadie, por favor. —Marion se sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se secó los ojos una vez más—. No le cuentes a nadie lo que te he explicado de Russel. No les gusta saber que la gente es infeliz, y no quiero que eso le afecte en el trabajo.

—¿A quién te refieres?

—A los saudíes —respondió—. Prefieren que las personas sean más bien como robots, no sé si me entiendes.

—Ven a cenar algún día —dijo Frances—. ¿De acuerdo? ¿El miércoles que viene te parece bien? ¿Podrás?

—Creo que sí —dijo Marion sorbiéndose la nariz.

Frances entró de nuevo en casa y dejó fuera el fulgor amarillo de la luz del sol para refugiarse en el frescor y la penumbra. Ojalá supiera comportarme de un modo más cariñoso, pensó.

Cuando Andrew llegó a casa, lo hizo cargado con dos platos grandes cubiertos con servilletas de papel.

—Rickie Zussman ha pasado por el despacho —dijo.

—Sí, ya me ha parecido que has llegado con algo de su acento.

—Sí —dijo Andrew—. Bueno, el caso es que ha venido a hacerme una visita. Supongo que algo se me pega de esos norteamericanos. Me he pasado la mañana hablando con uno del cuerpo de ingenieros. Ya sabes, los que llevan lo de la base de misiles, aunque sea de modo extraoficial.

—Creí que no tenías nada que ver con la base de misiles —dijo Frances levantando una esquina de una de las servilletas—. Oh, es el pan de plátano de Carla.

—Y su tarta de calabaza. Y no, no tengo nada que ver, te lo aseguro. Sólo era curiosidad.

—Supongo que se pasó el día entero en la cocina y al ver que no nos presentamos no sabía cómo quitarse esto de encima. Los dos están a dieta.

—Todos los jauayís están a dieta —se quejó Andrew—. Debe de ser la segunda actividad más popular de la ciudad, después del snorkel. ¿Por qué lo hacen? La mayoría están más bien delgados.

—Por sentimiento de culpa —sentenció Frances, recordando la pregunta taimada que le había hecho Yasmin: «¿Sabes lo que es el sentimiento de culpa?»—. Tienen mala conciencia por todo el dineral que ganan y necesitan castigarse un poco.

—¿Crees que es sólo por eso?

—Sí, es como esa gente que decide ayunar y donar a Oxfam todo lo que no han gastado en comida: una especie de religión sin Dios.

Le cogió los platos a Andrew y se los llevó a la cocina. Él la siguió.

—Me pregunto si a Carla le importará que les dé todo esto a las vecinas —dijo ella mientras quitaba las servilletas—. Ayer Samira me mandó unas hojas de parra rellenas y estoy en deuda con ella.

—Sería una experiencia intercultural para ellas —dijo Andrew—. ¿Hasta cuándo tendremos que estar intercambiando comida de este modo?

—Bueno, al menos es una afición inofensiva. La comida es el único tema sobre el que podemos hablar sin que surjan malentendidos. Por cierto...

—Pon agua a hervir, ¿quieres? —dijo Andrew.

—Estaba pensando en el piso vacío. ¿Se supone que el tipo se cita con una sola mujer o con varias?

—Sólo con una, que yo sepa.

—Ay, esta agua es asquerosa —exclamó Frances—. Nos acabará estropeando el hervidor. Lo que me preguntaba es por qué no se divorcian y punto. Aquí es muy fácil divorciarse. O eso me han dicho.

—No tengo ni idea. —A Andrew a veces le sorprende lo sencilla que le parece la vida a su esposa—. Los motivos podrían ser muchos y variados. Quién sabe si hay en juego una relación de familia.

Y vete a saber las complicaciones emocionales que hay de fondo, pensó él: un cornudo devoto, una esposa vulnerable. ¿Los saudíes podían tener sentimientos de esa clase? ¿O eran distintos por completo? Al parecer, Frances cree que en el Reino nada puede darse por supuesto. Y que la naturaleza humana, si es que eso existe en alguna parte, no es precisamente de fiar en este país.

—Tendrían que ser relaciones más que convincentes —constató ella— para que una pareja se decida a correr un riesgo semejante. Y ahora que lo pienso —prosiguió mientras preparaba la tetera—, sólo tendría que divorciarse uno de los dos. La mujer, porque el hombre puede tener hasta cuatro esposas, ¿verdad?

—No se estila mucho hoy en día. No hay ni un saudí entre los que conozco del ministerio que tenga más de una esposa. Eso lo dejan más bien para los beduinos. Los árabes intentan modernizarse.

—Hasta cierto punto.

—Además, casarse sale demasiado caro. Lo que ellas quieren es una casa nueva y todo el mobiliario.

—Sí, ya lo sé. Y lámparas de araña.

—Vaya, que no es como en el resto del mundo, lo podríamos llamar... «poligamia en serie».

El agua empezó a hervir.

—Quizá la mujer del piso de arriba tiene un marido posesivo —dijo Frances—. Quizá no lo ve dispuesto a pregonar «me divorcio de ti». — Frances terminó de preparar el té, cogió la bandeja y la llevó a la sala de estar —. Ah, y antes de la cena tendremos que colocar las sillas de otro modo — añadió.

Yasmin, después de la conversación que habían tenido en el piso de Samira, estaba ansiosa por corregir cualquier mala impresión que pudiera haberse llevado su vecina occidental.

—Me parece —había dicho Frances con temeridad— que todo el mundo podría ser bueno si pudieras divorciarte de forma más o menos instantánea cada vez que ves a alguien que te gusta y luego, al cabo de una semana o dos, pudieras volver a casarte. Sobre ese principio, nadie cometería adulterio jamás.

Había pensado que si presionaba un poco a Yasmin, descubriría si estaba o no al corriente de lo que ocurría. Sin embargo, reaccionó más bien como si se hubiera molestado.

—Eso es propio de los saudíes —dijo—. Nosotros no lo haríamos. En Pakistán es muy raro divorciarse.

—Pero entre los saudíes hay muchos divorcios. ¿Por qué?

Yasmin bajó la mirada.

—Porque son muy apasionados.

—En Occidente nos tomamos el matrimonio como algo más serio. Creemos que si no estás a gusto, tienes que intentar arreglar las cosas. Prometemos que es para toda la vida. —Se detuvo en cuanto se dio cuenta de lo mucho que distaba de ser cierto. La mitad de los colegas de Andrew iban por su segunda o tercera esposa—. Bueno, ésa es la teoría —añadió.

Yasmin había soltado un suspiro antes de responder.

—Entonces es mejor tener una religión realista, ¿no te parece? —le había dicho.

En esos momentos, a Andrew no le apetecía hablar sobre el apartamento vacío.

—Todavía no ha llegado mi maqueta —dijo él, repantigado en uno de los sillones—. Me refiero a la maqueta del edificio. Me preocupa, porque ya ha salido de Los Ángeles, pero Jeff cree que los de aduanas deben de haberla retenido. Quizá quieren asegurarse de que no hay droga escondida, o algo por el estilo.

—Oh, ya verás como no.

—Si llega dañada, los mato. —De repente, el veneno corría por sus venas—. Jeff es idiota.

Andrew envolvió la taza de té con las manos y se perdió en sus reflexiones. Está perdiendo la fe que tenía en los superiores de Turadup, duda de su competencia técnica. Y no era que lo molestaran mucho con eso, la verdad. Su edificio, ese edificio presupuestado en varios millones de riyales, parece insignificante en comparación con el silo subterráneo de la base de misiles. Cada vez que quiere algo, Parsons y Pollard quedan convocados a una reunión de alto nivel. Eso le dicen al menos. Luego llegan desconocidos del aeropuerto, ocupan espacios de la oficina y monopolizan el télex. Se cargan la fotocopidora de Turadup y esperan que sea él quien la arregle, como si su cargo fuera de operario de mantenimiento. En una ocasión se enteró de que uno de esos desconocidos había ocupado su caseta prefabricada y le había apartado todos los planos.

—Supongo que no está trabajando en el silo, ¿verdad? —le había preguntado el tipo.

—No —había respondido Andrew—. En el edificio. Estoy trabajando en el edificio. Y usted me está robando el espacio —le había espetado en un tono violento.

Parsons, con su cordialidad habitual, lo había reprendido.

Y, en cualquier caso, pensó mientras se tomaba el té, ignorando a su esposa: ¿acaso no está mal ideado todo el proyecto? ¿Construir un silo subterráneo en tierra caliza? Es suelo permeable; se agrieta, y las

inundaciones son continuas. Deberían haber puesto los misiles tierra adentro, sobre un lecho de granito. Ubicarlos allí era un error. Sería mejor tenerlos en un lugar escarpado, y no junto al mar. Pero, claro, oficialmente no hay misiles. Ni norteamericanos. ¿Cómo se pueden denunciar las debilidades de un proyecto que no existe?

Y mezclados con esas dudas mayores (al fin y al cabo, la estrategia de defensa saudí no es asunto suyo) están los detalles que tanto le fastidian. Cuando acude al ministerio, ese ministerio que tantos edificios pretende construir, no encuentra a nadie dispuesto a hablar con él. De hecho, parece que no sepan quién es. Cuatro o cinco hombres holgazanean en la antesala del Ministerio de Vicepresidencia, tomando café o leyendo el periódico. Le dedican una mirada superficial y retoman la conversación en la que estaban enfrascados.

Cuando Jeff Pollard lo contrató en Gaborone le dijo que tendría un papel destacado en un equipo, pero él no tiene esa sensación. Parsons y Pollard no saben conseguir que sus empleados se sientan valorados. Andrew los ve como a unos retardados fumapuros. Incluso el capitán Garfio y el señor Smees los superaban en lo respectivo a la gestión del capital humano. De largo.

—Este té es horrible —dijo Frances—. ¿Quieres otra taza?

Él negó con la cabeza.

—Deberían haberme mandado a un asesor de Londres —señaló—. Pero todavía no sé cuándo llegará. Quizá podamos invitarlo a cenar mientras esté aquí, y así lo mantenemos alejado de Parsons y Pollard. Es un experto en aires acondicionados. Se llama Fairfax.

—¿De verdad? —preguntó Frances levantando la mirada—. ¿Para quién trabaja? —Andrew se lo dijo—. En cierto modo es como si lo conociera. Cuando vine en avión, compartí el trayecto con algunos de sus colegas. Se pasaron el trayecto hablando de trabajo. Pobre Fairfax, creo que le tienen manía, no es que lo elogiaron precisamente.

—Bueno, espero que pueda ayudarnos. Hemos charlado por teléfono y no paraba de hablarme sobre la mezquita del Profeta de Medina. Dice que quieren reformarla y que tendrá el mayor sistema de aire acondicionado central del mundo.

—Supongo que será para enfriar los ánimos de los creyentes.

—Le dije: «Usted no puede ir a Medina. Sólo dejan entrar a los musulmanes en Medina y en La Meca». Y va y me responde: «Pues necesito ese encargo, ¿cómo puedo convertirme?», y luego se echó a reír como un loco.

—Estoy segura de que cuando esté aquí se lo tomará con más calma.

—Es probable. ¿Sabes lo que me contó Rickie Zussman? Se ve que fue a un seminario de gestión empresarial y asistió a la conferencia de un psiquiatra indio, un tipo de Hyderabad que viajaba por Oriente Próximo investigando los efectos del estrés que sufren los trabajadores inmigrantes.

—Es raro —dijo Frances— que los indios emigren para trabajar. Nosotros, en cambio, somos expatriados profesionales.

—Decía que todos los indios que trabajan aquí acaban hechos polvo. Quedan psicológicamente destrozados y se vuelven unos paranoicos. Llegan aquí y cortan de raíz cualquier contacto con sus familias, tienen que afrontar problemas lingüísticos y empiezan a pensar que el mundo entero se la tiene jurada. Los indios que tenemos en Turadup son así, incluso piensan que el resto de los indios quieren quitarles el trabajo. Están convencidos de que se habla de ellos a sus espaldas y no paran de hacerle preguntas complicadas sobre derecho laboral a Eric Parsons. Creen que quiere engañarlos con las condiciones del contrato, con los límites de equipaje y cosas por el estilo. Están obsesionados con eso de las limitaciones del equipaje.

—Supongo que a los europeos les debe de ocurrir lo mismo cuando llevan mucho tiempo aquí.

—Sí, seguro. Eso también lo dice ese psiquiatra. Según él, pasas por una serie de fases. Cuando llegas y todo te parece extraño, te sientes aislado y atacado: ésa es la primera fase. Pero luego aprendes a seguir una rutina en tu vida diaria y, durante una temporada, el sitio te parece normal; incluso defiendes las costumbres locales y te pasas el día explicando a los recién llegados que en realidad todo va bien: ésa es la segunda fase. Vas tirando y luego llega la fase número tres: la segunda oleada de paranoia, aunque ésta no parece tener fin.

—Y, entonces, ¿qué haces?

—Pues marcharte antes de perder la cabeza.

—Pero algunos de los que trabajan contigo en Turadup ya llevan aquí varios años. De acuerdo que tampoco es que tengan muchas luces, pero no se puede afirmar que hayan perdido la cabeza.

—Ah, no me refería a eso. No se trata de que ataquen a la gente o se líen a cabezazos contra las paredes. Pierden la cabeza en cuestiones menores. Sólo hay que oírlos hablar. —Andrew se quedó mirando el fondo de su taza vacía, como si estuviera leyendo el poso del té—. Fíjate en Parsons, por ejemplo —dijo—. ¿Sabes ese cochazo ostentoso que se compró? Pues tiene el parabrisas tintado en la parte superior para ver siempre ese arco de cielo azul.

—Pero eso no tiene nada de malo, Andrew. Simplemente es hortera.

—Pues a mí me parece de locos —afirmó Andrew—. Nueve días de cada diez, el cielo no podría ser más azul. Si hasta parece artificial. Pero a esos maníacos no les basta con que el cielo sea azul.

Frances se quedó pensativa.

—Me pregunto en qué fase debemos de estar nosotros —dijo ella.

—Estamos entrando en la segunda, supongo. Porque parece que no lo llevamos del todo mal, ¿no crees? Hay días en los que incluso tengo cierta sensación de normalidad.

Habla por ti, piensa Frances. Hastaquí empieza a parecerle un lugar cada vez más y más problemático. Cuando sale al vestíbulo, lo hace con la máxima cautela: aguzando el oído, lanzando miradas por encima del hombro y hacia la escalera. Si oye que se abre una puerta, el corazón le da un vuelco. Tiene la sensación de que algo ocurre, aunque ella no pueda verlo. Si coincidiera en el momento y el lugar adecuados, sabría detectarlo.

—Tal vez el proceso pueda acelerarse —le dijo a Andrew—. Tal vez yo ya he entrado en la tercera fase.

—Ah, no —repuso Andrew con seriedad—. No, yo no me preocuparía, Frances. Ese psiquiatra hablaba sobre trabajadores extranjeros, mano de obra expatriada. No creo que pueda aplicarse a las mujeres que se quedan en casa.

Cartas a casa. Frances escribe a su prima Clare y le da el sobre a Andrew:

—¿Puedes mandar esto por correo?

—Entonces llegaré tarde —dice abatido.

Las oficinas de correos en Yeda son cubículos de bovedillas de hormigón,

instalados en solares vacíos de difícil acceso y con unos horarios inverosímiles. Además, parece que elijan al personal que atiende al público en función de su devoción religiosa, puesto que las oficinas siempre están cerradas por culpa de las oraciones. Cuando por fin abren la verja de acceso y la puerta principal, de repente se forma una cola larga y cosmopolita que suele llegar más allá del cubículo y extenderse por el terreno polvoriento. Y, aun así, los empleados se lo toman con mucha mucha calma. Atienden a la gente con parsimonia e incluso se permiten leer el periódico, el *Okaz*, el *Al-Madinah* y la *Saudi Gazette*. A menudo, con los pies cruzados sobre el mostrador.

En el año 1403, se adoptó una gran innovación en el Reino: los buzones de correos. En la mayoría de los casos, también los instalaron en solares vacíos, aunque había algunos cerca de las zonas residenciales. Los amigos intercambiaban información sobre la ubicación de los buzones, y se dibujaban mapas para indicar cómo llegar hasta ellos. En principio tenían que servir para que la gente no tuviera que perder el tiempo y los nervios frente a la oficina de correos, pero a la hora de la verdad, como no podía ser de otro modo, para echar una carta al buzón había que pegarle un sello, por lo que era necesario acudir a la oficina de correos de todas formas.

A todo eso se le sumó una gran escasez de sellos. En la acera que quedaba frente a la oficina de correos, que por aquel entonces estaba cerca del supermercado Familia Feliz, surgió una especie de suboficina de correos: emprendedores sentados en el suelo con mantas, vendiendo sellos a precios de mercado negro.

Poco después, clausuraron la oficina de correos. Quedó abandonada de la noche a la mañana, y durante varios días nadie supo dónde estaba su sucesora. También desaparecieron los buzones, y los empleados de correos tuvieron que salir a buscarlos por toda la ciudad.

¡Oh, novia del mar Rojo! ¡Cuánto haces sufrir a los que te cortejan!

Los buzones de correos también acabaron siendo un fracaso. Cada día aparecían llenos a rebosar de cartas y paquetes de pequeñas dimensiones con destino a Madrás, a Salt Lake City, a Kuala Lumpur y a Lemington Spa. Pero ¿era correo reciente, o siempre eran las mismas cartas? Corrió el rumor de que en realidad nunca vaciaban los buzones, y los europeos volvieron a buscar

las oficinas de correos convencionales.

Por supuesto, sólo era un rumor. En el *Arab News* se asegura que el servicio postal del Reino es excelente.

3

Transcurrió una semana y, como diría Yasmin, fueron convocados a cenar. Ella se había pasado tres días cocinando, pero cuando les abrió la puerta ya se había desprendido del sudor, la grasa y el olor de las especias que le habían impregnado la ropa y el pelo. Les abrió la puerta con una sonrisa prudente, envuelta en un *shalwar kameez* bordado, con pendientes de rubí en las orejas y un montón de rímel en las pestañas. Parecía que le hubieran pulido la piel hasta dejársela de color marfil.

—Entren —les dijo—. Permítanme que les presente a nuestros amigos.

Los acompañó por toda la sala.

—Ésta es Shabana. Su marido, Mohammed, y un amigo de Mohammed, Farooq.

Los hombres iban vestidos con trajes oscuros, y las mujeres, más o menos como Yasmin o bien con saris de noche. Una o dos llevaban faldas largas de terciopelo y blusas de cuello alto con volantes. Sonreían con amabilidad y hacían las típicas preguntas de cortesía: «¿Les gusta vivir en Yeda?». Con la llegada de los Shore, la fiesta que hasta entonces había transcurrido en urdu pasó a desarrollarse en inglés.

Fue complicado. Shams, con la mirada gacha, daba vueltas por la sala cargada con una bandeja: se podía elegir entre Pepsi, 7 Up o una bebida carbonatada con sabor a naranja que más que dulce era empalagosa. La zarpa llena de hoyuelos de Shabana revoloteó por encima de la bandeja exhibiendo el resplandor de sus anillos de diamantes. Era como una muñeca, aunque con una leve sombra en el labio superior. Tenía los labios muy gruesos y se expresaba de manera que inspiraba confianza.

—¿Ya han estado en el zoco de alfombras? —preguntó—. ¿No quieren comprarse alfombras?

Raji apareció junto a Frances y la agarró por el brazo.

—Si quiere alfombras, le puedo enseñar el mejor lugar para comprarlas —le dijo—. Cuénteme, Frances, ¿adónde quiere ir?

Esa noche Raji estaba animado, iba de un invitado a otro.

—Lo que me gustaría ver —dijo Frances— es la tumba de Eva. He estado leyendo al respecto.

—Ah —exclamó Shabana—. Veo que empieza a interesarle el islam.

—Yasmin me ha estado explicando unas cuantas cosas. ¿De verdad es la tumba de Eva?

—Eso dicen. Después de que Adán y Eva se reconciliaran con Dios, ella murió y fue enterrada...

—En el centro —dijo Raji sonriendo—. Tras un gran muro. Cerca del Ministerio de Asuntos Exteriores creo que está.

—¿Usted no la ha visto?

—No es una atracción muy popular que digamos —comentó Raji—. Los saudíes no la ven como una atracción turística. Tiene que saber, Frances, que aquí los musulmanes son sunnitas. —El comentario sonó indiferente, casi cínico—. No les van los altares, las tumbas y las procesiones. Consideran que son supersticiones.

—Es a los chiitas a los que les gustan ese tipo de cosas —señaló Shabana.

—Tiene que preguntárselo a Samira —dijo Raji—. Frances tiene una amiga saudí —explicó a los demás—. Ella le contará lo extremistas que son los chiitas. Se flagelan, se suicidan... Son mártires. —Se tocó la frente con delicadeza—. Todos tienen mentalidad de mártir, no sé si me entiende.

—Tiene que leer usted el Santo Corán —sugirió Shabana—. Aunque, por supuesto, traducido...

—Sí, ya lo sé —dijo Frances—. Comprendo que quien no sabe árabe no puede apreciarlo realmente. Pero sí que puede mirar a su alrededor y ver los efectos que tiene en la vida pública.

Raji soltó una carcajada.

—Se está divirtiendo a nuestra costa, Frances. Quizá cree que no detecto

sus sarcasmos. No tiene una buena opinión sobre nosotros, pero la culpa es suya. —Le rodeó la cintura con un brazo y le dio unas palmadas, como lo haría un tío con su sobrina preferida—. Pero no es necesario que nos pongamos tan serios. No debería preocuparse por cosas tan solemnes como las tumbas. Lo que tiene que hacer es pedirle a su marido que la lleve al zoco de oro, a ver si le compra algo bonito.

—Ah, ¿te has enterado? —Shabana se volvió y le tocó la manga a su marido—. Mohammed, ¿por qué no le cuentas lo que ha estado ocurriendo en el Mercado Internacional de Yeda? Por favor, cuéntaselo a Raji.

Mohammed accedió, se aclaró la garganta y se subió las gafas, que le quedaban demasiado grandes.

—La policía está prohibiendo los espejos en las tiendas de orfebres. O eso dicen. Las mujeres saudíes andan provocando a los vendedores, pidiéndoles que les abrochen las gargantillas mientras se miran en el espejo.

—Fíjese —dijo Shabana, con la voz reducida prácticamente a un susurro—. Y extienden las manos, con las uñas pintadas de rojo, para que los vendedores les pongan los brazaletes que quieren probarse.

—Las jóvenes siempre encuentran una manera u otra de flirtear —dijo Raji con indulgencia—. Así es como funciona el mundo.

Mohammed le lanzó una mirada a Frances.

—Dicen que es todo un hervidero el Mercado Internacional de Yeda. Se cuenta que las chicas pasean mirando escaparates con su número de teléfono escrito en un papelito que se esconden en la mano. Y, claro, ya se sabe que siempre hay hombres jóvenes rondando por ahí. Se limitan a pasárselo a alguno de ellos y luego esperan a que las llamen.

Shabana soltó una risa nerviosa.

—Se relacionan por teléfono.

—Eso es bastante triste —dijo Frances—. ¿No les parece?

—¿Dónde está su sentido del humor? —preguntó Raji—. A nosotros también nos gusta reírnos de los saudíes de vez en cuando, ¿sabe? Ah, y ellos son conscientes de que nos reímos de ellos pero, al fin y al cabo —añadió en voz baja—, no somos más que empleados para ellos.

—Igual que nosotros —dijo Frances—. Me preguntaba si conoce usted

bien a Abdul Nasr. Es nuestro vecino —le aclaró a Shabana.

—Pues no mucho —admitió Raji—. No tengo contacto con él en el trabajo. Sólo sé que no es de procedencia saudí, eso sí. Su familia es iraní, aunque creo que él nació aquí. Pero eso le impedirá prosperar realmente.

Yasmin se les acercó para avisarlos de que ya podían sentarse a la mesa.

—Todo está listo. Por favor, venid a cenar. ¿Estabais hablando de nuestro vecino?

—Es difícil que tengamos relación con él —prosiguió Raji—. Si lo invitáramos a cenar, Samira tendría que llevar el velo puesto. Gracias a Dios, no tenemos que seguir sus reglas. De lo contrario, no podríamos celebrar fiestas como ésta.

—Me parece una lástima —le dijo Frances a Yasmin—, teniendo en cuenta que sois buenas amigas.

Yasmin se sorprendió.

—No sé por qué dices que es una lástima —comentó en voz baja—. ¿De qué podrían hablar Raji y Samira?

Luego sonrió y se volvió una vez más hacia sus invitados.

Los frutos de los tres días que Yasmin había dedicado a prepararlo todo quedaron patentes en un bufet dispuesto sobre la larga mesa cubierta con un mantel almidonado de color blanco. Comieron de pie, envueltos en un silencio caracterizado por la concentración y la voracidad. Frances picoteó algo que resultó ser demasiado picante para su estómago, por lo que se limitó a darle vueltas por el plato con el tenedor. Andrew disfrutó mucho comiendo y se deshizo en cumplidos dirigidos a Yasmin. Él podía comer cualquier cosa, y ésa era una de sus principales virtudes sociales. Raji era el único que hablaba entre bocado y bocado, repasando temas tan variados que su actitud casi parecía casi impostada. Miradme, decía, soy encantador, fijaos qué labia tengo. Frances pensó que si en algún momento se había creado algún tipo de tensión en la sala por la presencia de europeos, ya se había disipado por completo. Sin embargo, miró al otro lado de la mesa y se dio cuenta de que Yasmin escrutaba a Raji como si lo estuviera evaluando. Era el rostro de una monja en un departamento de lencería: perplejo, casi ansioso y, sin embargo, cada vez más consciente de que las cosas iban peor de lo que había previsto.

Samira bajó por la escalera y tocó el timbre. Cuando Frances abrió la puerta (la había sorprendido ocupada en la cocina), encontró a su vecina hecha un ovillo en el umbral, como si intentara ocultar su forma oscura en la textura de la madera. Una vez dentro, se desenvolvió la cabeza y reveló un maquillaje perfecto: la sombra de ojos en tres colores complementarios, los pómulos marcados y esmerilados, los labios delineados con precisión y el brillo de rigor. Y todo, pensó Frances, para otras mujeres: y nunca nunca jamás para ningún hombre. Ningún hombre que no fuera su marido, claro está. Extendió un brazo y la seda negra del abaya de Samira flotó en el aire para caer sobre él. Frances lo dejó en el respaldo de una silla. Samira volvía a llevar vaqueros, complementados con una blusa de seda llena de lentejuelas y bordados que decoraban su generoso busto. Se había llevado a su hija y la había emperifollado para la ocasión: un vestido blanco de volantes y una banda que le daba una apariencia tan ancha como alta. Su rostro redondo y oscuro era, en cierto modo, truculento. Con una mano agarraba una muñeca por el pelo, de color rubio, mientras con la otra se aferraba a los firmes muslos de su madre, enfundados en ropa tejana.

—¡Ay, esa mujer! —exclamó Samira. Se sentó y echó la cabeza hacia atrás para que su larga melena encrespada por la estática crujiera en contacto con los elegantes cojines de color avena de Turadup—. ¡Es una ignorante! He venido con la niña para que pueda barrer tranquila.

—¿Sigue llorando tanto?

—Sin parar. ¿Sabe, Frances? Antes de que llegáramos nosotros para traerles el islam, esa gente vivía en la selva y comía cerdo. —Y ahora fíjese cómo nos lo agradecen, decía su tono de voz—. Se hacían dibujos en el cuerpo, ¿cómo se llaman? Tatuajes. Y a veces se devoraban unos a otros.

—¿Le apetece un café?

—Sí, pero no encienda la máquina. Prepáreme uno instantáneo en la misma taza, ya está bien.

Su exasperación disminuyó un poco, pero al cabo de unos momentos estalló de nuevo.

—Él..., me refiero a Abdul..., dice que tengo suerte de que la criada no hable árabe. Me dice que no quiere corromper a sus hijos con costumbres

extranjeras. Por cierto, vuelvo a estar embarazada.

—¿De verdad? —preguntó Frances—. ¡Enhorabuena! ¿Las costumbres extranjeras siempre son negativas?

—No puede quejarse de que pensemos así —dijo Samira con un suspiro—. Al fin y al cabo, ya hemos visto demasiados ejemplos de jóvenes que viajan a Europa y se descarrían con las mujeres y los clubes nocturnos. Y sus periódicos siempre están dispuestos a hablar mal de ellos.

—¿Ha estado en Europa?

—Sí, por supuesto. Vamos a menudo. A París. Y a Roma. Nada más —apuntó fastidiada—. Abdul nunca me cuenta qué tiene planeado. Se limita a decirme: Vamos, nos marchamos de viaje.

Frances sirvió el café. Otra mañana reveladora, pensó. Tenía la sensación de estar recibiendo una especie de educación sentimental, y al mismo tiempo era consciente de que todavía le quedaba mucho por aprender. La niña, con unos dedos diminutos y fuertes como pinzas, le tiraba del pelo a la muñeca. Samira cogió el azucarero, cada vez más irritada.

—Abdul nunca está en casa —dijo—. Por las noches siempre acude a fiestas de hombres.

—¿Conocía a Abdul antes de casarse con él?

—No, fue un matrimonio acordado, claro.

—De manera que no sabía lo que se encontraría una vez casada.

—Bueno, si me trata bien... No es bueno crearse demasiadas expectativas.

—Sí, eso dicen. —Frances se llevó la taza a los labios—. Pero no sabía que fuera algo malo tener expectativas. Nunca lo había visto de ese modo.

—Luego, una vez casados, es cuando las dos personas se conocen de verdad. Y no es que tengamos muchos conflictos. ¿Ustedes sí?

—Bueno, algunos.

—Porque tampoco es que hablemos mucho, ya sabe. Su vida y la mía... son distintas. Pero es natural, ¿no? Hombres y mujeres, como debe ser.

—No lo sé. Usted podría estudiar. Buscar trabajo. Si viviera en otro lado, claro está. En otro país.

—Oh, pero... —dijo Samira—. Pero yo he ido a la Universidad Femenina, Frances.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Estudié francés. Poesía inglesa, las obras de Robert Burns. Antropología. Las costumbres de la gente, ya sabe. Y biología.

—¿Biología?

—Resulta útil para la casa, así puedes ocuparte mejor de la salud de los hijos. Además, Frances, es evidente que tenemos mujeres trabajadoras. Todo el personal de los bancos femeninos. Incluso hay mujeres en algunos ministerios. Están organizados para que sea posible: cuentan con un ascensor aparte, y una planta sólo para ellas.

—Pero sin duda tendrán que hablar con hombres en algún momento. Si deben consultar algo, por ejemplo.

—Pueden hablar con ellos por teléfono. Y tienen ordenadores. Pueden mandarles un disquete.

—Pero ¿qué ocurriría si...? Es decir, ¿qué hay de malo en que puedan... reunirse?

—Pero es que entonces sería como en Occidente —dijo Samira—. Se producirían acosos. Surgirían idilios continuamente.

Qué difícil es, pensó Frances, hacer encajar todas las piezas. Shabana le había contado que Adán y Eva se habían reconciliado con Dios. Según el *Arab News*, que escribe sobre estos asuntos cada viernes, el pecado original no existe. La gente es buena por naturaleza, tiene libre albedrío y Alá no les pide gran cosa. En cualquier caso, nada que no sea razonable. Las reglas sirven para compensar las debilidades humanas y son fáciles de cumplir. Pero el Código Penal no refleja ese optimismo, como tampoco el tono general de la sociedad. Parece más bien que espere encontrar depravación; conductas irreflexivas, animales. Un hombre y una mujer juntos, cinco minutos, sin ropa, contacto carnal, violación, caos, asesinato. Vamos, se dice a sí misma, no exageres. Tómame el café, sé hospitalaria y no saques temas serios. Pero no pudo evitar detectar alguna que otra grieta en la ortodoxia de Samira, como si por naturaleza fuera una chica rebelde y hedonista. Como si la conversación la condujera a deducir que su vecina tenía un problema. Frances dejó la taza de café sobre la mesita.

—¿Usted ha mantenido algún idilio donde trabajaba?

—Ni hablar —respondió Frances—. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza esa posibilidad.

Tampoco se me ha presentado la oportunidad, pensó.

Samira le lanzó una mirada escéptica, y tal vez decepcionada.

—Además de todo lo dicho —prosiguió—, necesitamos médicas. Eso atrae a muchas chicas, gracias a Dios, porque hay hombres saudíes capaces de matar al médico que examine a su esposa.

—Entonces ¿qué ocurría antes de que hubiera mujeres cualificadas para ejercer la medicina? Sin duda tuvo que haber una época de transición.

—Ah, claro —dijo Samira—. Las facultades para chicas son relativamente recientes, y en su momento hubo mucha gente que lo veía con malos ojos. Se produjeron disturbios, ¿sabe? Incluso tiroteos. Y respecto a lo de las médicas, no sé qué decirle. Creo que debían de venir de Egipto.

—¿Y qué pasa si una chica no quiere ser ni médica ni empleada de banco?

—Lo mejor que puede hacer es quedarse en casa. Mire, Frances, las mujeres occidentales como usted se creen muy libres, pero en realidad es el islam el que ha concedido plenos derechos a la mujer. Nos los garantiza. Podemos disponer de nuestro propio dinero, y en casa mandamos nosotras. Los hombres tienen que procurar que no nos falte nada, es su deber.

—Pero ¿y si una pareja se divorcia?

—Entonces son nuestros padres y hermanos los que tienen que cuidarnos y protegernos. Las mujeres occidentales, en cambio, sufren la explotación de los hombres. Las obligan a ir a trabajar a oficinas y fábricas y luego, cuando llegan a casa, tienen que cocinar para ellos y ocuparse de los hijos.

—¿Cree que deberíamos alegrarnos de que los hombres nos mantengan?

—Sí, porque es su responsabilidad, del mismo modo que la nuestra consiste en criar a la próxima generación. Frances —dijo poniéndose muy seria—, de verdad: debe tener hijos. Así complacerá a Andrew. No puede pasarse la vida usando anticonceptivos.

—Ya —respondió Frances—, me lo estoy pensando. —Mientras tanto, la niña que tenía a sus pies estaba retorciéndole el pescuezo a la muñeca. ¿Qué había dicho el *Arab News* la semana anterior? «Todas las mujeres nacen para ser madres», eso—. Entonces ¿qué piensa hacer con sus estudios

universitarios? —preguntó.

—Tenemos una máxima al respecto —dijo Samira con una sonrisa—: «Colgaremos nuestros diplomas en la cocina».

Se agachó y le arrebató la muñeca de las manos a su hija. Enderezó sus torturadas extremidades y se incorporó en su asiento agarrando la muñeca por una pierna, contemplando ese rostro de plástico rosado y blanco.

—Frances, quería preguntarle algo —dijo con aire soñador—: ¿Ha conocido usted a la princesa Diana?

—Lo siento, pero no. No me muevo precisamente en esos círculos.

—¿No conoce a nadie de la familia real?

—La nuestra no es tan extensa como la suya. Y son muy suyos.

—Qué lástima. A mí me gustaría conocerla. Admiro su belleza, y mucho.

La imagen de Diana es omnipresente en las revistas del corazón, siempre lanzando miradas furtivas por debajo del flequillo. De sus lóbulos cuelgan unos zafiros negros como escarabajos laqueados, y su expresión tímida aparece rodeada por letras árabes que comentan la vida de la princesa. Es una heroína, una novia glamurosa de verdad. Lleva un escote real y, en cierto modo, resulta menos indecente que los demás. El censor se ha abstenido de eliminarlo.

—¿Sabe? A ella —dijo Samira señalando a su hija— yo quería llamarla Diana. Pero Abdul Nasr no lo aceptó porque es un nombre extranjero. —Se indignó de repente, y el arrebató quedó patente en algún desliz con el idioma—. Cuando quise hacer fiesta de cumpleaños, me dice que también costumbre privada. Esta vez, si es otra niña..., espero que sea un chico —se apresuró a añadir—. Y pienso imponer el nombre que yo quiera. Le pregunté que por qué no y me dijo que en la familia de su hermana ya había una Diana y en la de su prima también, y que tantos bebés... Según él, el nombre suena raro.

—¿Por eso se decidió por Fátima?

—Bueno, sólo es un nombre inicial. Es la manera de dirigirse al bebé mientras piensas qué nombre le pondrás. Por mí, como si le dejamos el nombre de Fátima, le dije. ¿Qué más da? —Bajó la mirada hacia su hija y contempló sus tirabuzones, su nariz plana y los ojos redondos. Parecía enojada, aunque se rio un poco—. Es una negra blanca, ¿no cree? Esto tiene

que haberlo heredado de él, y no de mí.

—Quizá podrían pasar unas vacaciones en Inglaterra —propuso Frances. Podría vestir a su hija de un modo más neutro, pensó, para que no parezca un boxeador travestido—. Quién sabe, quizá podría llegar a ver a la princesa Diana.

—Oh, pero, Frances, ya he estado en Inglaterra. ¿No lo sabía? Pasé seis meses allí.

—Ya veo. Supongo que allí es donde aprendió a hablar tan bien el inglés.

—No, en realidad lo aprendí en la universidad. Y también con las cintas de Berlitz, claro. A decir verdad, cuando estuve en Inglaterra no tuve demasiadas ocasiones de aprender.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, básicamente porque tenía que quedarme en casa con la esposa de mi cuñado. Un día fuimos a Londres. A Harrods.

—¿No vivían en Londres, pues?

—No, en Brighton, que es donde vive mi cuñado. Prefiere vivir fuera, no es tan peligroso como Londres.

—¿Por la corrupción? —sugirió Frances.

—No, no es eso. Peligroso para su vida. —Se quedó callada y se sonrojó—. Ya sabe a qué me refiero —se apresuró a añadir. Toda su transparencia se había ensombrecido de repente, pensaba a un ritmo frenético—. Bueno, Frances, ya sabe que cuando unos cuantos árabes se reúnen en su país, la policía enseguida sospecha que habrá un atentado, o algo parecido. En realidad, se reúnen para alternar por sus propios clubes, para leer el periódico y esas cosas. Y para hablar sobre sus países de origen.

—No creo que la policía llegara a dispararles sólo porque no les gustara su vida social.

Aunque quizá no es sólo la policía lo que le preocupa a su marido, pensó Frances. ¿Tenemos algún militante político en la familia? ¿Algún terrorista? No, de ninguna manera. Tan sólo tenemos objetivos enfrentados.

—En cualquier caso, pronto volverá a casa, gracias a Dios —dijo Samira con aire piadoso.

Pasó sus piernas vaqueras por encima del reposabrazos de la butaca y dio

a entender que quería cambiar de tema. De repente, pareció como si hubiera bajado la intensidad de la luz dentro del círculo de sillas. Pero era mediodía y fuera el sol brillaba con rotundidad, y quizá Eric Parsons se dirigía en coche a alguna parte en ese mismo momento, cruzando el entramado hostil que era el plano de la ciudad bajo ese mismo sol, aunque él llevaba una franja difusa de color amarillo en el cielo artificial de su parabrisas. Y Andrew debía de estar inclinado sobre un plano de las obras, o caminando pesadamente entre el lodo, con la nuca expuesta al fulgor de mediodía. Frances se inclinó hacia Samira, murmuró una disculpa y encendió una pequeña lámpara de pantalla rosa que proyectó un suave haz de luz sobre la cara de la niña; su expresión decía: ¿He sido muy tonta? Frances ya había decidido qué le contaría a Andrew. Diplomas en la cocina, sí. Terroristas en Brighton, no. No tienes nada mejor que hacer, diría él. De brazos cruzados en casa, fantaseando con conspiraciones, tramando planes y añadiendo un poco de salsa a esa vida tan sosa.

—Pero no es tan malo —dijo Samira—. Me refiero a mi marido. Puede que esta vez me deje elegir a mí el nombre. Al fin y al cabo, tampoco tenemos tantos conflictos. No somos como Yasmin y su marido.

—¿Ellos sí tienen muchos?

Samira soltó una carcajada.

—Yo he oído la versión que ella me ha contado. Dice que a él le gusta demasiado divertirse y que eso la tiene preocupada. Pero yo creo que cuando él tiene ganas, siempre la encuentra rezando.

No se extendió más. Recogió a su hija y se puso el abaya para volver a subir a su apartamento.

—Venga a visitarme pronto —le dijo—. Quiero saber más cosas sobre su vida. Yasmin me ha contado que se casó con su marido de forma muy repentina, cuando estaban de viaje por África. Me pareció muy romántico. Quiero saber más cosas sobre eso.

Se aseguró de agarrar bien la mano de su hija y salieron muy pegadas la una a la otra, formando una especie de cadena femenina menguante: madre, hija, muñeca. Ante la puerta, Samira sacó una mano de la tela en la que se había envuelto y la extendió para tocar la mejilla de Frances.

—Querida Frances —dijo—. Le traeré un lápiz de labios.

Frances observó cómo se marchaba y luego, siguiendo un impulso, cogió las llaves de casa, cerró la puerta de su apartamento y fue tras Samira por la escalera. Ésta no la oyó, y continuó subiendo a toda prisa, siempre pegada a la pared. Parecía como si no tuviera derecho a salir de casa. Podrías envolver a una occidental en todas esas capas de ropa, pensó Frances, pero jamás lograrías que anduviera con ese aire de arrepentimiento, no conseguiría engañar a nadie. La manera de andar de las saudíes es única.

Cuando Frances llegó al rellano intermedio de la escalera, oyó cómo se cerraba la puerta del piso de Samira. Se detuvo un momento entre las dos puertas y se decidió a subir el medio tramo que le quedaba y abrir con llave la puerta que permitía salir a la azotea. De golpe, la luz de mediodía se apoderó de la abertura, y Frances cruzó ese resplandor silencioso y anodino. Ansiaba un mero instante de luz natural, un soplo de aire fresco. Sin embargo, no soplaba ni la más mínima brisa y el calor era abrasador. Y eso, pensó, que es invierno. Las paredes y azoteas de los bloques de apartamentos que veía a su alrededor brillaban como torres de agua. Divisó la silueta oscura del muro que, delineando el perímetro de la azotea, se elevaba hasta la cintura, así como los tendederos abandonados que cruzaban el aire. Tirantes entre los postes, parecía que temblaran y palpitaran con una especie de energía privada, como si fueran cables telegráficos.

DIARIO DE FRANCES SHORE

19 de rabi al-awal

Vaya si le gusta divertirse a Raji. Anoche, más o menos a las diez, mientras entrábamos en casa cargados con provisiones que habíamos comprado para la fiesta (cielo santo, ojalá no me hubiera comprometido) nos encontramos a Raji en el vestíbulo. Llegó detrás de nosotros, se apoyó en la pared y empezó a charlar sobre el mercado de valores, apoyado sobre una mano. Cree que tiene que hablar sobre ese tipo de cosas con Andrew porque piensa que le interesan los bonos y las acciones. Iba borracho como una cuba.

Cruzó el vestíbulo tambaleándose y llamó al timbre de su apartamento. Nosotros entramos en el nuestro y, al cabo de unos minutos, cuando ya estábamos guardando la compra, oímos cómo aceleraba y hacía chirriar los neumáticos. Había vuelto a salir.

Andrew me contó que debía de haber estado en casa del ministro, que es el mejor sitio de la ciudad para emborracharse. Supongo que si lo para la policía, tendrá las influencias necesarias para que no le ocurra nada.

Pero ¿qué dirá su esposa?, me pregunté.

Yasmin llamó a la puerta el día siguiente, más o menos a las doce y media. Me trajo un cuenco de caldo de pollo que desprendía un leve aroma a pimienta. Era un pretexto. En condiciones normales, la comida nos la traía Shams.

—Toma —me dijo—. Tienes que comer algo a mediodía, Frances. Sé lo ocupada que estás cocinando, por lo que he pensado que estaría bien traerte esto. —El rostro de Yasmin parecía magullado, hinchado, como si no hubiera dormido—. No puedo quedarme —añadió—. Raji me ha contado que os vio ayer por la noche.

—Así es —respondió Frances.

Yasmin balanceó el cuerpo de un pie al otro.

—Venía de la casa de su alteza el ministro.

—Lo supusimos.

Hizo una pausa antes de proseguir.

—Tuvo que quedarse hasta muy tarde en el trabajo. Creo que estaba realmente agotado cuando lo visteis.

—Es posible, sí —dijo Frances.

Yasmin asintió y se retiró a las sombras del vestíbulo.

—¿Estaba cantando? —preguntó, titubeando un poco.

—Nosotros no lo oímos.

—Ah, bien, bien. Nos vemos pronto. No trabajes demasiado.

—Yo no me preocuparía —señaló Frances—. Muchos hombres cantan cuando están cansados.

Volvió a entrar en la cocina y se puso a cortar hortalizas otra vez. Qué aburrimiento, se dijo a sí misma. Zanahorias en juliana con reflexiones amargas: es increíble cómo se estrecha la mente al viajar.

—¿Empezamos ya y así ganamos algo de ventaja? —preguntó Andrew, y acto seguido dejó la copa que había estado limpiando y abrió el frigorífico para sacar una garrafa de vino blanco. Copa en mano, Frances fue a echar un vistazo a la mesa que había preparado para nueve personas.

—Supongo que siempre hay algún hombre que se queda colgado en Yeda —dijo Andrew.

—Más que haberse quedado colgado, el problema de Pollard es que sobra. —Levantó la copa hacia la luz—. No está mal, al menos no es turbio.

Un poco dulce, pero supongo que se lo beberán.

—Me parece que Eric y Daphne son unos esnobs de las cosechas caseras.

—No me pongas más nerviosa. Con el miedo que me da que alguien acabe intoxicado...

—Todos llevan mucho tiempo viviendo aquí. Ya están inmunizados.

Él la siguió de vuelta a la cocina.

—¿Qué te parece lo de Yasmin? —preguntó ella—. ¿De verdad crees que es posible que no sepa que su marido bebe?

—Estoy seguro de que lo sabe.

—Entonces ¿por qué finge que no? ¿Por qué saca el tema?

—Esa mujer te toma el pelo.

Frances levantó la mirada hacia su marido con el cuchillo de mondar metido entre dos rodajas de limón. O sea, que a Andrew no le caía bien Yasmin. Le pareció ridículo. Yasmin sólo era real para Frances, en la vida de Andrew no era más que algo periférico. ¿Por qué tendría que caerle bien o mal?

—No sabría decirte por qué —intentó aclarar, sin éxito—, pero siempre he tenido esa sensación. De que no es lo que aparenta.

Los invitados llegaban tarde.

—Así la agonía será más corta —dijo Andrew.

Eran las ocho y media cuando por fin se presentaron los Zussman.

—Nos hemos encontrado con un control de carretera —gruñó Rickie, sin preámbulos.

Se pasó una mano por el pelo, castaño y esquilado. Era un tipo callado, observador, profesional, con gafas de montura metálica y una cara sombría y huesuda. Para la cena, había elegido una camisa de explorador y unos vaqueros. Carla llevaba puesto su habitual caftán de algodón, con un collar de cuentas de madera como única concesión festiva. Era una mujer diminuta, con unos rasgos marcadamente judíos, aunque de haberlo sido de verdad no le habrían permitido entrar en el Reino. Tengo que preguntárselo algún día, pensó Frances.

—¿Tenéis cerveza? —preguntó Rickie.

—Todavía no nos hemos animado a fermentar cerveza.

—Ya te pasaré mi receta. —Aceptó una copa de vino, se sacó algo del bolsillo con discreción y se lo ofreció a Andrew, que desenvolvió la página de deportes de la *Saudi Gazette* y vio que era una botella plana—. Media pinta de whisky escocés —dijo Rickie—. ¿Qué te parece?

—Sin duda contribuirá a animar la velada —aseguró Andrew abrumado.

—Guárdatelo —le pidió Rickie—. Carla y yo podemos conseguir más en cualquier momento. En la embajada. Además, nosotros preferimos el bourbon. Guárdatelo para ti y para Frannie.

—De acuerdo. Dárselo a Eric sería un desperdicio —dijo Andrew, y procedió a hacerlo desaparecer enseguida.

—¿Dónde estaba el control de carretera? —preguntó Frances.

—En la calle de Palestina.

—¿Y qué buscaban?

—¿Quién sabe? Problemas, con toda seguridad.

—¿Y dónde has escondido el whisky?

—Me lo he metido por el cuello del caftán —dijo Carla. No se atreverían jamás.

El siguiente en llegar fue Jeff Pollard.

—Mierda de registros de maleteros —exclamó en lugar de disculparse—. He salido a cambiar mis películas. —Dejó caer su maletín repleto de cintas de vídeo junto a la puerta.

El intercambio de películas era un negocio turbio, de legalidad dudosa, y confería un aire de clandestinidad disimulada incluso al más inocente de los cinéfilos. Jeff había elegido una corbata antigua, realmente horrible, y parecía incómodo.

—No deberías haberte molestado —dijo Frances— a vestirme para la ocasión.

Luego llegaron los Parsons; cordialmente resignados.

—No iban a por jauayís —dijo Daphne enseguida—. Nos han hecho señales para que pasáramos.

A continuación llegaron los Smallbone, que vivían a la vuelta de la esquina. Marion llegó andando por la canaleta del alcantarillado, y es que el estado de la acera no era compatible con sus zapatos de tacón alto. Llegó

vestida con su abaya, pero se lo quitó enseguida para revelar un vestido de tirantes que le permitía exhibir una espalda acribillada por los mosquitos. La fiesta ya había empezado.

Un día que estaba de un humor de perros, Andrew había dicho que siempre había que esperar lo peor, de manera que cualquier desenlace por encima de esas expectativas sería una sorpresa agradable. Pero ¿por qué seguimos sorprendiéndonos cuando esperamos lo peor y es lo peor lo que obtenemos? Frances estaba distraída preguntándose cuando reparó en una desagradable mancha negra dentro de la mantequilla de ajo fundida que había asado para las gambas. Eric Parsons estaba hablando sobre su péfida situación fiscal, y Russel lo iba animando con gruñidos y movimientos de cabeza.

—Por supuesto que me atrae el estilo de vida australiano —dijo Russel—. Estoy pensando en mudarme a Perth. Pero supongo que no será muy distinto, los comunistas están por todas partes.

Rickie Zussman rompió el silencio que había mantenido desde que había empezado la cena.

—No es que conozca mucho Australia occidental —reconoció—. Pero tengo la sensación de que se equivoca.

Frances empezó a recoger los platos. Marion hizo ademán de levantarse de la silla, pero Frances la detuvo:

—No, no, tranquila. —Marion la siguió hasta la cocina de todos modos—. Déjalo apilado como puedas, allí —le pidió Frances. Se fijó en la salsa de limón para la ternera y detectó otra mancha negra. Intentó pescarla y le echó un vistazo a las zanahorias. Se le habían pegado.

—¿Qué es esto? —preguntó Marion, examinando los platos que iban a servir.

—Me temo —dijo Frances— que esa mierda de Saudiflon se está desprendiendo de las sartenes.

Marion cogió una cuchara e intentó limpiar las hortalizas cocidas sacando la lengua entre los dientes.

—No lo conseguirás —aseguró Frances—. Podríamos pasarnos la noche entera.

—Échales más mantequilla por encima. Ni se enterarán.

—Con eso sólo conseguiré que suba flotando hasta la superficie.

—Bueno, no importa —dijo Marion—. Mientras tanto, les serviré la ensalada, ¿de acuerdo? No creo que el Saudiflon sepa a nada, de todos modos. Con un poco de suerte, creerán que no es más que pimienta negra.

Cuando volvieron a entrar en el comedor, Russel ya estaba fumando y ofreciéndole un cigarrillo a Daphne.

—No me importa que las mujeres fumen —explicó—, siempre y cuando no sea mi esposa.

Marion se sentó sin mirarlo y se quitó los zapatos debajo de la mesa.

—Enseguida te traigo un cenicero —indicó Frances.

Le parecía especialmente desagradable cómo el cuello de la camisa de Russell era incapaz de contener toda esa carne. Pensó: te consideras un filántropo por el hecho de haberte casado con ella y haberle dado dos hijos, ¿verdad? Don Corazón de Oro. Carla Zussman, desde el otro extremo de la mesa, le dedicó una sonrisa tensa, comprimida.

—Ah, Frances —dijo Eric Parsons—. Si ya has terminado de revolotear de un lado a otro, quería comentarte que me ha llegado una oportunidad de empleo que quizá te interese. Un viejo amigo mío se marcha del Reino, y su esposa solía encargarse del archivo de la empresa. Puedo darte su número de teléfono.

—No me apetece trabajar en un archivo —repuso Frances, apurando los últimos restos de cordialidad que le quedaban. Tengo mucho margen de mejora, pensó. Al fin y al cabo fui yo quien los invitó a cenar.

—Bueno, pero es una oportunidad —dijo Daphne Parsons, ladeando la cabeza de un modo seductor con su mejor sonrisa de madona venenosa. Con el cuchillo, se dedicó a raspar la superficie de un trozo de ternera que tenía en el plato.

—Yo no lo considero una oportunidad —señaló Frances.

—¿Es la policía lo que te preocupa?

—La verdad es que no. Si bien es cierto que, puestos a cometer un acto ilegal, preferiría que fuera algo más divertido.

—Pero ¿qué haces durante todo el día? No ves a nadie, ¿verdad?

—A mis vecinas.

—Vaya, ¿pasas el tiempo con la esposa de Raji? —Russel apagó el cigarrillo en el platillo que Frances le ofreció a modo de cenicero—. No me sorprendería que Raji intentara engañarte, Andrew. Ese tipo es un tramposo.

—Todos son unos tramposos —dijo Jeff con la boca llena. Alargó la mano hacia la garrafa y Andrew demostró sus dotes de anfitrión levantándose para rellenarla en cuanto se lo permitiera una pausa en la conversación—. Yo, en cambio, soy un cínico —añadió.

—¿De verdad? —preguntó Frances—. ¿Y orgulloso de serlo?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—Yo creo que ser cínico sólo significa tener una vida llena de decepciones. Y no creo que nadie pueda sentirse orgulloso de algo semejante.

La réplica resonó en el aire durante una breve pausa.

—Muy filosófico —opinó Russel al cabo de unos segundos—. Frances es muy inteligente, Daphne, considera que trabajar en una oficina sería rebajarse.

—Pues sí, la verdad es que sí —admitió Frances.

—Pues me temo que aquí no te ofrecerán nada mejor, lo siento —dijo Daphne con ligereza—. Te aburrirás como una ostra a medida que vayan pasando los meses.

—Sí, ya sé que lo decís por mi bien, pero es que no estoy hecha para trabajar de archivista.

Carla Zussman dejó el tenedor sobre el plato.

—Cielo —dijo con firmeza—, si no quieres el trabajo, no lo aceptes.

Sonó el timbre de la puerta. Salvada, pensó Frances.

—Voy a abrir.

En una fiesta puedes ser grosera hasta cierto punto, pensó Frances. Pero si te pasas, das lástima.

Yasmin también tenía invitados a cenar, aunque para ella no era algo tan excepcional. A Frances le había sobrado mucha ensalada, por lo que le había dado una fuente entera a ella y otra a Samira. Zarzaparrilla le había abierto la puerta tan a punto de derramar una lágrima que acabó cayéndole sobre la vinagreta.

A cambio, Yasmin le había llevado un postre: una especie de crema pálida espolvoreada con nueces picadas. Frances lo probó.

Andrew entró en la cocina tras ella.

—¿Piensas servirlo? No parece muy apetecible que digamos.

—Sabe bien. —Le ofreció un poco a su marido, apenas el borde de la cuchara, pero él se apartó para evitarla.

—Intenta ser un poco más simpática —le pidió Andrew—. Por cierto, ¿qué son esas cositas negras que hay en todos los platos?

—Se ha desprendido de las sartenes.

—No me digas..., ¿de verdad? ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta?

—Ah, porque soy una incompetente —dijo ella con serenidad mientras se agachaba para sacar un tarro de nata del frigorífico—. No serviría ni para trabajar como archivista.

Volvió a entrar en el comedor abrazándose mentalmente, susurrándose palabras de consuelo. Se han bebido el vino, ¿no? Y se han comido la ternera; casi toda, al menos. No han hecho ningún comentario al respecto, ¿esto no será Saudiflon, por casualidad?, ni nada por el estilo. Seguro que no lo han visto. Aunque también es posible que no hayan dicho nada por cortesía. ¿Cortesía? ¿Pollard? ¿Russel Smallbone? Ni siquiera se han fijado en la comida, eso es lo que ha pasado. Estaban demasiado ocupados presumiendo de las vacaciones que tienen previsto hacer el año que viene y de lo mucho que han subido sus fondos de inversión. Se sentó de nuevo. Los Zussman eran los únicos que no se pavoneaban. Se habían servido ensalada de las fuentes, cortaban la lechuga en pedazos diminutos y devoraban todas las hojas, hasta el más mínimo resto, con una energía concentrada. Era como si acabaran de recordarles que un niño hambriento en África estaría encantado de poder apurar su plato. Rickie alargó el brazo hacia la fuente de ensalada para servirse un poco más y el vello de su brazo arremangado formó una cresta rizada a la luz de las velas.

—¿Habéis oído lo de la embajada de Filipinas? —dijo Daphne—. Al parecer se han encerrado un montón de chicas del servicio que han huido de hogares saudíes, y el personal de la embajada se niega a repatriarlas a menos que paguen un soborno. Al parecer, son centenares. Incluso han acampado en el jardín.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Andrew con interés—. ¿Las ha visto alguien?

—Bueno, lo sé de buena tinta —aseguró la señora Parsons—. Me lo ha dicho alguien del comité, del Grupo de Esposas Británicas.

—Centenares me parece una exageración —señaló Carla—. Aunque nunca se sabe en esta ciudad.

—¿Y las enfermeras filipinas? —dijo Marion—. ¿Has oído lo de las enfermeras, Fran?

—Creo que no.

—Creía que lo sabía todo el mundo.

—¿Y quién quieres que se lo cuente a Frances? ¿Sus vecinas? —preguntó Russel—. Piensa un poco, Marion.

—Eran dos, y estaban con dos hombres, dos libaneses. Los paró la policía y les pidió la documentación. Y bueno, no estaban casados, claro.

—Si lo cuentas, al menos cuéntalo bien, Marion —la regañó Russel—. El caso es que las dos parejas paseaban por el Mercado Internacional de Yeda. La policía los paró y los hizo subir a la parte trasera de una camioneta.

—Yo he oído decir que soltaron a los hombres —dijo Eric Parsons— y sólo hicieron entrar a las chicas.

—Sí, tienes razón, toda la razón. Pero lo que sucedió en realidad, según mis fuentes, es que primero hicieron subir también a los dos libaneses y luego los dejaron tirados en alguna parte...

—Cerca del zoco —añadió Daphne.

—Y al día siguiente —prosiguió Russel—, las encontraron muertas en el aparcamiento que hay en la azotea del supermercado Sarawat. Y, por supuesto, las habían violado.

Una breve pausa. Frances recorrió la mesa con la mirada. Los Zussman por fin habían dejado de comer. Había un fragmento especialmente grande de Saudiflon, como un signo de exclamación, en el centro del plato de Daphne.

—Qué extraño —opinó Andrew—. No sabía que hubiera un aparcamiento en la azotea del Sarawat.

—Me parece —dijo Carla— que ocurrió en el Sarawat de Riad.

—Ah, bueno, eso ya no lo sé —apuntó Russel—. Lo que sí he oído es que

han atrapado a los cinco policías involucrados.

—Sí, yo también lo he oído —señaló Daphne—. Y a uno de ellos lo ejecutaron ayer.

—¿Y qué hay de la madre y la hija del zoco? —preguntó Frances—. Las australianas a las que violaron. ¿Han ejecutado a alguien por eso?

—Que yo sepa, no les ha pasado nada —respondió Jeff—. La policía ni siquiera lo investigó. Es que si se paseaban por el zoco en pantalones cortos lo estaban pidiendo a gritos, ¿no?

—Sí, tienes razón —convino Russel—. ¿Qué les costaba tener más cuidado? Marion siempre tiene cuidado. Es que para eso están las normas, ¿no? De lo contrario, acabaríamos viendo mujeres en biquini paseando por el zoco.

—No veo por qué —dijo Frances—. En el Reino Unido no hay restricciones de esa clase y, aun así, la gente no sale a pasear por Regent Street en biquini.

—Da igual la ropa que llevaran —afirmó Carla Zussman—. No estaban pidiendo nada a gritos. —Andrew se inclinó hacia ella con el vino, pero ella tapó la copa con la mano—. Gracias, ya he bebido suficiente. De todos modos, tengo que decir que he oído tantas versiones de esa misma historia que ya no sé qué creer.

—A mí me da miedo —indicó Marion.

—Mira —le dijo Russel—, tú obedeces las normas y no te ocurrirá nada malo. Respétate a ti misma y serás respetada, así es como yo lo veo. Las mujeres podéis soltar todas las tonterías que queráis sobre la liberación femenina, pero, como cabeza de familia, este lugar me parece un lugar mucho más adecuado para mi esposa y mis hijos que cualquier parte de África. Seguro que no habéis oído nada sobre atracos a mano armada, ¿verdad? No. Porque saben a qué se exponen.

—Claro que no se oye nada sobre atracos a mano armada —espetó Frances—, pero eso no significa que no los haya.

—Oyes lo que te interesa oír —intervino Carla—. Piensas lo que quieren que pienses. ¿Todavía no te has dado cuenta, Russel?

—En fin —dijo Andrew—, ¿a alguien le apetece un poco más de vino?

Frances, creo que ya podríamos servir el pudín.

Se reunieron en la cocina.

—Saca una Perrier para Carla —pidió Andrew—. Oye, Frances, tómatelo con calma, ¿vale? No te metas tanto con Russel.

—Carla tiene razón —dijo ella, tirando los restos a la basura—. ¿Cómo puedes saber lo que ocurre en realidad? —Mientras pensaba en la respuesta a su propia pregunta, cogió un bote de insecticida del armario que había bajo el fregadero y roció el suelo que rodeaba el cubo de la basura—. No se puede viajar por el Reino. No puedes ir a ver con tus propios ojos lo que está ocurriendo. Supongo que ni siquiera puedes ir a la embajada de Filipinas para contar las criadas que han acampado allí.

—En parte, tienes que fiarte de lo que se dice, sí —declaró Andrew.

Frances se lavó las manos y se las secó.

—Toma, lleva esto a la mesa. Yo traeré el pudín de Yasmin, por si a alguien le apetece probarlo.

Andrew dejó sobre la mesa una tarta glaseada y decorada con unas diminutas fresas de invernadero y una jarrita llena con una crema amarillenta y espesa.

—Oh, parece delicioso —exclamó Marion con genuino anhelo—. Pero no me lo puedo permitir.

—Marion tiene que cuidar su figura —explicó Russel.

—¡Y quién no! —dijo Daphne desenvuelta.

—No, Frances, cielo. Para mí no. Aunque parece buenísimo, te lo aseguro.

—¿Ahí también hay cosas negras? —preguntó Jeff, examinando el postre.

—¿Alguien prefiere probar esto? —ofreció Frances, señalando el postre de Yasmin.

—¿Qué es? —preguntó Rickie Zussman.

—No lo sé, pero he probado una cucharada en la cocina y sabe bien. Lo ha hecho mi vecina.

—No, gracias —dijo Rickie—. Carla y yo nunca tomamos postre —añadió, con un exceso de cortesía—. Aunque estoy seguro de que es delicioso.

Jeff cogió la cuchara de servir e hizo una pequeña incursión en el plato. Un trozo de coco y una mota de pistacho asomaron por la superficie acompañados

de un delicado aroma de agua de rosas.

—Parece que lo hayan regurgitado. No me atrevería a tocar comida pakistaní por nada del mundo. Paso.

—Yo también paso. Sírveme un trozo de la cosa esa de fresa, ¿quieres, cielo? —dijo Russel—. Andrew, tú sí que sabes. Te has casado con una buena cocinera, ¿eh?

—Y encima filósofa —añadió Frances levantándose de la mesa—. Disculpadme. —Cuando se dio la vuelta, se golpeó la cadera con la esquina de la mesa y a Eric se le derramó el vino—. Enseguida te traigo un trapo —le dijo al ver que la fulminaba con la mirada.

—No es nada —respondió Eric sin convicción, intentando absorber el líquido con la servilleta blanca. El vino tinto, elaborado con zumo de cereza, era oscuro e intenso y ya habían vaciado unas cuantas botellas.

En la cocina, Frances oyó el golpeteo de las sandalias de Carla corriendo por el pasillo para reunirse con ella. Se dio la vuelta para mirarla, ruborizada, furiosa y luchando para no derramar las lágrimas defensivas que se acumulaban en sus ojos.

—¡Menudo fracaso! —exclamó—. Es un verdadero desastre.

Se hurgó los bolsillos buscando un pañuelo. Carla arrancó una hoja de papel de cocina, se la ofreció a Frances y ésta se sonó la nariz.

Los brazos de gorrión de Carla le envolvieron el cuello.

—Pero ¿qué dices? ¿Dónde ves el desastre? Tu vida no depende de los invitados a una cena en Yeda. Mira, están aquí porque eres agradecida, eso es todo. Les sirves comida y listos, no estás obligada a nada más. Si les apetece enfadarse y contar historias de miedo, déjalos.

—Ay, Carla..., vuelve a la mesa, por favor —pidió Frances, secándose las lágrimas de la cara, enrojecida por completo—. Que sigan hablando. Y si Pollard dice algo más sobre mi vecina, estréllale una copa en la cabeza, ¿quieres?

—Sí —dijo Carla. Lucía una mata de pelo oscura, y la tenía encrespada como el pelaje de un terrier—. Lo dejaré marcado de por vida —añadió.

Frances preparó el café. Cuando entró en el comedor con la bandeja, Russel se había cambiado de sitio y se había sentado en su silla. Había hecho

aparecer una hoja de papel y estaba dibujando un gráfico para demostrarle a Jeff que los inversores más perspicaces últimamente se decantaban por el níquel. Al ver que no tenía alternativa, se sentó junto a Daphne y empezó a repartir las tazas. Su nueva vecina de mesa se inclinó hacia ella.

—Espero que no estés cometiendo un error con lo de ese empleo.

—No, no lo creo. ¿Todos queréis café?

—Carla y yo solemos tomar una infusión —dijo Rickie.

—Adelante, sirve el café —se impuso Carla.

—De acuerdo —accedió Rickie en tono amistoso—. Sólo era información, ¿sabes? No pretendía sugerir nada.

—Voy pasando las tazas, ¿de acuerdo? —dijo Daphne, aunque enseguida recuperó el tono confidencial anterior—. Dime, Frances, ¿cuánto tiempo lleváis casados?

—Cinco años.

—Bien.

Frances sintió un arrebató de animadversión hacia esa mujer, y en su mente apareció un torrente de frases que se vio obligada a reprimir, aunque le dejaron un mal sabor de boca. ¿Cinco años le parecía bien? ¿Qué habría pensado si hubiera respondido quince? ¿Todavía mejor? ¿O entonces le parecería mal?

—O sea, que ya debéis de estar pensando en formar una familia, ¿no?

—Pues no.

—Si lo vais dejando para más adelante, llegará un momento en el que será demasiado tarde, ¿sabes?

Notó que la señora Parsons la inspeccionaba de pies a cabeza; sin lugar a dudas, pensando que debía de tener algún pequeño problema. Tal vez esa discreción natural a la que siempre se refería le impediría comentar nada más al respecto.

—Creo que te has olvidado del azúcar, Frances, cielo.

—¿Alguien lo toma con azúcar?

—Yo —contestó Russel.

Andrew ya se estaba levantando cuando Frances lo frenó.

—Iré yo —dijo.

En la cocina, aprovechó para enjuagar unas cuantas copas. Pronto terminará este suplicio, se dijo a sí misma. Es una lástima que esto me haya robado dos semanas de vida.

Cuando volvió a la mesa, el tema de conversación ya había cambiado.

—He visto que han instalado una trampa antitanques frente a la embajada de Estados Unidos —comentaba Jeff.

—Supongo que es un objetivo potencial perenne —opinó Eric Parsons.

—¿Para quién? —preguntó Frances, pasándole el azucarero a Russel.

—Para cualquiera, en realidad. Hay mucha gente contraria a la influencia que tiene aquí Estados Unidos. Incluso entre los miembros de la familia real.

—Los periódicos siempre se quejan de nosotros —dijo Carla—, pero sólo es de cara a la galería. Al fin y al cabo, necesitan nuestras armas.

—Lo hacen para tener contentos a los fundamentalistas —aseguró Rickie—. No es más que..., llámalo como quieras. Retórica.

—Yo no diría que sea para contentarlos —discrepó Carla—. No exactamente. Sin embargo, Frances, los saudíes intentan ocultar lo que ocurre en esta parte del mundo. Ya son ricos, muchas gracias por todo. ¿Para qué quieren la revolución islámica? Pero necesitan guardar las apariencias.

—De manera que los saudíes ofrecen su dinero —señaló Rickie— mientras otros árabes ofrecen su sangre.

—Mi vecina me contó..., mi vecina saudí, quiero decir..., que cuando se abrieron las primeras facultades femeninas hubo disturbios.

—Hubo disturbios cuando introdujeron la televisión —dijo Jeff—. Y encabezados por el sobrino del rey. Las fuerzas de seguridad lo abatieron a tiros.

—De vez en cuando tantean la situación —explicó la señora Parsons—. A algunos les gustaría que esto fuera como Irán.

—Se recortan los zaubes y se dejan crecer la barba —dijo Carla—. Y lo convierten en una yihad, en una guerra santa. Son mártires. Si mueres luchando, vas directo al cielo.

—Creí que eso no ocurriría. Aquí no, al menos.

—El Reino estuvo a punto de irse al garete en 1979 —informó Parsons—. No hay que olvidar que esos maníacos tomaron el control de la gran mezquita

de La Meca. Vete a saber cuántos asesinatos cometieron. Fue necesaria una verdadera operación militar para arrebatársela. Decían que no querían fútbol, ni videojuegos. Ni a mujeres trabajando.

—Tampoco querían a la familia real saudí —añadió Rickie.

—En realidad, se trataba de eso. Querían destronar a la casa de Saud. Esa misma semana, los chiitas se alzaron en rebelión en la provincia Oriental. Hubo saqueos y ardieron autobuses. Lo más curioso es que por aquel entonces no teníamos ni idea de lo que ocurría. La censura informativa fue total. Sin embargo, fueron demasiado al límite, en mi opinión.

—Hay dos cuerpos militares diferenciados: el ejército y la guardia nacional —dijo Rickie—. De modo que si uno decide emprender algo por su cuenta, quizá el rey podrá confiar en el otro. Y obedecen las órdenes de dos príncipes distintos, por supuesto.

—¿El rey no confía en sus parientes?

—La historia reciente —dijo Carla— le da motivos para no hacerlo.

—La verdad, no sabía nada sobre todo esto.

—Nadie se entera de nada antes de llegar —apuntó Daphne.

Carla levantó la mirada.

—Supongo que el Departamento de Estado lo sabe. Y el Ministerio de Asuntos Exteriores británico. No es que sean cuestiones secretas. Simplemente no hablamos sobre ello.

—¿Y por qué no? —preguntó Frances—. ¿Lo dices en serio que la situación no es estable? ¿Que no estamos seguros? ¿Ocurren cosas mucho peores que las violaciones del zoco?

Se hizo el silencio. Los comensales bajaron la cabeza como si se avergonzaran de sí mismos. Como si hubieran acosado a alguien para que contara algo y de repente se hubieran dado cuenta de que se habían excedido.

—Bueno, ya sabemos que esto no durará siempre, ¿no? —dijo Eric Parsons, al fin, con ese tono de voz sensato, razonable y conciliador del que Andrew ya había aprendido a desconfiar—. Hemos venido a hacer nuestro trabajo, a cobrar una buena suma y a marcharnos, nada más. Sólo nos queda esperar que la situación siga estable mientras estemos aquí.

—Voy a preparar más café.

Al pasar junto a Andrew, le puso una mano sobre el hombro, apenas un momento. Estaba un poco mareada. Al salir del comedor, la voz de Jeff llegó hasta sus oídos flotando por el aire.

—Supongo que ya sabéis lo que hace la casa de Saud con los disidentes, ¿no? Los montan en un avión, sobrevuelan el Cuartel Vacío, los esposan y los dejan caer sin paracaídas.

—Sí, ya lo había oído —respondió Carla—. Aunque no entiendo por qué los esposan.

En esa ocasión fue Marion quien la siguió hasta la cocina. Estaba claro que se estaba aburriendo como una ostra con aquella conversación sobre política. Tenía un aspecto soñoliento y malhumorado, más propio de sus hijos.

—He cenado muy bien, Fran —le dijo.

Se quedó de pie junto al fregadero, refrescándose los pies descalzos con las losetas de linóleo y picoteando la tarta de fresa; había sobrado más de la mitad.

—Toma. —Frances le cortó un pedazo—. Cómetela ahora que no puede verte.

—Siempre está igual —dijo Marion—. Está obsesionado con mi peso. ¿Queda un poco de crema? —preguntó, lamiéndose los dedos—. Por cierto, quería preguntarte una cosa. ¿Qué haremos por Navidad?

—Oh, no, Navidad —gimió Frances—. ¿Qué ocurre por Navidad? ¿Podremos celebrarla?

—Los hombres tienen un día libre, aunque de forma extraoficial, por supuesto. Propongo que nos reunamos en nuestro complejo y celebremos una cena de Navidad. Podrías venir por la mañana y así me ayudas a cocinar. A Carla y a Rickie tal vez les apetezca venir. La Navidad es siempre muy triste sin hijos.

—Seguro que nos sentiremos mejor compartiendo los vuestros.

—Oh, no me refería a ti, Fran —dijo Marion con la boca llena de tarta de fresa—. Supongo que tú los acabarás teniendo, ¿no? Lo decía por Carla, que va de liberal, sabes lo que quiero decir, ¿no? Seguramente porque no es muy atractiva.

—Deberías ponerte algo en esas picaduras —le sugirió Frances.

—Oh, ¿se ven mucho? —Marion lamió la cuchara. Ni siquiera se molestaría en intentarlo; se sentía glamurosa de todos modos, y eso ya era media batalla ganada.

—Entonces ¿te parece bien? ¿Vendréis?

—¿Jeff también estará?

—Oh, Jeff siempre viene a casa por Navidad.

—Bueno, pues entonces tendrás que prometerme que si empieza a hablar de «sucios moros», «pakis» y todas esas cosas, tú también te levantarás y te marcharás, igual que yo. Porque no lo soporto.

—Es un poco racista, sí —concedió Marion en tono cariñoso.

—¿Me lo prometes?

—De acuerdo —dijo Marion sin mucha convicción—. Ya llevo yo el café, ¿vale?

Andrew se las había arreglado para arrancarlos de la mesa e instalarlos en los sillones que previamente Frances había dispuesto en una especie de círculo. Las velas ya se habían consumido, y Jeff consiguió que Andrew sacara una de sus botellas de vino tinto y la pusiera en el suelo, junto a su sillón.

—Éste no está nada mal —dijo—. Le has cogido el tranquillo.

Rickie Zussman ocupaba un extremo del sofá, abstraído del todo, con los ojos clavados en la pared del fondo, con la mano de su esposa sobre la suya.

Ninguno de los norteamericanos siguió participando en la conversación, pero Eric y Jeff insistieron durante un rato en el tema de los inmigrantes en el Reino Unido.

—Hay que asumirlo —indicó Jeff—. Tienen costumbres distintas, valores distintos, y también viven de una manera distinta.

—Por cierto —dijo Russel—, ¿habéis visto alguna vez a los del apartamento vacío?

—La dama oscura —señaló Daphne.

Jeff intentó sofocar una carcajada.

—Vete a saber lo que hay debajo de ese velo.

—No, nunca hemos visto a nadie —afirmó Andrew—. A Frances le pareció oír pasos una vez, pero no estaba segura.

—Es del sobrino del viceministro, ¿no? —preguntó Marion.

—Creí que era el hermano. —Andrew se volvió hacia Parsons—. Eric, ¿no me dijiste que era su hermano?

—¿Eso dije? Pues supongo que sí.

—Yo creía que era el sobrino —dijo Jeff—. Es un tipo asqueroso. Lo reconocerías enseguida si lo vieras por el ministerio, Andrew.

Éste sonrió.

—No lo creo, Jeff. Todos esos tíos de color que van vestidos de blanco me parecen iguales, yo no soy capaz de distinguirlos. Y todos con ese mantel en la cabeza. Me parecen todos raros, me dan asco. Y su comida también da asco. Se comen las cabras, ¿sabes? Horrible. Oye, ¿tendrás suficiente con esa botella que hay ahí? ¿Quieres que abra otra?

Vamos, no tardarán en largarse, pensó Frances. Cerró los ojos y vio esqueletos de huesos blancos, impecables, reticulados sobre el amplio suelo desértico. Andrew la tocó y ella reaccionó con un respingo.

—No estaba durmiendo —se excusó.

—Sí que dormías.

Eran las dos cuando, por fin, se marcharon a sus casas. Mientras abría la verja, les hizo señas con la mano para que no hicieran mucho ruido. Las calles estaban vacías y el aire nocturno era apacible. Se quedaron un momento a la sombra del muro, abrazados, y luego volvieron a entrar en Hastaquí, cerrando las puertas con llave tras ellos. Una vez dentro, vieron que las cucarachas habían formado una procesión por el salón hasta el cubo de la basura de la cocina. Andrew fue a buscar el insecticida.

—Las recogeré con la escoba mañana por la mañana —dijo, y a continuación posó un pie sobre la más grande para aplastarla contra las baldosas.

—Oh, Dios —exclamó Frances. El resultado fue horrible, desproporcionado. Sangre, detritos, patas amputadas. Una verdadera matanza.

—Las otras se la comerán —aseguró Andrew.

—Tendré que enjuagar los platos. También hay hormigas.

Andrew la agarró por los hombros, la atrajo hacia él y le pasó una mano por los pechos.

—Mañana —dijo él—. Ven a la cama.

—No podrás hacer nada —apuntó ella—. Estás demasiado borracho.

—Puedo intentarlo. ¿O es que esta noche odias a todos los hombres? ¿Es eso? No me extrañaría nada.

Por encima del hombro de su marido, Frances vio las cazuelas apiladas en el fregadero, la bandeja llena de copas pegajosas, el platillo rebosante de colillas de Russel y las servilletas manchadas amontonadas sobre el escurridero. Apoyó la cabeza en el pecho de Andrew.

—No —dijo—. A ti no.

Rabi al-thani

DIARIO DE FRANCES SHORE

1 de rabi al-thani

A veces me despierto y me digo: espero que nadie me amargue el día. A veces, el aire parece tan denso que cuesta respirar.

Desde aquella cena, simplemente hemos seguido viviendo, sin más. Yo cocino y hacemos la compra juntos. Los fines de semana dormimos hasta tarde y vemos alguna película. Cuando estoy de buen humor, pienso en el dinero que estamos acumulando en el banco. Ahora las tiendas están llenas de «árboles de temporada». En las embajadas se cantan villancicos durante lo que llaman «encuentros familiares». Está prohibido mencionar la palabra *Navidad*, pero no hay nada capaz de impedir que la buena nueva llegue a todos los hombres.

Andrew me acusa de falta de tacto. Me dice que cree que hago demasiadas preguntas, que he olvidado lo que nos dijeron cuando llegamos a Hastaquí: que tuviéramos cuidado. Según él, deberían prohibirme salir al vestíbulo si no voy acompañada por un casco azul de la ONU.

Mis vecinas afirman que si las mujeres llevan velo no es porque las menosprecien, sino porque las veneran. Que se cubren la cara y el cuerpo por el respeto que se tienen a sí mismas, y que los hombres no las miran para demostrar que ellos también las respetan. En principio, esto es plausible, pero no por ello deja de molestarme. Me fallaba algo, y ahora ya sé qué es: que yo no me lo creo.

Todo va bien durante dos semanas seguidas. Pero, de repente, una palabra, un acontecimiento, un incidente trivial desencadena una furia descontrolada. No me pongo a gritar, claro, pero a veces lloro un poco, en privado, sabiendo que si pudiera llorar de verdad, chillando, sollozando y soltando lagrimones, no me levantaría por las mañanas con la cabeza tan pesada. Ojalá pudiera arrancar el tejado y dejar que entrara un poco de luz en el piso. Ojalá pudiera correr por la calle atizando a la gente, absolutamente desbocada. Ojalá pudiera acercarme a alguna mujer con velo, arrancárselo de la cara y rasgarlo frente a sus ojos.

Sé que no estaría bien. Pero me gustaría hacerlo.

Andrew dice que esa sensación de pesadez en la cabeza es un problema de los senos nasales. Dice que es culpa del aire acondicionado.

MEMORÁNDUM CONFIDENCIAL

DE: Director, Turadup, William & Schaper, Reino de Arabia Saudí

PARA: Todo el personal expatriado

FECHA: 2 de rabi al-thani / 24 de diciembre

Fuentes de lo más fiables nos han advertido de que la policía realizará controles severos durante las «fiestas», que han adquirido equipos para analizar el grado de alcoholemia y que se esperan controles en las carreteras. Todo parece apuntar hacia una operación de acoso para dificultar las celebraciones de los expatriados. Por consiguiente, deben tener en cuenta que Turadup no podrá ayudarles si los sorprenden bajo la influencia de alguna sustancia.

Aprovecho la ocasión para felicitarles las fiestas y desearles un feliz y próspero Año Nuevo.

Cuando Frances cruzó el vestíbulo y llamó al timbre de Yasmin, le abrió la puerta un sari enorme de color amarillo. La madre de Raji la recibió en silencio, con una mirada de desprecio. No hablaba inglés, o al menos en ese momento no lo demostró. Se limitó a cruzar los brazos sobre ese pecho de matrona que parecía aplastado bajo tantas capas y pliegues superpuestos de tela amarilla. Tenía los cachetes caídos y los ojos, furibundos. Su cuerpo era lento, deliberado, paquidérmico. Si hubiera soltado un bramido, no me habría extrañado nada. Tenía una sombra de vello en el labio superior y llevaba los brazos desnudos hasta el codo, listos para entrar en combate.

—Ya la llamaré más tarde —dijo Frances.

Pero lo que sucedió más tarde fue que alguien llamó a la puerta y Yasmin entró en su casa como un rayo, con la nariz enrojecida y un pañuelo de encaje arrugado en la mano.

—Ay, es que me matará, me matará —dijo—. Esa mujer ha invitado a cenar a treinta personas mañana. Y, encima, todo le parece mal. Todo. Dice que Selim está raquíico.

—Pues a mí no me lo parece —replicó Frances.

—Dice que no le doy de comer. Le tapa la nariz para obligarlo a abrir la boca y así puede meterle más comida. Por favor, Frances, dime que conoces a alguien capaz de ayudarme. Tiene que haber algún fármaco para que engorde, ¿no?

—No creo que sea una buena idea, la verdad.

—Es que controla todo lo que hago. Y Shams está enfadada porque la ha echado de su habitación.

—¿Y dónde duerme Shams?

—Bueno, pues en el suelo del comedor, claro.

—Pero vuestros invitados no suelen marcharse hasta las tres de la madrugada.

Yasmin se encogió de hombros, furiosa.

—La que se lleva la peor parte soy yo, te lo aseguro. Según esa mujer, lo hago todo mal en la vida. Todo.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—¿Cómo puedo saberlo? Raji dice que también es mi madre, si así lo decide. De verdad, Frances, está cegada con él, no es capaz de verle ni un defecto...

—Esperamos no molestaros con nuestras canciones.

Yasmin se la quedó mirando fijamente y juntó las palmas de las manos, entre las que quedó oculto el pañuelo.

—Te he interrumpido —dijo bajando la mirada—. Había olvidado que es Nochebuena.

—Mándame a Shams mañana por la noche. Le daré un pudín para vosotros.

—Frances —dijo Yasmin en voz baja, con la vista clavada en el suelo—, no entiendo por qué tengo que vivir humillada.

—Pero ellos no, ¿verdad? —preguntó Jeff Pollard—. No pudieron, ¿verdad? No consiguieron arruinarnos la Navidad.

Ese día, el 3 de rabi al-thani, era festivo. Marion estaba sentada con dejadez al otro extremo de la mesa.

—Echo de menos a la reina —declaró.

Carla levantó la mirada.

—¿Perdona?

—El discurso que hace siempre por Navidad —dijo Marion con un sonoro suspiro—. Alguien debería controlar a los chicos en la piscina.

Alguien. Que no sea yo. Marion se frotó la frente con una mano sudorosa y manchada con salsa de carne.

—Ha sobrado un montón de comida.

—Dásela al portero —propuso Russel, recostándose en su silla—. Para que pueda invitar a sus amigotes.

—¿Le gustarán las coles de Bruselas frías? —preguntó Frances.

—A ése le gusta todo.

—Cebollas y arroz, sólo come eso —indicó Marion—. Está ahorrando para regresar a la India.

Eran las cuatro de la tarde. Los niños ya habían abierto los regalos y estaban fuera, intentando ahogarse entre sí en la piscina. La Navidad es igual en todas partes, pensó Marion. Pero allí hacía calor, mucho calor, y lo que bebían era repugnante, te dejaba el estómago revuelto. Y había puesto mucho empeño ese año; le había costado horrores encontrar oropel, y las buenas patatas para asar escaseaban. En el árbol de plástico ya se había acumulado el polvo. Antes de volver a guardarlo, pensó vagamente, podría meterlo bajo la ducha.

—Durante el ramadán —dijo Jeff— nos amargan la vida. Se aseguran de que sufrimos sus celebraciones.

—Es su país —apuntó Frances, sin esperanzas de convencerlo.

—De verdad que no te entiendo —replicó Jeff. Apoyó un codo sobre la mesa y jugueteó con su emblema de Credit Suisse. Una guirnalda púrpura se había desprendido en parte del techo y se balanceaba ligeramente sobre su cabeza—. Primero los atacas, luego los defiendes.

—Mira, yo no tengo teorías al respecto, me limito a considerar cada caso a medida que surgen.

—Pero no te creas nada de lo que dicen —siguió Jeff—. Además, recuerda que estás tratando con *moros*.

Frances se levantó de su asiento, se limpió los labios con la servilleta y se quitó el sombrero de papel.

—Disculpadme —dijo.

No quería montar una escena, pero pensaba mantener su promesa. Dejó caer la servilleta sobre su silla y miró hacia el otro extremo de la mesa, hacia Marion, que le respondió con una expresión alelada. Frances salió del comedor y se quedó en el pasillo, intentando no escuchar la conversación y preguntándose si Marion cumpliría su promesa. Pero no la siguió nadie. Ni Marion, para unirse a su protesta, ni Jeff, para disculparse. Ni siquiera su marido, para convencerla de que volviera a la mesa y darle la oportunidad de expresar sus objeciones.

Al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que estaba esperando en vano. No se habían dado cuenta de que se había marchado como forma de protesta. Tan sólo habían pensado que tenía que ir al baño. Volvió a entrar, se sentó a la mesa y volvió a ponerse el sombrero de papel.

Media hora más tarde, mientras las mujeres recogían la mesa, llegaron los Parsons. Estaban haciendo una ronda por todas las fiestas del personal de Turadup con la intención de mitigar esa imagen insensible que había transmitido la circular que Eric se había visto obligado a mandar. Para poder beber sin problemas, Eric había requerido los servicios de Hasan.

—¡Hola a todos, felices fiestas! —gritó Eric mientras entraba por la puerta, dejando un rastro de huellas polvorientas sobre la alfombra.

Hasan se quedó sentado afuera, con la puerta del coche entreabierta y los pies en el suelo, protegidos por unas sandalias. Hablaba en un árabe simplificado con el portero y espantaba las moscas a manotazos.

—¿Y bien? —preguntó Russel—. Te han retenido, ¿no?

—Había un control de carretera en la calle del rey Khalid.

—Ah, sí. ¿Han hecho soplar a Hasan?

—De hecho, sólo nos han pedido la documentación. Cuando nos han visto, enseguida nos han hecho señas para que pasáramos.

Russel soltó un gruñido.

—Entonces es que deben de buscar a alguien, ¿no? No se fijan en si la gente empina el codo. No sé por qué te pones de tan mala leche, Eric. Dios, cuando pienso en lo que hemos llegado a hacer... Los festivales del vino, las competiciones, ya sabes..., las que celebrábamos en casa de uno u otro, Andrew, todo muy bien organizado, con trajes de noche... Se apuntaba hasta el embajador. Recuerdo que los Arnott vinieron en una ocasión, cuando consiguieron sobornar a los saudíes para que los dejaran salir.

—Sí —dijo Eric Parsons, con un tono más brusco de lo habitual—. Pero esos tiempos ya son agua pasada.

Daphne se tendió en el sofá con la elegancia que exigía su vestido de seda, y se dedicó a diseccionar un pastel de carne con un tenedor, examinando con detenimiento el más mínimo bocado antes de metérselo en la boca.

—¿Lo has hecho tú, Frances, querida? —preguntó, y luego se dirigió a

Marion, que andaba cargada con un montón de platos sucios—. ¿No tenéis lavavajillas?

Los Shore volvieron a casa andando. Era el mejor momento del día para estar al aire libre: el cielo teñido de oro y de un rosa polvoriento, las luces incipientes en las calles al atardecer, el crepitar de los altavoces de la mezquita y el lamento amplificado del almuédano. Los fines de semana, los coches colapsan La Cornisa porque media ciudad sale a contemplar el ocaso, que en ocasiones transcurre a una velocidad asombrosa. Tierra adentro, oscurece todavía más deprisa, porque el sol se pone tras las torres de hormigón. La noche se cierne sobre la ciudad como si la oscuridad fuera la ambientación natural.

—¿Te acuerdas de aquel jardín? —preguntó Frances. Andrew caminaba por el bordillo elevado de la acera, como si intentara demostrar que iba sobrio. Ella andaba por la calzada, un palmo por debajo, sin despegarse de él —. ¿El que te mostré cuando fuimos a hacer la compra una noche?

—Pues no sabría decirte. ¿Dónde estaba?

Ella tuvo que pensarlo un momento.

—No estoy segura. Estaba desorientada.

—Me extraña tratándose de ti.

—Hace tiempo ya.

Doblaron la esquina por la calle de Al Suror.

Unas figuras blancas, claramente definidas por la penumbra, corrían hacia la mezquita.

—Pero seguro que te acuerdas: había una verja, y una luz dentro. Y se veía césped. Me gustaría volver a pasar por delante.

—¿Para qué?

—Para volver a verlo, sólo eso.

Él estaba dispuesto a satisfacerla, a acompañarla hasta el lugar si tanto lo deseaba. Sin embargo...

—Creo que nos costaría encontrarlo —dijo él—; ¿hemos vuelto a pasar por allí?

—Me parece que no.

—Tal vez nos hemos desviado por culpa de unas obras, o algo. O quizá

han cambiado el sentido de alguna calle. Lo hacen continuamente.

Dentro de la verja del despacho del Ministerio de Peregrinaje había un vigilante nocturno sentado en cuclillas en una especie de cobertizo. La luz de una farola iluminaba el dhoti que llevaba puesto y revelaba que mantenía la mirada gacha, con las manos colgando entre las rodillas. Unos gatos maullaban, invisibles, tras un muro.

—¿De verdad que no te acuerdas? —preguntó ella.

Andrew le puso una mano en el hombro con suavidad, apenas un segundo, y se apartó del bordillo.

—¿Por qué le das tanta importancia?

—Ay, es que he estado pensando mucho en ese jardín. Sobre cómo sería tener césped de verdad en lugar de ese AstroTurf artificial. Aquí, cuando plantan flores, parece que sean de cera. Y los árboles parecen todos moribundos. ¿De verdad que no te acuerdas? ¿Ni de cuándo lo mencioné?

—Lo siento, pero no. —Ya habían llegado a Hastaquí, estaban frente a la puerta metálica que se abría en el muro exterior. Andrew revolvió las llaves a media luz.

—¿Has visto ratas últimamente? —preguntó él.

—No, pero las he oído.

—Mierda.

A Andrew se le cayeron las llaves frente al rellano y se agachó para recogerlas. Ella miró hacia atrás por encima del hombro, hacia la calle vacía que en realidad no lo estaba. Y es que frente a la tienda de componentes informáticos, frente a la persiana metálica cerrada, había un tipo vestido con un zaub refugiado en la sombra del muro. No la miraba a ella, sino hacia la calle de Medina. En la mano, con la culata apoyada en el suelo, tenía un rifle.

—Andrew...

La voz se le apagó en la garganta. Extendió una mano y le tocó levemente la espalda encorvada. Él la enderezó de nuevo, con las llaves en la mano, y metió una de ellas en la cerradura. Se oyó un chirrido metálico.

—Tengo que ponerle aceite —dijo él—. No tiene sentido esperar a que lo haga Raji, no vaya a mancharse uno de esos trajes caros que lleva. —Abrió la puerta de un empujón, entró y quedó protegido tras el muro. Ella echó otro

vistazo a la calle. El hombre seguía allí, inmóvil—. Vamos —dijo Andrew. Ella se obligó a apartar la mirada, entró, y su marido cerró con llave enseguida.

A la mañana siguiente, alguien llamó al timbre a las once de la mañana. Frances pensó que sería Shams, para llevarle alguna sobra de la cena para treinta personas de la noche anterior, pero resultó ser un hombre: un tipo menudo y perfumado, con la barba recién recortada, un zaub y un maletín. Debajo del zaub se adivinaba una barriga abultada, tensa; más que una parte de su cuerpo, parecía una valiosa posesión. Le dio unos leves golpecitos con la mano que le quedaba libre en cuanto vio a Frances.

—Hola, señora —dijo con una amplia sonrisa—. Soy el casero. Venía a presentarme.

—Encantada de conocerle —dijo Frances.

—¿Puedo entrar y echar un vistazo a mi propiedad?

—Sí, claro, adelante.

Entró, dejó el maletín en el suelo y juntó las manos dando dos palmadas.

—¿Alguna queja?

Lo preguntó como si no fuera posible, ni siquiera imaginable.

—Hay ratas —dijo Frances.

—¿Afuera? —se apresuró a preguntar el casero.

—Sí, afuera —admitió ella.

—Pero yo sólo me preocupo del interior.

—Sí, claro.

—¿Puedo ver el resto del piso?

—Adelante.

Ella se sentó ante el escritorio para seguir escribiendo su diario. Cuando él salió de la habitación, Frances se levantó de nuevo y pasó entre los sillones, inquieta, con los brazos cruzados sobre los pechos en actitud protectora.

Una vez finalizado el recorrido por todas las habitaciones, el casero regresó al salón, aparentemente satisfecho.

—La felicito —dijo complacido—. Conservan muy bien. Soy amante de lo británico. ¿De qué parte ustedes?

—De Yorkshire.

—Yorkshire. —El casero sonrió y se besó las puntas de los dedos apiñadas—. Yo lo conozco, Yorkshire. Yo lo conozco muy bien su país. El castillo Windsor. Tottenham Hotspur. William Wordsworth, el Bardo de Avon. La famosa Langan's Brasserie. —Recorrió a su inquilina con la mirada de nuevo—. Señora, ¿cuántos hijos?

—Cuatro —respondió ella—. Todos varones.

—La felicito —dijo con cortesía el casero—. Y aun así parece una chica de veintiuno, señora —añadió, aprovechando para acercársele y ponerle una mano en la cintura. Ella se apartó.

»Me verá más por aquí —prometió él.

—No se olvide de su maletín —le dijo Frances.

—La señora que vive delante, ¿lleva velo?

—Sí y no. Se cubre la cabeza.

—Ah —exclamó el casero, con una mirada piadosa—. Entonces no molestaré. No abrirá la puerta.

Por eso has venido a molestarme a mí, ¿verdad, gordo seboso?, pensó Frances. Lo acompañó hasta la salida y, en cuanto el tipo se hubo marchado, cerró la puerta con la esperanza de que la oiría dar la vuelta a la llave.

DIARIO DE FRANCES SHORE

8 de rabi al-thani

Otra carta en el periódico de hoy, argumentando que las mujeres son la fuente del mal y del pecado.

Yasmin dice que los beduinos tienen rifles de caza, y que a veces los llevan por la ciudad. No le conté el motivo de mi pregunta.

Por fin llegó la maqueta para Andrew. La habían retenido en la aduana, y había tenido que ir a recogerla con Jeff al aeropuerto. También los acompañó Hasan, por si tenían que sobornar a alguien. Me sorprendió que la trajeran a casa y la dejaran sobre la mesa del comedor. Era un palacio impecablemente blanco, sellado dentro de una caja de metacrilato como si fuera el juguete de un niño mimado. Jeff y Andrew parecían hechos polvo. El primero dijo que tendría que pedirle prestado el taladro eléctrico a Russel. Yo pregunté por qué, para qué lo necesitaban, si no estaba bien como estaba. Andrew me dijo que los del ministerio se pondrían furiosos si la vieran.

Entonces me fijé con más detenimiento y me di cuenta de que los maquetistas habían poblado el diorama, y que en las escaleras mecánicas y sobre el césped de plástico verde esmeralda había mujeres en miniatura: ejecutivas californianas con trajes de chaqueta entallados y elegantes secretarias con minifalda y vestidos veraniegos con escotes que exhibían buena parte de sus pechos de plástico.

Andrew no hacía más que ir de un lado a otro.

—¿Tenemos un colgador de alambre? ¿Unas pinzas? —decía.

Cuando Jeff regresó con el taladro, practicaron un agujero en la parte trasera, unieron las pinzas al extremo del alambre y las introdujeron por el orificio. Luego, una a una, fueron quitando todas las mujeres de plástico agarrándolas por la cabeza y arrastrándolas, mientras murmuraban tacos y se preguntaban cómo se les había podido ocurrir meterlas; ¿en qué coño pensaban los del estudio de Los Ángeles? Jeff se quejó de que había perdido la mañana entera, y yo me quedé con todas aquellas mujercitas en la palma de la mano. Eran perfectas, todas compartían los mismos rasgos de muñeca y les había quedado la cabeza aplastada por las pinzas.

Jeff regresó a la oficina, pero Andrew se arrodilló y examinó la maqueta durante un buen rato, con las manos planas sobre la mesa, apoyando en ellas la barbilla para poder comprobar cómo se veía el edificio a una altura humana. Para animarle, le dije que todo iría bien, que podía rellenar el orificio con pegamento, pero me respondió que se les estaba terminando el presupuesto.

Me quedé de piedra. No esperaba llegar a oír ese argumento en el Reino. Me parecía imposible que se estuviera acabando el dinero.

Me dijo que se estaban quedando sin dinero para pagar a los proveedores porque el gobierno saudí no les había pagado a ellos.

¿Por qué no?

Porque el precio del petróleo se había desplomado y estaban aplicando recortes. Que la situación afectaba a todo el mundo, a todos los departamentos del gobierno. Que se estaban peleando para disputarse los fondos.

Pero deben de tener unas reservas considerables...

Que sí, claro. Pero tampoco tanto. Que podía ser que pasaran otro mes sin pagarle.

Pero ¿te acabarán pagando?

Tarde o temprano. Estamos esperando un ingreso de Riad.

Parecía preocupado, deprimido. Algo me hace pensar que jamás llegaré a ver el edificio terminado, me dijo. Que ocurría lo mismo que en cualquier otra parte del mundo: tienes un sueño pero no te permiten cumplirlo. Que creía haber soñado con ese edificio antes de ver los planos del arquitecto, antes incluso de haber oído hablar de Turadup, pero para ellos no era más que otro proyecto capital.

Me di cuenta de que llevaba meses manteniendo la compostura con esfuerzos silenciosos. Tendremos que aguantar, me dijo, pero también admitió que se sentía engañado. Que todas las promesas habían demostrado ser falsas.

Guardé las californianas en miniatura en el cajón de mi escritorio. Parecían despreocupadas, incluso pese a las mutilaciones. Andrew ahora empezará a pensar en el edificio día y noche, y si surge algo más en lo que haya que pensar, tendré que ser yo quien se ocupe de ello.

—Tengo que hacerte una pregunta —le dijo Frances a Andrew— sobre el apartamento vacío. Aunque me doy cuenta de que tal vez te aburre el tema.

—No he descubierto nada nuevo, si te refieres a eso.

—Simplemente tengo la sensación de que hay un montón de gente que parece saber algo al respecto. Todos los jauayís han oído rumores, aunque circulan diferentes versiones del tema. En cualquier caso, ¿lo que hace esa pareja no es muy arriesgado?

—Por supuesto que sí —dijo Andrew—. Pero al parecer están dispuestos a asumirlo. Y eso que no es la mejor ciudad para guardar un secreto.

—¿Verdad? No entiendo por qué decidió utilizar Hastaquí. ¿Por qué lo hace? Tú mismo dijiste que había centenares de villas vacías en Yeda, que había bloques enteros de apartamentos desocupados.

—Supongo que si llegas en coche hasta un bloque o una casa donde se supone que no vive nadie, si entras y sales, y encima lo haces con cierta frecuencia, la gente podría darse cuenta y empezar a sospechar.

—Tienes razón. Viniendo aquí, puede fingir que viene a visitar a alguien.

—Sí. Eso tendría bastante credibilidad.

—Pero ¿y si lo ven nuestros vecinos? ¿O si la ven a ella, a la mujer? ¿Están compinchados? ¿Lo saben?

—Me parece que Yasmin y Samira no es que pasen mucho tiempo esperando en el vestíbulo, listas para abordar a cualquier desconocido que entre por la puerta.

—Ya, pero ¿qué me dices de Raji? ¿Y de Abdul Nasr?

—Puede que estén compinchados, sí. Es un tipo muy importante, no creo que tengan ninguna intención de contrariarlo.

—¿Y qué pasa con nosotros? —dijo Frances—. ¿Cómo pueden confiar en nuestra discreción?

—Es probable que sepan lo mucho que necesito mi paga y que entiendan que no querré jugármela.

—¿Y el casero? ¿Él lo sabe?

—No creo que lleve un registro especial de inquilinos adúlteros.

—Pero, mira, Andrew, hay algo que no encaja..., porque si los jauayís se enteran, si empiezan a hablar y a bromear sobre el tema, sin duda alguna los saudíes también se acabarán enterando, ¿no crees? O sea, que, en tu opinión, ¿existe una conspiración benigna de la que todos están al corriente, aunque miran hacia otro lado?

—¡Es que no lo sé! —Estaba exasperado, y ella ya se había imaginado que no tardaría mucho en reaccionar de ese modo—. No lo entiendo, ¿cómo quieres que me meta en la cabeza de un principillo saudí cuando no tengo nada que ver con esto? ¿Qué ocurre, Fran? ¿Se te han acabado las novelas de detectives? ¿Quieres que volvamos a la biblioteca esta noche?

—Pues sí, podríamos ir. Aunque me están aburriendo. Nunca me satisface el móvil de la historia. Los libros no dan suficiente importancia al móvil de los delitos. Todos se centran en las huellas dactilares encontradas en el jardín y en el calibre del arma del crimen, pero nunca encuentro lo que más me interesa en realidad.

—Tal vez —dijo Andrew titubeante— deberías dejar de demostrar tanto interés por el apartamento vacío.

—A veces me pregunto si no habrá sido todo una invención.

—¿De quién?

—Ah, de algún expatriado aburrido con ganas de añadir algún aliciente a su vida. Al fin y al cabo, se trata sólo del tipo de cosas que nos gusta creer sobre los saudíes: que son unos hipócritas y tienden a mantener ese tipo de actividades furtivas.

—Pero eso sería aburrido para ti. Me refiero a la posibilidad de que no hubiera nada de cierto en todo ello. Me pregunto si ese tipo del apartamento de arriba tiene la más mínima idea del tiempo que perdemos hablando sobre él.

—No me lo puedo imaginar.

Aunque lo intentó, intentó visualizar a ese hombre con el que, tarde o temprano, se encontraría en la escalera. Siempre y cuando los rumores fueran ciertos. Pero lo único que consiguió imaginar fue un zaub blanco y rígido, vacío, en dos dimensiones, como el que estaba colgado en la ventana del lavadero, expuesto a la luz de las farolas y de los coches de la calle de Al Suror. Lo único que veía era un ghutrah que no enmarcaba nada, que estaba vacío donde tendría que haber estado la cara. Esa imagen no se movía, no metía ninguna llave en la cerradura, no subía por la escalera. Si no consigo imaginármelo, se dijo, es que no puede ocurrir. Seguro que no puede suceder nada en Hastaquí sin que yo me entere.

—Pero ahora imagínate que... —empezó a decir ella. Sin embargo, Andrew ya había perdido cualquier interés en la conversación, había agotado su paciencia. Él al menos tenía otras cosas en las que pensar: tenía el edificio y el gran mundo que se extendía más allá del muro.

—Me parece que pasas demasiado tiempo sola —dijo él.

—Me gusta pasar tiempo a solas —respondió ella.

Había refrescado un poco. No mucho, pero lo suficiente. Durante el lapso entre Navidad y Año Nuevo, a Frances se le ocurrió que podía tomar el sol en la azotea. A su alrededor había edificios más altos, pero nadie miraba jamás por la ventana. Le parecía oír la voz de su prima Clare cuando volvieran a verse, el verano siguiente, diciendo ¿qué te pasa, Frances? Estás tan pálida como cuando te marchaste. Con las manos planas sobre el cálido parapeto, contempló la panorámica de la ciudad. Por la calle de Medina circulaba un torrente de tráfico interminable. Se oía el rugido lejano de los motores; salvaje, pero también amortiguado por la lejanía, como si hubiera un circo oculto en la ciudad. Se cernía la neblina de polvo habitual, perforada por los esqueletos de los edificios a medio construir, los andamios y las grúas. En las últimas semanas el escenario había cambiado: los equipos de movimiento de tierras habían estado avanzando con dificultad por el solar vacío que quedaba al otro lado de la calle de Gaza, y habían excavado una profunda zanja junto a la valla. Mientras lo observaba, se fijó en un perro que huía agazapado.

Frances cruzó la azotea hasta la parte trasera del edificio y miró hacia abajo, hacia las calles estrechas que quedaban en la parte trasera de Hastaquí. Entonces recordó el motivo por el que tanto le había gustado la azotea al principio: porque le ofrecía esa panorámica privada y privilegiada. Podría haber sido cualquier otra ciudad; era una escena doméstica, a pequeña escala, de callejones, patios traseros y tendederos. Una criada de color, con la cabeza envuelta en una tela escarlata, dobló la esquina bruscamente al llegar al bloque siguiente. Llevaba un fardo en la mano, algo envuelto en papel de periódico, y se dirigía en silencio, con unas sandalias simples de tacón gris y llenas de polvo, hacia el cubo de la basura. Los eruditos habían implorado a los fieles que cuidaran la forma como se deshacían de sus desperdicios, que no envolvieran los restos de vegetales con la *Saudi Gazette* para tirarlos a la

basura, que no recortaran trozos del *Al-Riyadh* para colgarlos en el retrete. Porque en esa prensa podía aparecer el nombre sagrado de Alá.

Frances desplegó una silla de lona, se sentó, se untó las piernas con crema solar y abrió un libro. De un manotazo, apartó la mosca que revoloteaba cerca de su cabeza. El ruido del tráfico la molestaba. Hacía más calor del que había previsto, y también más viento, de manera que la página se le llenaba de polvo. Al cabo de cinco minutos, las letras empezaron a bailar ante sus ojos, por lo que se puso de pie con un dolor penetrante en el cráneo. Volvió a plegar la silla, se metió el libro bajo el brazo y bajó la escalera de nuevo, tambaleándose un poco, en busca de un lugar silencioso y fresco.

Ya en el apartamento, se tendió en el sofá con el libro abierto sobre el pecho; envolvió unos cuantos cubitos de hielo con uno de los pañuelos de Andrew y se los puso en la frente. Volveré a subir a la azotea por la mañana, o por la noche, pensó, para espiar algo durante cinco minutos; eso me hace sentir bien y las cosas que me hacen sentir bien no es que abunden ahora mismo. Pero estar en la azotea cuando el calor pega fuerte durante el día es un suplicio, debería habérmelo imaginado. Con los ojos cerrados, se dedicó a imaginar árboles, la corteza de abedules plateados, el denso verde oscuro de los pinos, las algas sucias de los estanques ingleses. En julio volveremos a casa, pensó. De permiso, para disfrutar de la llovizna fina del verano inglés, de las poco prometedoras mañanas frías y húmedas de Yorkshire, y de los árboles que amarillean en septiembre.

Era Nochevieja. Seguían el horario habitual: Andrew se duchó, desayunó y salió de casa poco después de las siete para acudir a la obra. Esos inicios tempranos alimentaban en ella la ilusión de marcarse una meta, aunque sabía por experiencia que ese entusiasmo no tardaba en disiparse. En todo el día no encontraba nada en lo que centrar sus energías. A las ocho en punto ya estaba subiendo la escalera en dirección a la azotea, como si tuviera la necesidad ineludible de contemplar la luz del sol para convencerse a sí misma de que había empezado otro día.

Abrió la puerta que estaba al final de la escalera y se protegió los ojos con la mano en forma de visera para contemplar los primeros rayos de sol de la mañana. En la esquina opuesta de la azotea, vio una figura delgada y con velo,

envuelta en un abaya. El corazón le dio un vuelco.

—Yasmin... —dijo.

Se le acercó y vio cómo los hombros negros de su vecina se tensaban por la impresión. Luego, Yasmin se dio la vuelta y se retiró el velo, con los ojos desorbitados y una expresión culpable. Se llevó una mano a la garganta, en una pantomima de consternación y miedo.

Frances se detuvo a unos pasos de ella.

—¿Esperabas que fuera tu suegra?

—No esperaba a nadie.

Aunque todavía era muy temprano, Yasmin ya llevaba los ojos maquillados, contorneados y alargados con kohl, y las pestañas realzadas. Pero ¿eso quería decir que nunca se quitaba el maquillaje? ¿Que nunca se desprendía de ese ánimo de cautela y prejuicio? Su amiga Samira pasaba las mañanas holgazaneando frente al televisor, viendo culebrones egipcios. La cámara insistía en los rostros de mujeres que sufrían, con la cara más maquillada que en la vida real, de reacciones dramáticas, teatrales, ensayadas. ¿Yasmin también los veía?

Sus facciones adoptaron una expresión de compromiso.

—No sabía que subías a la azotea, Frances.

—Subo cuando necesito aire fresco.

A las ocho y media, un ambiente cargado empezaba a cernerse desde las aceras de la calle de Gaza: pollo frito, aguas residuales y un cóctel de sudor y humo de los coches.

—Yo también. Para escaparme un rato.

—¿Cómo está tu suegra?

Yasmin respondió con un gesto elegante. Todo lo que hacía en esos momentos parecía afectado. Frances tuvo la sensación de estar viéndola con nuevos ojos.

—Bueno, ya sabes...

—Supongo —dijo Frances— que todavía estará durmiendo.

Mientes, pensó Frances. No has subido a tomar el aire. Estabas esperando a alguien. ¿A un amante? Eso encajaría bastante. Veo que sí que tienen conflictos. La sonrisa sofisticada de Raji, la facilidad con la que había

prosperado profesionalmente. ¿Por qué en Hastaquí? Para no tenerla lejos. Sólo tenía que subir un tramo de escalera.

Por dentro, lloraba y protestaba: Oh, no. Tú no. ¡Tú no!

Esa noche celebraron una fiesta. Frances se puso su mejor vestido blanco y se dio cuenta de que estaba perdiendo peso. Durante el día y hasta que Andrew llegaba a casa, nunca se acordaba de comer. Plantada frente al espejo del baño, mientras se cepillaba el pelo para intentar darle volumen, vio que el poco sol que había tomado había hecho aflorar unas mechas más claras, de manera que parecía más bien un puñado de paja irrecuperable. Se molestó en ponerse maquillaje, pero le quedó en la superficie de la piel, como si se negara a participar en aquella farsa.

En el coche no dijo ni una palabra.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrew.

—Esta mañana me he encontrado a Yasmin en la azotea —dijo ella.

—Creí que eras la única que subía.

—Yo también.

Frances se dio cuenta de que él no le preguntaba qué demonios hacía Yasmin ahí arriba. No expresó ni la más mínima sorpresa. Empezaba a dudar de sí misma. No puedo fiarme de mis deducciones, pensó. No se puede deducir nada a partir de un miedo repentino, las intuiciones súbitas pueden ser errores súbitos. Algo no encaja, pero también es posible que no sea nada en concreto. Quizá es sólo que la corriente de mi vida se ha desviado, que me ha arrastrado hasta aguas poco profundas en las que estoy completamente sola. Los rótulos luminosos van pasando: un restaurante con terraza, una lavandería, el supermercado Singapur.

La fiesta era al aire libre, y las mujeres se ponían colonia en las piernas para ahuyentar a los mosquitos. La anfitriona circulaba repartiendo vasos de plástico con ponche de frutas y la típica comida que se sirve en Yeda cuando se celebra algo se ofrecía en bandejas ovaladas de acero inoxidable. Frances acercó su vaso a la luz. Sobre la superficie del líquido flotaban fragmentos de manzana y plátano rodeados de burbujitas grisáceas. La bebida desprendía un olor rancio, nauseabundo. Se aferró al brazo de su marido, le apetecía que hablara con ella.

—Tengo que circular por aquí —dijo él.

Esa noche parecía como si faltara algo típico de las fiestas de Yeda: era una reunión sosegada, casi sobria. Ya habían celebrado un montón de fiestas como ésa, la misma gente se había reunido muchas veces en casa de uno o en casa de otro, al menos media docena de veces durante el período navideño, de manera que la cháchara se estaba agotando. Nadie estaba de humor para proponer un juego y ya casi no quedaban reservas de cordialidad. Los hombres formaron una piña y se dedicaron a charlar sobre la caída del precio del petróleo.

Las mujeres abandonaron el jardín y se apiñaron en la cocina para hablar de la dentición de sus bebés y de hornos microondas mientras exhibían las piezas de oro que les habían regalado. Frances se mantenía un poco al margen del grupo, con la sensación de que todos esos hombros vueltos de espaldas la excluían. Yo lo intento, ¿no?, se preguntó a sí misma, airada. Siempre intentaba entablar conversaciones cordiales, mostrar interés, pero esa noche parecía como si los demás se hubieran dado cuenta de que tenía la cabeza en otra parte.

Una vez asumidos el ponche de frutas y el *siddiqui*, la conversación fue adquiriendo un aire cada vez más genérico, hasta que terminó convirtiéndose en la típica cháchara sobre las vacaciones.

—¿Habéis oído lo de la neozelandesa a la que sentenciaron a recibir noventa latigazos? —dijo alguien—. Veinte eran por haber bebido alcohol, y setenta más por ir en un coche con un hombre que no era su marido.

—En la fiesta de los Smith del año pasado —dijo Marion— jugamos a algo divertido: los hombres se vendaron los ojos y las mujeres nos pusimos de pie sobre las sillas. Entonces ellos tenían que acercarse y tocarnos las piernas para intentar adivinar quién era quién. Nos reímos muchísimo. Tú seguro que no jugarías a algo así, ¿verdad, Frances?

—Antes preferiría morir —aseguró la aludida.

—Lo de Frances es muy triste —dijo Marion *sotto voce*—. Es muy cerrada de mente. Se molesta por todo lo que le cuentan esas mujeres saudíes que tiene como vecinas.

A las doce menos cuarto repartieron los gorros de cotillón y las

serpentinatas, y hubo un repunte de alegría. Se reunieron todos en el jardín y rompieron los grupos y camarillas para un último asalto al espíritu festivo. Se pusieron los sombreros de papel, prepararon las serpentinatas, se formó algo vagamente parecido a un círculo y varias personas reconocieron que nunca se acordaban de la letra de *Auld Lang Syne*. Preguntaban qué hora era como si los minutos se estuvieran prolongando más de la cuenta. Consultaban los relojes: las mujeres, tirando de las mangas de las camisas de sus maridos y acercando la esfera a la luz de las ristas de bombillas de colores que los anfitriones habían colgado en un muro exterior. La conversación fue perdiendo fuelle hasta que se apagó por completo, y los invitados empezaron a balancearse de un pie al otro con caras de cansancio. No parecía que estuvieran esperando la medianoche, sino más bien un autobús que no iba a llegar jamás. A las once y cincuenta y siete, por fin declararon el Año Nuevo, lo que despertó un gorjeo de risas forzadas y las notas agudas de los matasuegras, seguidas de los besos, los pasos torpes y las canciones desafinadas. Recogiendo las serpentinatas del suelo y llevando de forma disciplinada los platos medio llenos de comida a la cocina, entraron en tropel para bailar canciones de los Beach Boys y de la primera época de los Rolling Stones. Hacia la una, la fiesta ya llegaba a su fin.

Los Shore fueron de los primeros en marcharse. Volvieron a casa envueltos en un silencio sociable. En cuanto salieron del coche, cualquier rastro de la celebración desapareció de su vida, y Frances se quitó el maquillaje. Entró en la cocina y sacó unas cuantas toallas mojadas de la lavadora.

—Espero que no te hayas hecho ningún propósito de Año Nuevo —le dijo Andrew, frente a la puerta.

—¿Por qué? ¿No quieres que cambie nada?

—Lo que quiero es que tengamos la fiesta en paz, la verdad.

—¿Y ahora por qué te metes conmigo? —preguntó ella, sacudiendo las toallas—. ¿Qué me dices de tus propósitos?

—En el caso de la mayoría de la gente no importa. No hay peligro con que se hagan propósitos, se los pueden hacer porque saben que no los cumplirán. Puedes confiar en que serán en vano. —Hizo una pausa—. Pero tú no eres así.

—¿Qué haremos el año que viene?

—Yo quiero ver el edificio terminado. Ya lo sabes.

—Este lugar no nos aporta nada —dijo ella. Dejó las toallas tiradas sobre una silla y dio rienda suelta a un verdadero torrente de palabras—. No hay vida en este país. Sólo hay gente, autopistas, carreteras rectas e interminables, suciedad y polvo, pero no hay nada liberador, nada capaz de soltarte por dentro. Es como morir de hambre. No me extraña que tengan una religión tan horrorosa, y hay otra cosa que tampoco me extraña: si en cuanto ganaron un poco de dinero y viajaron a Europa, lo único que se les ocurrió hacer fue beber, drogarse y apostar, ¿cómo van a saber gobernar sus vidas? Se compraron casas bonitas y las destrozaron para alojar clubes nocturnos y tiendas de Louis Farouk. Destruyeron jardines e instalaron piscinas, lo único que quieren son prostitutas de piel blanca y cocaína.

—Vamos —dijo Andrew—. Eso no es del todo cierto.

—Es absolutamente cierto —aseguró ella, bajando la voz—. Aunque no sea toda la verdad.

—Dices que Jeff es racista, pero tú no te quedas corta.

—Yo no soy racista, Andrew. Soy xenófoba. Ya lo ves, estuve consultando el diccionario para intentar descubrir lo que me ocurre. Más allá de Inglaterra y Francia, el resto es de locos.

—¿Quieres volver a casa? —dijo él.

—No —respondió ella—. Es demasiado tarde para eso.

Andrew le hizo el amor esa noche. Cuando la penetró, Frances tuvo la sensación de que se precipitaba, súbitamente y sin remedio, por un túnel largo y oscuro. Fue como si, centímetro a centímetro, con el cuerpo rígido, luchara para alcanzar el clímax mientras los muros del túnel se desmoronaban poco a poco, pisándole los talones, dejando una única dirección, sin la luz esperanzadora que esperarías encontrar al final. Se sintió como si se estuviera hundiendo hasta desaparecer, como si su alma forcejeara bajo tierra, oscuridad rodeada de más oscuridad. Quedó borrada del mapa, olvidó su propio nombre. Andrew soltó un gruñido y se quedó tendido sobre ella, descargando todo su peso. De repente, percibió el olor a jabón en la piel de su marido, el cosquilleo de un calambre en las piernas, el murmullo del aire acondicionado. Volvía a estar dentro de su cuerpo. No eran necesarias grandes

estratagemas, en el caso de Andrew: era tan sencillo como cruzar la calle. Más sencillo, incluso, teniendo en cuenta lo que costaba cruzar la calle en Yeda.

Cuando él se apartó, ella de repente se dio la vuelta hacia la almohada. Se dormiría. No tardaría en dormirse. Al cabo de un segundo se habría quedado dormida. El tipo del rifle, acechando en la acera, fue lo último que le pasó por la cabeza.

Segunda parte

Jamadi al-awal

¿Alguien quiere probar la ginebra de Yeda?

Necesitaremos cuatro patatas grandes, cuatro naranjas, cuatro limones y cuatro uvas. Lo cortamos todo en trozos pequeños. Metemos los trozos en una garrafa de plástico. Añadimos cinco kilos de azúcar y lo rellenamos de agua hasta el borde. Añadiremos una cucharada de levadura previamente disuelta y nos olvidaremos de ello durante dos semanas.

Pasado ese tiempo, verteremos el líquido de la garrafa en cacerolas y lo dejaremos hasta que se pose el sedimento en el fondo: unos dos días. Lo envasaremos en botellas; para ello podemos utilizar un colador de té, porque habrá fragmentos grandes de fruta amarronada flotando en la superficie.

¿Lo tomaréis con tónica? ¿Con hielo y limón?

DIARIO DE FRANCES SHORE

1 de jamadi al-awal

Realmente no sé cómo lo hacía antes de que la *Saudi Gazette* y el *Arab News* me enseñaran a ser una buena esposa. Para empezar, no he estado tratando bien a Andrew cuando llega a casa del trabajo. Cuando me pregunta: «¿Cómo te ha ido el día, cariño?», yo digo, «Fatal. Tengo dolor de cabeza y han estallado las cañerías», o algo por el estilo. Y eso no debo hacerlo, porque según el *Arab News*: «Cuando él entra en casa, tiene derecho a relajarse por completo y a recuperar su poder y la capacidad de afrontar el día siguiente». Si surgen problemas, se supone que tengo que lidiar yo sola con ellos, de manera que cuando él llegue a casa yo pueda recibirlo con una «bonita sonrisa». Y si los problemas han superado mi coraje o mi capacidad (y sin duda hay muchos problemas que superan el coraje y la capacidad de las amas de casa saudíes), entonces tengo que esperar el momento oportuno para comentar el asunto con el máximo tacto posible. «No conviene, por ejemplo, hablar de esos problemas durante las comidas. Eso podría quitarle el apetito, lo que conllevaría un intercambio de palabras entre los cónyuges capaz de perturbar la calma de sus vidas.»

Samira me pregunta muchas cosas sobre mi vida antes de llegar a Yeda. No sé por qué, pero no me apetece hablarle de borracheras y perversión sexual, y sin duda es justo lo que quiere oír. ¿O realmente se preocupa por mí? En ese caso, podría tranquilizarla contándole que me casé virgen. Me agarraría las manos y me sonreiría mirándome a los

ojos y haciendo repicar sus brazaletes. El *Arab News* dice que «El amor después del matrimonio es el verdadero, el afecto que perdura de verdad, mientras que el amor previo al matrimonio es ingenuo, débil y no tiene fundamento».

Desde el Año Nuevo casi no hemos celebrado nada. Los que nos estuvimos viendo con demasiada frecuencia durante las fiestas de Navidad nos hemos quedado en casa por un acuerdo tácito, una especie de tregua. Andrew y yo pasamos casi todas las noches a solas, y mientras tanto la madre de Yasmin sigue ocupando la habitación de Shams al otro lado del vestíbulo, las fiestas que celebran son cada semana más enérgicas y Yasmin cada vez está más débil y llora más. Por las mañanas, siempre que puede, viene a tomar una taza de café y a refugiarse durante cinco minutos. Me da mucha lástima. Nunca menciona el hecho de que nos encontráramos en la azotea. Me pregunta adónde hemos ido con Andrew y yo le respondo que no nos movemos de casa.

Ojalá viniera ese tal Fairfax. Me gustaría pasar una hora con alguien del mundo real.

Andrew y yo hablamos mucho sobre las vacaciones y sobre lo que haremos durante el verano, aunque el mes de julio nos parece muy lejano. Me doy cuenta de que estamos viviendo en el futuro, y la verdad es que no me parece más saludable que vivir en el pasado.

Andrew todavía no ha recibido la paga, y no es un problema exclusivo de Turadup. Hay más gente que se encuentra en la misma situación en la ciudad. Hasta hace poco, todos cobraban con puntualidad según el calendario árabe. Los hombres veían la luna llena y exclamaban, de un modo romántico: «Ah, ya se acerca el día de la paga». Sin embargo, ahora ya no lo dicen.

Charlamos: sobre el edificio. Incluso cuando vuelvan a proveer fondos, Andrew tendrá que recortar el presupuesto, y eso no es propio de su naturaleza. ¿Qué puedo decirle? Me gustaría hablar sobre otros temas. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí? ¿En qué clase de persona me habré transformado cuando nos marchemos? Tal vez acabo convirtiéndome al islam. O quizá me acabo uniendo a uno de esos grupos de feministas que creen que hay que enjaular a los hombres y ordeñarlos para extraerles el semen, para poder llevar a cabo inseminaciones artificiales porque los hombres no sirven para nada más y no los necesitamos, siendo como son la fuente de todas las miserias y las guerras.

No obstante, cuando Andrew me preguntó si me quería marchar, no fui capaz de decirle que sí. Sé que nos habríamos marchado al día siguiente si estuviera convencido de que realmente soy infeliz. Y no es que lo sea, en realidad, es sólo que me apetece hablar de las cosas que me preocupan de verdad, pero cuando lo intento es como si me bloqueara, como si me lo impidiera la garganta. Creo que me asusta la posibilidad de que Andrew se ría de mí.

La *Saudi Gazette* dice: «El amor como base fundamental del matrimonio sólo es posible en las novelas y en la poesía. En la vida real, en cambio, no se puede considerar que sea una base firme para la vida conyugal. Y se debe al hecho de que la gente cambia con el paso del tiempo. Como es bien sabido en todas las sociedades, la inmensa mayoría de los matrimonios basados en el amor no acaban durando mucho tiempo».

Si nos marcháramos de aquí, ¿adónde iríamos? No somos de ninguna parte, en

realidad, desde el punto de vista físico. Y, desde el emocional, tampoco tendríamos la sensación de pertenecer a ninguna parte si no nos tuviéramos el uno al otro. Por las noches, nos sentamos, nos miramos, y tengo la sensación de que él desea algo que yo no puedo ofrecerle, y que yo deseo algo que él no puede ofrecerme. Supongo que es un problema habitual en los matrimonios. Me siento débil cuando lo necesito, tanto cuando la necesidad es mental como cuando es física. ¿No resulta extraño que por mucho que duermas con una persona no consigas acercarte a ella? Tengo la sensación de que quizá somos personas solitarias por naturaleza. Luego pienso que tal vez todo el mundo es así, y que esa necesidad de estar juntos sólo es ligeramente más fuerte que la necesidad de separarnos. Estoy de acuerdo con que el amor no es garantía de nada, pero con tantas cosas en contra, sin duda alguna el amor no viene nada mal.

Sea como sea, una cosa está muy clara: no puedo sacar el tema del tipo del rifle mientras Andrew se come un solomillo a la plancha con ensalada. No es el momento adecuado para hablar de esos temas. Y no encuentro el momento de contárselo sin perjudicar ese afecto que nos une desde hace tanto tiempo.

El tiempo es el típico del mes de enero: nublado, ventoso y fresco. En el solar vacío han metido un montón de losas de hormigón y de maquinaria de construcción. Los trabajadores yemeníes han instalado unas chabolas para resguardarse del sol cuando vuelva a asomarse entre las nubes. Sin embargo, hoy el día es plomizo en la calle de Gaza, y la grúa que corta por la mitad la vista que ofrece la ventana parece muy próxima al suelo. Las motas de polvo gris son claramente visibles en las hojas del único árbol de Hastaquí. El rey, la corte y los eruditos musulmanes no tardarán en invocar la lluvia en sus oraciones. Sin embargo, puesto que su intención es reforzar la fe y no dañarla, no pedirán que llueva hasta que los meteorólogos hayan prometido que las precipitaciones son inminentes. Mientras tanto, en Hastaquí reina la calma: las cañerías gorgotean y se oyen las voces crepitantes de una radio, pero ni rastro de pasos en el piso superior. Incluso las ratas parecen haberse refugiado en sus madrigueras. El viento revuelve las ramas del árbol sin hacer ruido. El motor de un coche petardea fuera del alcance de la vista. Dentro del piso reina un silencio sombrío, pero las puertas repiquetean con las corrientes de aire.

A las nueve menos cuarto alguien dio unos golpes en la puerta. Era el casero, grasiento y rotundo como siempre, seguido de una figura pálida, larguirucha y desaliñada, con el pelo grasiento y las piernas patizambas, desnudas bajo una túnica y un dhoti.

—Señora —dijo el casero con una sonrisa—, vamos a pintarla. Todos los

edificios de Yeda deben ser blanco perfecto. Por orden. Todas estructuras feas de madera deben demolerse.

El hombre con las piernas al aire observaba el dintel con mucha atención. No se fijó en Frances, parecía como si ni siquiera hubiera reparado en su presencia. Por sus rasgos sepulcrales y por los harapos que vestía, parecía digno de ser retratado en una pintura religiosa, surgiendo entre los muertos. Además, quedaba claro que sus pensamientos estaban en algún lugar lejano.

—Aquí no tenemos estructuras feas de madera —afirmó Frances. Se sintió antipática, bloqueando la puerta con su cuerpo. El casero señaló con un dedo hacia el solar vacío.

—No es conforme a la normativa —dijo—. Todo esto debe ir fuera. Si no, vendrán a vivir los *hayis*. Los peregrinos, ¿sabe, señora? Vienen para peregrinaje y luego intentan quedarse. Se instalan en todas partes.

—¿De verdad?

—Esas personas del Tercer Mundo tienen enfermedades —explicó el casero—. ¿Usted no ha pasado la fiebre *hajji*, señora?

—No estábamos aquí durante la temporada de peregrinaje.

—Traen plagas —añadió el casero—. Una desgracia, señora. —Hizo una pausa y esbozó una amplia sonrisa, como si acabara de recordar el motivo de su visita: señaló al tipo larguirucho que lo acompañaba como quien señala un dibujo en un álbum ilustrado—. Señora, es egipcio. Quiero que usted conozca este hombre.

—¿Es su capataz?

—Jefe, sí. Se lo digo porque usted no se alarma subiendo y bajando, subiendo y bajando, por escalera.

—No me alarma en absoluto —dijo Frances, y sintió el impulso de tenderle la mano al egipcio para ver si le daba un síncope. El tipo seguía con la mirada perdida al frente y la cara brillante por una pátina de sudor—. ¿Y estará subiendo y bajando durante muchas semanas? —preguntó ella.

—Acaba semana siguiente —aseguró el casero—. Lo prometo.

—*Insha Allah?* —dijo Frances.

—*Insha Allah.*

Más tarde, ese mismo día, los hombres empezaron a trabajar. Abrieron la

verja del muro y fueron dejando cubas de pintura blanca en varios puntos de Hastaquí. Cogieron las brochas y se pusieron manos a la obra, derramando pintura por el suelo, incluso manchándose los pies. Pararon de trabajar para la plegaria de mediodía y luego, con escaleras de mano, se encaramaron al piso superior para pintarle el balcón a Samira y salpicar con pintura las hojas del árbol.

Frances lo veía todo desde su ventana. En una ocasión salió a la calle y los estuvo observando desde el otro lado, junto a la acequia. El casero, que no paraba de entrar y salir, le lanzó una mirada horrorizada al ver que la falda corta le dejaba las piernas al aire. Titubeó un poco, parecía dispuesto a cruzar la calle para regañarla, pero ella cruzó los brazos y lo desafió con una mirada fulminante. Por suerte para ella, aquello bastó para que el tipo decidiera volver a entrar y dejarla en paz.

Los hombres subieron unas cajas de madera por la escalera y luego las volvieron a bajar. Debían de ser herramientas. Sin duda alguna, aquello formaba parte de las obras de renovación, lo que Yasmin llamaba el «embellecimiento de Yeda».

A primera hora de la tarde, el casero llamó a su puerta una vez más.

—Hola, señora. Vamos a barnizar las persianas con barniz brillante. Cuando lo hacemos, hay que bajarlas. Tendrán que estar bajadas durante tres días, para que el barniz se seca.

—Pero me quedaré a oscuras —se quejó Frances—. No veré la luz del sol.

—¡Es por el bien de mi edificio! —exclamó el casero, con una mirada que él debía de considerar encantadora—. Por favor, cooperación.

—De acuerdo —dijo Frances—. Pero no las bajaré hasta el último momento, cuando realmente empiecen a trabajar, o sea, que esperaré a que me avise, ¿de acuerdo? —El casero la miró con recelo y, titubeante, asintió—. De acuerdo, pues.

Frances entendió que tenía que difundir el mensaje. Su tarea consistía en advertir a las demás mujeres de Hastaquí que se quedaran encerradas en casa porque había desconocidos rondando por el edificio. El casero había tenido la cortesía de contárselo a ella para no tener que violar la intimidad de las

musulmanas del edificio, mucho más importante que la suya.

Llamó a la puerta de Yasmin. En la mirilla apareció un ojo que parpadeó y desapareció de nuevo. Shams le abrió la puerta y Yasmin salió de uno de los dormitorios con actitud temerosa y abatida.

—Ay, Frances —dijo—, cómo echo de menos hablar contigo.

Frances le tocó un hombro, no se vio capaz de más. Si quieres mi compasión, pensó, tendrás que contarme lo que te aflige. Consolarte sería como abrazarse a una bomba de relojería para escuchar el tictac.

—Nos están embelleciendo —dijo.

—¿Sí? —Yasmin consiguió esbozar una sonrisa. Pero cuando se enteró de lo que implicaba, reaccionó horrorizada—. Selim tiene el pecho muy delicado. Todos esos vapores, el polvo, el ruido... Ay, Dios.

—Habrà gente subiendo y bajando por la escalera durante toda la semana.

—Frances hizo una pausa, con la esperanza de que quedara cargada de sentido—. Ten cuidado.

Yasmin asintió y desvió la mirada.

—Todas tenemos que ir con cuidado —dijo.

Al día siguiente, Frances subió a ver a Samira. Los obreros la fulminaron con la mirada al verla pasar por encima de los tablones y entre los andamios. Se dio cuenta de lo que intentaban: querían dejarle claro que se estaba entrometiendo en su trabajo, que los estorbaba. Que no debía salir de casa. Se estaban preparando para ribetear el hueco de la escalera con baldosas decorativas. Frances supuso que ése era el contenido de las cajas de madera: baldosas pequeñas, con un diseño arremolinado negro, blanco y rojo. Samira echó un vistazo hacia la puerta del edificio y suspiró.

—Ya sé lo que dirás, Frances. Dirás: «¡Oh, qué mal gusto tienen los saudíes!».

—En absoluto —replicó Frances con cortesía—. Si bien tardarán una eternidad en terminarlo, y a mí me gustaría más que dejaran las paredes de color blanco liso.

Cuando salió del apartamento de Samira, los hombres habían parado de trabajar, supuso que estaban comiendo. Volvía a reinar el silencio, y en el aire había quedado suspendida una nube de polvo de yeso muy fino. Al otro lado

del rellano, el egipcio estaba plantado frente al apartamento vacío, con el puño levantado como si estuviera a punto de llamar a la puerta. Frances se le acercó apresuradamente y le tocó un brazo. Él se sobresaltó, intentando rehuir el contacto.

—No hay nadie en casa —dijo ella. Le dedicó una sonrisa y negó con la cabeza—. Aquí no vive nadie.

El tipo la fulminó con la mirada y se cubrió con la mano el punto en el que Frances lo había tocado, como si el contacto de aquellos dedos le hubiera abrasado la piel.

—Que no hay nadie —repitió ella.

¿De veras no comprendía ni un poco de inglés? Pero si lo entendía todo el mundo, sobre todo los egipcios. Ella conocía la palabra árabe para *casa*, pero no sabía decir «casa vacía». Como tampoco sabía decir «nido de amor furtivo», o «no meta las narices si no quiere meterse en problemas».

Frances lanzó una mirada por encima del hombro hacia la puerta del apartamento de Samira. Sabía que ella no saldría a traducírselo, y que Zarzaparrilla tampoco podría hacerse entender. En cualquier caso, él lo había comprendido, de eso estaba segura. Lo único que le preocupaba era haberle molestado de algún modo. La mirada fulminante del tipo estaba alcanzando ya un aire claramente amenazador.

—De acuerdo —dijo ella, con un tono cordial pero firme—. Llama si quieres, tesoro. Pero si sale alguien y te arranca los huevos de cuajo, que conste que yo te he avisado.

Dicho esto, bajó a su apartamento. Ya habían pegado unas cuantas baldosas cerca de la puerta principal y otras en el rellano de la primera planta. Cuando se encontraran en el medio, el efecto sería horroroso. Será mejor que no salga después de beber ginebra de Yeda, pensó. Se detuvo en un lugar iluminado con una débil luz para examinar el diseño de las baldosas. Parecían rostros diminutos: cada baldosa era un estallido escarlata con un remolino negro. Se sintió observada por unos ojos inyectados en sangre, por las víctimas de alguna forma de castigo coránico. Los hombres no tardarían en ponerse a trabajar de nuevo y aquellas miradas se multiplicarían.

DIARIO DE FRANCES SHORE

13 de jamadi al-awal

Tarannum Siddiqi, un ciudadano de Dhahran, ha mandado una carta a la *Saudi Gazette*.

«No entiendo por qué hay mujeres que no paran de quejarse de la dominación masculina. ¿Por qué no aceptan que los hombres son superiores a las mujeres? Dios quiso que así fuera cuando los creó. Se puede leer en el Corán, en la sura “An-Nisa”, verso 34: “Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que Alá ha dado a unos más que a otros”.»

Hay un reportaje sobre Abu Dabi, acerca de una criada filipina que ha ingresado en prisión tras haber incendiado la casa en la que servía y haber intentado suicidarse. Afirma que su patrona la atacó con un cuchillo, aunque la señora sostiene que las heridas se las infligió ella sola. Las autoridades de Sri Lanka han anunciado que las criadas que quieran trabajar en el Golfo deberán superar un curso de artes marciales antes de desplazarse a la región.

Se ha producido un pequeño terremoto en Yemen. Russel y otros geólogos vuelan hacia allí para ver si pueden descubrir el motivo. Sin embargo, los líderes religiosos aseguran que lo ha provocado el pecado.

Andrew había decidido preocuparse por ella. Tal vez era su propósito de Año Nuevo.

—Apenas sales de casa —dijo él.

—Ya.

—Esto no es sano.

—¿Qué crees que debería hacer? ¿Salir a hacer ejercicio?

—Quizá podrías alquilar un coche con chófer una o dos veces por semana.

Carla va a clase de yoga. ¿No podrías hacer algo así?

—¿Por qué?

A él no se le ocurrió ningún motivo.

—Deja de actuar como si fueras mi niñera —dijo Frances—. Ya tengo bastante con Daphne.

Daphne Parsons también estaba preocupada por ella. O eso decía, al menos.

—¿Has cambiado de opinión sobre lo de buscar trabajo? —le había preguntado la señora Parsons por teléfono—. ¿Quieres que Eric tante el terreno?

Frances se dio cuenta de lo mucho que le costaba ser cordial con Daphne. Le costaba hablar con ella, de hecho. Desde Navidad, era como si hubiera perdido la capacidad de mantener charlas intrascendentes por cortesía.

—Me preocupa el tipo de vida que llevas —le dijo Daphne—. Si Turadup tuviera una casa libre, Eric os la cedería. Quizá podría alquirlársela a otro propietario. Es muy posible que Terrex Mining tenga casas libres próximamente, porque están recortando la plantilla. Se alojan fuera de la ciudad, hacia el norte, se llega por la autopista. ¿Quieres que se lo pregunte a Eric?

—Bueno.

—Déjame a mí —dijo Daphne.

Las palabras salen de la boca de Frances a regañadientes, como si tuviera que extirparlas por la fuerza. Es como si estuviera aprendiendo un idioma extranjero, pensó, hablándolo a diario a la vez que olvido mi lengua materna. Sin embargo, no conseguía aprender árabe, más allá de unas cuantas palabras sueltas. Yasmin seguía insistiendo en que resultaría demasiado difícil y que no era necesario. Parecía como si no quisiera que Frances fuera capaz de interpretar el mundo sin pasar por ella.

—¿Por qué tienes que aprender árabe? —le decía Samira—. Todas hablamos muy bien el inglés, ¿no?

Andrew la llevó a la librería del centro comercial Caravan. Se compró una cinta para aprender el idioma y un libro para seguir las lecciones, y durante el jamadi al-awal la voz lenta y clara del tutor estuvo resonando durante horas por Hastaquí. «Buenos días. Buenos días, ¿cómo está? Bien, gracias a Dios. ¡Bienvenidos! ¿Le apetece un café? ¿Cómo están sus hijos? ¿Cómo está su esposa?» Una nota al pie especifica que las costumbres varían mucho a lo largo del mundo árabe. En algunas zonas se considera un insulto preguntar por la esposa de alguien. «Las familias —dice el libro— son más seguras; aunque no están del todo exentas de riesgo.»

El héroe del libro de lengua es un hombre de negocios, el señor Smith. De vez en cuando, en las últimas lecciones, expresa su preocupación por el bienestar de su esposa y de sus hijos, que se han quedado en Estados Unidos. No obstante, lo que más se destaca es que vive con libertad y alegría. Los hablantes de árabe que va conociendo se interesan mucho por todo lo que hace. En el zoco, se compra un cofre tallado a mano; viaja mucho y se enzarza en interminables discusiones cuando le devuelven el cambio. Es un libro para

hombres, no para ella. La mitad de esas frases no le servirán para nada. «En un patio hay un árbol con frutos de color rojo. Nos sentamos en el jardín. Hace buen tiempo.»

Cada una de esas frases guturales, pronunciada en voz alta, aparecía desglosada en la página para poder leerla, pero Frances tenía la sensación de no estar progresando en absoluto. Carla le prestó otro libro.

—Éste es de interés cultural —le dijo Carla.

El título: *La cortesía en Arabia Saudí y la zona del Golfo*. Estaba lleno de expresiones de bienvenida y despedida; frases ceremoniales de un mundo ordenado y cordial.

Miércoles por la mañana: Frances volvía de casa de Marion. Había ido a visitarla porque últimamente la había visto trastornada; siempre sonriendo, como si reaccionara a algún tipo de pensamiento privado gratificante. Frances no tenía ni idea de lo que podía ser. Le habría gustado agarrarla por los brazos y sacudirla, contarle que había un tipo con un rifle rondando por la calle de Gaza.

Un joven que conducía un coche deportivo redujo la velocidad para ponerse a su altura y seguir a paso de persona junto a la acera, sacando la cabeza por la ventanilla y dejando que el viento hiciera revolotear los extremos de su ghutra cuadrado.

—¡Cariño mío! —gritó el joven—. Amor mío.

Frances supuso que era una cortesía. Muy extraña, eso sí.

Cuando entró en Hastaquí, oyó la llamada a la oración de mediodía. Ya habían empezado a barnizar, y aquel olor intenso invadió el vestíbulo y se filtró por debajo de las puertas. Ya casi habían terminado de colocar las baldosas y aquella decoración maligna comenzaba a tomar forma.

Desde el vestíbulo, oyó que se abría una puerta en la planta de arriba. No era la de Samira. Subió corriendo hasta el primer rellano, pero la puerta se cerró de un portazo y unos pies descalzos correataron por el suelo de mármol. Zarzaparrilla acababa de salir del apartamento vacío y se había metido en el de Samira envuelta por un remolino de faldas.

¿Y ahora qué?

—Supongo que Abdul Nasr tiene las llaves —dijo Andrew—. Debe de

entrar para... para cambiar las sábanas, o algo. Para pasar el plumero. Aunque sólo utilice el piso para acostarse, el polvo se acumula igual, ¿no?

—Entonces, Samira lo sabe —dijo Frances.

—Es evidente.

—Creía que Abdul Nasr era muy religioso. Un superpuritano.

—Eso me dijeron. Por lo visto, no puedes creer todo lo que se dice.

—¿Tú te arriesgarías a que una criada lo supiera?

—No es que suponga un gran riesgo. Tú misma has dicho que no la dejan salir nunca de casa. Y que no sabe árabe, que habla un dialecto peculiar que nadie es capaz de descifrar.

—Eso es verdad. Ni siquiera la tratan como a una persona. Para ellos sólo es mano de obra.

Andrew la agarró por la muñeca.

—Frances —le advirtió—, no te metas.

Andrew no estaba de humor. El cheque al fin había llegado, pero Eric le había dicho que no sabía cuándo podría extenderle el siguiente. Hasta entonces había sido un gran consuelo consultar los extractos bancarios y ver cómo el depósito iba creciendo cada vez más. Andrew había estado recibiendo folletos de una empresa inmobiliaria de Londres. Que deberían comprar un piso, dijo, algo que les sirviera de campamento base. Algo pequeño, céntrico, que pudieran alquilar con facilidad.

—Deberíamos tener algo en alguna parte, ¿no crees? A nuestra edad, no podemos seguir cambiando de lugar indefinidamente, metiendo nuestras cosas en cajas y mandándolas de un país a otro, todo útil y desechable, nada de libros, nada nuestro..., viviendo con los muebles de otra gente.

—Tampoco estamos tan mal, Andrew. Incluso tenemos sartenes de Saudiflon.

—Voy a organizarlo este mismo verano —dijo él—. Si me han pagado, claro.

—¿Cuándo crees que llegará ese tal Fairfax?

—Ah, muy pronto. El mes que viene, quizá.

Mientras sacaba la basura, Frances se encontró al casero por la escalera.

—Dijo usted una semana —lo acusó ella—. Y ya llevan dos.

El casero parecía atosigado. No tenía tiempo para charlar.

—Por favor, le pido que se queda dentro. Por los vapores nocivos —dijo enfadado.

—¿Cuándo podré levantar las persianas?

—Espere unos cuantos días. Si las levanta demasiado pronto, se atascan y mucho trabajo bien hecho quedará arruinado.

Frances no dijo nada. El casero hizo un leve gesto para apartarla y ella apoyó una mano en la pared, sin prisa, con una actitud insolente. Él se encogió de hombros y se marchó por la puerta principal. Frances se lo quedó mirando.

—Por cierto, las baldosas no me gustan —dijo en voz baja—. Son demasiado saudíes.

Frente a la puerta de Yasmin, apoyada en la pared, había una caja de madera desmontada que llevaba estampado el logotipo de la compañía de mudanzas y almacenaje Hejaz.

—¿Esto es tuyo? —le preguntó a Yasmin—. ¿O del casero?

—Mío —dijo Yasmin—. ¿Te molesta para pasar?

—No, no, en absoluto. Sólo preguntaba. No os mudáis, ¿verdad?

—No. Es para unas cosas de Raji.

—Es que me la imaginaba montada y pensaba: No les pasará por las puertas del apartamento.

—Entonces tendrá que llenarla en el vestíbulo.

—Sólo he pensado que valía la pena advertirte. ¿Cómo te va con la suegra?

Yasmin la hizo entrar y bajó la voz enseguida. Parecía a punto de llorar, como iba siendo habitual.

—Ha venido a visitarnos en el peor momento —dijo.

—Me lo imagino.

—Para Selim, quería decir. Está pasando por una etapa crucial del crecimiento. Frances, ¿se lo preguntaste a tus amigos? ¿Estás segura de que no hay ninguna medicina que pueda darle para que crezca? No es bueno para él, psicológicamente... Ahora mismo le está tapando la nariz para obligarlo a tragar zumo de naranja.

—¿No puedes hablar con Raji? Él tal vez pueda hacer algo, ¿no?

—Él siempre está de acuerdo con todo lo que hace su madre. Se está metiendo con mi manera de llevar la casa, y un hombre no debería hacer algo así. Frances —dijo, acercándosele más, tocándole un brazo en busca de complicidad—, hemos tenido unas cuantas discusiones. Porque yo quiero llevar velo. Completo, ya me entiendes, como las mujeres saudíes. Porque pienso que es lo correcto. Pero Raji dice que nosotros somos modernos y me lo ha prohibido. Estoy muy triste.

Frances se la quedó mirando con incredulidad.

—¿Lo he oído bien? ¿Quieres llevar velo?

—Muchas mujeres musulmanas lo están adoptando. En Pakistán, en Irán, ya lo sabes. Incluso en Egipto. Antes creían que librarse del velo era genial, pero ahora ya no lo ven tan claro. Se dan cuenta de cuánto las explotan los hombres y quieren recuperar la dignidad.

—No soy la persona más adecuada para hablar de este tema —dijo Frances.

—Ya lo sé. Pero ¿con quién quieres que hable si no? Eres amiga mía.

—¿Y Samira?

—Ay, Samira... es muy superficial. Lo único que le interesa es conseguir más joyas, lucir su ropa y asistir a bodas. Tú no eres así, te pareces más a mí.

Frances saboreó el cumplido, aunque su vecina rehuía mirarla.

—A veces —dijo Yasmin—, no hay nada que desee más que largarme de estos pisos. Ojalá pudiera reescribir el pasado. Lástima que eso no sea posible.

Todo eso, susurrado en un rincón oscuro del vestíbulo, manteniendo las cabezas muy juntas. La voz de la suegra llega hasta sus oídos desde el dormitorio: amargada, insistente, amenazadora.

—¿Qué es lo que te gustaría cambiar?

Yasmin levantó la cabeza, y sus luminosos ojos dejaron entrever un dolor animal. Parecía a punto de hablar, a punto de decirlo..., pero luego se le nubló la expresión, se mordió el labio y desvió la mirada de nuevo.

—Quizá eres tú quien debería marcharse de aquí —le dijo—. Hay una hierba, se llama *mehti*. La plantas cuando quieres marcharte de un sitio y encontrar un nuevo hogar. Plantaré una y te la daré, Frances.

Seis meses en la calle de Gaza y la primavera estaba al caer: las cucarachas eran más grandes y apestaba a aguas residuales. Con el calor llegaron también las estrategias y el tramo tedioso de la vida expatriada: el respingo de la mano del chófer al tocar el metal caliente, los rostros demacrados y sudorosos de las mujeres, la apatía, el polvo, el intelecto que se marchita. Nada nuevo, se han adaptado sin problemas. Sin embargo, Andrew no se siente a gusto. Tiene la sensación de que esperan más de ellos.

Al parecer, hay tres ciudades: la ciudad fósil, la ciudad épica y la ciudad trivial. Antes Yeda ocupaba un kilómetro cuadrado, delimitado por sus muros de coral, que eran grises y arenosos, contrariamente a lo que su nombre podría sugerir. En el zoco hay edificios inclinados con los balcones enrejados, la madera podrida, al límite de la descomposición. Incluso las glorias del islam pueden terminar convertidas en polvo. Ésta es la ciudad fósil: sombría, precaria, con rejas que ocultan otros tiempos y vidas igual de sombrías y oscuras. No puedes escapar de la prisión que supone la insignificancia de tu propia naturaleza.

La ciudad épica erige pasos elevados hacia el cielo y extiende una red de autopistas por el desierto. Es una verdadera máquina de generar estadísticas: la primera y la segunda fuente más grande del mundo, más de un kilómetro de hojas de cristal, un universo de mármol. Hay diez mil buzones de correos, ochenta mil postes eléctricos y dos mil seiscientos sesenta y cuatro camas de hospital; hay ciento treinta y seis mil teléfonos y el peso de los residuos generados en la ciudad cada día asciende a mil quinientas diez toneladas. Hay ocho millones de árboles de cultivo recién plantados y ocho millones de árboles moribundos.

La ciudad trivial transcurre entre las calles gigantescas y por debajo de los puentes. Niños negros pateando un balón de fútbol, un carro cargado de sandías, un árbol zarrapastroso inclinado por encima de un muro. Desde el paso elevado que hay cerca de Sharia Siteen se puede contemplar esa ciudad trivial: mientras lo cruzas arriesgando la vida tras el parabrisas a toda velocidad, las calles quedan muy por debajo y los pequeños edificios de una sola planta se ven en perspectiva, igual que las humildes mezquitas, los aparatos de aire acondicionado decrepitos que sobresalen de los muros y las

ventanas diminutas que se abren apenas un resquicio a ese aire fétido. Balcones alabeados de los que cuelgan coladas decadentes, el parpadeo de las luces de los camiones, el lento progreso del asno de un vendedor de agua entre las chabolas. Hay figuras en esas calles, figuras humanas, pero no como las que se ven en el resto de la ciudad. Son lejanas, anchas de hombros y más estrechas en los pies, como las siluetas que utilizan los arquitectos en sus dibujos. Más que personas son espectros que sirven para comprender la escala. Muy por debajo, parece que los hombres lleven túnica y turbante, y cualquiera diría que las mujeres de velo negro planean por encima del suelo sin tocarlo, y van solas o de dos en dos. Hasta el paso elevado no llega ninguno de los sonidos que surgen de ese mundo a ras del suelo.

Pero si al llegar al final damos media vuelta, esta escena inquietante se convierte en la ciudad trivial; el olor a comida rancia y los vehículos de un embotellamiento interpretando ingeniosas melodías con las bocinas.

—El precio mejor —anuncia el tipo del zoco de alfombras—. Le ofrezco primera alfombra muy barata, para que siempre compra a mí.

¿Cuántas cree que queremos? Parece un tipo campechano, arrastrando los pies calzados con zapatillas de andar por casa entre los fardos, pero la semana anterior había estado haciendo negocios en Frankfurt, y la otra en Nueva York, por lo que sabe perfectamente cuál es el mejor precio. La tienda está en penumbra y huele a moho y a lana. En los estantes, un montón de cafeteras destartadas, de pico afilado, esperaban a que alguien las comprara. En un expositor estaban colgadas las máscaras fabricadas con cuentas de mujeres olvidadas, cuyas propietarias se habían emancipado o habían fallecido.

Carla cogió una.

—Qué bonita —dijo.

—Antes preferiría comprarme un grillete con bola —declaró Frances.

Encogiéndose de hombros, Carla volvió a dejar la máscara donde la había encontrado.

Era la típica vuelta nocturna que todo el mundo daba por el zoco en un momento u otro. Los Shore y los Zussman llevaban tiempo planeando esa excursión. A su alrededor, las pilas de alfombras les llegan hasta la cintura. Rickie les da la vuelta en las esquinas para mostrar un fragmento de cada

diseño.

—¿Veis ese trocito naranja? —dice señalándolo—. Es tinte de anilina. Eso demuestra que es moderna —sentencia, y luego deja caer la esquina de la alfombra de nuevo. Es lo único que Rickie sabe sobre alfombras: lo mismo que sabe todo el mundo.

Coges algo y lo levantas, puede ser una caja plateada, o una alfombra tejida. El vendedor propone un precio exorbitante y tú sonríes fingiendo vergüenza por cortesía.

—¿Qué precio le gusta? —te dice.

La pregunta, por supuesto, no tiene ningún sentido, el único precio que te gusta es el que no existe, pero no conviene menospreciarla ni fingir desinterés. En la mente del vendedor, el único motivo por el que no lo comprarías es que no habéis llegado a un acuerdo con el precio. Es mejor no decir que sólo lo has preguntado por curiosidad, o que ha dejado de interesarte, que es demasiado grande o que te gusta la forma pero no el color. Porque en ese caso se dedicará a avergonzarte hasta que lo acabes comprando, rebajando el precio con insistencia. Sólo hay un modo de largarse sin el artículo: paras de hablar, te das la vuelta y sales de la tienda. Incluso de ese modo, te seguirá por la calle gritando precios cada vez más bajos para que la gente pueda oír las magníficas ofertas que estás rechazando.

Y luego está el olor, que se te queda impregnado en el pelo y en la ropa; ese olor a aceite de lámpara, a naftalina, a artículos birlados a difuntos.

—Bueno, supongo que es una buena alfombra —dijo Rickie. Intentaba no perder el ánimo. La desenrolló de nuevo, sobre el suelo beige de Hastaquí, donde parecía más tosca, del color insulso de la sangre venosa.

Luz artificial: una botella de vino de la última remesa. Carla instalada con toda comodidad con una copa, las piernas recogidas bajo el cuerpo y los pies ocultos por los pliegues del caftán.

—Por cierto, Frances —dijo—. He oído que el método Jane Fonda no es muy sano.

—¿Ah, no?

—No. Es malo para la espalda.

Rickie, en cuclillas, jugaba desconsoladamente con el borde deshilachado

de la alfombra. De repente, levantó la mirada como si hubiera recordado algo, animado.

—Eh, ¿sabéis qué? Olvidé deciros que el otro día leí una encuesta. —A Rickie nada le gustaba más que una buena encuesta—. Era sobre las actitudes de varias nacionalidades ante el hecho de hacerse rico.

—¿Ah, sí? —Andrew se sirvió otra copa y estiró las piernas.

—Ya sabéis, los británicos no están tan interesados en hacerse ricos como los norteamericanos o los japoneses.

—¿Tuvieron que hacer una encuesta para llegar a esa conclusión? —preguntó Frances—. Podría habérselo contado yo misma.

—¿Y qué me dices de vuestro amigo Pollard? —quiso saber Carla—. Apuesto a que no hay nada que no sería capaz de hacer por un dólar.

—No hay nada que no haya hecho ya por un riyal —afirmó Andrew.

—Quizá sea la excepción que confirma la regla.

—Se trata justo de eso, ¿lo ves? —apuntó Rickie, señalándolo con el índice—. Ésa es la actitud típicamente británica. Un cuarenta y nueve por ciento de los británicos que participaron en la encuesta creen que si has empezado de cero pero has terminado siendo rico es que tienes algo que ocultar.

—En el caso de Pollard, el porcentaje de británicos que lo creerían ascendería al ciento por ciento.

—Además —dijo Rickie—, el veintiséis por ciento de los británicos cree que los ricos explotan a los demás, mientras que en Estados Unidos el treinta y nueve por ciento de la gente cree que los ricos contribuyen a la sociedad creando puestos de trabajo y prosperidad.

—Es increíble que consigas retener todas esas cifras de estadísticas —opinó Frances.

—Todo el mundo tiene un talento u otro —aseguró Carla—. Rickie finge ser uno de esos prodigios autistas que hacen las cosas sin esfuerzo, cuando en realidad es capaz de pasarse la noche entera memorizando encuestas de mierda para luego poder asombrar a la gente.

—A mí me asombra —dijo Frances—. Pero bueno, Rickie, si a los británicos no nos interesa hacernos ricos, ¿qué nos interesa?

—Ah, dicen que prefieren una vida apacible. Un ocho por ciento incluso afirma estar interesado en trabajar por el bien de la sociedad. No me extraña vuestro declive postimperial, con una actitud como ésa.

—Has cambiado mucho desde que estabas en el Cuerpo de Paz —siguió Frances.

—No se lo recuerdes —pidió Carla—. Si algo odia es volver a pensar en esos tiempos en los que recorría Gaborone en bicicleta.

—Vamos —dijo Andrew—, centrémonos en los datos y en las cifras. ¿Qué porcentaje de japoneses...?

Los pensamientos de Frances habían ido a la deriva durante toda la noche.

—Un doce por ciento de los japoneses... —decía Rickie, pero por dentro ella ya había vuelto al tema de Yasmin, a ese vestíbulo mal iluminado, a la mirada gacha y los secretos que su vecina guardaba en la punta de la lengua.

Samira se había reído de lo beata que era Yasmin. ¿Lo era tanto, en realidad? ¿No sería arrepentimiento? ¿O hipocresía? La hipocresía constituye toda una ciencia aquí. La juventud pura y los hombres casados y decentes viajan a Bangkok y regresan con enfermedades venéreas. Los príncipes dicen pestes de América y al mismo tiempo le suplican misiles. ¿Es eso lo que hace posible que esta ciudad tan moralista no sea más que una red de excusas y pretextos? ¿Es posible que en esta ciudad sagrada se encuentren los mejores mentirosos del mundo?

—Frances, ¿has oído eso? —preguntó Andrew—. Cuando se lo preguntaron a los ricos, el ochenta y cinco por ciento creía no haber corrido ningún riesgo en especial para conseguir su fortuna.

—Al contrario que nosotros —dijo ella—. Andrew quiere un piso en Londres, ¿os lo ha dicho? Tenemos que quedarnos aquí hasta que consigamos acumular un buen pellizco.

—Los británicos consideran que los ricos son vagos —informó Rickie—, y despiadados, y codiciosos. Un sesenta y dos por ciento creen que tienen aires de superioridad.

—Debes admitir —empezó Andrew— que los fondos ilimitados no suelen mejorar a las personas. A juzgar por lo que ocurre en este país, al menos.

—Entonces, puestos a elegir, ¿qué os parecería más importante que el

dinero?

—La paz —dijo Andrew.

—La libertad —dijo Frances.

—Sí —convino Rickie—. Ésos son los típicos conceptos abstractos por los que suelen inclinarse los británicos.

—Yo me contentaría con un cincuenta por ciento de paz —añadió Andrew — y digamos que... un setenta por ciento de libertad.

—La libertad es indivisible —afirmó Carla. Se inclinó hacia delante, tendiendo la copa para que se la rellenaran—. Al menos eso es lo que nos contaron en el instituto, aunque jamás llegué a entender lo que significaba exactamente.

A la una de la madrugada, los Zussman enrollaron su alfombra y se marcharon.

—Estoy cansado —dijo Andrew.

Se cepilló los dientes, dejó su ropa en el suelo, se echó en la cama y se quedó dormido. Cinco minutos bastaron para que se sintiera sola, para pasar de la charla cordial al aislamiento inquieto. Estaba desvelada del todo, los pensamientos se perseguían entre sí dentro de su cabeza como perros rabiosos. Limpió las copas, entró en el baño y se tomó una pastilla de vitamina C para prevenir la resaca. Saldré y subiré a la azotea, se dijo. Porque cada vez que subo a la azotea la vida se vuelve más interesante.

Se metió el manojito de llaves en el bolsillo y cerró la puerta de casa con cuidado, sin hacer ruido. Incluso la presión que ejerció con el dedo sobre el interruptor de la luz fue lenta y suave, como si un mero chasquido pudiera sacudir los cimientos de Hastaquí y conseguir que ese monstruo en hibernación empezara a murmurar y agitarse.

Los muros la observaban y las baldosas nuevas le lanzaban miradas maléficas. Subió la escalera hasta la planta de arriba, luego siguió hasta el último rellano y abrió la puerta que daba a la azotea. El aire era fresco, y Frances respiró hondo. Parecía que tuviera la ciudad entera a sus pies, como si hubiera subido mucho más arriba de lo que creía posible. Calles vacías como serpientes lejanas, y un millón de lucecitas diminutas. En algún lugar, por encima de las emanaciones neblinosas de luz de las fábricas y los bloques de apartamentos, deben de estar las estrellas. Samira le había mostrado un

libro de un poeta antiguo del desierto: «La noche es una novia negra, ataviada con un collar de plata». Sin embargo, ¿qué ilumina ahora el cielo nocturno? Un zodiaco ajeno: SANYO SANYO SANYO. ¿Qué centellea por encima de Arabia, con luces plateadas y verdes? ¿Qué es capaz de burlar la oscuridad de la noche? Un rótulo parpadea y titila por encima de la calle de La Meca, por encima de la ruta hacia los lugares sagrados, por encima del camino hacia la Kaaba: 7 UP, 7 UP, 7 UP.

Frances se quedó quieta un buen rato; luego se dio la vuelta y bajó la escalera de nuevo, hasta el rellano del piso superior. Los obreros prácticamente habían terminado de trabajar. Había unas cuantas tablas de madera esparcidas por el suelo, así como botes de pintura vacíos. Se detuvo entre las dos puertas cerradas y, a continuación, se acercó a la puerta del apartamento vacío. Apoyó la oreja y aguzó el oído.

Dentro había alguien. Los oyó hablar, los oyó moverse. Aunque no era Yasmin, porque Yasmin era hospitalaria: un bufet para veinticinco personas. No tendría escapatoria. Shams todavía no estaría durmiendo, sino fregando cazuelas en la cocina. Esperando para poder tenderse en el suelo del comedor. Y la suegra tampoco estaría durmiendo. Merodeando por el mundo, preparada para decidir a quién devoraría.

Siento haber malpensado, se dice a sí misma, disculpándose mentalmente ante Yasmin. ¿Cómo he podido creer que serías tan implacable? Ahí dentro hay alguien, pero no eres tú. Y tengo que saber quién es. ¿Quién se pasea por ahí a oscuras?

Levantó la mano, como si fuera a llamar a la puerta, pero al final la bajó de nuevo sin llegar a golpear la madera. Aguzó el oído un rato más, con la cabeza inclinada sobre la puerta. Bajó al piso inferior, entró en su apartamento y cerró la puerta tras ella. Una puerta con cerradura doble, hizo girar la llave después de cerrar con un portazo. Antes, no obstante, pensó: Este manojito de llaves me oprimía, pero ahora es mi amigo. El pulso, que se le había acelerado, empezó a latirle con más calma.

Jamadi al-thani

DIARIO DE FRANCES SHORE

4 de jamadi al-thani

Ojalá pudiera arrancar el tejado y dejar que entrara un poco de luz en el piso. Creí que mejoraría cuando por fin pudiera volver a levantar las persianas, pero no he notado mucha diferencia.

He estado leyendo en la *New Scientist* acerca de una enfermedad nueva llamada «Trastorno Afectivo Estacional». Es una versión más grave de esa sensación de abatimiento que a veces nos invade durante un largo invierno. Al parecer, los seres humanos necesitamos la luz del sol, la de los fluorescentes no nos basta. Hay quien demuestra una sensibilidad especial ante esa privación lumínica y cae en un profundo estado depresivo. Ahora que se conoce la causa del trastorno, esas personas pueden curarse levantándose en plena noche y sentándose frente a unas lámparas especiales que tienen las propiedades de la luz natural.

Hay una glándula en el cerebro, la llamada «glándula pineal», que es sensible a la luz y a la oscuridad. Me pregunto hasta qué punto llega a ser sensible. En ocasiones se la llama «el tercer ojo». Quizá sea eso lo que yo necesito: un tercer ojo. Uno capaz de ver más allá de lo que me permiten los otros dos.

Una noche cambió el viento. La luna se veía enorme y pálida en el cielo, partida por la mitad por una farola y envuelta por una esfera borrosa de luz eléctrica, como si fuera otro satélite. Por la mañana, llovió un poco. Cuando Frances se levantó, subió las persianas y se dio cuenta de que aquella llovizna había lavado las hojas del árbol, y por primera vez vio de qué color eran realmente, vio que eran de color verde.

Frances subió a la azotea. Eran las ocho de la mañana. Empezaba a hacer calor y el aire era diáfano. El tráfico se movía a lo lejos, las autovías eran finas líneas blanqueadas, y más allá se divisaba otra línea, otra autovía: el mar. Esa mañana se notaba, y las pocas y finas gotas de lluvia habían alimentado la esperanza de que las flores pudieran surgir del asfalto, de que los árboles pudieran sobrellevar tanto deterioro. Bajó la mirada hacia los patios y las cercas de sus vecinos, hacia la línea interrumpida de tejados que

quedaba a sus pies. Casi diez metros más abajo había un gato atigrado tendido en el suelo, mirando hacia arriba. Sus ojos se clavaron en los de Frances con una expresión ofendida. Era el gato quien debería haber quedado por encima. Por naturaleza. La neblina matutina se cernió sobre las obras y recubrió los andamios como un velo sobre un esqueleto.

En el balcón del piso vacío había una caja de madera, se fijó en ella por pura casualidad. Se había inclinado sobre las ramas del parapeto, para acercarse a la cara al árbol e intentar capturar el aroma fugitivo de sus hojas. Se inclinó un poco más y sus ojos encontraron el logotipo de la compañía de mudanzas y almacenamiento Hejaz.

Lo siguiente que vio fue el suelo del balcón, revestido con una fina capa de lodo. O sea, que cuando Zarzaparrilla limpiaba no salía al balcón. Aquel polvo de cemento y arena llevaba meses acumulándose allí; había llegado a través de las hojas del árbol, había formado una capa cada vez más gruesa y espesa, y se había convertido en un sedimento húmedo y pegajoso que recubría las baldosas. El balcón no se divisaba desde la calle; para verlo, Frances tenía que inclinarse y torcer el cuello hacia un lado.

A esa caja, pensó, deben de considerarla una estructura de madera antiestética. Y eso que el casero la tiene frente a las mismísimas narices. Ni siquiera el peregrino más desesperado viviría en un cajón de madera como ése, aunque era lo suficientemente grande para alojar a un hombre, si no le importaba doblegarse y podía sobrellevar el dolor. «Es para unas cosas de Raji», le había dicho Yasmin.

Alguien me ha contado una mentira, pensó Frances. Aunque todavía me parece más probable que haya sido una serie de mentiras.

Andrew llegó a casa.

—Hay una caja enorme en la azotea —le dijo ella—. Mejor dicho, hay una caja enorme en el balcón del piso vacío.

—¿Ah, sí?

—Y creo que ya la he visto antes.

Andrew no prestaba atención. Estaba sacando documentos de su maletín.

—¿Dónde tengo la calculadora de bolsillo? —preguntó.

—¿Es una situación de pánico?

—La de cada año, o eso dice Eric. Se está terminando el ejercicio fiscal.

—Apuesto a que era algo previsible.

—Sí. Déjate de comentarios sarcásticos, por favor. Vivimos basándonos en las expectativas para el año que viene. Turadup sufre escasez de todo. Se nos están terminando los materiales de construcción. Si se nos rompe algo, no conseguiré recambios. Nos hemos quedado sin papel para fotocopias, esta noche tendré que salir a comprarlo yo mismo. Joder, por no tener, no tenemos ni papel higiénico. Y no sabemos qué cantidad de dinero recibiremos con el último presupuesto. Eric se ha marchado a Riad, lo sabremos cuando regrese.

—¿Para qué dirías que sirve esa caja?

—¿Eh? No lo sé. Tal vez la usan como gallinero.

DIARIO DE FRANCES SHORE

11 de jamadi al-thani

... Bueno, no sé, yo no creo que sea un gallinero.

Hoy he estado hablando con Marion. Dice que Russel ha sufrido un contratiempo en Yemen. Al parecer, los geólogos han recorrido la zona del terremoto en helicóptero y estaban instalando los instrumentos de medición en las grietas cuando han llegado dos guardias nacionales en un camión con una ametralladora en la parte trasera. Russel habla un poco de árabe, pero no lo suficiente, y aunque tenían todos los papeles en regla y un permiso del gobierno, no ha servido de nada, porque los guardias nacionales no sabían leer. Por eso habían rodeado al grupo y lo habían metido en el cuartelillo más cercano.

Debo decir que Marion no parece muy preocupada. Dice que el ministerio se encargará de ello en cuanto las líneas telefónicas vuelvan a funcionar en Saná. Que espera que lo liberen dentro de uno o dos días. Estará de un humor de perros cuando vuelva.

No quiero imaginar cómo deben de ser las cárceles yemeníes. Sin embargo, según Marion, Russel se merece las molestias que todo ello pueda ocasionarle.

Cuando Frances terminó de escribir su diario, Andrew todavía estaba murmurando con el ceño fruncido sobre sus papeles. Se puso de pie y empezó a pasear por el piso. Recogió la ropa sucia, cargó la lavadora y pensó: Sube a la azotea. Metió la dosis de detergente y pensó: Sube a la azotea. Accionó los botones y la ruedecilla para fijar el programa y pensó: Sube a la azotea.

—Me voy —dijo Andrew—. ¿Quieres algo de la papelería?

—Sí, otro cuaderno para mi diario.

Frances pasó por el salón, alejándose de la voz de su marido, y se encerró en el baño. No quería que Andrew pudiera verle la cara y descubrir lo que tenía planeado.

—Tendré que darme prisa —dijo él, desde detrás de la puerta cerrada—. A ver si llego antes de que cierren para la última oración del día.

Frances oyó el portazo que dio al salir. Luego esperó un poco más, dejó pasar el tiempo necesario para que se marchara con el coche, salió del apartamento y empezó a subir la escalera.

Había alguien en lo más alto de la escalera. Se echó a correr, subió los escalones de dos en dos, agarrándose a la barandilla y utilizándola para impulsarse y dar la vuelta más rápido en el rellano, y se encontró de frente con la criada de Samira. Zarzaparrilla llevaba en las manos un plato cubierto y una hogaza de pan ácimo. Con una expresión sorprendida en el rostro, dio un paso atrás y cerró las manos como zarpas. Frances notó una vez más el olor de su piel y de inmediato se le secó la boca. También dio un paso atrás, como si el aire que las separaba hubiera quedado infectado por la consternación.

Y entonces fue cuando, de repente, la criada sonrió. Fue la terrible parodia de una sonrisa, una especie de rictus que bien podría haber sido ensayado. Estiró los brazos y le tendió el plato y el pan a Frances.

—Para usted de parte de mi señora —dijo.

Fueron las primeras palabras que le oyó decir, y sonaron agudas y temblorosas. Frances, también con las manos temblorosas, aceptó el pan y el plato. Zarzaparrilla hizo un leve gesto, lleno de gracia y de tristeza, para indicar que sólo podía dedicarle ese momento fugaz mientras bajaba. Mantuvo un hombro vuelto hacia la puerta del apartamento vacío, cuidándose de mirarlo.

Con la comida en las manos, Frances dio media vuelta. No soportaba ver el pánico en los ojos de esa chica. Bajó a la planta inferior mucho más despacio de lo que había subido. La criada se quedó de pie, mirándola fijamente. Se quedará aquí un buen rato, pensó Frances, y luego volverá a entrar en el apartamento y fingirá haber entregado la comida. Y quienquiera que esté en el piso vacío se quedará en ayunas.

No habíamos dejado de intercambiarnos comida, pero ese humilde plato de lentejas no estaba destinado a servir como obsequio. Como tampoco la hogaza de pan, que podía comprarse por pocos *halalás* en cualquier esquina. Dejó el plato sobre la encimera de la cocina y pensó: No hace poco que me

mienten, me han engañado desde el principio, o mejor dicho: me equivoqué cuando elegí lo que quería creer. ¿Las lentejas son el alimento del amor? ¿Se despertarán con esa peligrosa languidez poscoital, los dos amantes misteriosos, ese hombre sin rostro, esa mujer sin rostro que ya no creo que sea Yasmin? ¿Se despertarán para zamparse un banquete de mendigo? No, porque esos amantes no existen. En el piso hay alguien, pero no quien creíamos. Me tragué el rumor, un rumor hecho a medida. Estaba hecho a medida para los occidentales, para su mente lasciva. Era un rumor diseñado especialmente para que nos encantara, porque decía todo lo que queríamos creer sobre el Reino.

Salió al vestíbulo de nuevo y miró hacia la escalera que subía al piso de arriba. Se estaba poniendo el sol, oyó la llamada a la oración y se preguntó, con indiferencia, si Andrew habría llegado a tiempo a la papelería. Se lo imaginó saliendo quince minutos antes en su coche, pendiente del reloj, y Frances tuvo la sensación de que había pasado media vida, y que además había pasado en otro país. Demasiadas cosas por digerir.

Había cogido la linterna que tenía junto a la cama. En África siempre guardaban un mango de hacha junto a la cama. Otra gente prefería guardar un arma.

Todavía había bastante luz cuando llegó a la azotea para examinar el solar vacío. Habían excavado hoyos y habían plantado postes. Era indudable que las obras habían progresado. Unos sacos de cemento revoloteaban con el viento, golpeando el parapeto.

Se colocó con cuidado en el ángulo de la azotea desde el que, el día anterior, había estado observando el balcón del piso vacío. La caja seguía allí. La luz todavía bastaba para verla sin ayuda, pero encendió la linterna de todos modos.

—Sé que se ha movido —dijo Frances.

—Es de noche —dijo Andrew.

—Ahora sí, pero hace una hora no. Y sé que se ha movido, porque la esquina de la caja ha dejado una marca en el lodo.

—Bueno, es que diciendo que se ha movido consigues que suene como una especie de misterio. Supongo que te referías a que alguien la ha movido.

—Pero ¿cómo? ¿Por telequinesia?

—No, como la gente suele mover las cosas.

—Para mover esa caja tendrías que salir al balcón. Y si alguien hubiera salido al balcón, habrían quedado huellas en el lodo. Y no hay ni una.

—O sea, que no puede haberse movido.

—Sí que puede. Si hay alguien dentro.

Pero ¿qué estoy diciendo? Una vez más, esa protesta interna, esa incredulidad. Suena el timbre. Se miran enseguida y él no se ofrece a abrir la puerta. Ella tampoco habría querido que se ofreciera.

Fue Frances quien abrió la puerta, y resultó que era Zarzaparrilla. Le llevaba una bandeja cubierta con papel de cocina.

—De parte de mi señora —dijo, una vez más.

—Estás practicando mucho el inglés esta noche —indicó Frances—. Entra —le pidió, sosteniendo la puerta abierta.

La criada no se movió. Frances apuntó hacia un punto del suelo del vestíbulo, donde quería que se situara, y siguió señalándolo como quien le da una orden a un animal, a un perro al que está adiestrando. Al cabo de un momento, Zarzaparrilla se decidió a entrar.

—¿Qué hacías en el apartamento número cuatro? —preguntó Frances—. ¿Quién hay ahí dentro?

La mujer negó con la cabeza, perdida, y una vez más Frances percibió su olor, el que emanaba de sus poros, de sus entrañas.

—¿A quién le llevas comida? ¿A quién escondes ahí dentro?

Los ojos de aquella mujer se perdieron en el infinito. Los apartó de Frances y dejó que vagaran por las paredes.

—Por favor, cuéntamelo —le pidió Frances—. Si puedes.

Pero no la había entendido. No había entendido nada de nada. Sólo aquella frase que repetía como un loro: «De parte de mi señora».

Frances le quitó la bandeja. Ésa sí que era la comida que solían intercambiar. Frances bajó la cabeza. Se avergonzaba de sí misma.

—De acuerdo —dijo—, puedes marcharte.

Zarzaparrilla fue hacia la puerta. Sin embargo, se detuvo y dio media vuelta para lanzarle una mirada de súplica a Frances. Levantó un brazo y se

apartó un pliegue del abaya, por encima del codo. Le mostró a Frances la parte interior del brazo, donde llevaba tatuado el nombre «Elisabeth» con tinta azulada.

—Tengo que encontrar la manera de pagar a nuestros trabajadores indios — explicó Andrew—. Tengo que conseguir el dinero como sea. —Recorría el salón arriba y abajo, preocupado por algo que a ella le traía sin cuidado—. No puedo repatriarlos —seguía— y luego pedirles que vuelvan cuando lleguen los fondos destinados al año que viene. Pero si están aquí tendré que darles de comer. Al parecer, Eric no se da cuenta, pero debo conseguir fondos de donde sea.

—Sube a la azotea conmigo —dijo Frances.

—No.

—Quiero que lo veas.

—No quiero meterme en problemas. —Lo dijo remarcando con obstinación las sílabas—. No quiero problemas con nuestros vecinos.

—No habrá ningún problema. Tú ven conmigo.

—Me parece que todavía no has comprendido lo que supone vivir en este país.

—¿Me tomas por tonta?

—No, sólo creo que estás alterada.

—Pero ¿cómo explicas lo que he visto?

La mirada de Andrew decía «no te puedes fiar de lo que has visto, no es necesaria ninguna explicación, no merece la pena».

—Quizá —empezó él, con media sonrisa— la chica se hace mandar por correo. Quizá es algún tipo de perversión.

—La criada tiene un nombre —replicó ella. Se lo explicó y, por un segundo, a Andrew pareció interesarle, como si de repente lo hubiera visto claro.

—Es un apodo. Tiene que serlo. ¿Te acuerdas de la asistenta que tenía antes de que nos casáramos? ¿La que se llamaba Matweshyego? Yo no conseguía pronunciar bien su nombre, por lo que simplemente la llamaba «tú». Y poco antes de marcharse, de repente va y me dice: «Tengo un apodo, señor: Rosie».

Parecía como si hubiera sentido un cierto placer al recordarlo. Mira que es idiota, pensó Frances. ¿Es él quien no es más que un bestia insensible, o soy yo quien no se aclara? Algo no encaja. No soy capaz de citar el capítulo y el verso, pero algo no encaja en absoluto. Todos esos días con las persianas bajadas, el ruido, los pasos, y todo el mundo paseándose por aquí excepto las mujeres, confinadas en Hastaquí, con las puertas cerradas a cal y canto, a oscuras. Sin embargo, lo que Frances dijo fue muy distinto:

—Sí, tiene que ser un apodo.

—Pobre chica. Parece como si ya la hubieran colonizado hace tiempo.

—Andrew, ¿a qué crees que huele el miedo? En las novelas de misterio siempre se huele el miedo.

—Con algo tienen que llenar los libros, ¿no? —Pensó un momento en la respuesta—. Los libros son irresponsables. Dan ideas a la gente.

La comida que había llevado la criada era un pescado cocinado entero. Tenía una costra roja de especias sobre las escamas negruzcas, todas las espinas, y miraba hacia arriba con un ojo pequeño, muerto, prehistórico. Frances debería pedirle disculpas a Andrew. Decirle: No debería estar alimentando ideas tan absurdas y fantasiosas. Para poder seguir adelante con sus vidas.

A la mañana siguiente, muy temprano, subió a la azotea de nuevo. La caja había desaparecido y habían barrido el balcón.

—Veo que ha empezado el ramadán —dijo Andrew.

—Creí que todavía faltaban dos meses.

—Sí, pero ¿sabes cuando en el Reino Unido se quejan de que las Navidades empiezan cada vez más temprano? Pues sucede lo mismo con el ramadán. En esta época crece la santidad, ¿sabes? Se trata de hacer la vida imposible a los jauayís, por sus costumbres nocivas.

De hecho, la policía religiosa está por todas partes. Es la época del año en la que los guardianes de la fe recorren los centros comerciales y obligan a los jóvenes a cortarse el pelo si lo llevan demasiado largo. Un año se dedicaron a parar a mujeres por la calle y a confiscarles las joyas si consideraban que las lucían como ostentación. Los maridos tuvieron que presentarse en comisaría para reclamar que se las devolvieran, y el proceso no debió de ser

precisamente agradable.

Las mujeres occidentales también deben tener más cuidado de lo habitual. La policía religiosa va armada con botes de pintura en espray, los utilizan para rociar las prendas indecorosas o la piel expuesta, como la de los antebrazos.

—A una enfermera del hospital de Bugshan —le contó Marion por teléfono — que estaba comprando en Sarawat, le rociaron los vaqueros con pintura verde.

—Yo sería capaz de matar a alguien —dijo Frances.

Y lo cree de verdad. Cree que si la asaltaran por la calle, ofrecería resistencia física, que no sería capaz de contener la rabia y escupiría, arañaría, golpearía y mutilaría, sin que le importaran lo más mínimo las consecuencias. Porque si le importaran, la humillación acabaría con ella, la carcomería por dentro, como un cáncer, hasta la muerte.

—Sí, se puso furiosa —explicó Marion—. Porque los vaqueros eran nuevos. Los estrenaba ese día.

Russel ya había salido de la cárcel.

—Llegará dentro de unos días —informó Marion—. ¿Y sabes qué dice? — Su voz tenía todos los matices de una malicia saciada—. Que durante el tiempo que ha pasado entre rejas ha perdido tres kilos. Ya le he dicho que no hay mal que por bien no venga.

Luego llamó Daphne Parsons.

—Frances, cielo —le dijo—, sé prudente cuando salgas de casa.

Ya no puedo seguir siendo prudente, pensó Frances. Por consiguiente, quizá será mejor que no salga en absoluto.

—La policía se está poniendo muy estricta con los códigos de vestimenta. A una enfermera del hospital de Baksh, mientras compraba en el centro comercial Sahari, le rociaron los vaqueros con pintura verde.

—Apuesto a que eran nuevos —dijo Frances—. Seguro que los estrenaba ese día.

—No me extrañaría —respondió Daphne.

Hay ocasiones en las que el esfuerzo de evitar algo es mayor que el esfuerzo de hacerlo. Hay ocasiones en las que la omisión se convierte en un esfuerzo tiránico, cuando la tarea de distraer la mente se convierte en una actividad

realmente agotadora. En esos momentos, Frances intentaba con todas sus fuerzas no pensar, no especular, y para conseguirlo tenía que apretar los dientes y tensar los músculos de los hombros y de la nuca.

La caja no pudo salir volando desde el balcón. No pueden habérsela llevado con una grúa. Tiene que estar todavía dentro del piso, no pasa por las puertas interiores. Ni siquiera por la puerta principal. O sea, que debe de estar en el salón que quedaba justo encima del suyo. A menos que la hayan vuelto a desmontar. Pero si la han desmontado, ¿qué han hecho con lo que había dentro?

No pienses así. No tienes motivos para hacerlo. Andrew le dice que se obsesionó con el apartamento vacío desde el primer momento. Eso indica un cierto desequilibrio.

Siempre que piensa en la caja, siempre que piensa en su contenido, le viene a la mente una sola imagen: se acuerda del lavadero en lo alto del balcón, el tipo que vivía en la esquina con la calle de Ahmed Lari, ese lavadero nocturno que elevaba un zaub hacia la luz, con las mangas blancas extendidas como un cadáver aplastado, y luego lo doblaba y lo guardaba.

Entre tanto esfuerzo por anular la imaginación, el tiempo transcurre muy despacio. Sucede igual que durante los primeros días que había pasado en la calle de Gaza. Aunque el tiempo pasa de todos modos. Es martes, 21 de jamadi al-thani, 12 de marzo en el mundo real, y son las once de la mañana. Alguien llama al timbre, y se oye una voz débil pero ansiosa que dice:

—Por favor, déjeme entrar, señora Shore, antes de que me vea alguien. Era Shabana, la amiga de Yasmin. La había conocido en la fiesta de Raji.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó Shabana—. Me alegro. Espero no molestarla.

—No estaba haciendo nada en concreto. ¿Le apetece un café?

—Sí, muchas gracias.

—Un coche ha venido a buscar a Yasmin. Creo que se ha ido de compras.

—Sí, esperaba que así fuera. He venido a verla a usted y, de hecho, le agradecería que no le contara a Yasmin que he venido.

Frances se metió en la cocina para preparar el café. Shabana no la siguió como habría hecho cualquiera de sus amigas. En lugar de eso, se instaló en una

butaca y esperó sentada, con las manos sobre el regazo, a que Frances volviera al salón.

—Estoy preocupada por Yasmin —dijo al fin—. Puesto que la considera una amiga, he pensado que tal vez podríamos hablar.

—A mí también me preocupa.

—La conozco desde hace bastante tiempo. Pero estos días parece como si..., como si no fuera ella... No sé cómo decirlo.

—Está deprimida. Y es por culpa de su suegra. Llegó hace unas semanas y no parece que vaya a marcharse próximamente.

—En parte es por eso, sin duda.

—Está sobrepasada —afirmó Frances indignada. Su corazón le advirtió que era una indignación falsa, provocada por circunstancias más graves y más merecedoras de esa reacción. Pero parecía real, sonaba real, y en parte lo era—. Está cansada de consentirle caprichos a esa vieja. Y está preocupada por Selim. Su suegra le ha metido en la cabeza que a su hijo le pasa algo malo.

—Sí, pero tiene que comprender —dijo Shabana con delicadeza— que no podemos interferir en eso. Así es como deben ser las cosas. Algún día será ella quien haga lo mismo con su nuera. —Shabana se puso azúcar y leche en el café—. Yo, cuando me casé, me pasé un mes entero llorando noche tras noche. Habían elegido a Mohammed para que fuera mi marido, era justo lo que mi familia quería para mí, pero en cierto modo..., ya sabe, yo era una romántica y él no es precisamente atractivo, no cumplía con mis expectativas. Yo tenía la cabeza llena de estrellas de cine, ¿sabe? Yo creía que me regalaría flores y perfumes, que me hablaría de amor. —Se rio, sin alegría—. Al ver que no hacía nada de eso, me pareció un verdadero monstruo cruel, me sentí abandonada. Fui a ver a mi madre para quejarme, para decirle que era infeliz, pero me respondió que cuando ella se había casado, se había pasado un año entero llorando, noche tras noche.

O sea, que esa fábula se va perfeccionando, pensó Frances.

—¿Y ahora es feliz?

—Bueno, me he adaptado. Yasmin siempre tuvo los pies en el suelo, mucho más que yo, creo.

—En cualquier caso, yo no creo que sea feliz con Raji.

—Al parecer, no se llevan muy bien. —Shabana dejó la taza sobre la mesita y empezó a dar vueltas a uno de los gruesos anillos de oro que llevaba en los dedos—. ¿Yasmin le ha contado por qué?

—Según mi vecina Samira, pasa demasiado tiempo rezando. Pero me cuesta creer que sea ése el verdadero problema.

—¿Le ha dicho algo sobre el velo?

—Sí. Y me temo que no fui precisamente comprensiva.

—La idea a usted le parece repugnante, ¿verdad? —Shabana soltó un suspiro—. Sí, me alegro de haber venido a hablar con usted. No querría que usted empeorara la situación de Yasmin sólo por el hecho de no comprenderla.

—Veo que no se le ha ocurrido... —empezó Frances—, que nunca ha pensado que... que Yasmin podría tener un idilio con otro hombre, ¿no?

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Shabana—. No tiene ninguna prueba de ello, ¿verdad?

—No. Sólo un día me pareció como si estuviera esperando a alguien... En su momento lo pensé, aunque no tenía motivos para creerlo. Y ahora ya no lo pienso. Me imagino que tendría algún motivo para esperar a esa persona.

—Sus problemas no son de ese tipo, gracias a Dios.

—¿Cree que sería lo peor que podría pasarle?

—Ya sabe cómo funciona la ley aquí —dijo Shabana con sequedad—. Los occidentales siempre se informan bien al respecto.

—De acuerdo —convino Frances—. Lo siento, tal vez no era más que humo. —Shabana levantó las cejas sin perder la corrección—. Un indicio falso —aclaró Frances—. Creí que tenía algún secreto del que se sentía culpable, y nosotros solemos asociarlo al sexo, aunque claro, también los hay de otros tipos.

Se inclinó hacia delante y volvió a llenarle la taza a Shabana. El movimiento le pareció propio de un sueño, como si pudiera repetirlo eternamente. Lo había hecho ante Yasmin, ante Samira, durante seis meses. Llenar la taza de café, pensó, y pasarla entre los barrotes de nuestras respectivas jaulas.

—No estoy segura de que la culpa sea suya —dijo Shabana—. Tengo la sensación de que es más bien al revés. Mire, nuestra religión no se caracteriza

por los excesos, señora Shore... ¿Le importa si la llamo Frances? Es una religión para hombres y mujeres con espíritu práctico. Al fin y al cabo, Mahoma fue soldado y gobernante, además de ministro de Dios. Sin embargo, hay personas como Raji, por ejemplo, que se pasan de prácticas. Raji es un verdadero hombre de negocios, siempre está volando de aquí para allá. Pasa una temporada en Londres, se marcha unos días a Nueva York. Reza, ayuna y cumple con todo lo que Alá dispone, pero cuando no está en el Reino, ¿quién sabe lo que hace? Es un tipo sociable. Y su jefe, el ministro, es igual que él.

—Por lo que me ha dicho Andrew, el ministro no cae demasiado bien a todos los miembros de la familia real.

—Podríamos decir que es verdad, sí. Es un hombre que valora mucho los compromisos. Igual que Raji. Por eso Yasmin sospecha que su conducta no es del todo ética.

Raji bebe y flirtea con otras mujeres, pensó Frances. ¿Quién soy yo para delatarlo ante la amiga de su esposa? Es posible que Shabana esté actuando como espía para Yasmin.

Sin embargo, enseguida pensó: Es ridículo, me he desquiciado, estoy paranoica. Se me ha instalado dentro esa sensación, la fase tres, como bien predijo ese psiquiatra indio.

—Cuando llegué aquí —dijo Frances—, tuve unas cuantas conversaciones con Yasmin acerca del islam. Se lo tomaba con mucha calma, hasta el punto de que pensé que era más bien liberal. Pero sólo me estaba dorando la píldora, lo cierto es que es una fundamentalista. ¿Sería ésa la palabra adecuada?

Shabana dudó un poco. Alisó los pliegues negros del abaya que había dejado sobre el brazo de la butaca antes de responder.

—Dejemos las cosas claras —dijo—. Cuando hablamos de fundamentalismo no nos referimos a una secta dentro del islam como hacéis los cristianos, que ya sé que tenéis diferentes Iglesias. Por supuesto, es cierto que existen diferencias entre los musulmanes de todo el mundo, pero el fundamentalismo va más allá de todo eso. Piénsalo bien, Frances, ¿qué significa esa palabra? Estamos pensando en lo más básico, en la verdadera esencia del islam.

—Ya comprendo el significado de la palabra.

—Claro que sí, no quería que sonara condescendiente. El caso es que no se trata de elegir entre diferentes doctrinas, o de sentir que una debería tener menos de esto o más de lo otro... La cuestión es mantener la fidelidad a la esencia. Cosas como el velo son sólo símbolos.

—Un símbolo puede ser algo muy poderoso.

—Cierto. Y he dicho que es un símbolo, no que sea algo secundario. A los occidentales, el velo os parece ridículo, pero no podemos resignarnos a aceptar vuestros prejuicios. Simplemente no podemos mirar al mundo occidental, a las demás religiones, y decir: «Sí, por favor, nos quedamos con esto que hacéis, y con esto otro, también, pero esta parte no nos interesa». No podemos tomar fragmentos, trocitos de vuestra cultura, y encajarlos en el islam. Mira, todo lo que dais... ¿Cómo lo dicen los norteamericanos?... Lo que dais por supuesto..., que la democracia es buena, que el liberalismo es bueno por sí mismo..., nunca nos ha parecido evidente que todas esas ideas sean ciertas.

—No forman parte de vuestro mobiliario mental.

—Sí, eso es. Vosotros crecéis con esas ideas, pero nosotros no. Por eso es tan difícil para la gente como yo, educada en Occidente, y para la gente como Raji, compartir vuestro estilo de vida. Incluso las cosas que tú consideras virtudes incuestionables, como la tolerancia, por ejemplo, para nosotros no lo son necesariamente.

—Lo entiendo. Yo tampoco estoy segura de que la tolerancia sea algo bueno. Hay cosas que me parecen intolerables.

—Y sin duda crees haber visto unas cuantas en el Reino.

—No soy como los que piensan que cuando vas a un país extranjero tienes que dejarte el criterio en casa.

—¿Y llegarías hasta el punto de imponernos ese criterio?

—Es probable. Si tuviera la oportunidad, sí.

Shabana esbozó una leve sonrisa.

—Es la gente como tú, Frances, la que promovió las cruzadas.

—Estoy segura de que tienes razón.

—Y sospecho que Yasmin y tú sentís una afinidad instintiva.

—Por eso nos hemos hecho amigas.

Mientras la observaba, Shabana iba jugando con sus brazaletes. Cogía uno entre el índice y el pulgar, se lo subía apenas un centímetro en el brazo y lo dejaba caer para oír el tintineo del oro contra el oro. Espero, pensó Frances, que la policía religiosa no te vea cuando regreses a casa.

—Pero me estoy desviando —dijo Shabana—. Su matrimonio, el de Raji y Yasmin, fue muy adecuado, por supuesto. Él era un muy buen partido para ella. Pero incluso en matrimonios de acuerdo óptimo como ése puede suceder que la pareja no comparta esa afinidad... Parece ser que coinciden en la mayoría de los temas, pero no comparten la misma idea sobre cómo hay que vivir.

—Andrew y yo también somos así.

—¿De verdad?

—Sí, tenemos formas distintas de enfrentarnos a las cosas. Él espera, y yo actúo.

—Entonces, él corre el riesgo de quedar aplastado por las circunstancias. Y tú, Frances, de estrellarte contra ellas. Si me permites un consejo..., ten cuidado. Este país no es buen lugar para la gente proactiva.

—¿Tú qué tipo de persona eres?

—Ah, yo soy igual que tú. Por eso he venido a verte. He pensado que Yasmin es amiga mía y lo está pasando mal, y que valía la pena intentar hablar con otra amiga suya, a ver si entre las dos conseguimos encontrar una explicación para la situación.

—¿Y crees que lo hemos conseguido?

—Creo que tal vez hemos encontrado explicaciones para otras situaciones.

—No podemos hacer gran cosa para ayudarla.

—He pensado en hablar con Raji y pedirle que acepte que su esposa lleve velo, si de verdad es lo que quiere. Pero ya sabes, el ministro de Raji es de la facción moderna. Cree en el progreso.

—Eso comprometería políticamente a Raji.

—Sin duda. Mira, no son buenos tiempos para los saudíes. Ya no son tan ricos como antes, y esto es una fuente de conflictos. No es ningún secreto que algunos de los príncipes más viejos tienen problemas de salud. La gente se pregunta qué rumbo tomará el país. Yasmin no es la única que comparte esa opinión. Creo que desprecia a su marido porque, como ya sabes, todos los

occidentales conocen a Raji. Ha hecho negocios con ellos. Es una especie de símbolo por sí mismo.

—¿Crees que tiene muchos enemigos?

—Por supuesto, sí. —Shabana recogió su abaya—. Pero ahora tengo que marcharme. Te daré mi número de teléfono, y si detectas algún tipo de crisis entre ellos, si los oyes discutir o algo, llámame, por favor. —Esbozó una amplia sonrisa mientras se envolvía con la tela negra—. A ver si así puedo salvar el matrimonio antes de que sea demasiado tarde.

Frances se puso de pie.

—Toma —le dijo, tendiéndole un bolígrafo—, escríbelo en mi libreta.

—¿Sabes lo que le iría bien? —dijo Shabana, después de anotar el número—. Mudarse. Huir de estos muros y puertas y encerrarse con otras mujeres. Nuestra cultura no lo exige. Siempre está con esa chica árabe, y creo que es una mala influencia. Tú ya sabes cómo es la vida de una mujer árabe, Frances. No son como tú o como yo.

—Me comentó que le gustaría mudarse.

—¿De verdad? Bueno, algo es algo. Quizá nos quede alguna esperanza. —Shabana se ajustó el velo por encima del pelo—. Sé que a él le gustaría que se mudaran a una bonita villa en Al Hamra, un lugar más acorde a su estatus, y se lo ha pedido varias veces, pero ella se niega. Siempre le dice que no, que quiere quedarse en estos apartamentos.

Hubo un momento, pensó Frances, en el que yo tampoco quería mudarme. Ahora sí me gustaría, pero aquella hierba, la *mehti*, se ha marchitado en la maceta. Según Andrew, la ha regado demasiado.

—Frances —dijo Shabana—, ¿te importaría salir a ver si mi chófer ya está en la puerta? Ese hombre tiene la mala costumbre de irse de compras, y no puedo esperar en la calle, no sería adecuado.

Frances salió a la calle de Gaza. El chófer la estaba esperando con los ojos cerrados, la ventanilla bajada y la radio encendida. Entró de nuevo, acompañó a Shabana por el vestíbulo y le abrió la puerta.

—No me atraen nada esas baldosas —dijo Shabana—, son demasiado saudíes, parecen ojos vigilantes. Gracias por el café.

A esas alturas, la llamada a la oración del amanecer la despertaba cada

mañana. Los sonidos matinales de la ciudad (el tráfico de primera hora, los aviones que llegaban al aeropuerto) le recordaban al estruendo de un aspirador eléctrico encendido de repente. El tiempo era cada vez más cálido, y los días se le hacían demasiado largos si no echaba una siesta. Pero si duerme por la tarde, luego se despierta con un sobresalto al amanecer, con la boca llena de saliva, náuseas y un peso en la boca del estómago.

Hacia las nueve de la noche, ya no puede con su alma. Se acuesta, pero no consigue dormir. Nota calambres por todo el cuerpo, el pelo le irrita la piel de la nuca y tiene la sensación de tener la almohada rellena de canicas. Dormita, sueña, se vuelve a despertar, escucha los sonidos nocturnos del apartamento y quizá algo más. «Si detectas algún tipo de crisis entre ellos, si los oyes discutir...» Después de la llamada a la oración del alba, Frances cae en un sueño profundo. Andrew se levanta a las seis. Se ducha y le lleva un café que acaba enfriándose junto a la cama. Apenas hablan, ella murmura algo, fragmentos incoherentes de un sueño, y él sale de casa de puntillas. A veces se distrae y la encierra en el apartamento, como al principio. Es como si Frances ya no existiera de un modo tan definido, tan firme como antes. Y, sí: está adelgazando.

Son más o menos las nueve cuando, por fin, consigue levantarse de la cama. Demasiado tarde teniendo en cuenta el clima tórrido: ya es media mañana. Se siente culpable. La gente confunde levantarse temprano con el valor moral, y en ella esa confusión es especialmente acusada. Entra en el baño, primero inspecciona el suelo, frente al umbral, por si hay cucarachas, y luego observa en el espejo su rostro hinchado.

Se siente débil, cada día más. Se obliga a entrar en la cocina, lava los platos del desayuno de Andrew y saca algo del frigorífico, una pieza de fruta o un yogur. No tiene ningún modo de saber qué ha ocurrido en las tres horas que han transcurrido entre las seis y las nueve, mientras estaba sumida en ese estado de enajenación, ese sueño paralizante que parecía más bien un trance. Podría haber sucedido cualquier cosa, en otros apartamentos, en otras habitaciones. Sin embargo, Frances ha renunciado a ejercer el control que en algún momento tuvo, o que al menos cree haber tenido, aunque ahora lo haya perdido.

Prácticamente el último día del mes, Frances fue al médico. Para la ocasión, pidió que Hasan la llevara en coche. Le sorprendió conseguirlo con tanta facilidad, puesto que Daphne apenas podía prescindir de su medio de transporte. Sin embargo, cuando Hasan llegó, la puso al corriente de la situación.

—Esta tarde, taller, señora Andrew —dijo, haciendo unos gestos alarmantes para indicar que la dirección no funcionaba como debía. Luego, como si se tratara de un término técnico, añadió—: Hecho mierda.

—Oh, Hasan, ¿qué has hecho?

Andrew le había contado que ya iba por el tercer embrague. Además, el coche tenía tres abolladuras en los laterales y rara era la semana que no se cargaba un intermitente o incorporaba un arañazo nuevo a la carrocería. Si se cargaba el coche de la empresa, ¿Eric encontraría fondos para reemplazarlo?

—¿Se puede arreglar? —preguntó Frances—. Es decir, ¿nos hemos quedado sin coche?

Hasan le lanzó una mirada furiosa. Hablaba la lengua franca de los chóferes, mecánicos y operarios de mantenimiento. La había aprendido durante la época en la que los europeos se habían encargado de esas tareas.

—No terminado, le digo. Este coche hecho mierda, señora: no jodido del todo.

El médico era inglés. Tenía una clínica moderna cerca de la fábrica de Pepsi-Cola.

—No nos conocemos, señora Shore —dijo, levantándose tras el escritorio y extendiendo la mano.

—No he estado enferma hasta ahora.

El médico tenía colegas norteamericanos y había adoptado sus giros dialectales.

—¿Cómo puedo ayudarla? —le dijo.

—Se me ha retrasado el período.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

—Ah, ¿no lo anota en un diario?

—Bueno, escribo un diario, pero no para eso.

—¿Algo más? ¿Náuseas por la mañana?

—Sí. Ahora que lo dice, sí.

Quiso saber más detalles. Su historial ginecológico.

—Haremos una pequeña prueba —le prometió.

—Pero es que no creo que pueda estar embarazada —dijo ella—. Estoy perdiendo peso.

—Señora Shore —preguntó el médico—, ¿está usted sometida a algún tipo de tensión emocional?

Hasan la dejó frente a la verja de la entrada. La excursión había sido en vano. El resultado del test de embarazo fue negativo y el médico la llamó por teléfono, le hizo más preguntas y le recomendó un análisis de sangre. Sin duda terminaría ofreciéndole un frasco de tranquilizantes. ¿Qué le ocurre, señora Shore? Doctor, tengo una imaginación neurótica.

En el vestíbulo, alguien andaba por delante de ella: una figura con velo que subía por la escalera. Ya no creo en la dama del velo, pensó; sé que es una ficción, una mentira. ¿Será alguien que ha venido a ver a Samira? La figura no se mueve como lo haría una visita, tiene demasiada prisa; tampoco de forma furtiva, sino más bien con determinación. Y lo poco que Frances pudo vislumbrar parecía contradecir algo en lo que se había fijado especialmente. Oyó aquellos pasos pesados, sin remordimientos ni culpabilidad, y apagó la luz del vestíbulo.

El diagnóstico del doctor era cierto: necesitaba unas vacaciones. Necesitaba marcharse de viaje, o una simple excursión, y pensaba hacerlo enseguida. Tenía que renunciar de inmediato a las costumbres monacales que caracterizaban su vida. De pie entre las sombras, esperó junto a la puerta principal, armada de paciencia. Se dedicó a escuchar su propia respiración, tan superficial, con el rostro vuelto hacia arriba, hacia el hueco de la escalera.

Habían pasado diez minutos cuando oyó el sonido de la puerta de un apartamento: el número cuatro. La figura volvió a bajar la escalera con la misma prisa y determinación de antes. Frances dio un paso adelante para apartarse de las sombras que le ofrecían las baldosas, con sus múltiples ojos de insecto, y bloqueó el paso a los pies de la escalera.

La figura se detuvo en seco. Era una silueta cubierta por una tela negra, sin

sorpresas discernibles, sin temor, sin desafíos, sin la más mínima expresión. Era alta y corpulenta. Frances levantó una mano. La figura retrocedió, pero no consiguió evitar el contacto. Le dio un tirón al abaya que le ocultaba el rostro y notó algo frío, algo metálico. Extendió la otra mano y se aferró al velo, pero un velo no es algo que pueda apartarse de un tirón. Puedes soñar que lo haces, pero llevarlo a cabo no es tan fácil, porque la tela negra queda enrollada alrededor de la cabeza. La cabeza se tensa hacia atrás, Frances recibe un empujón con una vehemencia poco femenina y se estrella contra la pared. Su cuello cede hacia atrás y la cabeza golpea las baldosas. Mientras tanto, la figura cruza el vestíbulo con dos largas zancadas y aprovecha el tiempo que ella tarda en recuperarse para salir primero por la puerta, luego por la verja, y desaparecer por la calle de Gaza.

Frances se levantó temblando. Se sorprendió al ver que no le dolía nada. No quedaron pruebas del encontronazo, más allá del frío que había notado en la mano al tocar el metal del cañón del arma. Se quedó con la mano abierta un momento, con los dedos extendidos para librarse de ese estigma invisible. Cúreme esto, doctor. Quíteme este dolor.

Rajab

1

La temperatura no había dejado de aumentar durante una semana y, de repente, el inminente verano adquirió una nueva dimensión. Toda la noche, mientras soñaban inconscientes bajo una sábana floreada, el calor se quedaba fuera, acumulando fuerzas en otras habitaciones para formar densos coágulos en las paredes. El cielo era blanco y escamoso, enfermo y debilitado por el calor. Frances recorrió la casa como una limpiadora, arrastrando la aspiradora y el cesto de la colada, con la cabeza gacha y el pelo recogido tras las orejas. El sábado habían alcanzado los treinta y seis grados, y ese día, los cuarenta y uno. En Riad, los cuarenta y ocho. Cada día suben más las temperaturas. El cielo es plumoso y sopla un viento tórrido que, con el polvo que transporta en todo momento, confiere un aspecto lunar a los solares vacíos. Esperas encontrar cometas, cráteres y furiosas formas de vida alienígena correteando a tu alrededor.

Se equivocaba al pensar que tenía demasiadas cosas por digerir. Aunque las tenía en la cabeza y en el cuerpo (el recuerdo de ese metal glacial, del tambaleo a los pies de la escalera), saber cosas no podía ser nocivo. No era lo que sabía, sino lo que podía llegar a saber lo que la convertía en peligrosa. Estaba germinando un desastre, Frances tenía una enfermedad transmisible.

Por eso opta por no decir nada. Por eso afronta cada mañana como si fuera la primera en la calle de Gaza. Por eso rechaza cualquier conversación seria y se limita a escuchar sin oír, a mirar sin ver. Andrew se había olvidado de llevarle un cuaderno nuevo y ella no se lo había vuelto a reclamar. Más valía no dejar nada por escrito. De todos modos, el propósito original del diario parecía haberse disuelto. No podía escribir a Clare ni a ninguna de las

personas con las que solía mantener correspondencia para contar la clase de cosas que había estado escribiendo en el diario últimamente. Se imaginaba lo que le habrían respondido, sin apenas reconocer el contenido de las cartas que ella habría mandado: «Bueno, no tenemos nada especial que contarte, en realidad. No hemos hecho gran cosa. Todavía hace mucho frío...». Sin duda alguna, traspapelaban sus cartas, les debían de parecer agotadoras y las debían de guardar en un cajón, donde dejaran de reclamar respuestas.

A Jeff Pollard, mientras compraba en el Mercado Internacional de Yeda, un miembro de la policía religiosa le quitó el emblema de Credit Suisse que llevaba alrededor del cuello. Sólo era una cantidad moderada de oro, en realidad, pero en ese asunto, como en otros, hay reglas distintas para los hombres y para las mujeres. Debería haberse gastado el dinero en un reloj, podría haber llevado un Patek Philippe y nadie se habría molestado. Pero en esos tiempos severos no son sólo los guardianes de la fe los que piensan que es de mal gusto llevar tu sueldo colgado alrededor del cuello.

Russel ya ha vuelto de Yemen.

Por toda la ciudad, la gente no para de extender rumores sobre despidos y ceses. Cuando se reúnen, los expatriados hablan sobre los agravios que sufren y sobre lo mal que los tratan los saudíes: miedo y asco en la barbacoa del día de San Patricio.

El calor empezaba a ser excesivo para ir a ver a Marion a pie, pero ella no parecía capaz de organizarse para acudir a Hastaquí. Las conversaciones con Marion nunca habían sido muy gratificantes, pero el mero hecho de estar en su casa ya era un placer para Frances: poder sentarse en una habitación con luz de día y, durante una hora, no sentir curiosidad ni intimidación.

El portero salió de su caseta al oír el timbre y dejó entrar a Frances en el complejo. Sin embargo, cuando llamó a la puerta, Marion no respondió. Frances echó un vistazo por la ventana: el salón parecía inusitadamente ordenado. Retrocedió hasta la caseta del portero y le señaló la vivienda con un gesto inquisitivo. Él negó con la cabeza, aunque parecía como si custodiara algún tipo de complicidad secreta.

Por eso decidió regresar a casa. Tenía que sortear una de las arterias principales de la ciudad, pero a media mañana nunca estaba muy concurrida y

no solía tener problemas para cruzar ante el semáforo. Un chico detuvo su Mercedes y la saludó con la mano. Cuando bajó del bordillo, pisó el acelerador a fondo, el coche salió disparado y Frances tuvo que saltar para que no la arrollara. Oyó que frenaba y, reprimiendo cualquier tipo de respuesta y con el corazón acelerado, se volvió para mirar al conductor, consciente de que no había sido un accidente.

—Eres un encanto, señora, eres un cielo...

Y vio que lo decía riendo, con desprecio.

Al llegar a casa, llamó por teléfono a Carla.

—Mira —le dijo Carla—, a mí también me ha ocurrido. No te lo tomes tan a pecho.

—Pero ¿por qué? —insistió Frances, al borde de las lágrimas—. Sólo quería cruzar la calle. Podría haber esperado. Lo habría dejado pasar.

—No nos quieren por la calle —explicó Carla con aire cansado—. Por eso lo hacen.

—He ido a ver a Marion esta mañana —le dijo a Andrew.

Él la miró con verdadero asombro.

—¿No lo sabías? ¿No te lo ha contado nadie? Russel la ha mandado a casa. Ha descubierto lo que había entre ella y Jeff.

Frances se lo quedó mirando, y su rostro evidenció cómo poco a poco iba comprendiendo lo ocurrido.

—¿Me estás diciendo que tenían un idilio? —Se sentó como suele hacerlo quien acaba de encajar una mala noticia—. No me había dado cuenta.

Andrew la miró con cierta exasperación.

—Pero si lo sabía todo el mundo...

—¿Desde cuándo?

—Meses.

—No lo sabía. Siempre le contaba lo asqueroso que me parece Jeff.

—Sí, ya me di cuenta, pero pensaba que lo sabías y que habías decidido decírselo de todos modos. Quiero decir que pensé que habías optado por no reprimirte sólo por el hecho de saberlo.

—Pero ¡nunca me dijiste nada! ¡Nunca lo comentaste conmigo!

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? No es problema mío.

—Y durante todo este tiempo, tú pensabas que yo lo sabía... Andrew, ¿nunca tienes la sensación de que te estás perdiendo algo?

—No creo que me esté perdiendo nada realmente importante.

Frances cruzó la habitación y descolgó el teléfono. No marcó ningún número; se limitó a escuchar el pitido crepitante de la línea.

—Escucha esto.

Andrew sostuvo el auricular ante la oreja.

—Cuando he llamado a Carla ya lo he oído —dijo Frances—. Luego he llamado a Turadup...

—¿Para qué?

—El motivo no importa. Te estoy explicando que se oye un zumbido, que se oyen chasquidos. ¿Qué dirías que es?

—Yo diría que es el típico teléfono del Tercer Mundo.

—No ha sonado siempre así. Ha empezado a ocurrir hace poco.

—Vamos, Frances —exclamó él, con una mirada de decepción—. No me vendrás con que tenemos el teléfono pinchado, ¿verdad?

—Tal vez lo esté.

—Sí, tal vez, mucha gente cree tener el teléfono pinchado. Pero los que siempre están pendientes de ese tipo de cosas son los que...

—Sí, ya lo sé. Los que están en la fase número tres. Los desquiciados. Los que llevan el parabrisas del coche tintado para ver el cielo más azul.

—Aunque estuviera pinchado, no tenemos nada que ocultar. No nos dedicamos a intercambiar trucos de fermentación por teléfono.

—No se trata de eso, ¿verdad?

—Para mí, se trata de que ciertas cosas podrían ser verdad..., pero no por eso puedo darlas por ciertas. —Intentó explicarlo, como si ella lo necesitara—. Porque si me las creo, estoy jodido, no puedo hacer nada. Y yo tengo que hacer cosas. Sólo pido un año más, Frances, tengo que seguir aquí a cualquier precio.

—¿Qué quieres decir con «a cualquier precio»?

Sin embargo, Andrew estaba pensando en el piso que iba a comprar. Los precios, para él, se pagaban con dinero. Para conversaciones como ésta, no hay conclusiones razonables.

Antes, Frances había llamado a Eric Parsons y éste había respondido al teléfono con un tono gracioso, creyendo que sólo lo llamaba para charlar un rato. Daphne iba siempre tan ajetreada que sus amigas a menudo le dejaban mensajes para ella. Por eso Frances tuvo que pararle los pies:

—Eric, por favor, no me hables como si te hubiera pedido prestado el robot de cocina.

—Entonces ¿de qué se trata, cielo?

Eric no tardó en quedarse estupefacto: en cuanto oyó lo que no quería oír. También contribuyó la delicadeza con la que ella consiguió expresarlo. Que creía que en el apartamento de arriba podría haber un alijo de armas, o un zulo, o una cámara de torturas, o un depósito de cadáveres. Que si era capaz de imaginar también lo que podría no ocultarse en ese piso.

—Creo que hay una conspiración de la que, sin querer, he acabado formando parte... —dijo ella.

—A ver, eso está clarísimo —la cortó Eric, furioso—. Y no deberíamos estar hablando sobre esto por teléfono. Ya te contaron lo que ocurría en el apartamento vacío. Y te advirtieron que tuvieras cuidado.

—Pero es que no se trata en absoluto de lo que os han hecho creer. Permíteme que corrija mis palabras: no es que crea que haya una conspiración. Es que lo sé.

—Basta, Frances —dijo él con una respiración exasperada que ella pudo oír con claridad—. ¿Andrew sabe que estás hablando conmigo?

—No.

—No. Me lo imaginaba. Ten en cuenta, cielo, que tu marido es el responsable de lo que hagas en este país. Te entiendo, por supuesto, vivís todas encerradas, cada una en su apartamento, tenéis que conoceros y eso está bien, habláis entre vosotras. Pero ¿no dicen que todas las mujeres son iguales en todas las partes del mundo? Pues mira, si te entrometes en esto..., si alguien llega a creer que puedes convertirte en una molestia, Frances, o que posees información que no te concierne, entonces sería Andrew quien se llevaría la peor parte ante la más mínima indiscreción.

—Pero es que creo que se ha cometido un crimen.

—Entonces recuerda que los saudíes acostumbran a meter entre rejas a los

testigos. —La voz de Eric había adquirido un tono oficial, una especie de rectitud pétrea—. Y si insistes en interferir contraviniendo todos los consejos que puedan darte, tendrás que aceptar las consecuencias. Ni la embajada ni el Ministerio de Asuntos Exteriores podrán hacer nada por ti. No moverán ni un dedo. Hay en juego varios acuerdos comerciales, y les importan mucho más que tú.

Se produjo una pausa antes de que ella interviniera de nuevo.

—¿Ni siquiera estás dispuesto a escucharme?

—No —dijo Eric, aunque utilizó un tono amable, cordial—. Estoy en primera línea de fuego, querida, y no me puedo permitir saber según qué cosas. Mira, superado un cierto límite, te conviertes en un indeseable, y ¿quién sabe lo que ocurre cuando eso sucede? Porque llega un punto en el que no te quieren por aquí pero, a ver si me entiendes, tampoco es que quieran que te marches.

—¿Y ya has conocido a alguien que haya alcanzado ese punto?

—Oh, no —dijo Eric—. No querría conocer a nadie así.

Pasaron unos días. Ella no hablaba con Andrew más que de temas triviales. Se sentía amenazada, y no quería que esa sensación afectara también a su marido. Por eso se propuso tener más cuidado en adelante, con la esperanza de que no se extendiera más, aunque tampoco lo veía posible. Había entrado en un mundo paralelo de cuya existencia llevaba tiempo sospechando, y en esos momentos no podía decir he perdido el mapa, no quería entrar, no volveré a hacerlo. Aunque también podía contarle, no tenía por qué tener efectos prácticos.

Volvían a casa en coche, ya había anochecido.

—Ahí está —dijo Frances.

Fue la verja lo que reconoció. Y estaba abierta, aunque el jardín había desaparecido. En su lugar había un bloque de oficinas rectangular, blanco, de cinco plantas, con tres escalones frente a una entrada enorme, una puerta con florituras de hierro forjado y cristales templados y tintados con cromo. Había una placa frente a la puerta: FUNDACIÓN BOHKARI PARA EL COMERCIO Y EL NEGOCIO.

Andrew redujo la velocidad. Parecía desconcertado.

—Ese edificio siempre ha estado ahí, Fran.

—No es verdad, no había nada. No seas tonto.

—De acuerdo, pongamos que lleva ahí unos cuantos meses.

—Tienes que estar equivocado.

—Mira —le dijo, con suavidad—. Si para algo tengo buen ojo es para los edificios, ¿vale? Lo que ves ahí puede que no sea un paradigma de arquitectura moderna, pero sin duda tampoco es para confundirse. Por favor...

Frances no respondió. Se limitó a desabrocharse el cinturón para poder darse la vuelta, estirando el cuello.

—Si quieres, doy la vuelta —dijo Andrew—. ¿Qué ocurre?

—Te lo cuento enseguida lo que ocurre —replicó ella, furiosa al ver que le hablaba como si fuera retrasada—. La última vez que vi esa finca tenía jardín. Con césped. El único césped que había visto desde mi llegada, y te lo dije. Ahora hay un edificio. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? ¿Cómo es posible que hayan construido un edificio sin que me haya dado cuenta?

—Pero si pasamos por aquí dos veces por semana. —Andrew estaba absolutamente desconcertado, Frances se lo notó en la voz—. No ha aparecido de la noche a la mañana. Lo terminaron antes de Navidad.

—¿Cómo pudieron hacerlo? ¿Cómo?

—Daré media vuelta, para que puedas verlo de nuevo. Haré un «ciento ochenta», como dice Jeff.

—Da igual —dijo ella con el ánimo sombrío—. No es necesario.

—Quiero satisfacerte.

Dio media vuelta tan pronto como pudo y pasó junto a la verja una vez más, muy despacio. En efecto, el jardín había desaparecido, igual que la villa desvencijada con el tejado de zinc y la lámpara colgada que se balanceaba envuelta por un frenesí moteado de mariposas nocturnas.

—No te preocupes —dijo él—, durante las primeras semanas en Yeda pasé por lugares que juraría no haber vuelto a ver desde entonces. Y sin embargo deben de seguir allí, sé que siguen allí, lo que ocurre es que tan sólo los percibimos desde otro ángulo. Y, por supuesto, sin perder de vista la calzada.

—No es mi caso.

—No, pero sin duda debes de haberte ofuscado. Esta ciudad cambia muy deprisa.

¿Quién lo habría dicho? ¿Quién podría haber creído que podían erigir un edificio de cinco plantas aprovechando que estabas de espaldas, aprovechando que estabas distraída? Frances había estado pendiente de la ciudad externa, pero la interna es mucho más importante, porque es la que construyes en tu cabeza. Seguramente es ahí donde surge la estructura, y surge más allá de cualquier planificación posible.

Andrew detuvo el coche delante de Hastaquí.

—Fairfax llegará dentro de unos días —dijo él—. De verdad, esta vez sí. Hablé con él por teléfono, ya tiene el visado. Iré a recibirlo al aeropuerto. —Salió del coche, cerró la puerta con llave, abrió el maletero y sacó las grandes bolsas de la compra de color marrón—. ¿Te parece bien que lo invite a cenar a casa algún día?

—Sí, claro.

—¿Seguro que no será una molestia para ti? Es que te veo preocupada, Fran.

—No, me apetece, de verdad. Hace tiempo que quiero conocerlo.

Cogió una de las bolsas y cargó con ella como si fuera un bebé pesado. Andrew apoyó una bolsa contra el muro exterior y la sostuvo con una rodilla mientras buscaba la llave para abrir la puerta. Sin embargo, Frances empujó la verja con el pie y dijo:

—Mira. Está abierta.

—Pues no debería estarlo —repuso Andrew—. Se supone que la verja tiene que estar siempre cerrada con llave.

La puerta del bloque también estaba entreabierta.

—Quizá Raji está entrando y saliendo —sugirió ella.

Andrew abrió la puerta del apartamento y Frances se dio cuenta enseguida de que había sucedido algo. Cuando encendió la luz, Andrew se quedó de piedra. Se quedó mirando el caos que reinaba en el salón y, con mucho cuidado, dejó las bolsas de la compra en el suelo.

—Otra vez —dijo—. Bueno, que no cunda el pánico, déjalo todo tal como está. Primero, echaremos un vistazo.

Ya les habían robado en varias ocasiones en África. Tantas, de hecho, que se había convertido en una especie de rutina. Por eso, Andrew se tomó con calma el hecho de recuperar aquellas viejas sensaciones: un incordio moderado, aceptable; algo de resignación, y una fachada calmada, inmune. Frances, en cambio, se veía incapaz de acostumbrarse a algo semejante. Corrió de una habitación a otra, barriéndolas todas con la mirada. El guardarropa estaba abierto de par en par, habían arrancado muchas prendas de las perchas y las habían dejado esparcidas por la habitación. Y habían sacado los cajones del mueble.

—Se han llevado la cámara —señaló ella.

—Primero, comprobemos si se han llevado el dinero.

Todavía tenían el efectivo que guardaban para los gastos domésticos. El fajo de billetes seguía oculto en su sitio, bajo el tocador. No era muy práctico tener que levantar el mueble cada dos por tres, pero había quedado demostrado que valía la pena.

—Creía que me estaba pasando aplicando todo lo que aprendí en África —dijo Andrew—. Pero ahora veo que no.

Volvió a colocar el tocador en su sitio, con indiferencia.

—¿Has encontrado el resto?

Del interior del Corán sacó seis billetes de color púrpura de quinientos riyales, intactos, inmaculados.

—Muy buena —dijo Andrew—. Aunque uno nunca puede estar seguro de si los ladrones sabrán leer.

—¿Avisaremos a la policía?

Él echó un vistazo a la sala de estar. Era evidente por dónde habían entrado los ladrones: por el ventanal de la puerta corredera. El listón de madera que debería haber bloqueado el carril por el que se deslizaba la puerta estaba encima de la alfombra. No lo habían forzado, sino que lo habían quitado desde dentro.

—Has olvidado colocarlo antes de salir —indicó Andrew, y al ver la cara que puso su esposa, suavizó el comentario—. No te estoy culpando. Sé que de vez en cuando te apetece tomar un poco el aire, son cosas que pasan.

—Cuando quiero tomar el aire subo a la azotea. Yo no he sacado el listón

de madera.

—Tienes que haber sido tú. ¿Quién podría haberlo hecho si no?

—Nadie.

—Pues mira —dijo, recogiénolo del suelo y mostrándoselo—. Aquí está.

Y digo yo que no se habrá apartado solo.

—No entiendo cómo ha podido ocurrir.

—El casero no ha venido más, ¿verdad?

—Mientras yo estaba en casa, no. Pero supongo que debe de tener llaves.

—¿Quién más ha estado en casa?

—Sólo Yasmin. Ah, y Zarzaparrilla. Me trajo un plato de algo y yo le di otra cosa a cambio.

—¿Y se quedó aquí dentro sola?

—No más de un minuto.

—Es justo como lo cuentan: el servicio es quien deja entrar a los ladrones. Se codean con gente turbia cuando tienen un día libre y ya lo ves, les explican lo que sueles hacer y cómo es la finca, y antes de que te hayas dado cuenta ya te han vaciado el piso.

—Pero Zarzaparrilla no sale de casa. No la dejan, de hecho. Está demasiado asustada para salir.

—Muy bien. Así pues —dijo Andrew con indiferencia—, si no ha sido ella, tiene que haber sido Yasmin. Una idea es bastante menos ridícula que la otra, pero allá tú, elige la que más te guste.

Habían revuelto los papeles sobre el escritorio, y habían abierto cartas. Andrew las movió con cuidado, con la punta de un dedo.

—Apuesto a que lo han hecho trabajadores temporales. Yemenís, o de cualquier otro país por el estilo. Creen que metes billetes en las cartas que le mandas a tu madre. No se han llevado el vídeo, ¿verdad?

—Se han llevado los candelabros de Thamaga, y algo de comida que guardábamos en el frigorífico, también. Huevos y cosas así.

—Pues ahí lo tienes. No parece obra de un profesional, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo parece. A menos que se trate de todo lo contrario, de alguien muy profesional. Profesionales encubriéndose como si fueran torpes

aficionados.

—Veo que sigues con tus novelas de detectives. —Andrew cruzó la estancia, envolvió a Frances entre sus brazos, la atrajo hacia él con suavidad y la meció sobre su hombro. Ella se sintió ligera y frágil bajo las manos firmes de su marido; apenas un conjunto de huesos. Y apenas sintió consuelo—. No pasa nada, Fran. No creo que nos hayan robado nada demasiado valioso. —La abrazó con más fuerza y siguió meciéndola con solidez y tranquilidad: uno de los cuerpos de élite de la guerra sexual, volviendo a casa para visitar a la familia—. Mira, no te dejes llevar por el pánico, Fran. Podría haber sido mucho peor. —La estaba consolando porque había sido ella quien había dejado entrar a los ladrones. Si había dado tantas vueltas a la teoría de la criada, había sido para eximirla de la culpa.

—Ojalá me creyeras —dijo ella—. Pero si no puedes, da igual. Al fin y al cabo, no soy más que una mujer y, como tal, incapaz de controlar mis actos.

Se liberó del abrazo y recorrió todas las habitaciones, una por una. Oyó cómo Andrew cogía el teléfono y hablaba: sereno, campechano, masculino. Incluso le oyó soltar una carcajada. Frances entró en el dormitorio, se sentó en la cama y repasó los vestidos de verano que habían quedado tirados por el suelo de cualquier manera. Habían revuelto el cajón en el que guardaba el maquillaje, seguramente buscando joyas, y entonces se dio cuenta de que la tortuga de esteatita ya no estaba sobre su mesita de noche. ¿Quién iba a llevarse una tontería como ésa? ¿Cómo lo sabían? ¿Qué sexto sentido les indica cuáles son los objetos insignificantes que no soportarías perder?

Andrew apareció en el umbral. No se había ofendido, comprendía el arrebato de su esposa. ¿Qué es un simple graznido cuando te han invadido el nido?

—He hablado con Eric —dijo Andrew—. Dice que a menos que hayamos perdido algo importante, no deberíamos llamar a la policía. Para empezar, eso nos obligaría a deshacernos de todo el alcohol que tengamos en casa. Esparcirían por todas partes ese polvo que usan para detectar las huellas dactilares y nos arruinarían las alfombras, porque no se puede limpiar. Además, tendría que ir a comisaría y, según él, podría llevarme toda la noche; tendría que ir con Hasan, como intérprete, rellenar un montón de formularios y

todo para nada, porque nunca acaban deteniendo a nadie por este tipo de delitos.

—Y si lo hicieran...

—Sí, tienes razón. No querría lastrar mi conciencia con algo así. ¿Qué hay de tu ropa? ¿Se han llevado muchas cosas?

—Creo que me lo han dejado casi todo. Aunque tampoco lo sé seguro.

—¿Nos ponemos a limpiar, pues?

Ella se puso de pie, cansada.

—Creo que será lo mejor, sí. Recojamos todo lo que hay por el suelo y volvamos a guardarlo en los armarios. Ya me encargaré yo del resto mañana.

Me pregunto si se habrán llevado mi diario, pensó. Andrew le dedicó una mirada inquisitiva, y adoptó una expresión seria y responsable, con el ceño fruncido.

—Estás pálida —dijo él.

—Es por el susto que me he llevado.

—Será mejor que pongas los pies en alto. Deja que lo recoja yo todo. Y te prepararé una taza de té.

—¿Qué hay del whisky escocés que nos regaló Rickie?

—Buena idea. ¿Dónde está?

—Bajo el fregadero de la cocina. Junto al matacucarachas y las botellas de lejía.

Andrew sonrió.

—Es un buen lugar para ocultarlo. Las botellas de lejía no interesan ni siquiera a los que nos han robado. Te serviré un trago largo, Watson.

—Gracias, Holmes —replicó ella.

Frances ni siquiera se movió. No se sentía con fuerzas, estaba descorazonada, parecía como si no tuviera músculos en las extremidades. La capacidad de recuperación de Andrew, pensó, es increíble. Se estaba planteando si debería ofenderse por tanta indolencia cuando oyó su voz desde la cocina.

—Qué cabrones —exclamó Andrew.

Fue corriendo hasta la cocina para ver qué le ocurría y se encontró a Andrew examinando los restos de la botella de whisky con el ceño fruncido.

La habían estrellado contra el escurridero.

—Bueno —dijo Frances—, al menos alguien se lo ha pasado bien esta noche. Si se la han bebido antes, claro. Puede que se hayan limitado a vaciarla por el desagüe.

No sabría decir qué le pasó por la cabeza, pero el caso es que intercambió una mirada con Andrew y éste reaccionó dando media vuelta y corriendo hacia el baño pequeño, donde guardaban el vino. En cuanto abrió la puerta, les impactó el olor acre y alcohólico que emanaba de las garrafas volcadas. Casi tangible, el hedor recorrió el pasillo y acabó impregnando todo el apartamento.

—Atrás —dijo él—. Hay cristales rotos por todo el suelo.

Habían llegado a acumular veinticuatro botellas dentro de una caja de cartón que también había quedado hecha jirones. Los restos flotaban sobre la marea espumosa que había escapado de las garrafas: una cochambre de levadura, agua y fruta a medio fermentar. Desde detrás, Frances le tocó el codo.

—Imagínate cómo le sentará todo eso al desagüe.

Sin embargo, él no estaba de humor para chistes.

—No me habría importado que se lo hubieran bebido —confesó Andrew—. No me habría importado, de verdad.

—Creo que han querido dejarnos un mensaje —dijo Frances.

—¿Un mensaje? ¿Robamos a los jauayís y los salvamos del pecado? ¿Te refieres a eso?

—Algo así.

—No lo creo —discrepó Andrew—. Me parece que lo único que les interesa, desde el Consejo de Ministros hasta el más común de los ladrones, es asegurarse de que lamentaremos el día en el que pusimos los pies en este país de mierda.

Ella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Creí que estabas dispuesto a quedarte a cualquier precio.

—No hace falta que me recuerdes lo que dije. Quería ver el proyecto terminado. Dijeron que lo pensaban construir y me comprometí a llevarlo a cabo. No pienso dejarme asustar por los caprichos de mi maldita imaginación.

—Andrew había adoptado un tono realmente peligroso, como el de un pirata amotinado.

Frances se fijó en su expresión y le vino a la cabeza lo del elefante en la cacharrería. Parecía que hubiera estado aspirando los vapores del alcohol, como si los hubiera absorbido a través de la piel. Y le dio miedo, temió los impulsos que pudieran apoderarse de él. Unos meses atrás, se habría reído ante una situación como aquella. Tal vez la habría descrito en alguna de las cartas que mandaba a casa: dos figuras cómicas y patéticas, estrujándose las manos, rodeadas por un mar efervescente de color rosa pálido. Sin embargo, en esos momentos, incluso por encima del fuerte olor a fermento, Frances notó la violencia que flotaba en el aire, detectó la concentración furibunda con la que el intruso había actuado, destrozando cada botella contra las baldosas y observando los fragmentos resultantes, era de suponer, con las manos y los pies manchados de sangre y de aquella marea espumosa y alcohólica.

Andrew le puso las manos en los hombros.

—¿Sabes esas jaulas de los juicios terroristas de Italia? —dijo él—. ¿Esas celdas de cristal que tienen para los acusados?

—Sí, las he visto en foto.

—No las has visto. No se puede fotografiar el cristal.

—Pues he leído sobre ellas.

En los informes se describen las celdas y acabas creyendo que las tienes delante. Ves a los prisioneros con la frente apoyada en una de esas paredes de aire, con los gestos restringidos por grilletes invisibles.

—Un montón de personas pasaron meses y meses encerrados en celdas de ese tipo, apiñados —dijo Andrew—. Hace unos años, dos terroristas mantuvieron relaciones sexuales dentro de la celda y, nueve meses más tarde, cuando el proceso judicial todavía estaba en curso, la terrorista dio a luz a gemelos.

—Sí, creo que recuerdo ese caso.

—No paro de pensar en esos terroristas, supongo que de algún modo me identifico con ellos. Viven una especie de parodia en lugar de una vida real, dentro de esas jaulas de cristal, y creo que a mí me ocurre algo parecido. A medida que pasan los meses, tengo la sensación de haber sido condenado por

algo. Y sí, antes de que me lo preguntes —añadió, muy serio—, me refería a eso con lo de los antojos de mi maldita imaginación.

Ella se liberó del abrazo.

—Tengo que despejar todo esto. Voy a limpiar este desastre.

—Lo haré yo. Tú siéntate.

Frances entró en la sala de estar y se acercó a su escritorio. Habían sacado algunos cajones, aunque eso no la alarmó lo más mínimo. Al fin y al cabo, no los utilizaban para guardar nada importante.

—Nos han robado los sellos de correos —dijo, en alto, y la voz de Andrew respondió con un tono absolutamente práctico, objetivo:

—Era de esperar.

Uno de los cajones estaba volcado sobre la alfombra. Frances pescó su diario entre todo el jaleo y les echó un vistazo a unas cuantas páginas. Estaba intacto, inmaculado. Ni la más mínima huella grasienta en las páginas, ningún borrón que no hubiera estado ahí ya antes del saqueo. Si tuviera que someter mi vida a escrutinio, pensó, empezaría por allí. Aunque había abandonado bastante el diario. Se le habían terminado las páginas, se le había acabado el espacio y le había parecido que también tenían que dejar de suceder cosas. ¿Habría encontrado algo, de haber tenido a mi disposición los medios de la policía? ¿Todas esas lupas, las probetas y el polvo de grafito que tanto manchaba las alfombras? Se había acercado el libro a la cara, como si estuviera buscando algo: el tufo a sudor alienígena, a nitroglicerina, y el olor metálico de la sangre.

Daphne la llamó al día siguiente para consolarla.

—Mira, creo que ha sido un acierto no involucrar a la policía en esto —le dijo—. Sólo habría servido para empeorar las cosas, y mucho. Como dijo Eric, podrían haberte detenido a ti. Ése es el problema que tiene este país. Aunque no sea cierto, siempre tienes la sensación de estar haciendo algo malo.

—¿Hasan puede llevarme con el coche de la empresa? —preguntó Frances—. El médico me ha llamado y quiere hacerme unas pruebas.

—Puedo recomendarte un ginecólogo —dijo Daphne con tono afable.

—Creo que necesito otro tipo de médico.

—Ah, bueno. No es nada grave, ¿verdad, Frances?

—Seguramente no —respondió, y de repente lamentó haber iniciado la conversación—. Daphne, por favor, no lo vayas contando por ahí. No extiendas el rumor de que estoy enferma.

Daphne reaccionó con asombro.

—¡Pues claro que no! Te aseguro, cielo, que lo que me confies a mí no saldrá de aquí.

Embustera, pensó Frances.

—¿Qué me dices del coche, pues?

—Hay un pequeño problema: todavía está en el taller. Y cuando vuelva se lo llevará ese tal Fairfax. Tendrás que pedirle a Andrew que se tome un par de horas libres durante el día para acompañarte.

—No me parece que sea una buena idea. Me refiero a lo de dejarle el coche a Fairfax. Se perderá. Es la primera vez que viene, alguien debería acompañarle.

—A mí tampoco es que me vuelva loca esa idea —dijo Daphne, aunque pensaba en el taller de batik que se perdería a falta de chófer—. Pero Eric dice que no tiene los recursos necesarios para comprar otro coche.

—¿Y para qué tiene a Hasan?

—Querida, ¿tú te fiarías de Hasan durante tu primera visita al Reino? Ese hombre sólo piensa en cómo te abandonará a la primera de cambio para refugiarse en uno de esos salones de fumadores que frecuenta. Me ha dejado tirada un montón de veces.

La voz de Daphne siguió sonando de fondo. Frances se la imaginó titubeando en la acera, frente a la *pâtisserie* francobelga, con unos cuantos pasteles de nata derritiéndose dentro de una caja que sostenía entre las puntas de los dedos, examinando el tráfico con desesperación junto al zoco del oro, bajo la luz tórrida del sol de la mañana, quemándose la piel con los colgantes étnicos baratos que llevaba alrededor del cuello.

—Fairfax tendrá que buscarse la vida para desplazarse —sentenció Daphne.

Frances consultó su reloj. Estaban pendientes de la llegada de Fairfax, con la cena en el horno.

—Qué pensará de nosotros —dijo Andrew.

—¿Sobre tú y yo?

—No, sobre todos nosotros. Los jauayís.

—Me imagino que le pareceremos patéticos —opinó Frances.

Mientras ponía la mesa, amplificó el enunciado que resonaba en su mente. Las pagas todavía no habían llegado, y eso que la luna llena ya llevaba menguando unos cuantos días. La alarma y el desánimo estaban a la orden del día.

—Ojalá hubieran sido francos con nosotros —decía la gente.

Se hablaba de la «desinformación saudí». Las empresas se trasladaban, renunciando a las facturas impagadas por parte del gobierno. El tono de las conversaciones de los expatriados se había vuelto más inmaduro y receloso que nunca, todo eran notas de quejas perennes. Los editoriales de los periódicos culpaban de ello al mal gobierno de los jauayís, alegando que permitía la corrupción y la proliferación de amenazas.

—El hecho de tener dinero pervierte a la gente —afirmó Frances—. Es como si el miedo a no tenerlo los convirtiera en peores personas.

—No seas tan mojigata —dijo Andrew—. Tú también eres una persona.

—Me refería a los saudíes. Aunque para ser sincera, con el paso del tiempo tengo la sensación de parecerme cada vez más a ellos. Tal como yo lo veo, somos dos aspectos distintos del mismo problema.

Todo lo que tenían en el piso, todo lo tangible, estaba limpio y ordenado. Para poder ofrecerle una copa a Fairfax, habían pasado a buscar algo de vino a casa de Jeff Pollard. Estaba de mal humor porque se había quedado sin amante. Acusaba a Russel de estar acosándolo, de difamarlo entre los inquilinos del complejo y de fomentar discusiones alrededor de la piscina. Decía que tendría que mudarse y que albergaba esperanzas de que Terrex Mining le cediera una de las casas que tenía en propiedad.

—Llevaos una caja entera —dijo con desánimo, nada más abrirles la puerta—. Total, no tengo previsto celebrar nada.

Fairfax se estaba retrasando. Frances bajó la temperatura del horno, todavía con esperanzas. Se sirvió una copa de vino y se sentó junto a Andrew.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de mudarnos al complejo de Terrex? —dijo ella.

—¿Quieres seguir los pasos de Jeff? Eso dará pie a más rumores.

—No es eso. Es que Daphne dijo que lo preguntaría.

—Hablaré con Eric. Podría decirle que estás muy deprimida por culpa del robo y todo eso.

A ver si ese ladrón, pensó Frances, resultará que me acaba haciendo un favor. Fingiré que sufro una neurosis sin remedio por culpa de las puertas correderas; les diré que no me acostumbro, que no consigo dormir por las noches. Recurriré a todas mis debilidades, a la mujercita que llevo dentro: ésa será mi manera de liberarme, de conseguir que nos larguemos de aquí.

Se levantó para echar un vistazo a la comida. Eran las nueve en punto cuando sonó el timbre.

—¡Ha llegado! —oyó gritar a Andrew desde el recibidor.

—Me he perdido y no había manera de encontrar el camino —le respondió Fairfax.

—Debería haber ido a buscarle.

Fairfax se quedó de pie frente a la puerta. Era un joven alto y de apariencia bastante frágil. Su palidez era casi transparente y, puesto que acababa de llegar de Inglaterra, también lo era su sonrisa. Tenía el pelo rojizo y oscuro, fino como una telaraña, liso, demasiado largo y con un peinado pasado de moda. Y tenía la mirada ingenua. Llevaba un traje delgado de color gris, el uniforme de los ejecutivos que están de viaje, y sujetaba algo en la mano que ocultaba tras la espalda. Le tendió la otra mano a Andrew.

—Ya sé que es la quinta vez que nos saludamos —dijo—, pero aquí es costumbre, ¿no?

Andrew respondió a la cortesía con un apretón de manos.

—Encantado. ¿Cómo está?

—Peor —dijo Fairfax—. Mucho peor que cuando hemos salido, a las dos. Desde entonces, he sufrido lo que no está escrito. Lo mío acabará siendo un relato admonitorio y aparecerá publicado en el boletín de la empresa. «Salió a vender aires acondicionados y volvió con el alma llena de cicatrices.»

—Sí, ya sé a qué se refiere —dijo Andrew—. Deben de haberlo llevado a conocer al ministro. Entre, necesitará una copa. Ah, le presento a Frances.

Fairfax bajó la mirada al verla. Entonces sacó el ramo de rosas blancas

que había escondido tras la espalda y lo tendió hacia ella con timidez.

Frances se secó las manos en el delantal.

—Rosas en Yeda —exclamó—. Oh, Fairfax, deben de haberle costado un ojo de la cara.

Fairfax abrió unos ojos como platos, como si hubiera revivido el momento de la adquisición.

—Le he preguntado al tipo de la tienda si me estaba tomando el pelo, pero parece ser que no. Da igual. ¿Nunca le compra flores?

—Ah, Andrew no se lo puede permitir. Está ahorrando para comprarse un piso en Londres.

—Eso está muy bien —dijo Fairfax—. A ver si consiguen un lugar bonito y puedo quedarme en su casa cuando visite la ciudad. No soporto los hoteles. — Había reaccionado con seguridad al ver a Andrew, pero le desconcertó ver a Frances, y se la quedó mirando un buen rato—. Tengo la sensación de que la conozco de algo.

Frances le tocó el codo para invitarlo a pasar al salón.

—Siéntese, Fairfax.

—Se llama Adam —señaló Andrew—. Que parece que estés hablando con el mayordomo.

A ella no le sorprendió el nombre. Le pareció adecuado. Fairfax tenía ese aire de las personas que quedan impresionadas por las diferentes cualidades de cada momento, el aire de quien ve el mundo como algo nuevo e impredecible. Debía de rondar los treinta años, pero Frances había decidido tratar a los hombres que tenía a su alrededor como a niños, por mucho que Eric le hubiera dejado claro la responsabilidad del varón sobre los actos y pensamientos de la mujer.

—Prefiero seguir llamándole Fairfax —dijo Frances—. ¿Sabe? Aunque no nos conocíamos, hace tiempo que le esperaba. ¿No se lo ha contado mi marido?

—Sólo hemos hablado de trabajo —respondió Andrew.

—Bueno, pues explícaselo ahora. Disculpadme, tengo que poner las flores en agua.

Entró en la cocina, se detuvo junto al frigorífico y sonrió, sin hacer nada,

saboreando el momento. De vuelta en el salón, Fairfax había doblado su espectacular estatura para encajonarla en una silla. Tenía un aspecto aviario, para nada depredador; era vulnerable y afilado al mismo tiempo: un comercial de la mejor clase.

—Puesto que nunca compramos flores —dijo ella—, tampoco tengo jarrones. Tendréis que beberos lo que queda en esta garrafa entre los dos, así podré utilizarla para poner las flores. El resto del vino ya lo sacaremos de las botellas. Tenga cuidado con el sedimento, Fairfax. Este vino lo hizo Jeff Pollard.

—Ah, Jeff —exclamó Fairfax—. ¡Menudo tipo! Todo el mundo habla sobre el idilio que mantuvo con esa pobre chica, ¿puede ser? Va más allá de lo imaginable, al menos para mí. ¿Conocen ese poema? «¿Por qué hay tantas chicas encantadoras e inteligentes / casadas con hombres imposibles?» Pues ocurre lo mismo con los idilios, ¿no creen?

—No desperdicie su compasión con Marion Smallbone —dijo Andrew—. No es precisamente una mujer encantadora. Ni inteligente.

—Ah, pero en comparación —insistió Fairfax. Se incorporó un poco en la silla y entrelazó los dedos— seguro que era demasiado buena para Pollard. He visto especímenes mejores que Jeff en la sección de reptiles del zoo.

—¿Cómo es el resto del poema? —preguntó Frances.

—Ah, habla sobre hombres holgazanes, analfabetos, sucios y taimados. Hombres que te obligan a inventar excusas cuando te acompañan y te encuentras con alguien. Hombres intolerables, colmados de autocompasión. Pero luego, el poeta que lo escribió se pregunta si de verdad pueden ser tan malos, si no será más bien que idolatra a las mujeres.

—¿Y usted?

—Sí. —Fairfax pensó en ello y pareció sorprenderse con la conclusión—. Puede que sí.

—Entonces no soportaría vivir en Yeda. Este lugar no es para los hombres que aprecian a las mujeres.

—Nosotros no somos como los saudíes ni mucho menos —dijo Andrew.

—No, pero es como si colaborarais con ellos. —No se había dado cuenta de lo que pensaba hasta que oyó sus propias palabras saliéndole de la boca—.

Recibí una carta de Marion. ¿La has leído, Andrew? Ha mandado a sus hijos con su madre, que es mayor y tiene un pisito en Nottingham. Russel y ella se están divorciando, y Marion tendrá que vivir del subsidio que le concedan. El idilio empezó —dijo, volviéndose hacia Fairfax— porque él siempre tenía que ir a casa de ella para desatascarle el baño. Bueno, mejor no incidir en eso. Probablemente no hay esperanzas para la gente así, estén juntos o separados. ¿Conoce usted muchos poemas, Fairfax?

—Muchos, para ser un experto en aires acondicionados.

—¿Cómo es posible que se haya perdido? Le mandé un mapa. ¿Andrew no se lo dio?

—Sí, pero me temo que no he acabado de entender este lugar. Las señales de tráfico me mandaban todo el rato a lugares a los que no quería ir.

—Es mejor ignorarlas —dijo Andrew.

—¿Sí? ¿De verdad?

—A mí se me daban bien los mapas —dijo Frances—. Era mi forma de ganarme la vida. Debo de estar perdiendo facultades.

Salió del salón para ir a buscar la comida. La carne había quedado seca y las verduras estaban blandas, pero Fairfax se lo comió con mucho gusto tras colgar la chaqueta en el respaldo de la silla. La felicitó por la comida, y Andrew pensó que era un lameculos, se le notaba en la expresión. Se notaba que se estaba preguntando cómo era posible que un tipo especializado en aires acondicionados se esforzara tanto en ser encantador. Sin embargo, Frances había decidido centrarse en su invitado. En su presencia, podía respirar con más facilidad, sin tanta tensión en los hombros. El vino de Jeff era dulzón como un jarabe, nada que ver con la fermentación ácida que solía preparar. Tenía un sabor reconfortante, como una especie de zumo caliente de grosella negra y, aun así, no le faltaba graduación. Frances se sentía lánguida, capaz de dormir bien y de despertarse en algún lugar mejor. Clavó un codo en la mesa y apoyó la mejilla en la mano abierta.

—Hacía tiempo que quería conocerle.

Fairfax reaccionó al comentario con modestia, y con la mano se peinó hacia atrás un mechón de ese pelo de aspecto plumáceo.

—La gente siempre me dice que soy un soplo de aire fresco, pero es una

broma típica del gremio. Bueno, la única; sólo tenemos ésa. Somos más bien serios los que nos dedicamos al aire acondicionado.

A continuación, Fairfax se puso a hablar de su trabajo, del aire acondicionado que había que instalar en el edificio de Andrew, y el sucedáneo de un porte reverente se apoderó de él. Era una especie de peso ingrávido, parecía un colegial al que hubieran encargado imitar al gobernador del Banco de Inglaterra para la obra de final de curso. A pesar de todo, Andrew quedó impresionado. Mientras comían queso y tomaban café, pudo visualizar su edificio terminado con sus fuentes de fuego, sus frondosos bosques interiores, su maqueta del sistema solar y sus muros de iceberg. Alargó un brazo, con los ojos perdidos en algún lugar de su propia mente, y le rellenó el vaso a Fairfax. Respiró el aire silencioso que ese hombre se encargaría de crear y de hacer circular: sin polvo, perfumado, alpino.

—¿La estamos aburriendo? —le dijo Fairfax a Frances de repente—. Podemos hablar de esto mañana por la mañana.

—No pasa nada.

—Apuesto a que sé lo que decían los tipos que oyó en el avión. En la oficina soy el imbécil oficial.

—A mí me tienen por el chico de los recados —dijo Andrew, abriendo otra botella de vino—. ¿Le apetece un poco de vino de Ribena, Fairfax? —añadió—. Éste no es como el que prepara Jeff. Nos lo dio él, pero debe de habérselo robado a alguien.

—En cualquier caso, si estoy aquí sólo es porque el tipo que debería haber venido todavía es más incompetente que yo. Rellenó el formulario para solicitar el visado y donde ponía «Religión» va y pone «Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días». Supongo que los saudíes se lo tomaron a cachondeo, pero el caso es que no lo dejarán entrar en la vida. Hay que poner «Cristiana», ¿verdad?

—Sí. No les interesan las distinciones —dijo Andrew—. Y también prohíben la entrada a los ateos.

—Me contaron toda clase de cosas sobre Yeda antes de venir. «Le gustará, Fairfax», me decían. «Es como estar en *Las mil y una noches*.»

—Y ahora que ya ha llegado, ¿qué le parece?

La sonrisa se le marchitó en los labios, y dejó la copa sobre la mesa un momento.

—Hay que estar loco para querer vivir aquí, Andrew. No me he sentido seguro ni un solo minuto.

—Parece ser que los saudíes están bastante tensos últimamente. Intentan mantener a raya las noticias que llegan desde el exterior. Esta mañana he comprado el *Times* y, al abrirlo, he visto que estaba recortado por dentro.

—Como una servilleta de encaje, pero de papel —dijo Frances—. ¿Qué le inquieta tanto? ¿Qué es lo que más le preocupa?

Fairfax se pasó una mano por el pelo antes de responder.

—No lo sé... No paro de sentirme racista, y cosas así. No sabría determinar lo que me preocupa, supongo que no debe de ser nada racional. Los hombres que veo por la calle, con esos zaubes blancos y esos tocados... Es que no puedo apartar la vista de ellos. Los veo como a una congregación de monjas ofensivas. Monjas abusaenanos.

—Ah, entonces es igual que nosotros —dijo Andrew—. Tiene demasiada imaginación. Sin embargo, ahora pasamos un momento especialmente malo, no siempre lo es tanto... Y si lo es, habrá que acostumbrarse.

Frances retiró las tazas vacías y las llevó a la cocina. Nunca terminas de acostumbrarte del todo, le habría gustado responder. Si en algún momento piensas que te estás acostumbrando, es que el desastre ya se ha producido. Y volvió a notarlo mientras apilaba los platos y abría el grifo, volvió a notar el tacto frío del cilindro metálico en la mano y el puño del visitante contra su hombro, apartándola del paso para poder huir. Podría haberla noqueado sin problemas, un solo golpe le habría bastado. Hasta ese momento, Frances nunca había sido tan consciente de su fragilidad física, nunca le había importado. Desde entonces, el cuerpo se le encogía cada vez que pensaba en la fuerza de aquel intruso y en su propia piel, tan delgada, y en sus huesos, tan quebradizos.

Y ahí estaba ella, celebrando una cena, escuchando cómo los hombres hablaban sobre termostatos. ¿Qué otra cosa podía hacer? En Hastaquí reinaba la calma. Hacía cuatro días que no veía ni a Yasmin ni a Samira. Hasta la llegada de Fairfax, y sin tener en cuenta la llamada de Daphne, no había hablado con nadie más desde el robo. ¿Cómo podía empezar, a esas alturas, a

desenmarañar sus procesos mentales con Andrew? ¿Cómo podía explicarle la jerarquía de sus sospechas, los diferentes estratos de indicios acumulados, el impacto violento que había supuesto ver confirmada aquella fantasía? «Vi cómo subía y pensé... las mujeres saudíes no se mueven así..., y luego, no, no me escondí, decidí esperarla, y cometí una estupidez increíble, de consecuencias terroríficas, algo horrible...» No, no podía contarle todo eso.

De repente, se le ocurrió: quizá podía contárselo a Fairfax. Él vive ajeno a todo esto, y al cabo de tres o cuatro días subirá a un avión y regresará a Londres. Quizá podría llevarse un mensaje mío, como quien lo mete dentro de una botella. Un mensaje de mi parte y dirigido al mundo real.

Sin embargo, descartó la idea enseguida. Se imaginó el rostro de su invitado, de absoluta incompreensión. Pero, mientras había durado, la idea le había ofrecido unos segundos de esperanza, y tampoco era cuestión de menospreciarlos.

—Y ésta es mi esposa —dijo Fairfax. Le pasó la fotografía a Frances y ella la examinó bajo la lámpara—. Judy es una gigante. Y éstas son nuestras tres gigantescas hijas, la mayor tiene cinco años. Judy se casó conmigo sólo para poder llevar tacones el día de la boda, para no tener que recorrer la nave de la iglesia en zapatillas de ballet, y doblando las rodillas.

—¿Viajan mucho?

—Uy, sí. Yo no paro de ir de aquí para allá. La empresa se ha trasladado a Cumbernauld, y apenas vendemos nada por allí. Estuve en Kowloon, seguro que usted también ha estado.

—¿Y Judy se lo toma bien?

—Siempre consigue que regrese. —La conversación de Fairfax se había vuelto un poco dispersa, con interrupciones entre una idea y la siguiente, intercalando versos de poemas de vez en cuando. Por eso ella había pasado a hacerle preguntas más breves y simples.

—Esto es fuerte, ¿eh, Andrew? —dijo Fairfax tras vaciar la copa de un trago—. No me lo imaginaba.

Andrew se había quedado dormido, despatarrado en el sofá, con la cabeza hundida en un cojín. Fairfax se inclinó hacia él y le tocó un hombro.

—Andrew, ¿qué hago yo ahora? Estoy borracho.

Andrew se incorporó en su asiento a cámara lenta, sacudiendo la cabeza. Pareció que pasaran una o dos horas hasta que lo consiguió del todo.

—Creo que Jeff nos ha engañado —dijo al fin—. La última remesa de vino sólo conseguía hacerte vomitar.

Le echó un vistazo a Fairfax: sus ojos grises estaban inmersos en un estado de profunda concentración, aunque no se centraban en nada en absoluto.

—Me atrevería a afirmar —dijo Andrew con admiración— que está usted borracho. —Pareció que hacía un esfuerzo para recomponerse—. Fran, ¿te ves capaz de llegar hasta la cocina y prepararnos un café bien cargado?

Frances se removió en las profundidades de su butaca. Obedeció a la petición de su marido; de hecho, llegó a la cocina sin problemas. Más bien tuvo la sensación de llegar flotando. Notaba una especie de calidez interior, todo cuanto veía le complacía. Actuaba sin proponérselo, hablaba sin cuidar lo que decía. Se llevó una mano a los ojos, como si intentara disipar una neblina. ¿Qué le había añadido Jeff a ese vino? Debía de ser un secreto.

Andrew apareció por la puerta.

—Será mejor que Fairfax se quede aquí —dijo—. No está en condiciones de conducir.

—¿Y tú tampoco estás en condiciones de llevarlo?

—Ni mucho menos. Y aunque lo estuviera, no quiero que nos pare la policía y lo encuentren en ese estado en el asiento del pasajero.

Frances no comprendía nada.

—Pero ¿por qué tendría que pararte la policía? —preguntó con un tono afable.

—Por lo que sea.

—Ah, por lo que sea. Ya veo. Por existir, quieres decir.

Parecía desorientada. Tenía un bote de café soluble en la mano y parecía que hubiera olvidado lo que estaba haciendo con él. Examinó las tazas y los platillos como si fuera la primera vez que los veía.

—Cariño, hazme un favor, ¿podrías hacerlo tú esto?

Andrew le quitó el tarro de café y las manos de ella cedieron, sin fuerzas.

—Normalmente tú no te pones así —dijo él.

—Es como si me hubiera tomado una noche libre de mi vida.

—En algún momento he llegado a pensar que te estabas tomando una noche libre de nuestro matrimonio.

—Ay, Andrew. ¿Estás celoso de Fairfax?

—Sí —dijo Andrew.

—Pero si es un encanto. Es una maravilla de hombre.

—Para ser especialista en aires acondicionados.

—Sí, exacto.

—Fairfax puede dormir en el sofá —dijo él—. De hecho, ya está durmiendo allí.

Andrew no esperó hasta que el café estuviera preparado. Frances oyó cómo se encerraba en el baño con un portazo y abría los grifos. Cogió una taza de café y la llevó al salón, de puntillas.

Su marido tenía razón, Fairfax estaba dormido. Era como si, de repente y sin hacer ruido, se hubiera evadido a otra dimensión y hubiera perdido diez años por el camino, además de toda su precisión y experiencia. Parecía vacío, vulnerable, como si todavía tuviera toda la vida por delante. Frances dejó la taza de café en el suelo y fue a buscar una manta. Cuando entró en el salón de nuevo, Fairfax no se había movido. Nunca había visto a alguien durmiendo de esa forma: tan profunda, tan rotunda. Lo tapó con la manta, y notó el tacto aterciopelado de su piel, una calidez animal que quizá no se le había manifestado jamás en Cumbernauld.

Sin embargo, esa noche tenía que refrescar. Ya eran las dos. Frances se arrodilló un momento junto al sofá con los ojos cerrados y apoyó la frente en el brazo tapizado de la butaca. Una ráfaga de imágenes eidéticas se proyectó en el interior de sus párpados: muros, escaleras, puertas abiertas. «En un patio hay un árbol con frutos de color rojo.» Un césped bajo un cielo soleado, mientras sopla una brisa suave. Ahuecaba las manos y el fruto caía en ellas. La imagen quedó oscurecida y dio paso a los titileos y borrones luminosos sin sentido, al ruido blanco del sueño y al crepitar de estática procedente del universo de sus neuronas. Se dejó llevar durante uno o dos segundos, y durante ese lapso desaparecieron las estrellas. Luego se despertó, se espabiló un poco y se dirigió lentamente hacia el dormitorio, tanteando la pared con la mano, como si se hubiera vuelto ciega de repente.

2

No se durmió del todo, no fue un sueño profundo. Oyó un ruido y pensó que era la puerta del piso al abrirse. Sabía que no era posible, por lo que volvió a hundir la cabeza en la almohada y se quedó dormida de nuevo. Empezó a proyectarse una película a cámara lenta: su tortuga de esteatita, aumentada a escala real, a una escala gigantesca, y expuesta como monumento público frente a un mar oleoso. Ella no era más que una figura diminuta con los ojos entrecerrados vueltos hacia el sol, a los pies de aquel reptil pétreo, más joven de lo que era en realidad, varios años más joven. Y todos sus amigos y familiares, toda la gente que había llegado a conocer en la vida, gente en la que no había pensado durante años, se reunían a su alrededor para salir en la foto. Y luego, un grito, y un clic, y el descenso a la oscuridad, una pausa en la filmación.

El grito irrumpió en sus sueños. Pero se extendió más allá de sus fantasías, más allá del espacio que ocupaba su imaginación. No estaba dentro de su cabeza, sino en la habitación, en el vestíbulo, en la calle. Se sentó en la cama, con las sábanas revueltas, y buscó el despertador a tientas. Pequeñas cifras de color verde brillaban en el dormitorio, aún a oscuras. Sólo eran las tres de la madrugada. Creía haber dormido varias horas, pero su cabeza apenas había tocado la almohada. Se estremeció. Sabía muy bien lo que era el insomnio, y las tres era una hora que no podía gustarle en absoluto, es una hora en la que un cuerpo cálido y saludable se encuentra en el punto más bajo de su ocaso. Los certificados de defunción están preparados, las enfermeras del turno de noche hacen salir a los dolientes del velatorio.

Se inclinó sobre el cuerpo desnudo de su marido. Tenía la piel fresca y

húmeda.

—Vístete. Ha ocurrido algo.

Los dedos de Frances se pasearon por la mesita de noche, donde solía languidecer la tortuga de esteatita. Encendió la luz de la mesita y vio a Andrew parpadeando y, a continuación, bostezando.

—Qué raro —dijo con voz adormilada—. He oído un ruido. Creí que ya había amanecido.

—Vístete —pidió ella. Cogió un cafián del guardarropa y se lo pasó por la cabeza. Notó los dedos del ladrón patentes en la tela, los notaba en todas las prendas. Se estremeció: el frío súbito, el agotamiento, el desastre inminente—. ¿Te has acordado de cerrar la puerta con llave?

—No.

Andrew se sentó en la cama y se levantó trastabillando. Cogió sus vaqueros y empezó a ponérselos poco a poco, con torpeza, mientras buscaba los zapatos. Ella ya estaba lista, pero no conseguía reunir el valor necesario. Prefería esperar a su marido.

—No puede haber entrado nadie —dijo Andrew—, a menos que hayan forzado la puerta.

—Ya nos la forzaron una vez.

Dejando la del dormitorio abierta, Frances fue encendiendo todas las luces posibles a su paso: la del pasillo, la del otro dormitorio. Pero no había ningún intruso. El salón estaba vacío. La manta de Fairfax, arrugada y apartada, había caído al suelo. La puerta del piso estaba abierta de par en par.

Andrew salió al vestíbulo. Encendió las luces de la escalera y entonces vio a Fairfax. Estaba agarrado a la barandilla, a los pies de la escalera. Miró hacia arriba una vez, por encima del hombro, y se les acercó tambaleándose, medio agachado, sin decir nada. Se agarró al marco de la puerta y las manos le resbalaron por la madera como si las tuviera untadas en aceite. Dio un paso para superar el umbral y se apiñó contra la pared. Andrew cerró la puerta con contundencia y Frances se aferró al brazo de Fairfax, cuyo peso amenazaba con caer sobre los hombros de ella. Los dedos de aquel hombre le parecieron sorprendentemente fríos a través de la fina tela de algodón. Andrew le asió el otro brazo y se lo pasó por encima del hombro. Entre los dos, metieron a

Fairfax de nuevo en el salón y lo dejaron caer sobre el sofá. Parecía sólo semiinconsciente, estupefacto, como si estuviera en estado de *shock*. Frances le tomó la cara entre las manos.

—¿Qué le ocurría, Fairfax? ¿Adónde iba?

—No ha ocurrido nada —dijo él. Dejó caer la cabeza y ella se vio incapaz de aguantar su peso; no conseguía que le sostuviera la mirada, que centrara la atención en ella ni siquiera un segundo—. Quería tomar el aire.

—Eso es bastante evidente —dijo Andrew.

—No, no —insistió Fairfax—. Iba a vomitar. He salido a dar una vuelta. A tomar un poco el aire. Pero no podía salir por la puerta y he subido a la azotea.

Estaba blanco como un cadáver, tenía la piel empapada en sudor y apenas podía mantenerse sentado.

—¿Se ha cruzado con alguien? —preguntó Frances.

—¿Con quién quieres que se haya cruzado? —preguntó a su vez Andrew, bostezando—. Mira, Fran, no le des la lata, déjale en paz. Sólo ha salido un momento a dar un paseo, eso es todo. Deja que vuelva a dormirse, durmiendo se le pasará.

—Está en estado de *shock*. Mira, Andrew, fíjate bien.

—Está borracho, Fran. Deberíamos haber tenido más cuidado. Nosotros ya estamos acostumbrados a este brebaje, no nos damos cuenta de que...

Como si se hubiera propuesto demostrar que Andrew tenía razón, Fairfax se escurrió un poco más abajo en el sofá, hasta que la cabeza le quedó echada hacia atrás sobre el asiento. Movi6 un poco los párpados y luego cerró los ojos.

—No consigue mantenerse despierto —dijo Andrew.

El miedo (se había asustado al ver la puerta abierta) se había convertido en una truculencia adormilada.

—Tengo que estar despierto a las seis. Tengo que ir a Turadup...

—A la mierda Turadup —espetó Frances—. Fairfax, despierte. Cuéntenos.

El tipo abrió los ojos un instante, y luego la miró directamente a los ojos, y ella detectó el dolor y el pánico, pero no dijo nada.

—En realidad no está tan borracho —confirmó Frances—. Ya no. Lo que

pasa es que ha tomado una decisión, creo. —Se dio la vuelta, consternada—. No nos lo contará.

—¿Quieres que suba a la azotea? —preguntó Andrew.

—No. No, por favor. No quiero que subas.

—De acuerdo. Entonces lo resolveremos por la mañana.

—Deberíamos quedarnos con él.

—No irá a ninguna parte.

—Pero parece muy indispuesto.

Fairfax ya dormía profundamente. No podía estar fingiendo: la bebida lo había derribado. Una vez más, ese vacío peculiar invadió el rostro del invitado, como si lo que viviera pudiera quedar anulado, borrado.

—Frances —dijo Andrew, en un tono más amable—, ven a la cama. Necesitamos dormir un poco. No nos dirá nada hasta mañana por la mañana. Si lo hiciera, no sería coherente, ¿no te parece?

—Supongo que tienes razón. —Intentó calmarse—. Andrew... —empezó, agarrándose a la mano que él le tendía—, cuando nos robaron...

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué más se llevaron?

Durante toda la semana habían ido detectando que les faltaban cosas. Objetos pequeños, intrascendentes. Con cada descubrimiento, la acción les parecía más y más aleatoria. No respondía a ningún propósito concreto.

—Te lo habría contado antes, pero es que me he dado cuenta esta mañana. Se llevaron las fotos. Todas las fotografías de África, las de nuestra boda... Estaban en ese sobre grande de color marrón que guardábamos en el cajón del escritorio. Las he ido a buscar para hacer algo con ellas y me he dado cuenta de que no había ni una.

—Por el amor de Dios, ¿por qué? Es absurdo. —Andrew estaba furioso, pero se recompuso enseguida. La rodeó con un brazo y la acompañó hasta el dormitorio de nuevo—. No importa —dijo—. Tampoco les servirán de nada, ¿verdad? Entonces ¿por qué tenían que llevárselas?

—Para fastidiarnos —aseguró ella—. Para que nos lleváramos un disgusto.

Frances se tendió en la cama todavía vestida, encima de las sábanas, y las piernas le quedaron dobladas de un modo extraño, pero estaba demasiado

cansada para adoptar una postura más cómoda. Le dolía la cabeza, notaba unas punzadas insistentes. Andrew tenía razón, las fotografías no tenían ningún valor. No tenía sentido que pensara en ellas en esos momentos.

Sin embargo, ya con los ojos cerrados, las instantáneas empezaron a mostrarse tras sus párpados, y Frances intentó capturarlas antes de que se desvanecieran del todo. Eran el único testimonio de sus viajes, lo único que atestiguaba su vida en común. Andrew y Frances frente al juzgado, mostrando el certificado matrimonial a la cámara. Grupos de amigos sentados a la mesa en un restaurante del New Stanley Hotel de Nairobi, en 1978. Andrew frunciendo el ceño con el sol de frente en el aeropuerto de El Cairo, en 1979. Frances en Bulawayo. Andrew en el parque de Gaborone. Nuestra casa, nuestros perros, el hombre que nos cuidaba el jardín, que sólo seguía viviendo en nuestro errante y falible recuerdo, ese espejo privado que se distorsiona cada vez más a medida que pasan los años.

Tengo que dormir, pensó. Permitió que los músculos de su rostro sucumbieran, que se relajaran. No sabemos qué aspecto tenemos cuando dormimos. ¿Su rostro también parecía tan vacío e indefenso? Seguramente sí. Al fin y al cabo, ¿quién era ella cuando nadie la observaba? Perder las fotografías había tenido el efecto deseado: estaba molesta, alterada. Se sentía como si le hubieran borrado el pasado.

El despertador sonó a las seis en punto, como de costumbre, y ella se despertó de golpe. Andrew se movió un poco y soltó un gruñido.

—Oh, Dios, ¿ya es la hora?

Descalza y con el caftán arrugado, recorrió el pasillo hasta el salón.

Fairfax se había marchado. Frances apretó los labios. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía y todo, y se llevó una mano a las costillas para frotarse el lugar en el que notaba las palpitaciones. Fue un gesto vago, inconsciente, como el que haríamos para consolar a otra persona, a una anciana asustada.

Al parecer, Fairfax se había marchado de verdad. Se había llevado la chaqueta y la corbata, y las llaves del coche. Y había dejado la manta sobre el reposabrazos del sofá. Frances la recogió y la plegó. La taza de café que le había dejado la noche anterior estaba en el suelo, donde ella la había puesto,

intacta. Podría haberse quedado a desayunar, pensó. Podría habernos contado lo sucedido. Tal vez lo que había ocurrido esa noche no había sido más que una ilusión. Tal vez al despertarse no había recordado qué lo había asustado tanto. La mañana era inusitadamente oscura. El sol no se veía, ni se esperaba que acabara asomando: era una mañana cálida, silenciosa. Las otras tazas de café, las que se había preparado para Andrew y para sí misma, estaban en otras habitaciones: esperando a que alguien las recogiera y las vaciara para limpiarlas.

El edificio, a las ocho de la mañana, parecía más cerca de la tierra. En la azotea no había nadie ni, todavía menos, nada que ver. Sin embargo, el suelo estaba repleto de jirones de papel que el viento insistente había transportado hasta allí. El aire era áspero, sulfuroso. Una neblina enturbiada por un polvo de color limón amarronado se había apoderado de la calle de Gaza y oscurecía las vistas que ofrecía la azotea. El solar vacío se había convertido ya en una zona de obras. Divisó las siluetas de los obreros que se movían poco a poco, con pañuelos para taparse la boca y la nariz. Con esa luz coloreada que invadía las zanjas y los cimientos parecían nativos de una ciudad antigua recién arrasada.

Bajó de nuevo y llamó a la puerta de Yasmin. A ver si tenemos una charla agradable, pensó, y nos ponemos al día. No obstante, nadie respondió al timbre, y el intento pasó a formar parte del silencio insólito de los últimos días. Esperó un poco y volvió a llamar. Quizá la estaban observando por la mirilla. Pensar de ese modo se había convertido en una reacción natural.

De vuelta en su apartamento, cogió el teléfono. Pensó en llamar a Yasmin, o a Samira: si la estaban evitando, quería saber por qué. No obstante, en lugar de eso decidió llamar al hotel Sarabia. El recepcionista tenía voz de locutor y entonación norteamericana, moneda corriente en los mostradores de aeropuerto, las agencias de alquiler de coches y las cadenas de comida rápida: incapaces de escuchar, pero expertos en cordialidad.

—¿Y dice que no tiene el número de habitación, señora? —preguntó ligeramente sorprendido—. Un momentito, por favor —añadió contrariado.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que Fairfax se encontrara inmerso en un embotellamiento en alguna parte. O que estuviera sentado en un despacho

de Turadup. Pero también podía ser que estuviera en su habitación, intentando recuperar las horas de sueño perdidas. Quería hablar con él. Debería haber insistido anoche, pensó. Debería haberle obligado a confesar.

El recepcionista volvía a atenderla al teléfono, con una incredulidad todavía más educada que antes.

—¿Seguro que no tiene el número de habitación, señora?

—No. Pero usted sí. Si no le importa tomarse la molestia de consultarlo.

Una pausa, y luego:

—Lo estoy intentando. Un momento, por favor. —Otra pausa, esta vez más breve, y luego—: Lo siento, pero no responde.

—Por favor, insista.

—No responde, señora.

—De acuerdo, gracias. Lo intentaré más tarde.

—Muy bien, señora. Que tenga un buen día.

A continuación llamó a Andrew, pero estaba en la obra. Llamó también a Eric Parsons, pero el empleado que respondió a su llamada le dijo que estaba en el ministerio. Preguntó si alguien sabía dónde estaba Fairfax, pero nadie fue capaz de ayudarla.

Hacia mediodía, Andrew se presentó en el despacho de Turadup y preguntó si habían recibido correo. Encontró a Hasan al cargo de la recepción, despatarrado sobre una silla de mecanógrafa, con las piernas extendidas y hojeando las páginas de un cómic de *Snoopy*.

—Hola, señor Andrew —dijo levantándose—. ¿Quiere beber café?

—No, gracias. Tengo prisa.

—Hoy no tiene correo, pero un mensaje de teléfono sí —explicó, tendiéndole la nota por encima del mostrador.

—No sé leer esto —dijo Andrew—. ¿De quién es? —preguntó, devolviéndole la nota garabateada en árabe.

—Mensaje del señor Adam.

—Bien, precisamente me preguntaba dónde estaba. —Hasan no dijo nada—. Vamos, ¿qué dice? No soy más que un jauayí ignorante, Hasan.

Hasan lo leyó en voz alta con un tono de voz inexpresivo.

—Dice: «Subo a su azotea ayer noche y veo dos hombres con caja, una

persona que está muerta dentro. Mi consejo es marchar de ese sitio».

Andrew estiró un brazo y le arrebató la hoja de papel. Se quedó con la mirada fija en las curvas y los garabatos que desafiaban su comprensión.

—¿Has sido tú quien ha tomado nota del mensaje?

—No, yo no.

—Entonces ¿quién ha sido?

Hasan se encogió de hombros. Al parecer pensaba que podía haber sido cualquiera que hubiera pasado por allí en ese momento.

—Bueno, no puede haber sido el maldito chico de los recados, Hasan, porque no sabe escribir, ¿verdad?

—Quizá —respondió Hasan—; ¿va a la escuela?

—¡Quiero saber quién cogió el mensaje, y a qué hora lo recibió! — exclamó Andrew, golpeando el mostrador—. Quiero hablar con la persona que recibió este mensaje, Hasan, y ahora mismo.

No obstante, incluso mientras gritaba, mientras interpretaba su papel de hombre furioso, de hombre terriblemente alarmado, comprendió que nunca conseguiría descubrir ni quién había recibido el recado ni cuándo. Era un mensaje que hubiera querido no recibir jamás, que nadie querría recibir jamás, y del mismo modo que se daba cuenta de ello, se dio cuenta también de que le estaban haciendo un favor, porque era una advertencia.

—Creo que es de broma —dijo Hasan con cuidado, como si presagiara algo—. No es broma muy divertida, pero mejor que lo sabe. ¿Ahora sí quiere beber café?

—Has sido tú quien ha cogido el mensaje —señaló Andrew.

Con calma, Hasan extendió una mano, la palma amarillenta y arrugada, y clavó los ojos en el rostro de Andrew, como si quisiera expresarle su apoyo.

—Ahora lo tiro a basura —dijo—. Deme a mí, señor.

Andrew le echó otro vistazo. Luego lo arrugó hasta que quedó convertido en una bola y lo dejó en la mano abierta del recepcionista.

—¿Celebró fiesta en la casa ayer noche? —sugirió Hasan.

—Más o menos.

—Demasiada agua mineral —afirmó Hasan.

A la una y media, Frances preparó café. Se sentó con la cinta de casete y el

manual de árabe. Tenía la sensación de estar progresando muy poco con el idioma, y quizá esa mañana tampoco conseguiría aprender nada, pero le pareció que era lo mejor que podía hacer para pasar el tiempo: fingir que todo iba bien y que era la primera mañana que pasaba en la calle de Gaza. Abrió el libro: lección treinta.

Su hombre de negocios no había parado de trabajar a lo largo de veintinueve lecciones que no habían sido precisamente un camino de rosas: en varias ocasiones había tenido que reclamar dinero que había prestado, había caído enfermo y había tenido que sufrir también las típicas frustraciones y retrasos: «El chófer no conoce este barrio. Está mirando el mapa al revés». Sin embargo, en conjunto, su negocio había prosperado: «He conocido a todos los representantes de todas las empresas. He conseguido una cita con el secretario del ministro. Firmará el contrato mañana por la tarde».

Y ahora ha llegado el momento de que el hombre de negocios se marche. Es de suponer que se llevará el baúl antiguo que había comprado en el zoco tras meterse en un buen embrollo lingüístico. «Prepara el equipaje. Cierra la casa con llave. Toma un taxi para ir al aeropuerto.»

O sea, que el señor Smith vuelve a casa, piensa Frances. Volverá a ver a su esposa y a sus hijos cuando aterrice en su tierra natal. Todo es muy sencillo en su caso. «Les muestra el pasaporte a los del servicio de seguridad. Le ponen el sello de salida. Sube a un autobús con el resto de los pasajeros. El autobús los lleva hasta el avión.»

El tiempo fue pasando poco a poco y Frances se tomó el café con la cabeza inclinada sobre el libro. No se puso la cinta, se sentía demasiado débil para hacer esfuerzos innecesarios. El viento revolvía el follaje del árbol de Hastaquí mostrando los pálidos reversos de las hojas. El polvo decoraba las ventanas dibujando cimas de montañas, de geología cambiante, que vivían y morían en cuestión de segundos. Alguien caminaba en el piso de arriba.

O sea, que el señor Smith lo ha conseguido. Se ha marchado para no volver. «Muy apenado, se ha despedido de los amigos que ha conocido en el Reino. Los operarios cargan los equipajes en la bodega y los pasajeros bajan del autobús y trepan por la escalera que les permite acceder al avión.»

Y poco después estará volando. No hay nada que pueda detenerlo. Ha

dejado sus asuntos resueltos, ha cumplido sus compromisos. Nadie quiere retenerlo aquí, nadie tiene motivos para intentarlo. Le han sellado el pasaporte: «Visado de salida definitiva».

Veamos: puede intentar convencer a Andrew para que rompa su contrato. Si lograra convencerlo (sobre lo del tipo del rifle, la caja, la visita misteriosa), si pudiera persuadirlo, podrían marcharse juntos enseguida, tan pronto como lo permitieran los trámites. Ya sé que no te estoy ofreciendo argumentos contundentes, le diré, que no hay ninguna trama ordenada, que todavía hay muchas cosas que desconocemos, que no sabemos casi nada, en realidad. Pero marchémonos, Andrew, marchémonos antes de que tengamos la oportunidad de enterarnos. Ellos no pueden cortar con todo y huir, tienen que seguir con las formalidades o no les permitirán salir del país. No pueden largarse sin llamar la atención. No se puede huir del Reino, te marchas sólo si te dan permiso; de lo contrario, nada de nada. Tienes que desvelar tus intenciones. Cualquiera que esté interesado puede descubrir lo que te propones hacer.

Aunque también puede marcharse sola. Puede alegar una enfermedad como excusa, puede solicitar un visado de salida, a ver qué pasa. A ver si a alguien le importa lo suficiente para intentar detenerla. Si sabe cosas, debería asumir las consecuencias que eso comporta. Pero el mundo no funciona de ese modo. Allí, las consecuencias son aleatorias; tienen una capacidad de discreción comparable a la de una ráfaga de metralleta. Por eso te limitan el futuro, porque las consecuencias son las que son, no las que te mereces.

El avión ya recorre la pista del aeropuerto. Frances se sumerge en los sentimientos del señor Smith: está satisfecho y aliviado. «Señores pasajeros, abróchense el cinturón. El trayecto durará cinco horas.»

Oyó la llave de Andrew abriendo la puerta. Había ocurrido algo, nunca volvía tan temprano a casa.

Dejó el libro y salió a recibirlo. Lo encontró en el portal, como a Fairfax unas horas antes, con el rostro ceniciento.

—Fairfax —dijo—. Ha muerto. Ha sufrido un accidente.

Pasaron varias horas. Frances preparó algo en la cocina:

—Porque algo tendremos que comer —dijo, aunque no estaba segura de

qué comida del día se suponía que era. ¿La cena? Seguramente no tardarían en llamar a la oración del atardecer. Con la boca seca, se limitaron a remover la comida por el plato. Sus miradas se encontraron, ella reunió los platos en su lado y se los llevó a la cocina sin mediar palabra.

—¿Qué decía? —preguntó ella en voz alta. Era la tercera vez que se lo preguntaba. La conversación tenía un aire neblinoso, hipnótico, era como si se vieran obligados a repetir la misma fórmula una y otra vez y al final perdiera todo su significado—. ¿Qué intentaba decirte? —Frances levantó la mirada—. Andrew, ¿me estás ocultando algo?

Él negó con la cabeza poco a poco. Decidió no hacerle la misma pregunta a ella, como tampoco había querido explicarle el mensaje que le habían dejado por teléfono.

—Porque no tienes por qué ahorrarme nada.

—No puedo ahorrarte nada, Fran. Si pudiera, te habría ahorrado todo esto.

—Cuéntamelo todo de nuevo. Cuéntame dónde ocurrió.

—Fue en la circunvalación, entre la planta de Petrola y el aeropuerto. Sabes dónde es, seguro que te acuerdas, es donde se ven los tanques de almacenamiento de petróleo..., donde la calzada cruza el *wadi*. Hay un terraplén que luego cae tres o cuatro metros. Han encontrado el cadáver allí, sobre la arena. El coche había atravesado la cerca, una simple malla de alambre llena de agujeros que la gente se dedica a abrir para acceder a la calzada y ahorrar un poco de tiempo. Es un tramo peligroso, lo dice todo el mundo. No hay mediana para separar los carriles. No hay farolas...

—Pero no pasó por allí de noche, ¿no? La pasó aquí, con nosotros. ¿A qué hora han encontrado el cuerpo?

—No lo sé, Fran. Nadie se aclara respecto a lo sucedido. Yo te cuento lo que la policía le ha comunicado a Eric Parsons, y Dios sabe que no ha sido gran cosa. Suponen que el coche perdió el contacto con la calzada a gran velocidad, que salió disparado y Fairfax se fracturó el cráneo... No lo sé. Si hubo algún otro coche implicado no nos lo han querido contar. No han llamado a Eric hasta poco después de la una del mediodía.

—O sea, ¿que ha sucedido en algún momento durante la mañana, a plena luz de día? ¿Ha quedado tendido sobre la arena, tres metros por debajo de la

calzada, ha muerto de un traumatismo craneal y nadie se ha detenido para intentar ayudarlo?

—Nadie, pero ya sabes que aquí no se auxilia a los accidentados.

—Seguramente iba hacia el aeropuerto, ¿verdad?

—Eric quiere saber por qué. Se suponía que tenía que pasar tres días más aquí.

—¿Y qué le has dicho a Eric? ¿Le has contado lo de anoche?

Andrew negó con la cabeza.

—¿Cómo querías que se lo contara? Ni yo mismo consigo entender lo que sucedió ayer por la noche.

—No sé si ahora le ves más sentido. Me refiero a que no sé si..., no sé cómo decirlo... ¿Crees que hay alguna posibilidad de que no se estrellara por accidente?

Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada. Fue Frances quien reemprendió la conversación.

—Nadie lo vio —dijo—. No sabemos a qué hora se marchó de aquí. He dicho que estuvo con nosotros ayer por la noche, pero podría haberse marchado antes del amanecer, no podemos saberlo con certeza. No sabemos si regresó a su hotel, ¿verdad? Alguien podría haberlo sorprendido mientras se marchaba, antes de llegar a la esquina.

—Alguien... —señaló Andrew—. Ese alguien tan impreciso. ¿De quién estamos hablando?

Alguien que merodea por la calle con un rifle en las manos. Alguien que se pasea por el apartamento de arriba, que sube y baja escondido tras un velo, con un arma. Alguien que reclama cajones de madera para embalajes. ¿Quién sabe quién es ese alguien? ¿Quién se supone que lo investiga? Es su país, ¿no?

—Quizá lo hayan matado —dijo ella—, lo han tirado desde un coche y han estrellado el suyo para fingir un accidente. Podría haber sucedido en cualquier momento. Piénsalo. Nadie lo vio ni supo nada de él desde que volvimos a acostarnos, a las cuatro de la madrugada.

Andrew levantó la mirada. Parecía acorralado, dolorido.

—En realidad, sí. Quiero decir que no pudo suceder lo que tú dices, porque ha llamado al despacho.

—¿Cuándo? ¿A qué hora?

—En algún momento durante la mañana. Temprano, creo.

—¿Y qué ha dicho?

—Bueno, lo importante no es lo que ha dicho, sino el hecho de que llamara.

—¿Y quién ha recibido el mensaje? ¿No puedes saber lo que ha dicho?

—En realidad, no. Ha sido muy incoherente.

—¿Con quién ha hablado?

—Con el chico de los recados.

Frances llamó al hotel Sarabia. La atendió el mismo recepcionista, o bien otro recepcionista con la misma voz.

—¿A qué hora ha dejado su habitación el señor Fairfax? —preguntó.

Oyó cómo se apartaban del auricular y musitaban algo de fondo. La voz la atendió de nuevo con una cordialidad fatigada:

—Un momento, señora.

Pasó un minuto antes de que volviera a atenderla.

—El señor Fairfax no ha dejado su habitación, señora. No me consta.

—Pero ¿a qué hora se ha marchado?

Otra pausa. Otra consulta susurrada.

—¿Señora? ¿Sigue ahí? No le hemos visto salir. Si quiere darme el nombre de su empresa, le mandaremos la factura.

Se sentaron frente a frente, con poses de una formalidad curiosa: las cabezas gachas, las manos en las rodillas, miradas en silencio.

—El coche —dijo Frances—, ¿sabes...? Tenía un problema en la dirección. Supongo que debe de haber sido eso.

—Pero no te lo crees.

—Me parece que nunca llegaré a creer que esto haya sucedido por pura casualidad.

—Estaba asustado. Eso lo sabemos. Quiero decir que estaba asustado antes de anoche, quizá lo de ayer no tuvo nada que ver. Él mismo dijo que la situación no era racional. Había decidido marcharse, se dirigía al aeropuerto, conduciendo a toda velocidad...

—Sí, ya lo sé. Pero ¿de qué huía?

El teléfono los sobresaltó. Andrew estaba a punto de decir algo, pero se calló de repente.

—¿Quién será?

Descolgó el auricular y Frances cerró los puños sobre el regazo. Intentaba liberar la tensión de las manos mientras se decía a sí misma que tenía que relajarse. Que tenía que hacer las preguntas correctas, preguntas muy rigurosas e inevitables, antes de que las respuestas se desvanecieran para siempre.

—Ah, hola, Eric —dijo Andrew aparentemente sereno—. Sí, sí. Bueno, claro que está aquí conmigo.

Eric habló durante un rato y Andrew se limitó a escuchar.

—Nos sentimos responsables por lo que le ha ocurrido a Fairfax. Como todos, vaya.

Ella se levantó, cruzó la estancia y se acurrucó al lado de su marido para poder escuchar la conversación.

—... No sé qué certificado de la policía —decía Eric—. Sin eso, no es posible. Por desgracia, no han encontrado su pasaporte...

Frances le arrebató el teléfono.

—Eric, escúchame. ¿Dónde están las cosas de Fairfax?

Eric tardó un momento en comprenderlo. Cuando por fin respondió, parecía que ya hubiera visto el expediente policial del tribunal forense.

—¿Te refieres a sus efectos personales, Frances?

—Sí, eso es lo que quiero decir. No sólo su pasaporte, sino también su ropa, su maleta, su cepillo de dientes... ¿Entiendes a qué me refiero, Eric?

—Lo siento, pero no.

—¿Lo llevaba en el coche o lo tenía en el hotel? Porque en el hotel dicen que no dejó la habitación.

—¿Has llamado al hotel?

—Sí. ¿Por qué no?

—Porque no quiero que te entrometas, por eso. Por favor, pásame con Andrew.

—No, haz el favor de escucharme, te lo ruego. Tenemos que descubrir dónde está su ropa.

—Sí, claro... Mira, lo siento, cielo, no pretendía cortarte de ese modo.

Supongo que piensas que deberían devolverle todas esas cosas a su viuda. La embajada ya se ha puesto en contacto con ella, claro.

Eric había adoptado un tono afligido, como si se hubiera dado cuenta de la falta de sensibilidad que había demostrado. Quedaba claro que consideraba que aquella insistencia respecto a la ropa, la maleta y los efectos personales respondía a una visión femenina del duelo, una especie de protocolo que había olvidado por completo.

—El hecho, Frances, es que no sabemos dónde están sus cosas. Quiero decir que suponemos que las llevaba en el coche. Eso tendría sentido. Ya sé que da la impresión de que decidió partir llevado por un impulso, pero sin duda se habría molestado en hacer el equipaje, ¿no?

—Entonces ¿la policía ha encontrado sus cosas? ¿En la cuneta? ¿Dentro del coche?

—No nos lo han dicho. —Eric estaba desconcertado—. Niegan saber nada sobre el paradero del pasaporte, pero es que siempre suelen negarlo casi todo.

—Deberías preguntarlo.

—Pero, Frances, no tienes ni idea, ¿verdad? No tienes ni la más mínima idea de lo que tengo que afrontar, ¿no? Mira, llevo años tratando con esta gente. Llevo tratando con ellos desde que tú no eras más que una colegiala uniformada. No nos cuentan nada. Están acostumbrados a no contarnos nada. Es su manera de hacer las cosas.

—¿La policía ha hecho preguntas acerca del coche? ¿Sobre el estado de la dirección?

—Vamos a ver. —Eric se olvidó de las consideraciones y pasó a mostrarse directamente hostil—. No intentes echarme en cara todo eso. El coche estaba reparado, tengo la factura. La factura de la reparación, Frances. La guardo aquí, en el cajón del dinero. La tengo en la mano. ¿Quieres verla? Andrew puede acompañarte con el coche. Puedes venir ahora mismo y verlo tú misma.

—Que conste —dijo ella agotada— que no pienso que Fairfax muriera por culpa de un fallo en la dirección. De ser así, Eric, casi me sentiría aliviada. No, no es eso lo que pienso. No puedo demostrarte lo que sospecho, pero ¿qué sentido tendría, de todos modos? Ya intenté hablar contigo por teléfono y no

quisiste escucharme. Tienes pocas luces para comprender lo que te explico, ¿verdad? Pocas luces y demasiado miedo.

Andrew le arrancó el auricular de las manos. Ella se dio la vuelta y se dejó caer en una silla, decidida a no seguir escuchando. La voz de Eric continuó sonando de fondo.

—De acuerdo —dijo Andrew al cabo de un rato—. Sí, creo que insistirá en ello. Llámame cuando descubras dónde está. Adiós —añadió antes de colgar el teléfono—. Bueno —exclamó, dirigiéndose a Frances—, no volveré a trabajar para Turadup después de este arrebato.

—Lo entiendes, ¿verdad? No podremos seguirle el rastro ni saber si alguien se lo llevó por la fuerza a menos que sepamos si hizo las maletas. Si no las hizo, entonces fue algo súbito. O si ni siquiera regresó al hotel. Tenemos que encontrar sus cosas como sea.

Andrew parecía cansado, resignado. Más o menos como Eric antes de que ella se le hubiera enfrentado.

—Si puedes librarte de un hombre, cariño, también puedes librarte de su maleta. Si puedes secuestrar a un hombre de negocios, puedes llevarte también el traje de recambio que no se arruga y que lleva en la maleta.

Frances no respondió. Estaba demasiado cansada para seguir pensando en ello. La vida real no es como las que lees en los relatos policíacos. La panorámica de interpretación es mucho más amplia. Las respuestas a todas las preguntas que te asolan no se basan en hechos, la mayor de las ilusiones, sino en tu propio corazón, en tus costumbres, en tus limitaciones, en tu miedo. Frances visualiza el vehículo dando vueltas de campana, absolutamente descontrolado, y la expresión de pánico del conductor. Luego ve al criminal, luego el cadáver, la puerta del coche abierta y el cuerpo cayendo al terraplén, y después, la alternativa: el coche derrapando, patinando, el cráneo fracturado, la gasolina derramada, la arena, el sol, el repugnante flujo de sangre humana... La historia es lo que haces con todo eso. No obstante, sea como sea, el tipo está muerto.

—No sé —le dijo a Andrew—, tengo la sensación de que estás discutiendo contigo mismo.

—Tal vez. Tal vez sea cierto —respondió él, sin emoción en la voz—.

Siempre has sido mejor que yo cuando se trata de conseguir lo impensable.

—¿No podemos marcharnos ahora? ¿De verdad tenemos que quedarnos hasta el mes de julio?

Andrew reflexionó unos momentos antes de responder.

—Creo que sería mejor actuar con calma —dijo al fin—. Marcharnos cuando habíamos decidido hacerlo. ¿Tú no?

Tal vez aquél había sido el error de Fairfax, que había intentado marcharse antes de la fecha fijada. Se acordó de lo que había dicho la señora Parsons meses atrás, la primera vez que acudieron juntas al zoco: «El peligro no está en las calles de la ciudad, sino en las carreteras y autopistas que hay fuera de ella».

Daphne Parsons no tardó en llamar por teléfono.

—Imagínate —le dijo—. ¿A quién se le ocurre marcharse de ese modo? Tenía previsto dejar el coche, mi coche, ¡en el aeropuerto! ¡Ahí tirado! Por supuesto, cuando lo conocí ya me pareció un joven de lo más extraño. Y es que lo vi bastante... errático. ¿Es ésa la palabra más adecuada? Frances, cielo, menudo disgusto debes de haberte llevado. Sé que fue a cenar a tu casa la noche anterior, seguro que tienes la sensación de conocerlo un poco. Espero que eso no agrave tu estado de salud.

Luego fue Rickie Zussman quien llamó: con estadísticas.

—Carla me ha dicho que te vio un poco inquieta cuando habló contigo. Me ha contado que le estás dando demasiada importancia al tema. Créeme, Frannie, no hay nada que hacer. No sé por qué ves esta situación con tanto recelo. En el Reino, uno de cada seis accidentes provoca víctimas mortales. Y Dios sabe que lo siento por ese pobre chico —añadió.

Luego volvió a llamar Eric.

—Andrew ha pensado que tal vez querrías ver el cadáver, Frances, y supongo que no me veo capaz de evitarlo. Alguien tiene que identificarlo y estamos intentando averiguar adónde se lo llevaron. Nos han dado varias respuestas, todas ellas inconsistentes, y ninguna ha resultado ser cierta.

—Pero alguien tiene que saberlo.

—Yo pienso lo mismo.

—¿No hay ninguna posibilidad de que...? —Se detuvo, incapaz de

continuar.

—¿De que sea alguna clase de error? Creo que eso sería esperar demasiado. Pero sé que no creerás lo que te cuente nadie, tampoco lo que te pueda decir yo, por nada del mundo.

Frances consultó el reloj. Acordaron una hora, y que ellos acudirían en su propio coche y Eric se llevaría a Hasan, para que hiciera las veces de intérprete. Según Eric, la noche prometía ser larga, en el mejor de los casos.

Estuvo vagando por el piso algo aturdida, empapada en sudor. Parecía como si el aire acondicionado no funcionara como es debido. La asaltó un hambre desesperada y una sensación de debilidad, pero le pareció casi indecente sentarse a comer en aquellas circunstancias. En algún momento decidió lavarse y cambiarse de ropa para salir.

Después de la oración del atardecer, los jóvenes saudíes salen a comer en restaurantes, donde se encuentran con sus amigos. Se divierten en parques de atracciones a los que llaman «Luna Parks». Esa noche, los radios de la noria, iluminados con luces de neón, brillaban entre los muros de las mezquitas. La ciudad se enfrentaba a su propia pesadilla: una luna verde y un calor asfixiante.

Recorrieron autopistas, autovías, carreteras que no aparecían en los mapas, barrios que no conocían, distritos que ignoraban y calles y edificios que no habían visto jamás hasta el momento. Con los ojos fijos en la calzada, hora tras hora, inhalando el polvo y los vapores de gasóleo con la ropa pegada a la piel, la garganta congestionada por el temor y la mente todavía aturdida por el *shock*. Entre las columnas de hormigón de los pasos elevados, penumbra oculta en la penumbra, una jungla creada por el hombre, tan disociada como la superficie de la luna. Y todas las reconsideraciones sobre la mortalidad: podrías morir aquí, huyendo frente a los coches que pasan rugiendo, corriendo hasta sucumbir y terminar expirando en silencio, como las víctimas de sacrificios que se sepultan en los puentes. Luego tu espectro vagaría por las autopistas, tu brújula muerta oscilaría sin parar, buscando el camino de vuelta a casa. Hasta que la ciudad se expandiera siguiendo sus propias leyes, y acabaran construyendo sobre tu espíritu.

Hasan discutió con los porteros en la recepción del hospital. Eric Parsons

se quedó de pie junto al coche, soportando aquel calor nocturno aturdidor, retorciéndose las manos. Frances nunca había visto a nadie exagerando tanto ese gesto.

—Necesito documentos —dijo—. Necesito firmas. Certificados de defunción. Copias para la compañía aérea. Copias para la embajada. —Dio media vuelta poco a poco, sin dejar de suplicar—. Díselo, Hasan. Busca la manera de hacérselo entender. Diles que la policía me ha contado que el cadáver está aquí.

—Dice que este hospital no, señor Eric —explicó Hasan.

—¿Es que nadie piensa ayudarnos? ¿Nadie tiene un poco de sentido común? Tengo que cumplir con un montón de formalidades. ¿Se lo has dicho?

Ya eran las diez de la noche y el atardecer había quedado atrás. Aquella dura prueba les dejaría marca.

—Cuando me marche de aquí en julio —le susurró Andrew a Frances— no pienso volver nunca más.

Ella lo miró de reojo y pensó en el señor Smith, en la seguridad con la que había abordado a los guardias de seguridad, visado en mano.

—Cállate —dijo ella, señalando con la cabeza en dirección a Eric, que andaba en círculos a unos metros del coche aparcado—. Ya hablaremos de eso mañana. Aquí viene Hasan otra vez, y parece como si tuviera algo que contarnos.

Andrew salió del coche. Hasan dijo que creía haber encontrado el lugar, pero que no podíamos entrar.

—¿Por qué no?

—Dice que hombre que tiene llave está rezando.

—¿Qué? ¿A estas horas?

—Tiene que venir mañana.

—Pero nos hemos pasado varias horas conduciendo —dijo Eric. Parecía a punto de llorar. Toda la experiencia acumulada no había bastado para prepararlo para esa noche—. Dile que nos acompaña una mujer. Dile que tenemos que identificar el cadáver.

—Dice que usted no puede —replicó Hasan—. Para identificar, necesita cuatro hombres musulmanes. Hombres cristianos no puede.

—¿Y mujeres cristianas? —Frances habló desde el asiento del pasajero. Eric se inclinó para abrir la ventanilla.

—Supongo que ahora me dirás que eso demuestra que lo asesinaron, ¿no? —dijo con aire vengativo—. Supongo que piensas que este fiasco forma parte de alguna clase de conspiración.

—No. Sé reconocer un fiasco cuando lo veo. He viajado lo suficiente por el mundo.

Eric se pasó la mano por la frente.

—Siempre ha ocurrido lo mismo. Cada vez que ha muerto un expatriado, cada vez que aparece el más mínimo indicio de violencia, cierran filas. Si algo no les gusta es que se hagan preguntas. Si algo no les gusta es tener un cadáver entre manos. —Sacó el pañuelo, ya empapado de sudor, e intentó secarse la cara—. Siempre creen que los culparemos de algo.

A regañadientes, Frances sintió lástima. Porque ese hombre se lo había advertido todo desde el principio, aunque ella no le había hecho ningún caso. No interfieras, no especules, le había dicho, pero ella había ignorado todos esos consejos. En esos momentos ya tenía un ejemplo de lo que podría haberle ocurrido, aunque no la había afectado a ella.

—Inténtalo de nuevo, Hasan —dijo Andrew—. Diles que no nos creemos eso de que el hombre está rezando. Diles que queremos entrar en el depósito de cadáveres. Que no queremos identificar el cuerpo, que sólo queremos verlo. ¿De acuerdo?

Hasan asintió. Cruzó el patio delantero del hospital una vez más y habló con los hombres que custodiaban la barrera. Regresó al cabo de unos minutos, ajustándose el casquete que le cubría la cabeza y arremangándose la camisa con una expresión impasible instalada en el rostro.

—Es verdad, el hombre no reza. Lo dicen para que ustedes se marchan.

—Diles que no nos marcharemos —insistió Andrew.

—Dicen que volvemos a casa y esperamos hasta mañana. Prometen que el hombre viene con la llave entonces.

—*Insha Allah?* —preguntó Frances.

—*Insha Allah* —convino Hasan.

—No me lo creo —dijo Andrew.

Aun así, volvió a subir al coche. En realidad, no tiene sentido discutir con los porteros de un hospital. Van armados.

Se despidieron de Eric y Hasan y emprendieron el camino de vuelta, que suponía cruzar la ciudad entera. El polvo acumulado durante el día recubría los vertederos, las zonas verdes y los barrios, aderezaba las aguas residuales que languidecían en la mediana de la calzada y formaba una gruesa capa sobre el césped de plástico que los restaurantes instalaban frente a sus puertas, de un verde esmeralda que los faros del coche convertían en negro.

—¿Qué ibas a decir justo antes de que llamara Eric? —preguntó Frances—. Me ha parecido que querías contarme algo.

Andrew la miró de reojo con un agotamiento más que evidente. Los rótulos iban pasando frente a los faros del coche: AL KOURNAICH, YEDA CENTRO, PUERTO ISLÁMICO DE YEDA. ¡STOP! ¡SU COCHE ES RÁPIDO, PERO EL PELIGRO TODAVÍALO ES MÁS!

—Te quiero —dijo él—. Ojalá no te hubiera hecho venir jamás, no quiero que vivas con miedo.

—Eso no es lo que ibas a decirme.

Frances se volvió hacia la ventanilla y se quedó mirando los coches que pasaban, fijándose en las respuestas de sus ocupantes, en los guiños, muecas y miradas lascivas, pensando en cómo se había acostumbrado a bajar la mirada, a censurar su propia mirada.

—Vayamos al hotel. Tal vez descubramos algo si insistimos. Alguien tiene que haber visto cómo se marchaba.

Andrew no respondió, pero en cuanto tuvo ocasión cambió de rumbo. Ella lo miró, buscando aquella expresión de «no me dejaré tranquilo hasta que le haga caso», pero no fue ésa la que encontró.

En el vestíbulo del hotel Sarabia, una fuente de un color azul imposible vertía agua en una pileta de mármol. Flores tropicales, de seda, sobre tallos tubulares de latón. Un camarero llevaba una bandeja en la mano: una bandeja plateada, con copas de cristal y bebidas del color de las fresas exprimidas. El aire era gélido y el sudor se les secó en la piel de inmediato.

El recepcionista era un tipo de baja estatura, cabeza redonda y piel oscura; un mestizo procedente de alguna región oriental no muy lejana. Los recibió con

un saludo respetuoso. Mejor dicho: saludó a Andrew y evitó mirar a Frances por todos los medios y con una cortesía altiva. Ella levantó las manos para recogerse el pelo que se le había pegado a la nuca, y los ojos del recepcionista la examinaron apenas un instante, como lo habría hecho un escáner mecánico, lo justo para percibir la elevación de los senos que provocó el gesto. A su vez, ella reconoció en su rostro un instante de avidez reprimida, una destructiva codicia de lactante. Frances bajó la mirada.

Andrew puso las manos sobre el mostrador de recepción.

—¿Puedo hablar con el director?

Frances sintió admiración: la estatura imponente, la voz serena, la cordialidad autoritaria.

—Está rezando —dijo el recepcionista.

—¿A estas horas?

—Lo siento —dijo el recepcionista.

—En ese caso, creo que tendré que conformarme con hablar con el subdirector.

—Está en Kuwait —respondió el recepcionista con una sonrisa.

Andrew dio un paso atrás y cruzó los brazos.

—Entonces ¿quién se encarga de dirigir el hotel?

—Tal vez yo pueda ayudarle.

—Lo dudo mucho, Alí —le espetó Andrew, con una sutil demostración de racismo.

Recorrieron el vestíbulo con la mirada. Un ir y venir de zaubes blanqueados, gente fumando, ascensores con paredes acristaladas que transportaban a los clientes a sus suites como si fueran profetas ascendiendo hacia el cielo.

—¿Sueles hablar de ese modo en el trabajo? —preguntó Frances.

—Aspiro a ser Jeff Pollard cuando sea mayor —respondió Andrew.

El recepcionista revolvió unos cuantos papeles y formularios. No parecía dispuesto a dejarlos ahí solos.

—¿Tienen alguna queja? —preguntó.

—Han tenido a un huésped llamado Fairfax.

—No tenemos ningún huésped con ese apellido —respondió con un interés

fingido el recepcionista.

—Es que ya no se aloja en el hotel.

—No, veo que se ha marchado.

—Pero todavía tienen su maleta. Su equipaje.

—¿Tienen algún documento que los acredite para recogerlo?

—Somos amigos suyos —dijo Andrew, aunque se corrigió enseguida—.

Éramos amigos suyos.

—Es imposible —repuso el recepcionista—, porque no tenemos ningún huésped con ese apellido.

Andrew ignoró la réplica.

—¿La policía ha venido a recoger su equipaje?

El recepcionista se encogió de hombros.

—Yo no lo he visto, señor.

—Pero si la policía hubiera estado aquí, sin duda alguna usted lo sabría. Sabría todo lo que habría ocurrido.

—Discúlpeme, señor, pero creo que podría ser una confusión. ¿Es posible que su amigo se alojara en otro hotel?

—No, mi amigo está muerto.

—¿Puede ser que estuviera alojado en el Nova Park?

Una voz los llamó desde el otro lado del vestíbulo.

—¡Andrew! ¿Qué hace usted en este rincón de mundo?

Andrew se dio la vuelta enseguida.

—¡Raji! ¿Le importaría venir un momento?

Raji recorrió la tundra de mármol pulido con las manos extendidas. La luz fragmentada de las arañas del techo rebotó en el diamante de su alfiler de corbata.

—¿Han salido a cenar? —preguntó. Sus ojos repasaron el vestido de algodón arrugado de ella y la camisa de explorador manchada de sudor de Andrew—. No, ya veo que han venido a preguntar algo.

—Quiero hablar con el director. Sobre las cosas que podría haberse dejado un amigo nuestro.

Raji sacó su cartera. La abrió y dejó que sus dedos rollizos revolotearan por encima. Eligió un billete y se lo tendió al recepcionista como si fuera un

recibo del guardarropa. Dijo unas palabras, el recepcionista respondió con un gesto mínimo, como diciendo «¿por qué no me lo ha preguntado antes?», y luego desapareció.

—Intentaba evitar recurrir a eso —dijo Andrew—, había optado por el terror. Tome, Raji, permítame que se lo reembolse.

—No es nada —respondió Raji—. Guárdese ese dinero. Es más fácil..., ya me perdonará, Frances..., si les hablas en su maldita jerga.

El director apareció enseguida, que si podía ayudarlos en algo. Hablaba un inglés impecable, llevaba el bigote recortado y la manicura muy cuidada. Era la esencia de la cortesía levantina, manteniendo los ojos apartados de la mujer en todo momento, como si estuviera envuelta por un halo de alambre de espino. Raji tomó las riendas de la situación.

—¿El apellido de su amigo? —le preguntó a Andrew.

Éste se lo dijo y Raji agarró al director por un brazo para llevárselo aparte. Mantuvieron una conversación en voz baja durante unos momentos, y luego el director lanzó una mirada por encima del hombro y negó con la cabeza.

Raji se volvió hacia ellos con una expresión preocupada.

—Por lo que veo, se trata de un asunto policial.

—Sí. Un accidente.

El director les dedicó una leve reverencia y se retiró.

—Amigos míos —dijo Raji—, háganme caso y déjenlo. Se lo recomiendo de todo corazón. Si llegan a enredarse con esa gente, podrían empezar a producirse todo tipo de malentendidos.

—De acuerdo, Raji —aceptó Andrew abatido—. Se lo agradezco. Al menos no ha negado conocerlo. ¿Le ha dicho si ha venido la policía para llevarse sus cosas?

—Es posible que eso haya ocurrido, pero ya le he dicho que será mejor que no insistan.

—Necesitamos saberlo —indicó Frances.

Raji la miró con tristeza.

—Querida Frances, no tiene por qué pensar que existe una conspiración. El hecho de que la gente actúe como si tuviera algo que esconder no significa

que oculten algo realmente. Eso es lo primero que tiene que aprender de la vida en el Reino. El misterio es..., ¿cómo decirlo?, más aparente que real.

—Reconforta mucho verlo de ese modo.

—Igual que Frances —dijo Andrew—, tengo la sensación de que tiene que ser posible descubrir lo que sucedió en realidad.

—Ah, en un mundo lógico, sí —admitió Raji—. Pero el Reino no es un mundo lógico. Además —añadió con una sonrisa—, la lógica no es el ornamento más popular entre las mujeres jóvenes.

Frances se apartó, echó un vistazo a la pileta de la fuente a través de la cascada de agua azulada y se fijó en el mosaico.

—¿Ha venido para ver a alguien, Raji? —preguntó Andrew.

—Sí, he venido a cenar con mi buen amigo Zulfikar, un antiguo compañero de clase. Estamos estudiando la posibilidad de abrir nuestro propio restaurante. Tal vez uno realmente especial, uno que prepare el consomé con jerez, la mousse de chocolate con ron, el pollo con vino... Ah, Yeda necesita un lugar así. ¿No les parece?

—Suenan un poco arriesgado. ¿De verdad lo intentarán?

Raji mostró su blanquísima dentadura.

—Me dedico a empujar las fronteras de lo posible. Cuando lo inauguremos, los invitaré a cenar. Les encantará. Sin riesgo no hay beneficios, ya lo saben. Al menos, eso es lo que nos enseñaron a mi amigo y a mí en la escuela de negocios de Miami.

Volvieron a salir y subieron al coche. El aire que había quedado atrapado dentro era asfixiante, pero no les impidió sumarse al torrente del tráfico nocturno.

—Refrescará un poco cuando empecemos a movernos —aseguró Andrew. Sin embargo, apenas recorrieron cien metros desde la entrada del hotel cuando un atasco y un policía de tráfico los obligaron a detenerse.

—Deberíamos habernos quedado a tomar algo —dijo Andrew—. Para relajarnos un poco.

Los conductores que los rodeaban golpeaban el claxon con los puños. Frances sacó la cabeza por la ventanilla para intentar divisar la causa del embotellamiento. En el siguiente cruce había una camioneta boca abajo, con un

lateral abollado. Un saudí con la barba puntiaguda y teñida con henna salió de una limusina con cortinas en las ventanillas. Tres jóvenes filipinos en vaqueros y camiseta blanca guardaban silencio junto a la camioneta, y un policía de tráfico con la pistola al cinto les arrebató los documentos de las manos.

—Espero que vayan bien provistos de efectivo —apuntó Andrew—. De lo contrario, pasaremos la noche entera aquí atascados.

—Mira —exclamó Frances, señalando la hilera de coches paralela que transcurría por su lado—, es Abdul Nasr.

—Es verdad —confirmó Andrew—. Pero el coche que conduce no es el suyo.

—Hacía semanas que no lo veía.

Andrew volvió a fijarse en lo que ocurría delante de ellos mientras ella centraba la atención en el coche que tenía a su lado y en el perfil marcadamente bronceado de su vecino. Abdul Nasr levantó una mano del volante para ponerse un cigarrillo en los labios. El hombre que iba sentado en el asiento del pasajero se inclinó hacia él para encendérselo. Frances consiguió vislumbrar fugazmente su rostro y lo reconoció enseguida, a pesar de haberlo conocido cubierto de grasa y con la cabeza descubierta, cuando en esos momentos llevaba puesto un ghutrah blanco inmaculado. Recordaba bien sus rasgos lúgubres y la expresión vacía de sus ojos cuando había intentado evitar que llamara a la puerta del piso vacío. ¿Qué le había dicho el propietario? «Quiero que usted conoce este hombre.»

En el asiento de atrás también había alguien: una mujer con velo. Iba tan hundida en la tapicería de velvetón oscuro que Frances no percibió su presencia hasta que la vio moverse un poco. Cuando el egipcio se acomodó de nuevo en el asiento del pasajero, oculto por Abdul Nasr, la mujer se echó hacia delante como si les dijera algo. Se llevó una mano a la cara, sosteniendo algo cuadrado de color blanco y, durante apenas un segundo, se levantó el velo. Qué previsor por su parte en esa noche sofocante en la que los truenos amenazaban desde el cielo. Frances la envidió un momento, notando el fresco aroma del pañuelo empapado en colonia en la piel ardiente. Cuando la tela negra volvió a quedar colocada en su sitio, reconoció a la mujer: era Yasmin.

Frances no dijo nada, no sabía qué decir. Su mente estuvo barajando posibilidades mientras Andrew obedecía a los gestos que les hacía el policía para indicarles que podían avanzar con el coche.

En la calle de La Meca, todavía a varios kilómetros de distancia de su apartamento, un control de carretera los obligó a detenerse de nuevo. Sin embargo, no les revisaron la documentación. Otro policía acercó la cara al parabrisas y la retiró enseguida. Sus colegas abrían los maleteros de los coches que tenían por delante.

—¿Qué deben de estar buscando?

—Drogas —respondió Andrew—. O armas. Tal vez un buen alijo de Kaláshnikovs procedente del Yemen.

—¿Quién puede quererlos? —preguntó ella temerosa.

—Yo. Para responder con violencia.

Siguieron conduciendo. Tras ellos, la cacofonía sobrecogedora de las sirenas se abría paso en los puentes e intersecciones para elevarse hacia el cielo.

Cuando llegaron a casa, el teléfono estaba sonando y Frances corrió a cogerlo. Era Eric.

—Por fin habéis llegado a casa —dijo.

—Sí, nos han parado en un control de carretera. Hay policía por todas partes. Igual que en Navidad, ¿te acuerdas?

—Ya hablaremos de eso más tarde —gruñó Eric—. Primero, ¿podrías decirle a Andrew que se presente en la obra mañana a las siete? Jeff dice que los indios se han amotinado, como de costumbre. Tienen una larga lista de peticiones acerca de las limitaciones de equipaje y quieren presentarlas a una alta autoridad.

—Creo que Andrew esperaba poder recuperar un poco el sueño atrasado.

—Mira, tenemos un contrato que debemos cumplir. Y no será bueno para nadie que se detengan las obras.

—De acuerdo, se lo diré.

—Yo primero pasaré por el aeropuerto. Tengo que hablar con la compañía aérea sobre la repatriación del cadáver.

—¿Qué cadáver? Todavía no tenemos el cuerpo.

—Lo encontraremos. Nos vemos en el hospital a las diez de la mañana. Ah, otra cosa. —Lo que oyó en la voz de Eric, lo que poco después se dio cuenta de que había estado escuchando, no era su habitual urbanidad monótona, ni siquiera teñida por la fatiga acumulada durante una noche demasiado movida: era más bien indolencia, como una especie de cascarón—. Se rumorea que alguien ha intentado matar a vuestro vecino de rellano hace unas horas. Ha habido un tiroteo en el hotel Sarabia. Así pues, hacedme un favor: mantened la cabeza gacha. Recordad que, pase lo que pase, no tiene nada que ver con vosotros.

3

A la mañana siguiente no amaneció. El polvo formaba una nube turbia y marrón que impedía ver el sol. Las siluetas encorvadas, sombrías y amordazadas, avanzaban a tientas por la calle de Gaza más allá del muro.

—Llegaré pronto —le prometió Andrew—. Tengo que pasar por la obra. Luego recogeré a Eric y volveremos al hospital.

Ella le dio un beso y se quedó acurrucada frente a la puerta. Andrew tosió mientras se acercaba al coche, por culpa del polvo suspendido en el aire.

A las nueve, el viento del día anterior se había levantado en un cielo amarillo y había formado nuevas cordilleras en los cristales de las ventanas. Aun así, no había acabado con el polvo, cuyas reservas parecían interminables, como si hubiera un continente entero de polvo. Frances miró hacia afuera y contempló cómo se desplazaba y se amontonaba. Los gatos de toda la calle saltaron el muro buscando refugio y para refregarse contra el cristal. Se dedicó a observarlos: eran gatos asustados, hambrientos, infestados, con los rostros magullados, extremidades fracturadas que se habían soldado torcidas, el pelaje carcomido. Sintió que ya no podía seguir viviendo sin hacer nada por esos gatos, y poco a poco empezaron a brotarle lágrimas de los ojos.

Cuando sonó el teléfono estuvo a punto de no responder. Pero pensó que tal vez sería Eric con noticias sobre el hospital. O Andrew, para avisarla de que se había retrasado por culpa de los indios. Resultó ser Daphne Parsons.

—Ah —exclamó Frances—. ¿Qué querías?

Daphne sonó ofendida.

—Sólo contarte las noticias. ¿Te has enterado de lo de Raji? —preguntó,

aunque no esperó a la respuesta—. Sé que Eric ya te ha llamado por teléfono, pero se saben más cosas desde entonces. Al parecer, estaba cenando en el hotel Sarabia con un pez gordo, un comandante de las fuerzas de seguridad. Cuando ya se marchaban, afuera, alguien le disparó desde un coche.

—¿Y...?

—Fallaron y le dieron al comandante en un hombro. La herida no es grave y se recuperará sin problemas. Raji no resultó herido, pero apuesto a que se llevó un buen susto. ¿No sabías nada sobre esto? Creí que tú lo sabrías. ¿Puedo ir a verte?

—¿Cómo sabes que el objetivo era Raji? Tal vez fueron a por el comandante. —Lo soltó como una pregunta ociosa, de tono académico. Quizá no era el momento más adecuado, pero casi le pareció divertido y todo.

—Bueno, no puedo estar completamente segura de ello —replicó Daphne ofendida—. Sólo te lo cuento como me lo han contado a mí. Puede que haya algo más, o quizá es por el hecho de que Raji tenga tantos enemigos. Por lo que siempre defiende, ¿no?

—¿Qué crees que defiende?

—Bueno —dijo Daphne con vaguedad—, el progreso y tal.

Se oyó un trueno grave y lejano justo cuando colgó el teléfono. El día anterior, el periódico había llamado a los musulmanes de todo el Reino a orar para invocar la lluvia. El rey en persona lo había recomendado. La respuesta a todas esas plegarias estaba al caer. Salió del piso y cruzó el vestíbulo.

No obtuvo respuesta cuando llamó a la puerta de Yasmin, pero tampoco había albergado esperanzas al respecto. Volvió a intentarlo: presionó el timbre con el dedo y no se molestó en apartarlo. Ya no tenía ningún sentido mantener la cordialidad.

Al cabo de un rato, Shams abrió la puerta. Llevaba la cabeza y los hombros envueltos con una tela oscura, y su expresión era sombría y cansada. Sin sonrisas de por medio, abrió la puerta sólo lo estrictamente necesario y recorrió a Frances con la mirada antes de hablar.

—Fuera —dijo—. Todo el mundo está fuera. Terminado.

Cuando el teléfono volvió a sonar, resultó ser Rickie Zussman.

—¿Te has enterado de lo de tu vecino? ¡Dios, Frannie, menuda semana

debéis de haber pasado! Ese tipo al que dispararon era una especie de traficante de armas o algo así, podría haber sido iraquí. Y Raji actuaba como intermediario. O al menos encontraron un alijo de armas en alguna parte, no lo sé. Dicen que a ese tipo le dispararon en la barriga, que está en cuidados intensivos. Raji tuvo suerte, ¿eh?

Más tarde, Jeff Pollard:

—¿Te has enterado de lo de Raji? Dicen que algún grupo proiraní le disparó mientras salía por ahí con un amigo que también estaba metido en el negocio. Dicen que llevaban meses siguiéndolo, esperando la ocasión perfecta. ¿Tú has visto a alguien merodeando por la finca? En cualquier caso, no le dieron a Raji, sino al otro tipo. Dicen que llegó muerto al hospital.

A la luz del día, Frances se dio cuenta de que el hospital era una especie de institución gubernamental, un complejo de casetas, bajas y muy espaciadas, rodeadas por una cerca. El portero levantó la barrera para que pudieran pasar y aparcar el coche en un complejo anodino, delimitado con bloques de hormigón. Eric ya los esperaba allí, sentado en su coche, con Hasan en el asiento del pasajero y las ventanas subidas hasta arriba para no dejar entrar el polvo. Cuando Frances salió del coche, el viento silbó formando remolinos alrededor de sus tobillos como un nido de serpientes venenosas moldeadas con polvo y aire.

Eric se agarró al brazo de Frances, con una informalidad extraña, titubeante.

—¡Frances! ¿Has dormido bien?

—No quiero hablar sobre Raji —dijo ella—. Acabemos con esto primero.

—No hay ninguna relación entre una cosa y la otra, ¿verdad? Sí, tienes razón, vamos. Pero sabes lo de su esposa, ¿no? La esposa de Raji. Luego te lo cuento.

—¿Has ido al aeropuerto? —preguntó Andrew—. ¿Qué te han dicho?

—Ah, todo saldrá bien, la compañía aérea se encargará de todo —respondió Eric, sin concretar más. Su mirada parecía desenfocada—. Ya lo han hecho en otras ocasiones. No es la primera vez que ocurre un accidente. Eso sí, Andrew —añadió, negando con la cabeza—, nunca pensé que me vería envuelto en una situación como ésta. Después de haber sido tan prudente, de

que todos hayamos sido tan prudentes. Con la altísima reputación que ha tenido siempre Turadup.

—Fairfax no fue tan prudente —señaló Frances—. Mira que morir de ese modo... Podría poner en peligro el contrato, ¿verdad?

—No te cebes en mí —dijo Eric. Parecía casi intimidado. Aquella mañana lo había cambiado—. Sé que no eres boba, Frances. Nunca he pensado que lo fueras. —Sacó su pañuelo, limpio y doblado, y se secó el labio como si le estuviera sangrando—. Sólo creía que te... presionaba mucho tu entorno, por decirlo de algún modo. Desde el principio pensé que eras una de esas personas que nunca deberían haber venido a este país.

—Sí, ya lo sé. Me acusaste de dar rienda suelta a mi imaginación, ¿recuerdas? ¿Estás intentando decirme que tenía razón respecto a algo?

—Vamos —dijo Andrew—. No perdamos el tiempo.

En el minúsculo despacho del encargado del depósito de cadáveres, había cuatro tipos que no se sabía muy bien qué pintaban. Tal vez eran primos del encargado, o simplemente amigos. Ni Eric ni Andrew parecían sorprendidos por la presencia de esos hombres que se apoyaban en la pared como si la estuvieran sosteniendo, leían el periódico, fumaban y charlaban. Se quedaron frente a la puerta, con Frances en segundo plano, oculta tras sus espaldas, esperando a que alguien les hiciera caso.

Pasó un rato antes de que el encargado se decidiera a levantarse de su caótica mesa y entablara algún tipo de conversación con Hasan. Fue un diálogo inconstante durante el cual el tipo no paró de rascarse la cabeza. A pesar de las dificultades, a Frances le pareció entender que el tipo no sabía si podía permitirles hacer lo que pretendían. Al final, Hasan profirió unas cuantas amenazas vagas, indicando que procedían de los jauayís y limitándose a traducirlas. Y, ante eso, ese tipo bajito, amarillento y barrigón se inquietó y dio rienda suelta a un torrente de insultos y de gestos operísticos. Sus compinches dejaron los periódicos y enderezaron la espalda en sus respectivas paredes para demostrar algo de interés y una actitud más atenta.

—Dice que cadáver no puede salir hasta que tiene papeles listos —tradujo Hasan—. Que han traído dos cadáveres esta mañana y que ya mucho. Pero —añadió Hasan, sorprendentemente— dice que puede hacer lo que tú quieres.

El tipo salió del despacho y lo siguieron a través de un pasillo. En una esquina había dos camillas aparcadas con las ruedas torcidas. Encima de ellas, los cuerpos envueltos que acababa de mencionar: cubiertos por completo con sábanas blancas, anudadas de cualquier manera por encima de la cabeza. Entraron en una sala fría y alargada que parecía otro pasillo, con las paredes de acero y unas lámparas fluorescentes azuladas en el techo. El tipo hizo un gesto impreciso para meterles prisa y luego abrió el cajón del depósito que reveló el rostro inerte de Fairfax. No había lugar a dudas, ninguna posibilidad de cometer un error de identificación. Incluso para un ojo inexperto, era indiscutible que había muerto tal como la policía había dicho. La cabeza parecía torcida respecto a la columna vertebral; la cara, llena de grapas, icterica, marcada por un reguero de sangre negruzca y con una expresión vacía.

Volvieron a salir. Un guardia de seguridad armado con un rifle dormitaba apoyado en el coche de Eric. Al ver que se acercaban, se apartó de mala gana, siguiéndolos con la mirada por encima de la bandana que le cubría medio rostro.

—Es hospital de cuarentena —explicó Hasan—. Por eso hay los guardias. El tipo dice que arregla cuerpo para mandarlo a su país, dice que es el mejor en hacer eso de todo el Reino.

—O sea, que es eso lo que estaba haciendo —dijo Frances—. Alardear.

Pensó en los dos cadáveres, los de las sábanas anudadas. Había pasado junto a ellos sin apenas mirarlos, no eran asunto suyo. Tenía frío y se sentía rara, sin palabras, ajena a lo que ocurría a su alrededor. Una vez más, Eric le puso las manos en un brazo; tal vez temía o esperaba que se desmayara, o cualquier otra cosa que pudiera desacreditarla. Pero no, lo que intentaba era llamar su atención, y entonces Frances se dio cuenta de que había estado hablando con Andrew, que éste había empezado a relatar algo, aunque ella se había perdido el principio.

—... Con la de cosas que pasan —dijo Eric—, nunca conseguiremos discernir del todo entre los rumores y la vida real, aunque fuera asunto nuestro. Te lo digo porque sois vecinos y en cierto modo os incumbe.

—¿Yasmin ha muerto? —preguntó Frances.

Eric se volvió hacia ella, sorprendido.

—No. No, gracias a Dios, no se trata de eso ni de nada parecido. ¿No me has oído? ¿Es que no me escuchabas? Intentó salir del país y la interceptaron en el aeropuerto. He estado allí esta mañana y lo he visto con mis propios ojos, por eso lo sé. Y a Hasan le ha parecido oír que llevaba un billete a Amman, aunque creen que en realidad pretendía tomar un enlace hacia Teherán. Los de seguridad no fueron precisamente amables con ella... Bueno, es evidente que su marido no le había dado permiso para viajar. Y luego ha venido la policía y se la ha llevado.

—Con tus propios ojos —dijo Frances—. Lo has visto con tus propios ojos. Hay ojos mejores que otros, ¿no? Depende de la persona, lo que se vea será más o menos creíble.

Se apoyó en el coche bajo la atenta mirada del guardia armado y notó ese calor lento, capaz de mover el metal que quedaba a su espalda, como un fuego hostil. No volveré a ver a Yasmin, pensó. El final de aquella mujer formaba parte del mundo femenino. A ella, la información le había llegado de segunda mano, por cortesía, por vía de uno de los guardianes varones de la ciudad.

—¿La conocías? —preguntó Frances—. Me refiero a si la has reconocido.

—Sí. Le han quitado el velo.

—¿Y luego qué ha ocurrido?

—Que se la han llevado.

—Ojalá hubiera estado allí. —Frances levantó una mano y se apartó el pelo de la frente—. Ojalá hubiera ido contigo al aeropuerto y lo hubiera visto con mis propios ojos.

—¿No me crees?

—Tampoco tienes alternativa —dijo Andrew en voz baja.

—¿Qué le ocurrirá?

—Quién sabe —exclamó Eric—. No creo que lleguemos a saberlo jamás. En este país, la gente desaparece sin más. Supongo que querrán retenerla hasta que descubran las ramificaciones del asunto. Pero no creo que el gobierno arme mucho revuelo con el tema si los saudíes llegan a la conclusión de que estaba envuelta en una trama para asesinar a su marido —constató con aire distraído—. Daphne siempre decía que no se llevaban bien. Suena un poco

radical, ¿verdad? La mayor parte de la población de Yeda estaría muerta si esto fuera posible, ¿no crees? Si todos recurriéramos a la violencia contra nuestras parejas.

—Creo que no acabas de comprenderlo —dijo Frances—. No fue algo personal. O no sólo fue algo personal. Era una cuestión de ideales.

—Es que no lo entiendo.

—No era sólo un hombre. No era sólo su marido. También era lo que representaba.

—¿Algo feminista? —preguntó perplejo Eric, sin hostilidad.

—Podría considerarse que sí.

—¿O era religioso?

—En parte. —Frances se apartó del coche y enderezó la espalda. Se sacó un pañuelo de algodón del bolsillo y lo sacudió poco a poco—. Tengo el pelo lleno de polvo, esto debería haberlo hecho antes. —Dobló el pañuelo de manera que le dio forma triangular y se lo puso sobre la cabeza, anudándolo con firmeza en la nuca. De repente, sus ojos parecieron más grandes y sus rasgos, macilentos—. ¿Quién sabe? —dijo—. Quizá Yasmin sólo pretendía asesinar a alguien. O tal vez quería verlos sangrar.

Eric bajó la mirada hacia ella.

—Lo siento —dijo—. Lo siento, tengo que admitir que es posible que hubiera bastante agitación en vuestra finca. Pero si en algún momento la policía viene a hacerte preguntas, recuerda: tú no sabes nada de nada.

—Sí, ya he pillado cómo funciona.

Si hubiera estado allí, pensó Frances, si hubiera ido al aeropuerto con Eric, tampoco podría haber hecho nada por ella. No podría haberla ayudado. Ahora tengo que pensar en mi propia vida. Lo que acababa de oírle decir a Eric no la había sorprendido lo más mínimo. Las posibilidades que habían estado flotando en el aire de Hastaquí, todos esos espectros de violencia y desesperación, habían acabado materializándose. Nunca llegaría a saber más de lo que sabía ya en esos momentos. Por ejemplo, el nombre del tipo al que habían encerrado vivo en la caja. ¿Qué había hecho? ¿Qué sabía? Alguien, tal vez un torturador, debía de saberlo todo. Pero ¿qué es un cadáver de más o de menos? La vida vale poco. El islam entierra a los muertos enseguida, pero la

historia no termina ahí.

Alá les reserva algo especial a los cuerpos cuyo sistema nervioso, tenemos que suponer, permanece intacto: quedan patentes las felonías cometidas en vida, lo que los redactores de las columnas religiosas conocen como el «tormento en la tumba».

—Creo que será mejor que salgáis de esa finca hoy mismo —sugirió Eric—. Podríais llegar a pasarlo muy mal. Volved enseguida y preparad el equipaje. Podéis pasar la noche en mi casa.

Andrew agarró a su esposa por un brazo y se la llevó hasta el coche. Ella tenía el rostro enrojecido y los labios cortados. El cielo se había oscurecido por encima de las casetas que quedaban a sus espaldas. Eric levantó la mirada un momento, con aprensión.

—Intentemos llegar a casa antes de que se ponga a llover —le dijo.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, la tormenta cayó sobre ellos. El cielo se abrió en dos y una luz pálida brilló por encima de los rascacielos de viviendas. Antes de llegar a la parte alta de la ciudad, en las calles había un palmo de agua.

—No me digas nada —le advirtió Andrew mientras conducía—. Si tenemos que pararnos antes de llegar, no lograremos arrancar de nuevo.

El paisaje se vació de vida: los coches, abandonados, quedaron torcidos en medio de la calzada. El viento arrancó árboles jóvenes de cuajo y la corriente urbana se encargó de transportarlos, como si tuvieran que llegar hasta el mar. El temporal arrancó también las casetas de los obreros en las obras: las levantó y las convirtió en mondadientes tras estrellarlas contra las residencias de los vivos. En la calle de Tahlia, una valla publicitaria con el retrato del rey había quedado perforada por el centro debido a la violencia del vendaval, de manera que sólo se veía el pañuelo de la cabeza y un flequillo de barba con vistas privilegiadas a la autopista inundada. En el aeropuerto se produjo un apagón y, mientras duró, los aviones sobrevolaron las pistas sin atreverse a aterrizar.

No se marcharon de Hastaquí ese mismo día. Las calles habían quedado impracticables, y es que la ciudad no estaba precisamente preparada para las inundaciones. Se durmieron después de tenderse en la cama juntos, sin tocarse,

dejando que las capas de agotamiento acumuladas los encauzaran hacia una aniquilación voluntaria. Cuando se despertaron, tanteando la oscuridad con las manos, hambrientos y desorientados, la tormenta ya había pasado de largo. A los dos les dolía la garganta: el aire acumulado en el piso era bochornoso y helado al mismo tiempo.

—Quiero llamar a Shabana —dijo ella—. Pero no me sé su número de memoria y no encuentro mi libreta de direcciones.

—Los ladrones —sugirió Andrew.

—Es probable.

Hablaban a regañadientes, y se limitaban a palabras y pensamientos simples. Ella ni siquiera sabía el apellido de Shabana. A su esposo lo habían llamado Mohammed, pero en un país musulmán es imposible seguirle el rastro a un Mohammed, a menos que lo conozcas. Además, en Yeda no hay listines telefónicos.

Llamó por teléfono al piso de Samira, pero fue imposible hablar con ella: «El número marcado no existe».

A la mañana siguiente, llegó la policía. Frances abrió la puerta y se los quedó mirando. Si pretendían que su visita fuera discreta, haber ido de noche. Ella los ignoró y ellos, tal vez ni siquiera llegaron a percibir su presencia. Quién sabe si la religión había conseguido adoctrinarlos hasta ese punto.

Estuvieron bajando cajas por la escalera. Las cajas que, unas semanas antes, los pintores se habían dedicado a subir. Sin embargo, había pruebas de que el «embellecimiento» seguía allí: las baldosas los observaban desde las paredes, y en cada una de ellas un ojo hostil y una única lágrima de color escarlata. A las diez en punto, frente a la puerta de la verja apareció una limusina ajena al lodo y al agua de los charcos de la calle de Gaza. Un chófer yemení salió del coche, pero Frances no lo conocía.

Al otro lado del vestíbulo, la puerta se abrió apenas un resquicio y Shams asomó la cabeza para echar un vistazo, lanzando miradas a ambos lados del vestíbulo. Al ver a Frances, dio un paso atrás. Luego, al cabo de unos momentos, la puerta se abrió del todo y apareció Raji, muy pálido, enfundado en un traje oscuro y con las facciones hinchadas. Frances pensó que parecía un anciano. Llevaba una bolsa de viaje. No la miró, pero sí le dirigió la palabra,

con la cortesía propia de alguien al que se acaba de conocer, si bien su tono de voz sonó más bien vacío, como el de alguien drogado.

—Me han recomendado que me tome unas vacaciones, Frances. Que me largue del Reino. Me cuentan que el aeropuerto ha vuelto a la normalidad, con la excepción de los pasajeros que ayer se quedaron en tierra.

Dedicó el espectro de una carcajada al infortunio de los pasajeros, como si se sintiera por encima de las leyes ordinarias.

—¿Adónde irá? —le preguntó Frances desde el umbral.

Raji no respondió, se limitó a alejarse de la puerta del edificio: lejos de la vida de Frances. Shams lo siguió cargada con el equipaje, y le lanzó una última mirada desde debajo de aquellas cejas fusionadas en una sola. Luego, por fin, salió también la madre de Raji: enorme, arrugada y amarilla, arrastrando el sari por la tierra húmeda que había entrado en casa por debajo de la puerta principal. Lejos de reconocer a Frances, mantuvo la mirada firme al frente. En los brazos, viejos pero todavía musculosos, llevaba a Selim, que iba dormido con la cabeza apoyada en el hombro de su abuela, sin que le importara lo más mínimo adónde se dirigían. Lo llevaba en brazos igual que Frances llevaba la bolsa con la compra en la noche del robo.

Frances consultó su reloj. La policía ya se había marchado y faltaba media hora para que Andrew llegara a casa. Tenían las maletas en el pasillo, listas para mudarse a casa de Eric y Daphne. Aunque no acabo de ver por qué deberíamos mudarnos, pensó, ahora que ya ha terminado todo.

Subió a la planta superior. Se dio cuenta de que el haz de luz que se proyectaba sobre el rellano era poco habitual: las dos puertas de la planta superior estaban abiertas de par en par, tal como las había dejado la policía. Se habían llevado algo más que las cajas, y quizá lo habían hecho por la noche, mientras Andrew y ella dormían.

Primero entró en el piso de Abdul Nasr. Percibió ese olor tan conocido a carne de cordero, cebollas y hierbas aromáticas, a ambientador químico y polvos de talco, al perfume caro que solía ponerse Samira. Sin embargo, habían apagado los aparatos de aire acondicionado y ese olor había adquirido una consistencia densa y tangible, como si fuera un tapiz con el que hubieran recubierto las paredes. Todos se habían marchado: Samira, con sus vaqueros

ajustados y sus modales refinados; Abdul Nasr, con su mirada dictatorial, y la criada expatriada, claramente amedrentada, con el brazo tatuado en alto. Fátima también había desaparecido, igual que el hijo que Samira llevaba en su seno. El barco en miniatura seguía navegando con alegría. El árbol de la vida seguía adornando la alfombra. La araña de cristal del techo, comprada en el Top Furniture de la calle de Palestina, reflejaba aquella luz turbia y amarillenta. Recorrió los dormitorios, y luego la cocina: se habían dejado unos cuantos cacharros y cazuelas, curiosamente los más sucios, abollados y viejos. Lo típico que la gente descuidada suele dejar atrás cuando abandona una vivienda.

Cruzó el vestíbulo y dejó que la puerta se cerrara tras ella. Tendrían que encontrar las llaves, daba igual quién las tuviera, para volver a abrir.

Luego entró en el apartamento vacío. ¿Quién podía evitarlo? Enseguida se dio cuenta de que había poco que ver. Examinó la alfombra de color avena y las paredes pintadas de color crema. Quedaba claro que los de Turadup se habían encargado de la decoración, sin que les importara lo más mínimo si los futuros inquilinos serían amantes o pistoleros. Siempre lo mismo, para todos los gustos y para todas las necesidades. Seguro que fue Daphne quien eligió esa lámpara de color rosa, pensó. La reconocía, como también reconoció el gran número de sillones, la tapicería de tweed, las cortinas de tonos pálidos y tejido de malla amplia. No había nada que no le pareciera reconocible, y es que podría haber sido su propio apartamento: no una imagen especular de éste, sino su apartamento de verdad.

Salió al vestíbulo de nuevo y, en cuanto cerró la puerta tras ella, volvió a quedar prácticamente envuelta de penumbra, como siempre. Subió el último tramo de escalera hasta la azotea y, una vez allí, miró a su alrededor. ¿Qué era sino un inocente cuadrado de asfalto, con tendederos y un montón de basura acumulada que llegaba hasta allí transportada por el viento de los últimos días? El solar vacío estaba abandonado. Se habían llevado las casetas de los obreros, y la profunda zanja que las excavadoras habían estado perforando junto a la calle había quedado llena de agua. Tendrían que pasar unos días para que aquella ciudad dislocada consiguiera recuperarse y se reanudaran los trabajos de construcción. El aire, más fresco después de la tormenta, había

redoblado su fetidez habitual.

Se asomó por encima del parapeto y miró hacia abajo, hacia el balcón del apartamento vacío. Desde ese ángulo había visto la caja de madera, y en ese momento volvió a preguntarse a quién metieron dentro. Era un país extraño, un reino extraño, en el que un sinfín de cadáveres pueden arruinar tu rutina diaria. En el depósito, casi con seguridad había pasado muy cerca, tanto que podrían haberse tocado. Sólo son conjeturas, pensó, y ya ha habido demasiadas. Metió la cara entre las ramas del árbol, entre las hojas todavía empapadas, y pensó que debía de haber crecido desde la última vez que se había fijado. Todo ese tiempo lo había visto inerte, tan falsamente prometedor como un árbol de plástico. Había temido que el árbol estuviera muriendo de forma invisible, de dentro hacia fuera, debido a algún contagio sin remedio: como un árbol de la ciencia. Pero había llovido y, tal como Samira había pronosticado, habían empezado a surgir los brotes verdes.

Dio media vuelta, apartando la mirada de la malograda calle de Gaza, y pisando el lodo del suelo con las sandalias volvió a cruzar la puerta de la azotea para bajar por la escalera. La cerró por dentro y pasó el pestillo.

Shaban

La casa nueva es cuadrada y blanca. Tiene unas habitaciones enormes en las que entra mucha luz, y las paredes son de un blanco rotundo. Cuando llegué, la casa llevaba varios meses vacía, y todas las superficies estaban recubiertas por una gruesa capa de suciedad.

Ahora vivimos apartados de la ciudad. Terrex nos ha concedido una casa. Antes era un complejo de unas cien unidades en el que reinaba una actividad frenética, pero aquí ya no vive casi nadie. Los recortes y los despidos han convertido este lugar en una especie de ciudad fantasma, y desde las tormentas las malas hierbas se han abierto paso entre las grietas de la pista de tenis. Aun así, todavía hay un guardia en la entrada del recinto. Hay espacio entre las casas, porque cada una tiene un patio sin asfaltar. Nunca los veo, pero supongo que tengo vecinos. Seguro que están por aquí, pero vete a saber dónde.

El suelo de la casa está recubierto con unas baldosas grisáceas de vinilo que parecen más propias de un sanatorio. En la sala principal hay lo que los agentes inmobiliarios llaman «dos espacios», además de cuatro ventanales para los que todavía no tengo cortinas. Desde estas ventanas se pueden ver los muros de las casas vecinas, los aparcamientos y las habitaciones vacías; además, si miras por encima de los tejados, a lo lejos se divisa la autopista entre La Meca y Medina, con el paso elevado sobre columnas de hormigón armado, un regimiento de farolas de sodio arqueadas como cimitarras y los cochecitos de juguete enmudecidos que entran en la ciudad.

Cuando llegué, todos los muebles estaban fuera de la habitación, como si los hubieran apartado para jugar a algo.

En la pared del salón hay dos geos. Son de color verde amarillento, translúcidos, parecen joyas sobre la pintura blanca. Uno es escurridizo y ágil. El otro tiene el cuerpo más rechoncho y las patas más gruesas. Paso mucho

tiempo observándolos, pero apenas los he visto moverse. Aunque luego entro en la cocina y cuando vuelvo a salir al cabo de un momento, me encuentro a uno de ellos del revés. Me pregunto si son machos o hembras y si son conscientes de su propia existencia. Quién sabe si cada geco cree ser el único geco del mundo.

Cada mañana están allí. Y cada noche.

Frente a la estancia principal de la casa hay una especie de patio al que se accede por unas puertas correderas. Vi que Andrew las examinaba con recelo, pero no parece que sea necesario tomar precauciones de seguridad. Hemos colocado unas sillas plegables en el patio y podremos sentarnos fuera cuando el calor nos dé tregua. Allí no puede vernos nadie, la intimidad es total, podríamos sentarnos y esperar a que vayan pasando las semanas, hasta que llegue el momento de sacar las maletas y solicitar los visados de salida. Y luego, si nos los conceden, llegará el momento de ir al aeropuerto.

Pero todo eso lo veo muy lejano. Igual que el pasado, aunque hacia atrás en este caso. Ya he colocado los muebles en la habitación y he colgado la ropa en los armarios. Creo que no he conseguido combatir la suciedad, pero quizá no estoy utilizando los productos de limpieza adecuados. A ver si una noche de éstas vamos a comprar otros productos a un supermercado. Sin embargo, soy reacia a salir del complejo. Aquí las horas pasan sin variaciones. No viene nadie. El presente se extiende indefinidamente. La luz estridente no cambia hasta que, de repente, cae la noche.

Hay una silla de mimbre en el patio, y me pregunto si mejoraría el aspecto de la cocina, si podría encontrarle un sitio dentro, en un rincón. Abro las puertas correderas y salgo al exterior, hacia la luz y el calor matutinos. Hay unos cuantos árboles, los riegan con agua salada procedente de un pozo. Las ramas, de un grosor escuálido, están dobladas por las corrientes de aire que llegan directas del desierto. Entrecerrando los ojos hacia el sol, diviso la espina negra de una colina pedregosa con alambre de púas en lo más alto.

El cielo está despejado, y el termómetro debe de superar los treinta y ocho grados. El resplandor de la luz del sol rebota en las paredes del aparcamiento y llega hasta mis ojos. Parpadeo, deslumbrada, y cojo la silla. La hago rebotar un poco sobre el suelo de hormigón para sacudir el polvo acumulado. Me doy

la vuelta con la silla en brazos y veo mi propio reflejo en las puertas correderas. Tengo la cara oscura, muy ensombrecida, mis ojos parecen vacíos y una aureola pálida y difusa me envuelve la cabeza. Me he convertido en una imagen negativa de mí misma.

Vuelvo a entrar en casa y dejo la silla en el suelo. Miro a través del cristal, hacia el paisaje, hacia la panorámica lejana de los coches en movimiento. En la primera ventana, la autopista; en la segunda, la autopista. Doy media vuelta y cruzo la estancia para encontrar otro punto de vista. En la tercera ventana, la autopista, y en la cuarta, la autopista.

La jaula de cristal

Hilary Mantel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Eight Months on Ghazzah Street*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

De la fotografía de portada: Blue © Alma Haser

© Hilary Mantel, 1988

© de la traducción, Albert Vitó i Godina, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-233-5457-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



 Hilary
Mantel **La jaula de
cristal**



DESTINO